Julio Ramón Ribeyro

LOS GENIECILLOS DOMINICALES

Lectulandia

Ésta es la historia de un descenso al infierno. Ludo Totem, hijo de una familia de clase media venida a menos, es un antihéroe, un ser desencantado de la vida a los veintidós años. En plena crisis de confrontación entre la juventud y la madurez, entre una vocación discutible y un futuro incierto, vive una existencia de bohemia, bares y burdeles, pero también de deseos que no se realizan, de estudios sin entusiasmo y de proyectos que nunca se concretan. Se relaciona con prostitutas, proxenetas, contrabandistas, abogados, vendedores, choferes, sacerdotes, policías, marinos, parientes que sólo buscan salvar las apariencias, un primer amor que reaparece, aspirantes a escritores y profesores que se refugian en la literatura, todo ello en el marco de la Lima de mitad del siglo XX. Creyéndose inmune, Ludo se va degradando paulatinamente hasta caer en una espiral del crimen.

Los geniecillos dominicales, publicada en 1965 y considerada una de las primeras obras plenamente urbanas de América Latina, «representaba una nueva actitud literaria con mayor exactitud e intensidad que otras novelas contemporáneas o posteriores de mayor fama y difusión. […] De una manera lúcida y verdaderamente rotunda, Julio Ramón Ribeyro ha tocado el meollo de la nueva realidad urbana latinoamericana» (WASHINGTON DELGADO).

Lectulandia

Julio Ramón Ribeyro

Los geniecillos dominicales

ePub r1.0
jugaor 23.04.15

Julio Ramón Ribeyro, 1965
Prólogo: Washington Delgado
Cubierta basada en la primera edición

Editor digital: jugaor [www.epublibre.org]
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

2
aniversario
más libros, más libres
edición conmemorativa

Ribeyro y la imagen novelesca de la burguesía latinoamericana

Durante los últimos diez años[1] el género novelesco ha tenido un impresionante desarrollo en América latina que ha trascendido las fronteras continentales, ha conquistado la crítica, público y grandes editoriales de la vieja España y ha logrado, por último, un buen número de traducciones a las principales lenguas europeas.

Este movimiento literario ha significado, además, la liquidación de la que podríamos llamar novela realista latinoamericana, iniciada por *La vorágine* de José Eustasio [Rivera] y que culmina acaso en la obra de Miguel Ángel Asturias, lo que significa una vigencia de casi cuarenta años, durante los cuales desenvolvió en grandes frescos narrativos el gigantesco paisaje americano y los profundos conflictos sociales de sus pueblos. Este primer gran movimiento novelístico latinoamericano tuvo como características principales una temática agraria, una técnica realista, más próxima a la lección de los maestros rusos que a la del olímpico Flaubert, y un aire marcadamente épico.

Al cabo de casi cuarenta años de vigencia, que hemos indicado, la técnica narrativa realista y la problemática campesina terminaron por agotarse, por perder su eficacia artística, por no responder ya a las urgencias de la realidad.

Es casi evidente que los problemas sociales latinoamericanos en 1955 son muy diferentes a los de 1925 y que al término de la segunda gran guerra mundial los cambios producidos no podían dejar de tener una representación literaria distinta. Los cambios más visibles y de mayor influencia cultural fueron el crecimiento desmesurado de las ciudades capitales, la aparición de una clase media cada vez más grande y una nueva configuración de los conflictos campesinos. A este conjunto de acontecimientos sociales habría que agregar otro, exclusivamente literario: a lo largo del siglo XX los novelistas europeos y norteamericanos experimentaron una serie de procedimientos narrativos que sobrepasaban largamente el realismo clásico y que, dado el carácter universal y cosmopolita de la cultura contemporánea, no podían ser ignorados por los escritores al sur del Río Grande.

En el Perú los dos grandes representantes de la novela realista son Ciro Alegría y José María Arguedas. Ciro Alegría, quien escribe sus grandes novelas entre 1930 y 1940, pertenece clara y puramente al movimiento novelístico citado y descuella por la grandiosidad de sus paisajes, por su amplia visión de los conflictos propios del

habitante andino, por el continuo aliento épico de su prosa. José María Arguedas empieza su tarea narrativa poco después de 1930, pero como la continúa después de 1950 admite en sus últimas obras la influencia de la nueva novelística y así aparecen, en sus últimas obras, ambientes urbanos y conflictos sicológicos propios de la clase media. A pesar de todo, Arguedas continúa siendo, hasta el final, un novelista agrario, cuyos grandes temas son el paisaje andino y los sufrimientos del pueblo indio.

Hacia el año de 1950 se advierte en el Perú la decadencia del género novelístico de técnica estrictamente realista y dedicada a describir el mundo campesino. Entre 1950 y 1960 se inicia un movimiento renovador impulsado, principalmente, por tres escritores jóvenes que imponen nuevos temas y también nuevos procedimientos narrativos. Estos nuevos escritores son: Vargas Vicuña, Zavaleta y Ribeyro; los dos primeros se dedican todavía al relato de ambiente provinciano, pero su espíritu y sus técnicas son ya muy diferentes de los de Ciro Alegría o José María Arguedas. Eleodoro Vargas Vicuña es un narrador lírico, sumergido en el río primaveral de la parla campesina, cuyas aguas a veces turbulentas, decanta y perfuma con humanísima gracia poemática. Carlos E. Zavaleta se desentiende del aparato externo de los grandes conflictos sociales, que fueron el nervio de la literatura inmediatamente anterior, y revela en cambio las resonancias sicológicas profundas y complicadas del habitante andino, gracias al empleo de las novedosas técnicas y la observación individual y sagaz del mundo provinciano.

Antes de 1960, esta nueva narrativa se desarrolla, casi exclusivamente, en el terreno del cuento y el relato breve; apenas si podemos señalar una excepción importante: *Los Ingar*, de Carlos E. Zavaleta, novela corta que, por lo demás, debe formar parte de una saga novelesca amplia no completada hasta hoy por su autor. En este momento, que acaso podríamos llamar prenovelístico, aparece Julio Ramón Ribeyro y muestra desde el comienzo sus excelencias de cuentista. Si Zavaleta trae consigo las aportaciones técnicas europeas y norteamericanas, principalmente las de William Faulkner, Ribeyro se preocupa sobre todo por el sólido dominio de la estructura cuentística de acuerdo a los modelos clásicos de Flaubert, Chéjov y Maupassant, pero al mismo tiempo se preocupa también por el tratamiento de motivos fantásticos, cuya impronta kafkiana es claramente perceptible. Hay todavía otra influencia que señalar: la de Borges. En mayor o menor medida, todos los narradores latinoamericanos de hoy han cursado esta lección que les ha enseñado la adjetivación precisa, el ritmo fluido y apretado, el desdén por la retórica fácil y ripiosa. Aunque tal vez los relatos iniciales de Ribeyro no muestren la influencia de Borges de una manera tan inmediata y evidente como la de Maupassant o Kafka, lo cierto es que la sobriedad y cadencia de su prosa revelan un claro parentesco con el maestro argentino y resulta un evidente antecedente peruano del estilo borgiano de dos novelistas inmediatamente posteriores: Luis Loayza y Mario Vargas Llosa.

En sus comienzos literarios Julio Ramón Ribeyro pudo parecer menos brillante que otros escritores de su generación. Su prosa seca y directa no posee el poético

encanto sensual del *Ñahuín* de Vargas Vicuña, ni su técnica se sumerge en subyugantes complicaciones como ocurre en los relatos de Zavaleta. Sin embargo, Ribeyro recorre tenaz y seguramente su camino y a medida que avanza sus progresos se van haciendo cada vez más visibles. Aunque la crítica ha repetido continuamente que Ribeyro es un gran cuentista, debe reconocerse que es también un novelista muy importante y que sus dos novelas publicadas, *Crónica de San Gabriel* y *Los geniecillos dominicales*, poseen un valor singular, insuficientemente subrayado o destacado[2].

Crónica de San Gabriel, aparte de sus valores intrínsecos, que no es del caso examinar aquí, significa la liquidación de la novela épica agraria. Efectivamente, los héroes de esta novela de Ribeyro no son los trabajadores del campo, son los terratenientes quienes aparecen no en su despótica grandeza, como por ejemplo en *Gran señor y rajadiablos* del chileno Eduardo Barrios, sino en la hora de su decadencia, envilecidos y degradados.

Pero donde triunfa el nuevo tipo de novela, de ambiente urbano y sicología profunda, es en *Los geniecillos dominicales*, cuya importancia no fue debidamente advertida en su momento a causa de azares imprevistos y lamentables. Escrita inmediatamente después de *Crónica de San Gabriel*, ganó el primer premio en el concurso de novela convocado por el diario *Expreso* en 1963 y fue publicada en 1965. Por desgracia, su edición fue pésima, plagada de erratas, en formato, papel e impresión de pobreza extremada y realmente repudiable y, para colmo de males, no se imprimió un cuadernillo de ocho páginas, hacia el final de la obra, con lo cual el texto se volvió incomprensible. Dadas estas circunstancias penosas, resulta explicable que la novela no fuera debidamente aquilatada por la crítica del momento. En esos años, además, emergía el llamado *boom* literario de Latinoamérica, que en el plano continental desplazaba a la antigua novela épica y agraria y que, al afirmarse en un número relativamente grande de obras novedosas por el estilo y los temas, consiguió el favor de las grandes editoriales en lengua española; ante este alud novelístico *Los geniecillos dominicales*, pobremente impresa en una edición de alcances estrechamente nacionales, a pesar de la novedad de su contenido y de sus virtudes literarias, resbaló fácilmente hacia la ignorancia o el olvido.

Sin embargo, *Los geniecillos dominicales* significaba en el Perú el advenimiento de la novela urbana y representaba la nueva actitud literaria con mayor exactitud e intensidad que otras novelas contemporáneas o posteriores de mayor fama y difusión. Si la novela anterior a 1950 tuvo un carácter épico y estuvo dedicada casi exclusivamente a la descripción de ambientes provincianos y grandes conflictos sociales, la nueva novela desarrollada después de 1960 es predominantemente urbana, su carácter es lírico o puramente novelesco y los conflictos que describe son sicológicos[3]. En este sentido *Los geniecillos dominicales* no solamente constituye una de las primeras manifestaciones del nuevo arte de escribir novelas sino que posee, por lo tanto, un adelantado valor de novedad y también virtudes más

permanentes: la precisión ceñida del relato, la neta caracterización de los personajes y, sobre todo, la sólida configuración artística de la obra.

La novela urbana exige un estilo descriptivo distinto del de la novela agraria. En *Los geniecillos dominicales* ese estilo es acertadamente sobrio y rápido. Una burguesía más o menos floreciente, más o menos decaída, desfila en sucesivas páginas por una serie de lugares conocidos de la capital limeña: casas modestas, casas ricas, la vieja universidad, calles, plazas, bares y cafés del centro de Lima o de Miraflores, iglesias y burdeles. En ninguno de esos lugares se demora excesivamente la mirada del novelista, atenta más bien a los vaivenes sicológicos de los personajes, pero no incurre nunca en falsedad o escamoteo y como hábil pintor fija con dos o tres trazos el espacio necesario. Así debe ocurrir en el relato de ciudad, cuyo paisaje es abstracto y funcional, en contraste con la novela agraria y provinciana cuyos paisajes concretos, naturales y vivos adquieren categoría de personajes. Julio Ramón Ribeyro no solamente acierta en su acatamiento a los principios generales de la descripción urbana; demuestra, sobre todo, su maestría en la acumulación de pequeños detalles que le prestan al relato vivacidad, luz y armonía; no cae en la ramplonería ni en la nebulosidad de muchas novelas urbanas arrastradas por el prosaísmo del ambiente; Ribeyro con sabia economía gobierna la narración utilizando diversos procedimientos literarios.

Una virtud de la nueva novelística, admirablemente realizada por Julio Ramón Ribeyro, está constituida por el hábil manejo de las sicologías individuales. Aunque *Los geniecillos dominicales* sea una novela articulada alrededor de un carácter central, todos los personajes secundarios, estudiantes, maestros universitarios, parientes ricos, chulos y prostitutas, están claramente presentados mediante rasgos rápidos y seguros. Pero el protagonista de la novela es Ludo y en él Ribeyro ha concentrado su sagacidad sicológica; Ludo, como multitud de figuras novelescas, es un personaje ambiguo, un adolescente indeciso, un carácter informe. Resulta verdaderamente notable cómo Ribeyro ha delimitado esta ambigüedad, sin perderse en ella, como suele suceder a muchos novelistas, de tal modo que el relato no se vuelve nunca confuso, mantiene siempre una lúcida claridad magistral. Este personaje ambiguo, este carácter no formado, vive sumergido en un mundo igualmente equívoco, igualmente amorfo y sin ideales: el mundo de la ciudad burguesa latinoamericana. La conducta de Ludo, personaje paradigmático de un mundo pequeño burgués, está gobernada por motivos banales, por apetitos mezquinos o por ideales imprecisos que una realidad prosaica e implacable desmorona sin remedio. Éste es el valor supremo de la novela de Ribeyro: la demostración del contenido irrisorio del mundo pequeño burgués. La forma sobria y contundente, en que revela este contenido irrisorio, coloca a esta novela por encima de otras que han pretendido lo mismo y no lo han logrado tan cabalmente, aunque han gozado, luego, de mayor favor de la crítica y han logrado una más alta fortuna editorial. Un ejemplo bastará para subrayar esta virtud: la orgía que planea Ludo al comienzo de la novela.

Ya este primer proyecto del protagonista muestra una suerte de idealismo negativo, casi un antiideal limitado al goce de placeres puramente sensuales; pero incluso este ideal negativo se frustra y el personaje no alcanza siquiera la grandeza en el mal o en la perversión y termina por ser juguete de una farsa grotesca y deprimente. Nos encontramos aquí ante el primer gran motivo antiépico de la nueva novela latinoamericana: la mostración de un mundo degradado, sin grandeza ni en el bien ni en el mal, ni en el ideal ni en la praxis. Mundo cuya mayor heroicidad está simbolizada en el muchacho que sin agua ni jabón se afeita el bigote en seco. Heroicidad vacua, intrascendente, cómica y muy distinta del valor desesperado e ineficaz, pero trascendente y aleccionador, de los comuneros de Rumi barridos por la metralla, sin tierra por donde escapar, en un mundo ancho y ajeno. De una manera lúcida y verdaderamente rotunda Julio Ramón Ribeyro ha tocado el meollo de la nueva realidad urbana latinoamericana, ha señalado magistralmente el camino que desde hace diez años vienen recorriendo los novelistas contemporáneos, ha configurado en una bella imagen novelesca el contenido irrisorio de los actos y las ideas de la burguesía latinoamericana.

WASHINGTON DELGADO

los geniecillos dominicales

julio ramón ribeyro

Capítulo I

Porque hace calor, porque las máquinas de la oficina escriben, suman, restan y multiplican sin cesar, porque ha pasado en ómnibus durante tres años seguidos delante de esa casa horrible de la avenida Arequipa, durante tres años cuatro veces al día, es decir, tres mil seiscientas veces descontando los días feriados y las vacaciones, porque vio en la calle a ese viejo con la nariz tumefacta como una coliflor roja y a ese otro que en una esquina le metió el muñón en la cara pidiéndole un sol para comer, porque es 31 de diciembre en fin y está aburrido y con sed, por todo eso es que Ludo interrumpe el recurso de embargo que está redactando y lanza un gemido poderoso, como el que dan seguramente los ahorcados, los descuartizados. Un centenar de cráneos en su mayoría calvos vuelven hacia él la mirada y, poco acostumbrados a lo insólito como están, regresan la atención a sus pupitres. Ludo desgarra el recurso y en su lugar escribe su carta de renuncia. Su jefe trata de disuadirlo con untuosos argumentos, pero al atardecer Ludo abandona para siempre la Gran Firma, donde ha sudado y bostezado tres años sucesivos en plena juventud.

Mientras camina hacia el paradero del ómnibus se da cuenta de un detalle: que a veces basta tomar una determinación importante para que de nuestros ojos caiga el velo que tiende la rutina: sólo entonces vemos el verdadero rostro de las cosas. Así, mientras hace su camino, descubre que en la fachada de la iglesia de San Agustín hay un pórtico barroco digno de una erudita contemplación, que la gente que anda a su lado es fea, que hay multitud de bares con olor a chicharrón y que los avisos comerciales, tendidos en las estrechas calles de balcón a balcón, convierten el centro de Lima en el remedo de una urbe asiática construida por algún director de cine para los efectos de un film de espionaje. Ludo penetra en uno de los bares y pide una cerveza conmemorativa. Y ve entonces algo más: que en los bares de Lima no hay mujeres. Sólo grupos de machos ruidosos o melancólicos que comen panes grasientos y beben líquidos estimulantes. Y le basta comprobar esto para encontrarse poco después en la cola del ómnibus, incorporado nuevamente al ceniciento mundo de los empleados.

Llega a su casa con la doble depresión del día que termina y del año que se acaba. Mientras vaga por las habitaciones oscuras trata de encontrar en el año agotado uno de esos momentos dorados que hacen soportable la vida: no ve otra cosa que interminables viajes en ómnibus, colectivos, taxis y tranvías, que chatas casas

envueltas en una voluta de cornisas, que páginas de calendario amontonadas, que hombres mutilados o deformes, que mujeres de espaldas, que escribanías, que copias sucias de Derecho, que incursiones semanales a un bar de Surquillo. «El paraíso de la mediocridad», se dice y enciende la luz de su cuarto.

Del muro pende el retrato oval de su bisabuelo, un viejo óleo donde el ilustre jurisperito aparece calvo, orejón, en chaleco y terriblemente feo. Ese hombre vivió casi un siglo, presidió congresos, escribió eruditos tratados, se llenó de condecoraciones y de hijos, pronunció miles de conferencias, obligó a su inteligencia a un ritmo de trabajo industrial, para al fin de cuentas ocupar una tela mal pintada que ascendientes lejanos no sabrían dónde esconder.

«Ah, vejete y revejete, perdóname si he dejado el puesto. Por más que hagamos, siempre terminamos por convertirnos en retrato o en fotografía. Y cuidado con protestar, que te volteo contra la pared».

Ludo se ríe de su fácil chiste, con esa hilaridad ahogada que acomete a menudo a los solitarios, pero al ver una llave sobre su escritorio se contiene. Es una llave extraña que nunca ha visto en su vida. Cada casa, por pequeña que sea, tiene su paisaje carcelario donde reinan las cerraduras, los pestillos y las llaves. Ludo conoce el suyo de memoria, desde la llavecita del reloj de péndulo hasta esos artefactos ferrosos guardados en el armario, pertenecientes a puertas ya destruidas, a casas que se abandonaron y que la tradición familiar conserva no se sabe por qué, quizás como testimonio de que alguna vez se tuvo acceso a algún magnífico solar. Ludo coge la llave intrusa y se apresta a interrogarla, cuando escucha los pasos de su madre en el jardín.

La encuentra en la cocina, con el velo aún puesto y el devocionario en la mano. Apenas Ludo le muestra la llave, ella abre la boca: «Que Abelardo se fue hoy a la sierra con toda su familia, que dejó la llave de su casa y dijo que por favor fuera a dormir allí, que no sea que le roben, que últimamente hay muchos ladrones por la huaca».

Ludo ya no escucha el resto. Ese espacio que le abre la llave no puede ser otro que el espacio de la orgía, el lujoso escenario donde es necesario hacer convergir, por desquite, ese año miserable y darle, *in articulo mortis*, una apariencia de molicie. De inmediato se dirige hacia el teléfono. Con el fono aún en la mano espera que su madre penetre en su dormitorio y luego se comunica con Pirulo: «Habla Ludo. Tengo que darte dos noticias. Primero, he renunciado a mi puesto y me han dado cinco mil soles de indemnización. Segundo, mi tío Abelardo se ha ido a su hacienda y me ha dejado la llave de su casa. Si no comprendes eres un cretino. Te espero».

En la esquina compra una botella de cinzano y otra de pisco y después de dejarlas en su escritorio, al lado de novelas y de códigos, va al dormitorio de su hermano. En pijama, enredado en las frazadas, Armando duerme la siesta, una de esas siestas que se prolongan hasta el anochecer, se confunden con el reposo nocturno, amanecen abotagadas, renacen después del almuerzo, vuelven a penetrar en la noche,

interrumpidas tan sólo por desganadas comidas, para terminar de pronto en un día gris de la semana, sin memoria de su origen ni de su duración. Ludo anuncia que ha renunciado al puesto y que prepara una orgía para esa misma noche. Armando se hace repetir la noticia, pero ni siquiera cuando Ludo echa sobre el tablero de ajedrez su fajo de billetes, puede evitar el desplomarse sobre la almohada. «Eres un competidor de menos», agrega Ludo y recogiendo sus billetes regresa a su dormitorio para prepararse el primer capitán.

Después de mezclar el cinzano con el pisco y de beber un trago, Ludo siente que las malas bestias, que desde la presentación de su renuncia han comenzado a congregarse en una zona oscura de su conciencia, reptan hacia la luz, usurpando formas cada vez más inteligibles, hasta que por último se funden en una imagen humana: la imagen paternal: «Has abandonado el trabajo, renuncias a la oficina donde pasé mi vida, te mofas de tu porvenir, te adhieres al mundo del desorden, privas a tu madre de una ayuda, aceleras la decadencia». La andanada continúa, pero Ludo ha abierto la puerta de su dormitorio para respirar el aire del anochecer. Con su copa en la mano merodea por el pequeño jardín, donde cada yerba conoce algún enigma de su infancia. La Walkiria: ¿desde qué rincón observaba en sueños su perfil?

Su evocación es interrumpida por una especie de serpiente silbadora o de junco pensante que rampa por el muro. Sosteniendo sobre sus larguísimas piernas un tórax atrofiado y encima del tórax una cabeza casi del tamaño de un puño, Pirulo pone en práctica su costumbre de no penetrar en la casa sino como un secuestrador: por encima de la pared. Pronto cruza bajo el jazminero y se encuentra sonriente al lado de Ludo: «Hermanón, el plan anda firme. Al bajar del tranvía me encontré con el Sabido. Tiene seis hembritas del carajo. Pero hay que conseguir carro. Sin movilidad la cosa no marcha».

Ludo, sin responder, hace pasar a Pirulo a su dormitorio, le sirve el primer capitán y va directamente al teléfono. Al cabo de unos minutos regresa: «Está todo arreglado. Mi primo Nirro pone el carro. He llamado además a Pablo y a Manolo. Todos irán a las diez a la casa de mi tío». Pirulo se sirve un segundo capitán: «Debemos ir reconociendo el terreno». Ludo encorcha las botellas: «Allá debe haber trago, pero llevaremos éstas por si acaso. Espérame en la calle que salgo dentro de un rato».

Ludo va a la cocina y merodea un rato alrededor de su madre, que despluma unos patos: «Que no te hagas ilusiones, que estos patos no son para la cena de esta noche sino para el santo de Maruja mañana, que ya sé que no vendrás a las doce ni a comer un panetón». «He dejado el trabajo», la interrumpe Ludo. Su madre lo observa, con ese ligero temblor en los labios que anuncia alguna memorable admonición, pero su boca se mantiene cerrada y pronto sus manos encuentran sobre el buche del pato la tarea interrumpida. Ludo aguarda un momento, inquieto, decepcionado casi porque el reproche no llega y al fin, ahogado ya por tanto silencio, abandona rápidamente la cocina.

Al llegar a la mansión de su tío emprenden de inmediato la exploración. Para

empezar encienden todas las lámparas que encuentran a su paso, las que se precipitan desde el cielo raso con su cascada de falsas lágrimas de vidrio o las que surgen en cada consola, florecen en todas las mesas, púdicamente cubiertas con sus pantallas de seda. Sólo se detienen al descubrir el bar: un enorme recinto con mostrador, taburetes y un anaquel donde relucen un centenar de botellas. Pero, vana ilusión, con excepción de una de whisky y otra de anís del Mono, el resto están vacías. «Maldita sea la úlcera de mi tío», exclama Ludo mientras Pirulo corre a la refrigeradora para buscar hielo y preparar el primer trago. Después de hacer un brindis, organizan sus proyectos: «Suficiente cantidad de dormitorios. Comprar más trago. Poner música. Bailar. Elegir a su mujer. Evitar líos. Disminuir la luz. No beber mucho. A ellas en cambio emborracharlas. Después hacerlas bailar calatas». El plan se va perfeccionando por sucesivas adiciones y sustracciones hasta que por fin alcanza ese equilibrio laborioso, que hace inútil cualquier añadidura, por el temor de que una palabra más baste para que todo el edificio se derrumbe.

Una timbrada los sobresalta. «Pero si todavía no son las diez», protesta Ludo. Al abrir la puerta, penetra Armando, encorbatado, perfumado, buscando con la mirada invisibles presencias. «¿Dijiste algo de una orgía? Yo estaba medio dormido. ¿Dónde están las mujeres?». Ludo trata de expulsarlo, diciéndole que sobra pero Armando logra instalarse en un taburete: «De aquí nadie me mueve. Orgía. Quiero saber qué quiere decir esa palabra. Hasta ahora sólo la he visto escrita».

Ludo y Pirulo deliberan y acuerdan por fin aceptarlo. «Le diré a Manolo que no venga», dice Ludo cogiendo el teléfono, «y tú, Armando, si quieres quedarte aquí anda a comprar trago». Armando protesta: «Yo no soy el sirviente». Pero cuando ve alargarse hacia él un billete de cien soles, lo coge para añadir: «Me quedaré con el vuelto». Cuando sale, Pirulo pone un disco en el *pick-up*, mientras Ludo llama a la casa de Manolo y después cuelga: «Ya salió de su casa. Resulta que ahora sobra un hombre. Bueno, habrá guerra. El que no chapa mujer que se friegue».

A las diez en punto vuelve a sonar el timbre y el primo Nirro, acicalado, altísimo, con su ralo pelo rubio colado a su cráneo dolicocéfalo y su flotante terno de verano, aparece en el dintel: «Buenas noches a todos. El carro espera en la puerta. ¿Vamos a ir ya a buscarlas?».

Aún no le han respondido cuando Manolo y a los pocos segundos Pablo aparecen en la vereda. Ludo comprueba que por primera vez sus amigos llegan puntualmente a una cita y se dice que en una ciudad de masturbadores o putañeros no hay mejor cebo para asegurar el quórum de una reunión que ofrecerles a los comprometidos el premio de una mujer. «Bueno», dice, «Nirro, Pirulo y yo vamos a buscar a las mujeres. Ustedes pueden quedarse aquí oyendo música y tomando trago. Pero guarden el whisky para impresionarlas. Ya después le meteremos el cañazo».

El carro es un desastre. A las tres cuadras se planta. «Creo que no hay gasolina», dice Nirro. Ludo saca otro billete de cien: «Llénale el tanque». Diez minutos después continúan la marcha, por una ciudad de fiesta, que se desliza iluminada, engalanada,

como una novia borracha, entre moreras y petardos, quién sabe si hacia una luna de miel atroz, hacia un naufragio. «Esto es vivir», dice Pirulo. «Carro, trago, casa, buenas hembras… Lindo Año Nuevo. Por allí no, toma por la Alameda y cruza los rieles».

Nirro cuadra el carro frente a El Triunfo y precedidos por Pirulo penetran en el bar. A pesar de no ser medianoche ese bar es ya la república de las botellas. Por todo sitio se las ve: esbeltas sobre las mesas, tumbadas en las losetas, viajando hacia el gaznate de los bebedores u ordenadas, laicas, en las estanterías, esperando la leva final de la cual no se escapará ni el inocente jarabe de fresa ni el pisco Santa Rosa, quemador consagrado de estómagos. Pirulo se desplaza por ese recinto de vómitos y pugilatos como por un bosque familiar. Después de inspeccionar hasta en el urinario regresa trémulo: «No está el Sabido, mierda, y me dijo justamente a las diez». No hay más remedio que esperar. Ludo, embarcado ya en su lujoso proyecto, pide whisky para todos. Al segundo trago los batientes de la puerta se abren y el Sabido asoma su engominada peluca al final de un cuello ágil, donde un examen atento discriminaría manchas de carca. Al verlos muestra todos sus dientes: «Qué puntuales. Eufemia me espera afuera. Hay que ir por sus amigas. ¿Qué están tomando?». Acercándose al mostrador olfatea los vasos: «Caramba, trago fino, ¿me puedo pedir uno?». Ludo accede. «Pediré también uno para Eufemia. Voy a llamarla». Al minuto reaparece tirando del brazo a una zamba flaca que lleva un clavel detrás de la oreja. «¿Por qué no nos vamos de una vez a la fiesta?», protesta Eufemia. «Este lugar no me gusta. Está lleno de cholos». El Sabido le embute su whisky casi a la fuerza y un momento después están todos en la calle.

«Bueno, ahora vamos donde tus amigas». La zamba se alarma: «¿Qué amigas?». Pirulo y Ludo se miran. «Cómo, si tú me dijiste carajo que tenías unas amigas. No te hagas ahora la del culo angosto». Eufemia está ya sentada en el carro, al lado de Nirro: «Yo te dije que tenía amigas. Eso es todo». Ludo se acerca al oído de Pirulo: «Ensarte. No hay mujeres, no hay nada, la orgía se va al diablo». Pirulo se encara con el Sabido: «Ahora no te eches atrás. Dile a Eufemia que las consiga de donde sea. La orquesta está esperando. La gente también. Nos vas a aguar el pastel». El carro se ha puesto ya en movimiento. «¿Oyes, Eufemia? Mis amigos han preparado un fiestón con orquesta y todo. Búscate un par de zambas». Eufemia queda callada. «¿Y dónde van a entrar? Este carro es muy chico. Dobla a la derecha. Veré si está Rosa».

Empieza una ronda angustiosa por las calles de Surquillo. Cada dos o tres cuadras Eufemia obliga al carro a detenerse, desciende sola o con el Sabido y penetra en los callejones, en quintas o en chinganas de japoneses, de donde sale siempre diciendo «no está, no puede, está enferma». Cerca del cine Leoncio Prado encuentra a un soldado, al que quiere introducir en el carro diciendo que es su primo. Todos protestan. Al fin, de un edificio de la avenida Primavera sale con una buena noticia: «Eva se está vistiendo. Dice que le esperemos unos minutos». Las miradas de todos los hombres quedan posadas en la puerta del edificio, esperando la aparición de Eva.

No se habla. El carro está lleno de un espeso sabor a Chesterfield.

Una extraña entidad desciende las escaleras, vacila sobre la calzada y avanza resueltamente hacia el automóvil. Al principio no saben si se trata de una niña, de una vieja o de una jorobada. En todo caso debe ser algo muy pequeño pues cuando llega al carro, su rostro alcanza apenas a mirar por las ventanillas. «Yo no entro aquí, hay muchos hombres». Eufemia ríe: «Pasa, Eva, siéntate a mi lado. Las otras chicas ya están en la fiesta». Eva se encarama y da su manita blanda al grupo de hombres, que al comprobar de cerca la verdad de esa pobre naturaleza humana no tienen fuerzas para hablar y balbucean su presentación. El carro vuelve a partir. «Nos jodimos», dice Pirulo a Ludo. «Ahora que lleguemos con este cargamento nos van a linchar». En el espejo de retrovisión ven las cejas del primo Nirro, fruncidas, gravísimas, como si llevara un cortejo rumbo al cementerio.

Armando, Manolo y Pablo estaban en la puerta, impacientes, fumando. Apenas ven aparecer el automóvil se precipitan hacia sus portezuelas. Desde un balcón lejano, alguien que no pudiera percibir los detalles de la escena, la juzgaría así: tres puntos se aproximan a un rectángulo motorizado y son repelidos por él con una fuerza igualmente proporcional a la utilizada en su acercamiento. Cuando Eva y Eufemia cruzan el dintel, los hombres se han refugiado en las profundidades del bar. Ellas avanzan con cautela por las salas espaciosas, mirando el techo, las paredes, no con admiración, sino con una invencible desconfianza, como si alguien les fuera a saltar sobre la espalda. «Pero si no hay nadie. ¿Dónde está la gente? No se oye la orquesta». El Sabido las sigue: «Cállate, imbécil. ¿No sabes que en las casas decentes la farra empieza después de las doce?». Cuando entran al bar ven una mesa con tapete verde, desde la cual Armando, Manolo y Pablo fuman sus cigarrillos y las examinan sin clemencia.

Ludo, Pirulo y Nirro, que forman la retaguardia, aparecen. Ludo comprueba que la reunión está tomando un cariz funerario: «Están en su casa, sírvanse lo que quieran. Vamos a poner música». El Sabido se precipita hacia el mostrador, toma la botella de whisky para observarla al trasluz, la arroja y se sirve anís del Mono en un vaso. Eufemia lanza una mirada circular: «Se parece a la casa de mi tía Perla».

Ludo se retira a la cocina para buscar hielo. Armando, Manolo y Pablo, que desde hace rato forman una entidad indisoluble, una especie de monstruo tricéfalo, lo siguen para arrinconarlo contra el lavadero: «Cabrón, ¿a esto le llamas orgía?». Ludo se sirve un vaso de agua: «Ataquen a la enana. El Sabido nos ha engañado. Y si están aburridos, lárguense de aquí».

Cuando regresan al bar, el Sabido ha puesto ya un mambo y desde lejos, contorsionándose, invita a bailar a su mujer. Nirro lee un periódico en un sillón, mientras Pirulo inspecciona las botellas. La enana permanece de pie, contra la pared, con su cartera en la mano, pestañeando, desorientada, indecisa, sin saber si debe beber, bailar, llorar o desaparecer a la carrera. Ludo sirve dos cuba-libres y se acerca a ella: «Toma, está suave». Mientras beben observan que el Sabido y Eufemia han

organizado ya su fiesta particular: al bailar, la falda se eleva en un torbellino y la mano diestra busca del magro muslo la zona calurosa. Cuando Nirro doblando su periódico se anima a reclamar una pieza, el Sabido lo aparta con la mano: «Quita, mierda». Pirulo ha encontrado consolación en los golletes del aguardiente y la enana se esfuma por la mampara que lleva a la terraza. Ludo, con su vaso en la mano, la sigue.

Empieza entonces un extraño ballet cerca de los cipreses. No es un diálogo impersonal, ni una corte de amor, ni una persecución. Ludo, dueño aún de sí mismo, sigue a la enana, conducido por una especie de cólera sorda o de estandarte viril. La enana avanza, se detiene, reanuda su marcha, se apoya en un muro, pensativa, vigilante. Ludo la roza para hacerle una alusión metafísica al Año Nuevo o se aleja de ella dialogando con su copa. De pronto la enana se escabulle por una puerta que comunica con los patios de la servidumbre. Ludo arroja su copa al suelo y emprende la cacería.

Él no conoce bien la casa y lo primero que siente contra su nariz es la adhesión de cuatro sábanas tendidas que le cierran el paso. Pero, por debajo de ellas, percibe dos pantorrillas ágiles a punto de subir una escalera. Apartando las sábanas a trompadas, cruza una zona oscura, reconoce a la enana en lo alto a punto de tomar el pasadizo y empieza a subir de cuatro en cuatro los escalones.

Ahora recuerda: después de ese pasadizo debe haber un living al cual convergen la mayoría de los dormitorios. Guiado por las luces que la enana va encendiendo, llega hasta un sofá, donde su presa se ha ovillado en una posición equívoca, que Ludo considera como una espera, pero que en realidad es una compresión de todos sus miembros, destinada a la acumulación de un mayor impulso, pues apenas Ludo llega a su lado, la enana se eleva por los aires, cruza una distancia asombrosa sin tocar el suelo y desaparece por la puerta de la biblioteca. Ludo, cegado ya su príapo triunfante, quiere atraparla al vuelo, se va de narices contra la pared y cambiando de rumbo penetra en la biblioteca. Eva gira alrededor de la mesa, le arroja un secante, luego un pisapapel de vidrio. Ludo juzga obvias las palabras y se limita a perseguirla. Finalmente opta por la treta de sorprenderla debajo de la mesa, pero cuando introduce los hombros bajo la superficie de cedro, la forma vuelve a elevarse, esta vez por encima del escritorio, y reingresa al living.

El juego continúa. La enana en su fuga cierra tras ella las puertas o apaga las luces. Ludo vuelve a abrir unas y a encender las otras. Atraviesan raudamente aposentos donde espejos de roperos y tocadores le devuelven a Ludo imágenes fragmentadas y fugaces de su apariencia: piernas flexionadas, brazos que nadan, su torso encorvado, su corbata al viento o su propio rostro lívido, transfigurado. En el dormitorio de su primo logró cogerla del talle. Más lejos, sobre la cama de la prima Angelita pudo rozar la convexidad de sus nalgas. En el amplísimo lecho matrimonial de sus tíos hubo una revolcada heroica, pero sin consecuencias. En la sala de costura rompieron vanamente una lámpara. Se produjo una especie de tregua en el cuarto de

la gobernanta, donde la enana que resbaló sobre el encerado alegó haberse luxado un tobillo. Luego la montería continuó, encarnizadamente, por el baño de mayólicas verdes, por el de azulejos, hasta que al fin, su príapo ya declinante, Ludo ve que la enana abandona los espacios cubiertos para lanzarse por las escaleras de la azotea.

La sigue sin convicción, bajo el cielo atravesado de petardos y por los estertores que la fugitiva va dejando a su paso adivina que está en uno de los cuartos de sirvientes. Al encender la luz la descubre tendida de vientre en la cama, exhausta, mirándolo aterrada. Con el derecho del vencedor se acerca a ella y le arranca la falda de un tirón. Se proyecta ya enérgicamente sobre sus nalgas cuando un resto de lucidez le permite registrar un calzón mugriento, con un enorme agujero por donde un glúteo intocado respira. Entonces ya no puede más: toda su fatiga, toda su vergüenza, todo su asco, todo su alcohol le remontan a la cabeza, el cuarto se pone a girar vertiginosamente, y sin ver la última, la impecable parábola que describe la enana al abandonar el cuarto, llevándose en una mano su falda como un cometa su cola, cae de bruces vomitando sobre la almohada de paja.

En ese momento la ciudad de Lima lanzó su poderoso clamor de campanadas al vuelo, de cohetones, de bocinas de automóviles, saludando al Año Nuevo que llegaba.

Capítulo II

El balance de esta frustrada orgía fue el siguiente (para la contabilidad del tío Abelardo): consumiciones: una botella de whisky y otra de anís del Mono; roturas: cuatro vasos de baccará, un cenicero de mayólica, un cristal de la ventana y una lámpara de mesa; extravíos: una copa que Ludo tiró al jardín y que no pudo encontrar por más que la buscó en cuatro pies por los geranios; robos: el reloj de mesa del bar, hurtado aparentemente por el Sabido; daños menores: una quemadura de cigarro en la alfombra del living (autor desconocido). También se produjeron algunos ingresos: tres de las botellas de Coca-Cola que nadie quiso beber; un arete, perteneciente presumiblemente a la enana y perdido durante su alocada fuga; un calzoncillo misterioso encontrado en el baño. Ludo, al día siguiente, aún medio borracho, hizo minuciosamente este recuento, ayudado por Pirulo quien se ocupaba de reunir los puchos sobrantes y componer con ellos larguísimos cigarros.

El balance se agravó en detrimento de la casa cuando, ocupados en destruir el desorden, hallaron una refundida botella de gin inglés. Pirulo sostuvo que no había angustia, cualquiera que fuese su origen, capaz de resistir un trago de gin en ayunas. En efecto, después del primer trago todo ese malestar indeterminado que flotaba en sus venas como una maldición coloidal se precipitó en sus estómagos bajo la forma de una sed implacable y hubieran seguido bebiendo si el teléfono no retintara. Ludo escuchó la voz de su madre: «Que ya son las tres de la tarde, que acuérdate que es santo de Maruja, que Armando llegó esta madrugada borracho». Ludo colgó el fono: «Tenemos gran almuerzo. Quítate la mugre de encima y disponte a departir civilmente con mis tías». Pirulo fue a ducharse mientras Ludo, que había dormido de un tirón y vestido en la cama de la sirvienta, planchó concienzudamente su pantalón.

En efecto, la casa estaba llena de tías. Todas devotas, sacrificadas y de una honestidad que rebasaba con largueza los límites de sus parroquias. Ludo se deslizó ante ellas como por una cripta, abandonó a Pirulo al interrogatorio de sus parientes y se introdujo en la cocina, donde su madre rodeada no sólo de las sirvientas de Maruja sino de las sirvientas de todas sus tías daba los últimos toques al arroz con pato. «Feliz Año Nuevo», dijo poniéndole el índice en el hombro, contacto extremo al cual lo llevaba su amor filial. Su madre no hizo otra cosa que descolgarle una mirada oblicua, una de esas miradas que Ludo consideraba como una síntesis celeste de aprehensión y de juzgamiento. Esa mirada lo vio todo: sus ojos hinchados, su palidez

de trasnochador, un botón de menos en su camisa y expresó en el acto su veredicto con dos términos casi equivalentes: haragán y vicioso. Ludo se dio media vuelta y con otra mirada, heredada por línea materna, registró en un tiempo infinitesimal las posibilidades carnales de la servidumbre. Nada le llamó la atención porque de inmediato volvió a mirar a su madre y algo vería en ella de menesteroso, pues su mano, por un simple reflejo, sin que mediara ninguna cogitación, extrajo un billete de quinientos soles de su bolsillo y lo introdujo en el mandil maternal: «Tu regalo de Año Nuevo». Sin esperar su reacción voló hacia la sala al rescate de Pirulo. Lo divisó arrinconado contra la pared, privado de cigarrillos y de copas, con sus enormes brazos inútiles, cercado de tías, en trance de reinventar tal vez su vida, porque las señoras lo miraban aprobativamente y repetían: «Es un muchacho de porvenir».

Ludo, desde lejos, le tendió una frase, como quien le tiende una soga a un náufrago y, prendido de ella, Pirulo fue abandonando el piélago hasta que, después de eludir los últimos escollos, sobre todo el arrecife de tía Edelviges contra el cual no había cristiano que no encallara, llegó sano y salvo al patio de los hombres. Pero allí los esperaba otro peligro que ni el mismo Ludo había previsto: el remolino verbal de su cuñado Genaro. No sólo era la cantidad de palabras que podía pronunciar matemáticamente en una limitada fracción de tiempo, sino el volumen descomunal de su discurso. Pero al menos a la sombra de Genaro uno podía tener la seguridad de comer y beber en paz, puesto que nunca sería interrogado. Pirulo y Ludo de pie, ya que eso de sentarse a la mesa era una fórmula caduca, comenzaron a realizar el milagro de la multiplicación de las manos: sostener al mismo tiempo el plato de tamales, los cubiertos, el vaso de vino, el pan y la servilleta.

La reunión continuó a lo largo de la tarde, sin saberse cómo había comenzado ni a qué horas habría de terminar. Los santos de Maruja eran siempre así: un tráfico continuo de personas que llegaban y de otras que se iban y de cuya masiva afluencia, concentrada en un momento imprevisible, dependía el que luego se hablara de almuerzo, de lonche o de comida. A veces, pequeños incidentes, como la caída de un primo por las escaleras o un buen chiste que tuvo la fortuna de ser escuchado por todos, reemplazaban al número y servían para calificar gastronómicamente la naturaleza de la reunión. Para Ludo ese día fue lonche, pues a esa hora llegó su abuela paterna. Era una de las pocas personas en su familia con la cual se sentía de inmediato en comunicación. Ludo la admiraba porque tuvo una juventud desordenada, amaba el lujo, no iba nunca a misa y era de una prodigalidad casi pecaminosa. La vieja vivía idealmente aún en esa Lima feliz en la cual se creía en las virtudes curativas de la leche y en la decencia del ocio.

Después de haber comido y bebido cuanto les fue presentado, hacia el atardecer Ludo y Pirulo se encontraron en el círculo de las primas, solteras y castísimas, enterrando sus sucios hocicos en un plato de helados. Alguien amenazaba con un baile familiar y ya Genaro, promotor de toda iniciativa donde prevaleciera la palabra o el movimiento, había embarcado a Maruja, que protestaba, en la vorágine de una

polca. Ludo y Pirulo que eran malos bailarines decidieron desembotarse respirando un poco de aire marino y salieron a la calle.

Pronto fueron los únicos clientes de esos crepúsculos limeños que se mueren solitarios, avergonzados, sobre la baranda del malecón. Ludo miraba el mar, la isla de San Lorenzo, acordándose de su padre, cuando muchos años atrás los llevaba de la mano, por la entonces ancha calle de tierra, para mirar el poniente. Lo que Ludo vio esas tardes jamás pudo olvidarlo: su padre, casi en vísperas de morirse, recortado contra trenes de fuego, contra horizontes de aves estercoleras, contemplando angustiado la tarde, fascinado quizás por la parábola solar, perfectamente cumplida, tan diferente a su vida malograda en pleno vuelo, lejos aún de la majestad de la declinación.

«Hermanón, estoy medio zampado», balbuceó Pirulo y se llevó la mano al bolsillo de su saco. Ludo adivinó: se avecinaba uno de esos momentos de intimidad en los cuales era inevitable el intercambio de papeles escritos. Pirulo ya extraía una hoja de cuaderno que desdobló con infinito cuidado. «¿Sonetazo?», preguntó Ludo. Pirulo sonrió: «No, metafísica». Ludo cogió el papel y le echó una ojeada. «Espacio sujeto a forma», comentó pedantescamente. «Un profesor cabezón, ya lo sé», exclamó Pirulo, «Patio de Letras, año 1946, lo veo claramente». Enseguida recuperó su papel y saltó la baranda del malecón, perdiéndose tras el desmonte. Ludo hurgó en sus bolsillos a la caza de algún papel vengador, pero lo único que halló fue el arete de la enana. Cuando Pirulo regresó diciendo que su metafísica le había sido utilísima, Ludo estaba distraído, jugando con el arete de la enana y ni siquiera escuchó las propuestas de Pirulo para atravesar los rieles y perderse en los laberintos de Surquillo. «Regreso donde Maruja», dijo echándose a caminar. Pirulo lo siguió, tentándolo aún, pero lo único que consiguió antes de partir hacia su cerveza fue darle un sablazo de cien soles.

Cuando Ludo regresó a la casa vio que la mesa del comedor desaparecía bajo esa colección de bocaditos que honran el fino sentido que de los matices tiene el paladar limeño. En otras circunstancias se hubiera detenido para analizar el origen histórico, la forma, el color, la composición, la función y las correspondencias que con el temperamento de sus habitantes tenía cada una de esas invenciones, pero desde que estuviera en el malecón sólo le interesaba capturar a su tío Gonzalo. Lo divisó en un extremo, paladeando un copetín de pisco. Tomándole del brazo lo llevó a un lado: «Después de la comida daremos una vuelta juntos». Gonzalo lo miró sorprendido: «Pero ¿qué te pasa? ¿Quieres que te dé tu golpe? Anda tranquilito no más y no me faltes el respeto». Enseguida se echó a reír con toda la cara, como él sabía hacerlo. Ludo admiró un momento su precoz calvicie, decorosa en verdad, pues provenía no sólo de la rutina sino también de la depravación. «Quiero hacer un poco de vida nocturna», añadió. Gonzalo se puso serio: «Quita de acá. Yo no pago tus vicios. ¿Tienes plata acaso?». Ludo se palpó el bolsillo del pantalón: «¿No ves el rollo?». Gonzalo lo amenazó con un recto al hígado: «Hablaremos más tarde».

Y más tarde ambos rodaban en un taxi rumbo a las calles de Lima. Ludo esperó que cruzarían los rieles por esa zona inquieta de La Victoria, que siempre fue para Ludo la tierra de los escándalos, pero Gonzalo ordenó al carro detenerse en Santa Beatriz: «Todavía es un poco temprano. Veré un momento a unos amigos». No entraron a una casa ni a un bar sino a una pulpería. Gonzalo, como muchos cuarentones, no se habituaba aún a los bares modernos y prefería beber en la trastienda de las pulperías, de pie, junto a los urinarios. Una población ferial se encorvaba sobre el mostrador de palo, chupando sus alcoholes. Gonzalo saludó a varios, presentó a Ludo y encargó una dosis. Al parecer en esa vil trastienda había una atmósfera de familia que se manifestaba por convenciones lingüísticas: por dosis el chino trajo una botella que contenía un líquido oscuro, en el cual Ludo, después de catarlo, reconoció la mezcla devorante de pisco y Coca-Cola. «Esto es lo mejor», dijo seriamente Gonzalo, «lo único que no me da dolor de cabeza». Ludo bebió con los bebedores, discutió con los discutidores, pero sin dejar de mirar con añoranza hacia la puerta, donde la noche se espesaba.

«Vámonos ya», dijo al cabo de media hora. Gonzalo había olvidado completamente el objeto de esa salida: «¿Adónde?». Ludo se sintió defraudado: «No tengo mucho tiempo que perder. Te he dicho que quiero hacer vida nocturna. Si no vienes, me voy solo». Gonzalo se cuadró nuevamente, le dirigió un gancho al estómago, pero cambiando la dirección de su impulso avanzó la mano hacia su vaso: «El último». Se lo tomó de un soplo, escupió y se desplazó hacia la puerta: «Sígueme».

Caminaron todavía un rato por las calles de Santa Beatriz. Ludo pedía un taxi, pero Gonzalo insistía en buscar por los meandros de su borrachera la casa de un tal Luque, propietario de un carro de plaza: «Nos llevará gratis. Ya verás. Es mi compinche». Al fin la encontraron. Salió un negro en pijama. «Vístete carajo, ponte tu terno carajo», decía Gonzalo. El negro protestaba, pero al poco rato reapareció vestido. Mientras caminaban hacia un taxi estacionado a la vuelta, Gonzalo insultó a su amigo, hizo apartes con él, lo empujó contra las paredes y le descargó toda la variedad de golpes con que antes había amenazado vanamente a Ludo. «Eres una mierda, yo gano más que tú, dentro de siete años me jubilo con sueldo completo». El negro se limitaba a cubrirse. «No tan fuerte, viejo, la última vez me hinchaste el brazo y no pude manejar». Gonzalo se contuvo: «Tienes que aguantar, zambo de mierda, si quieres salir con unos caballeros». Por último el taxi comenzó a rodar por los senderos del Parque Sucre, bajo los ficus agusanados y cruzó los rieles del Estadio Nacional. «Donde Nanette», ordenó Gonzalo.

Este solo nombre, que Ludo escuchara a sus amigos nocherniegos, estaba rodeado de un prestigio tan exquisito que su imaginación, alimentada hasta entonces por los lenocinios de baja calaña, no sabía qué opulencia acordarle. La idea de la suntuosidad y al mismo tiempo de la clandestinidad le venía a la mente y le auguraba un escenario irresistible donde corría el champán y se revolcaban por el suelo banqueros de frac.

Por eso, cuando el carro se detuvo frente a la fachada sórdida de una casa vulgar en una calle sin misterio, Ludo maldijo el espíritu bromista de su tío Gonzalo: «¿No habías dicho donde Nanette?». Gonzalo se limitó a señalar una puerta: «Allí es».

Ludo sólo recordó haber recorrido una especie de pensión, es decir, una sucesión de habitaciones atestadas de vieja mueblería y de mujeres agotadas, donde la gente circulaba, se tropezaba, se perdía en los brumosos umbrales, reaparecía en el bar, siempre inquieta, siempre frustrada, condenada a un circuito vicioso que no mostraba otra cosa que los mismos rostros de hombres angustiados y de las mismas mujeres hundidas en sillones, fumando, sin otra vida que la de sus ojos pintados, abiertos sobre esa migración de machos sombríos, impotentes tal vez o podridos, a la caza de no se sabe qué vergonzosa compensación.

Gonzalo acarició a una mujer, besuqueó a otra, intervino en una discusión, estuvo a punto de provocar una riña, cabeceó a un borracho testarudo y dio la orden de partida. Pronto Ludo y el negro Luque (que participaba en esta empresa no se sabe con qué título, si como chofer o como amigo) siguieron a Gonzalo por el itinerario de sus placeres. Gonzalo, al parecer, no tenía un objetivo determinado. Él entraba a los prostíbulos como los devotos a las iglesias (lo que alguien decía de Baudelaire): por costumbre. Era un rito pagano que tenía sus gestos litúrgicos, sus abluciones y sus consignas. Ludo trataba en vano de adivinar qué santo y seña depositaba en el oído de ciertos porteros hoscos para que las puertas se le abrieran de par en par, con el aderezo de una reverencia o cuál era el contexto tonal o fisonómico de ciertas fórmulas insípidas como «Hola, negra» o «Qué rica estás» para que las meretrices se le echaran encima como a los brazos de un amante recuperado. Acariciar a la patrona, poner un disco en el *juke-box*, bailar con una pelandusca, invitar una cerveza, eran las formas exteriores de una disposición mucho más profunda, que no admitía falsificación, pues cuando Ludo trató de ensayar algunas de las actitudes de Gonzalo se dio cuenta que no iban con su apariencia y que sólo producían a su alrededor el estupor o el vacío.

El carro zigzagueó de un lado a otro de los rieles. Gonzalo siempre comandaba e imponía a los demás un caprichoso horario de permanencias o de partidas, que aparentemente no tenía justificación, pues apenas se atrevía a husmear por locales inquietantes o se aletargaba en otros de una insidiosa vulgaridad. Ludo no hablaba, respiraba a pequeños sorbos y dirigía todo el impulso de su atención al descubrimiento de lo dorado. Pronto tuvo la enojosa impresión de estar visitando los mismos lugares o de estar viendo a las mismas mujeres o lo que era peor a los mismos putañeros. Todos los burdeles se parecían y todas las rameras parecían acuñadas por un mismo y maldito golpe del destino. Tan sólo cuando el carro mostró su preferencia por las avenidas que iban al Callao sorprendió ciertos reductos más originales, pero que a su vez empezaron a repetirse: mocerías tropicales, dotadas de enormes patios descubiertos, con columnas que sostenían civiles enredaderas y bombillas de colores y donde reinaba un falso aire de jungla, poblada de mesitas

donde dormían borrachos y bostezaban mujeres, mientras al fondo, en lo que debía ser el sanctasanctórum de esa lujuriosa catedral, una orquesta de arrabal acompañaba a un enano que cantaba un tango de Gardel. Y como toda esta gira estaba regada con cerveza, Ludo, a las cuatro de la mañana, se sintió exhausto, ebrio y al borde una vez más de la derrota.

La sabiduría de Gonzalo llegó a su fin. Sus decisiones se hicieron vacilantes. Desvarió acerca de lugares alucinantes, situados en Barranco o en Chosica, adonde era necesario ingresar previa recomendación de un ministro. Por un momento Ludo se entusiasmó, pues entrevió la posibilidad de una vida erótica subterránea, apartada de las grandes rutas y donde no valían las consignas ordinarias. Pero Gonzalo se enredó, mostró todos los signos del hombre ya desprovisto de recursos y ordenó regresar a La Victoria.

Sólo faltaba eso: otra vez en el jirón Huatica. Amanecía. Una sucesión de puertas cerradas. Corredores que apestaban a creso. De vez en cuando una ventana abierta al alba, donde se veía una polaca insomne y septuagenaria, esperando a algún marinero tardío, algún ebrio sin memoria capaz de naufragar hipando entre sus muslos fofos. Y así llegaron hasta la última cuadra, la que lindaba con los corralones.

Vieron una luz verde sobre un portón. ¿Por qué lo cruzaron? ¿Qué buscaban en suma después de tanta fatiga? Ludo sólo lo supo cuando luego de parpadear en la ruidosa sala, vio al fondo de la pieza lo que desde el atardecer, al lado del mar, mientras pensaba en la muerte, esperaba: una mujer que lo mirara con esa mirada posesiva y al mismo tiempo un poco ansiosa, que participaba en algo de la mirada de su madre, pero también de su propia mirada en el espejo. Y esa mujer, apenas lo vio, abandonó el mostrador donde estaba recostada y avanzó hacia él, decididamente, como si la cita hubiera estado concertada.

Capítulo III

Estrella, desnuda, en puntas de pie, se deslizaba por el aposento contemplando los objetos. Sin esperar ninguna autorización comenzó a pintarse las cejas con el lápiz de tía Carmela, se echó su perfume, usó sus polvos y presa de un afán de posesión, se lanzó sobre un armario de donde comenzó a sacar sombreros que se probaba y arrojaba al suelo, mirándose en el espejo del tocador y dando gritos de júbilo. Ludo contemplaba este ceremonial un poco perplejo. «¿Esto me lo regalas?», preguntó de pronto mostrándole un gorrito de piel, «tu mamá no se dará cuenta». Ludo recordó que a mala hora le había dicho que esa casa era suya. «Llévatelo», respondió para no defraudarla. De inmediato Estrella corrió a la silla donde había dejado su ropa y metió el gorro en su bolso. Aún dio unas vueltas más por el cuarto, acarició con el dedo una porcelana de Sèvres, encendió un cigarrillo y quedó por último sentada en un taburete, balanceando una pierna. En el momento en que Ludo, imitando a un cuadrúpedo, avanzaba sobre la alfombra con la intención de mordisquearle un pie, Estrella lo emparó avanzando una pierna hacia delante: «Me voy. Dame doscientos soles». Ese pedido le recordó a Ludo el carácter mezquino de toda esa aventura. «Pero si ya le di a la dueña del burdel», protestó. Estrella se puso de pie para buscar su ropa interior: «Ya sé, pero eso era una propina para ella. ¿No te acuerdas lo que te dijo? Que te llevabas a la joya de la casa». Ludo buscó alguna compensación: «Te los daré, pero apenas son las once. Quédate hasta la tarde». Estrella se había puesto el calzón: «¿Y a qué horas voy a dormir?». Ludo fue hasta su pantalón y sacó el rollo de billetes. «Toma», dijo alargando cien soles. Estrella miró el fajo que Ludo mantenía en la mano: «¿Tú eres millonario? Yo pensaba que los millonarios eran sólo viejos. Y mira, tienes además buenas piernas». Ludo señaló sus costillas: «¿Y esto?». «Las mujeres sólo miramos las piernas», suspiró Estrella, «te dije doscientos soles. Abróchame el sostén». Ludo se abocó a esta tarea con aplicación, mientras Estrella le decía que no debería tirar su pantalón al suelo, que su ropa se iba a llenar de tierra. «Mirándolo bien», añadió, «¿por qué no nos vamos a Paracas? Al hotel. No lo conozco, pero dicen que es lindo. Vamos en tu carro. En el camino me enseñas a manejar». Ludo interrumpió su trabajo. «¿Qué? ¿No te gusta la idea? Tres días en Paracas, como recién casados». Ludo abotonó el último broche: «Mi papá se ha llevado el carro a la sierra. ¿No te lo dije ayer?… Pero claro, se puede, es decir, propongo, podemos ir en ómnibus». Estrella se pasó su vestido: «Será para otra vez

entonces. ¿Me llamas un taxi?». Ludo cogió el teléfono del velador y lo puso sobre la cama. «Quiero verte esta noche», dijo, «palabra de honor que quiero verte». «Por supuesto, pero pasa temprano. Después de las doce a lo mejor no me encuentras».

A las diez de la noche Ludo estaba nuevamente en La Victoria. Cuando ingresó al burdel la patrona le dijo que no. Ludo se entretuvo metiendo monedas en el *juke-box*. Le dijo que Estrella no había llegado. En los taburetes del bar había tres o cuatro clientes que bebían sin entusiasmo su cerveza. Uno de ellos incluso, calvo y con anteojos, sacó un periódico del bolsillo y comenzó a hacer palabras cruzadas. Las pocas mujeres disponibles iban y venían del salón al interior, mirando furtivamente a los bebedores o abordándolos con coqueterías que les deparaban apenas el obsequio de un cigarrillo. Ludo se sintió un poco desairado, como la persona que por exceso de celo ingresa a un teatro una hora antes de que se levante el telón.

Al poco rato el local comenzó a animarse. Un grupo de amigos, que salía seguramente de un chifa, ingresó ruidosamente, sacó a bailar a las mujeres, bebió una rueda en el mostrador y con la esperanza de un mejor hallazgo se fue al burdel vecino. Otros grupos se sucedieron. A veces penetraba un solitario, se detenía a pocos pasos de la puerta, lanzaba una mirada diestra a las mujeres y se retiraba o se quedaba según el resultado de su pesquisa. Si ésta era positiva, merodeaba un rato por el bar, se acercaba oblicuamente a su elegida, le cuchicheaba algo al oído y desaparecía con ella por el corredor.

Cuando Ludo hubo puesto los veinticuatro discos del *juke-box* y se aprestaba a repetir en orden la operación, la puerta de la calle se abrió y penetró Estrella, llevando en la cabeza el gorrito de piel que se hiciera obsequiar esa mañana. Estrella entreabrió los brazos y ya Ludo se aprestaba a darle el encuentro cuando notó que ese gesto no estaba dirigido a él sino al hombre que en el mostrador hacía palabras cruzadas. Éste arrojó su periódico al suelo, saltó de su taburete y pronto estuvo prendido de Estrella. «¿Ya de vuelta?», preguntó ésta. «Estuve sólo quince días», contestó el gordito, «mucho calor en Piura. ¿De dónde has sacado ese gorro?».

Estrella iba a responder cuando divisó a Ludo, de pie, a medio camino entre la radiola y el centro de la sala. De inmediato emitió un grito y separándose de su amigo quedó indecisa a igual distancia de uno y de otro, mirándolos alternativamente. «Seguro que acabas de llegar», dijo amenazando a Ludo con el dedo, «te estuve esperando hasta las once». La mentira era flagrante. «Es verdad», transigió Ludo, «tuve que hacer». El gordito avanzó un paso, visiblemente confundido por esa interferencia y miró a Ludo en forma retadora. Su calva era irremisible, sin recursos, y sus dos ojitos inquisidores recorrían a Ludo con movimientos rápidos e imprevisibles, como los que describen las cabezas de las gallinas. Estrella se llevó a Ludo a un rincón: «¿Me puedes esperar hasta la una? Creí que no ibas a venir. Mira, tómate una cerveza. Tengo que conversar con este señor». Ludo vaciló, pero ya Estrella lo arrastraba al bar y pedía a la patrona una botella de Cristal para su cliente.

Ludo empezó a beber. De soslayo observaba a Estrella y al gordo que bailaban. A

veces ella reía, sorprendía de paso una mirada de Ludo y se la devolvía por encima del hombro de su pareja, acompañándola de un fruncimiento de labios, lo que significaba un beso a la distancia. Ludo aceptaba esta complicidad con un poco de embarazo, bajo la mirada implacable de la patrona. Una puta vieja, que desde hacía una hora yacía inerte al fondo del sofá, se acercó al mostrador y se sentó al lado de Ludo. «No sé qué le ven a esta mocosa», dijo a la patrona, «ni busto tiene. Tampoco clase. Porque para ser puta, se lo digo yo, hay que tener clase». Luego se volvió hacia Ludo: «¿No me invitas nada?». Alargó su pescuezo hacia él: «Veinte soles no más. Servicio completo». Ludo apartó su taburete. La concurrencia había aumentado. La sala comenzaba a llenarse de humo. Alguien lo había relevado en el manejo del *juke-box* porque la música sonaba sin interrupción. Ludo observó con detenimiento a las parejas. Estrella y su amigo habían desaparecido.

Aún le quedaba media botella de cerveza. Continuó bebiéndola, resignado ya al abandono. Su mirada fue concentrándose en las mujeres que formaban en el gran sofá un grupo exangüe. No todas eran viejas o gordas. Algunas tenían grandes ojos, oscuros, maquillados, brillando entre tupidas pestañas, entre mórbidas ojeras, especie de pequeños sexos vivientes, inteligentes, que a cada momento, al girar la cabeza, encontraba vueltos hacia él, a la espera.

Ludo rechazó estas ofertas y comenzó a desentrañar el sentido del estribillo de un vals de moda que el *juke-box* repetía hasta el infinito: «No te digo un adiós, Estrellita del Sur, porque pronto estaré, a tu lado otra vez». ¿Quién sería el autor de esos versos banales? Pero al menos éstos eran solamente banales. Recordaba otros, de valses enterrados: «Toda repetición es una ofensa y toda sujeción es un olvido», en los que había por añadidura un tono sentencioso. O aquel otro que contenía este tropo refinadísimo y homicida: «Te mataría con el puñal de mi desprecio». Muchos otros venían a su memoria y ya se embarcaba en una disquisición sobre el contenido de los valses criollos, cuando Estrella reapareció en el corredor llevando de la mano al gordito. Ambos caminaron hacia la puerta. «Naturalmente», decía el hombre. «No te olvides, no más de cuarenticinco centímetros», dijo Estrella. El gordo la besó y se fue. Estrella abrió los brazos como para desperezarse, divisó a Ludo y avanzó hacia él echando una carcajada.

«¿Mucho tiempo, pichoncito? Ven por acá, vamos a conversar a mi cuarto». Cogiéndolo de la mano lo llevó hacia el corredor. «¿No van a tomar nada?», intervino la patrona. «Tráiganos una cerveza», dijo Estrella, «o mejor un vermut con hielo para mí». Ludo se encontró en una habitación horrible. La cama estaba un poco destendida. «Ese señor es mi amigo», dijo Estrella para tranquilizarlo, «es comerciante, ¿sabes? Viaja por el país vendiendo ropa». De inmediato cogió una bolsa que había sobre la cama y sacó de ella una muda de nylon: «Fíjate lo que me ha traído de regalo. Es americana. ¿Te gusta? Me ha dado además esto». Metiendo la mano a su escote sacó un cheque. Ludo leyó: cuatrocientos soles al portador.

La patrona entró con la bebida. «¿Se van a quedar acá?», preguntó. Estrella

consultó con Ludo: «Salimos, ¿no es verdad?». Ludo asintió. Estrella se bebió su vermut de un sorbo, mientras Ludo ni siquiera tocó su botella. La patrona seguía de pie, al lado de la puerta. «Está esperando su propina», dijo Estrella, guiñándole un ojo. Ludo sacó su fajo de billetes y le estiró cien soles. «¿Cien no más?» se quejó la patrona, «cien es cuando se la llevan a partir de las cuatro de la mañana, como ayer. A partir de esta hora son doscientos». Ludo alargó otro billete de cien. Estrella se arrojó a los brazos de Ludo y empezó a besarlo. «Vámonos a bailar. Pero con orquesta. Nada de discos como aquí. Bien apretaditos, a media luz». Ludo se sentía sofocado: «Vamos de una vez. Pero después a mi casa. Promételo». Estrella prometió todo.

El taxi los dejó, en la plaza San Martín, delante del Embassy. Mientras descendían la escalera alfombrada del cabaret se escuchaba venir de la sala el compás atronador de una orquesta. Pero al llegar abajo vieron que el cabaret estaba casi vacío. En el estrado una orquesta de mujeres tocaba con desgano un bolero. La pista de baile estaba desierta. Muy separadas, en sus mesitas, había tres o cuatro copetineras. Los mozos, en cambio, numerosísimos, estaban amontonados en el bar o se paseaban taciturnos entre las mesas, esperando a improbables clientes.

«Esto es horrible», dijo Ludo, «¿no nos habremos equivocado de cabaret?». De inmediato Estrella llamó a un mozo: «Éste es el Embassy, ¿verdad? ¿Qué pasa? ¿Por qué no hay nadie?». El mozo bostezó: «Es temprano. Además viernes. Mal día». A pesar de ello ocuparon una mesa al borde de la pista. En el vestíbulo habían visto fotografías sensacionales anunciando el «Show del siglo veinte». Éste se desarrolló a la carrera y mal, como algo improvisado. Los artistas se equivocaban, hacían bromas con la orquesta, con los mozos. Una ombliguera abandonó su número a la mitad. La única que aplaudía todo era Estrella. Dos whiskies la habían vuelto eufórica. Ludo aprovechó para besarla, pero mientras lo hacía notó que, desde la penumbra, la veintena de mozos desocupados lo espiaban. «Vámonos de aquí», dijo, «he oído hablar de un sitio que es todo oscuro».

El taxi los depositó en Las Tinieblas. Ludo ingresó tambaleándose a ese insólito cabaret, donde los mozos conducían a los clientes con linternas. Mientras buscaban un lugar vacío, distinguieron sólo sombras a su alrededor, en extrañas posturas, inmóviles o agitadas por raros sobresaltos, en medio de un olor espeso de sudor o de semen que caía. En lo que debía ser la pista de baile otras sombras se movían, suavemente, sin separarse del piso. Allí Ludo, bebiendo un tercer whisky, comenzó a recolectar los beneficios de su tiempo y su dinero invertidos. «Borracho», pensaba, «mujer, vida fácil, licor, juventud, divino tesoro».

Una hora más tarde, sin saber cómo, estaba en otro taxi, cerca del Salto del Fraile, rumbo a La Herradura. Estrella a su lado no paraba de reír: «¿Qué cosa pensabas tú? Cuarenticinco centímetros. Es lo que tengo de cintura. Para las faldas que me va a regalar». Ludo encontraba divertidísimo el equívoco. «¿Nos vamos a bañar?», preguntó al ver que el carro, después del serpentín de curvas, entraba en la explanada de la playa. De inmediato recordó que Estrella le había pedido que la llevara al

Nacional. Era siniestro: a las tres de la mañana, en esa playa solitaria y oscura, con sus malecones desiertos, rodeada de cerros pelados, ver una sala de fiesta, única, inexplicable, en medio de barracas y de kioskos cerrados. Y en su interior retumbaba una orquesta y se bailaba desenfrenadamente. Ludo recordó que Estrella lo paseó entre las mesas, le presentó a algunas amigas, luego a unos militares y por último lo abandonó delante de un cóctel de fresa para bailar con un zambo enano que usaba zapatos blancos. Ludo mismo bailó, bien o mal no lo sabía, pues en medio de la gritería y del barullo lo que importaba era estar en la pista, presa de algún paroxismo, gritando, sudando, estrujando a una mujer. Más tarde olvidó todo y pareció despertar de un sueño cuando Estrella le dijo que el taxi los seguía esperando y que ya era hora de ir a casa. «¿A qué casa?», preguntó. La orquesta se había ido. Quedaban en la mesa algunos borrachos. Amanecía en el malecón vacío, en medio de papeles que volaban.

Capítulo IV

Caminaba por las calles de Miraflores bajo un sol agobiador. Cerca estaba la huaca Juliana. Más allá encontró una casa con los muros enjalbegados, azulejos, columnillas, un remedo de casa morisca. En su minarete distinguió el rostro de una niña. Sin saber por qué la saludó. La niña escondió la cabeza. Ludo continuó su marcha, pensando que a lo mejor se encontraba en uno de esos días plagados de indicios nefastos, cuando a nuestro paso se tiran las puertas, se cierran las ventanas, se desvían rugiendo los automóviles, cruzan de calzada los animales y las mujeres, sin motivo aparente, dan media vuelta al vernos y se alejan mostrando sus espaldas.

Pero todo esto era falso, puesto que Estrella lo esperaba. La había dejado dormida en la cama de tía Carmela, con sus dieciocho años, su padre alemán, con su origen chileno y sus demás datos escuetos dignos de un parte policial. ¿Por qué había dormido a su lado? ¿Quién era? Esto se preguntó al despertarse y por eso la dejó allí, encerrada con llave. Y ahora, misteriosamente, pues la casa morisca estaba atrás y él no había elegido ningún camino, se encontró ante el cerco de su propia casa, la del jazminero y la parra, a la cual no iba a dormir desde hacía dos días. Como no tenía la llave de la verja penetró al jardín por encima del muro. Su madre y su hermano habían salido. Ludo quedó prisionero entre el muro exterior y las puertas con llave de la casa, desorientado, sin entusiasmo para admirar los tacones que trepaban ávidamente por la redecilla de pita hacia su efímera floración. La casa de al lado, con su enorme pared blanca y desnuda, limitaba todo el jardín. Esa pared (¿cuántos años hacía de eso? ¿ocho? ¿diez?) su vista quiso tantas veces traspasar, su cuerpo penetrar como una emanación en busca del refugio de la Walkiria. Ahora extraños habitantes ocupaban esos aposentos que él no conoció sino en sueños. Pero en esa época todo el espacio que existía detrás de la pared blanca estaba ocupado por la presencia de la Walkiria. Trece años, blusa de muselina bordada, falda negra y trenzas rubias. Y el uniforme, ¿cómo haberlo olvidado? Falda azul con tableros, blusa celeste, corbata negra y boina. Su hermano y él estuvieron al mismo tiempo enamorados de la Walkiria: alemana, ojos celestes, colegiala. Armando ganó la partida. Trepados en la enramada, de noche, llegaban a su ventana. Armando ocupaba el primer plano y dejaba a Ludo en la sombra, haciendo equilibrio sobre los maderos, sin ocasión de decir una sola palabra, ridículo con su corbata y su pelo engominado. Más tarde, él ya no subió a la enramada: se contentó desde el sitio donde ahora estaba —exactamente

desde el mismo sitio— con mirar hacia arriba y ver a su hermano cada vez más cerca de la ventana, a punto de cambiar con la Walkiria cuadernos, dibujos, caricias, besos. Y él, sentado en el jardín, con su corbata aún, con su gomina, pequeño, olvidado, vencido. Y luego sucedió algo terrible: se declaró la guerra (¿qué tenían ellos que ver con la guerra, eso que pasaba entre los alemanes, los ingleses y los franceses?) y la Walkiria con todos sus familiares y con todos los alemanes de la lista negra fueron expulsados del país. Una noche Armando trepó a la enramada, tocó los cristales y se encontró de bruces con un desconocido, un hombre hinchado, en camiseta, con el rostro embadurnado de crema.

Ludo volvió a saltar el muro, esta vez hacia la calle. ¿Estrella no sería tal vez una versión particular de la Walkiria? ¿No sería la misma Walkiria? Entretenido por esta idea, a la cual se esforzaba por darle un fundamento lógico, llegó a la casa de su tío Abelardo. Encontró a Estrella en el living, vestida, impaciente, un poco frenética. «¿Dónde te fuiste? ¿Por qué me has cerrado con llave?». Ludo la observó: no, ni trenzas de oro, ni pecho liso bajo la blusa de muselina. «Fui a visitar la tumba de la Walkiria», pensó decirle. Se lo dijo. «Déjate de bromas», se quejó Estrella, «tengo hambre. Iremos a almorzar a la playa, como habíamos quedado. Ya comenzó la temporada y todavía no me he quemado».

Ya la arena del Agua Dulce estaba llena de cáscaras de naranja, de pancas de maíz, de envoltorios de helados, de colillas de cigarrillos, de todos los detritus que la plaga humana, al existir, va dejando a su paso. Ludo, indiferente a la inmundicia, se hundía en la arena ardiente, contemplando a Estrella que, en la perezosa, se untaba los muslos con aceite de coco. En verdad que estaba blanca su piel, pero de una blancura opaca y uniforme, a través de la cual no se transparentaba una vena ni emergía un tendón. Algo tenía de especial esa piel, algo que invitaba al contacto, casi a la succión. Ludo cogió el pie de Estrella y lo analizó con una atención científica, hasta descubrir vellos espaciados y, más abajo, como un mosaico de finísimos poliedros. Lo que tenemos de más profundo es la piel, había dicho alguien. ¿Quién?

«Se me va a poner roja la nariz», protestó Estrella, «me hace falta un sombrero. También unos anteojos ahumados. ¿No habrá por aquí un puesto que venda esas cosas?».

Esquivando los cuerpos alargados en la arena, Ludo atravesó la playa y anduvo por el malecón, buscando refugio en las sombras para no quemarse las plantas de los pies. Recorrió todos los kioskos de chicha morada y de butifarras, entre ruidosos altoparlantes, pero no encontró un solo vendedor de artículos de playa.

Cuando regresó vio a Estrella conversando con dos mujeres. No era necesario ser muy sagaz para darse cuenta que eran amigas del jirón Huatica. Las tres reían a voz en cuello. Estrella lo presentó como a su novio y tuvo que comprarles barquillos a todas. Los sábados esa playa se convertía en algo así como la sucursal marina de los burdeles victorianos.

«Es hora de irse a bañar», dijo Estrella, irguiéndose de la perezosa. Sus amigas la

aprobaron. Ludo tuvo que seguirlas, después de cerrar bien la carpa, bajo las indicaciones de Estrella que le recomendó imperiosamente hacer dos nudos en las cintillas de lona.

Después de chapalear un poco en la orilla —ninguna de las tres mujeres quería mojarse el cabello— Ludo decidió darles una demostración y zambulléndose en el primer tumbo comenzó a nadar mar afuera. Mientras se adentraba, ellas lo seguían con la vista y le hacían señas con la mano. Ludo siguió avanzando. Un espigón de piedras que penetraba unos cien metros en el mar separaba esa playa de la vecina. Cuando Ludo tenía doce años, acostumbraba contornear con Armando el espigón y salir a nado por la playa contigua. Ahora, a pesar de que hacía tiempo que no nadaba, quiso repetir la proeza. A enérgicas brazadas logró avanzar hasta la punta del espigón. Sólo tenía que cruzar a nado por delante y regresar a la otra orilla. Ludo recordó una vieja consigna: era necesario alejarse bastante de la punta del espigón, pues allí había una correntada que jalaba hacia las piedras. Pero cuando estaba justamente alejándose de la punta rocosa se sintió súbitamente cansado. Sólo cabía tomar una resolución instantánea: ambas playas estaban muy lejos. Lo más cercano era precisamente la punta del espigón. Ludo comenzó a nadar hacia ella, con sus últimas fuerzas, viendo que esas piedras musgosas, resbaladizas, plagadas de estrellas de mar, lo atraían con la fuerza de un remolino. Para colmo una ola se formó a sus espaldas y aumentando su impulso lo proyectó contra las piedras. Ludo pensó gritar, pero en el acto le dio vergüenza y cerró los ojos, dispuesto ya a cualquier desenlace. La ola lo recogió como un poderoso brazo y lo depositó ileso sobre el espigón, entre una lluvia de espuma.

Ludo permaneció un rato tendido, incrédulo aún. Luego se puso de pie y observó su cuerpo, que mostraba apenas unas leves magulladuras en los codos y las rodillas. El hecho de haber sido rozado por la fatalidad lo autorizó a asumir un aire heroico e inflando el tórax fue caminando sobre el espigón hacia la playa. Se preguntaba qué habría dicho la gente que lo había visto en tal apuro, Estrella, sus amigas. Pero conforme se aproximaba a la playa se dio cuenta que nadie, ni siquiera Estrella que en ese momento acomodaba su perezosa, se había percatado de nada. Sólo supo en ese momento una cosa: de lo fácil que era morir.

«El baño me da sueño», dijo Estrella, «dentro de media hora despiértame para ponerme en la sombra. No quiero que me dé una insolación».

Aprovechando que Estrella cerraba los ojos, Ludo observó con descaro su abdomen que asomaba entre las dos piezas de su ropa de baño. También allí se organizaban los poliedros, pero más pequeños, más imperceptibles, sufriendo una especie de tropismo determinado por la posición de su ombligo. Sus vellos, como las limaduras de hierro sobre un papel imantado, avanzaban en pequeñas formaciones hacia el vórtice de su vientre. Éste era indescriptible. Ludo se lo representaba como una cicatriz, como un ojo de carne ciega, como un remolino donde el deseo confluía y naufragaba. Con el índice lo tocó y como quien oprime un timbre los ojos de Estrella

se abrieron. «¿Me vas a dejar dormir?». Ludo retiró su dedo, lo examinó y poniéndose de pie se fue a vagar por la playa.

Los hombres fuertes caminaban por la orilla, de un extremo a otro, con una toalla amarrada al cuello. Algunos fumaban durante su paseo y llevaban una cadenita de metal en la muñeca. Ludo, un poco avergonzado de su cuerpo blanco y esmirriado, rehuía la proximidad de los musculosos, que podía prestarse a comparaciones, y prefería andar entre los veraneantes tendidos en la arena. Algunas familias almorzaban junto al mar y sacaban de sus bolsas no sólo botellas de vino y presas de pollo sino hasta fuentes con tallarines. Se veían cuerpos horribles y los bonitos se presentían por la profusión de solitarios agrupados, que miraban hacia una sola dirección. Cerca de la fila de las carpas estaban tendidos los «saperos», que pasan horas echados en la arena con la esperanza de ver por la juntura de una carpa mal cerrada un seno fugaz o el contorno de una cadera. Y próximos a la orilla había hombres maduros, con zapatillas de jebe, sombrero y anteojos ahumados, que observaban con disimulo, haciendo surcos en la arena, los juegos de los adolescentes.

Ludo llegó al extremo de la playa, donde había una caleta de pescadores. Durante un rato se entretuvo en contemplar los botes de remo anclados en desorden en la minúscula bahía. Años atrás, muchos años, una mañana que Armando y él hacían una travesía a nado desde el Club Regatas hasta el Agua Dulce se cansaron a medio camino y fueron a cogerse de uno de los botes. El pescador que los vio venir no los dejó aferrarse y se alejó de ellos remando rápidamente mientras decía: «Cuando ustedes pasan en su carro, ¿acaso me recogen a mí?». La cólera de Ludo se había mellado con el tiempo y ahora incluso le parecía sentir por ese hombre una extraña admiración.

Cuando regresó donde Estrella, vio que tres o cuatro «saperos» estaban echados cerca de ella, mirando sus formas abandonadas sobre la perezosa. Por humillarlos o simplemente por vanidad, Ludo la despertó besándola en la boca. «Estaba soñando», dijo Estrella sobresaltada, «qué raro, estaba soñando con la guerra. Me metían a un establo lleno de hombres con casco alemán. Pero yo era chiquita, tenía sólo trece años». Ludo la observó con cierto asombro: «¿Y no te llamabas Godelive?». Estrella se miró los muslos: «Fíjate, comencé a ponerme roja».

Fueron los últimos en abandonar la carpa. Ya los bañistas, vestidos, se refugiaban en las fondas de mariscos o se lanzaban a pie por la cuesta para tomar el tranvía. Los altoparlantes seguían difundiendo música. Era la hora de los boleros: «Soy prisionero del ritmo del mar». Estrella dijo que adoraba a Leo Marini. El crepúsculo la ponía romántica. Ludo, cogiéndola de la cintura, caminó con ella hasta la orilla, entre los carperos que pasaban rastrillo por la playa. «Mira el sol», dijo Estrella, «parece una moneda de oro». Ludo encontró la comparación poco original y se aprestaba a abrumarla con una más rebuscada, cuando Estrella dijo que era necesario ir a comer a Barranco y luego al Nacional de La Herradura. «Estupendo», respondió Ludo pensando que después de todo ello estarían al fin solos en la casa de la huaca Juliana.

En un restorán de Barranco cogieron un apartado, bebieron una botella de Corton y se sintieron felices. Ludo, más locuaz que nunca, le contaba el argumento de una novela que iba a escribir. «Yo he leído una novela», dijo Estrella, «hace ya tiempo, se llamaba *María Antonieta* y era de una reina a la que le cortaron la cabeza». Ludo recordó el libro de Zweig: «No es una novela, es una biografía». Estrella no admitió esta aclaración e insistió en que era una novela. Ludo no la contradijo —quizás Estrella tenía razón— pero renunció a contarle el desenlace del libro que planeaba.

Siempre en taxi, llegaron al Nacional. Allí Estrella se encontró con su banda de guaracheros y militares. Los cócteles de fresa comenzaron a circular. Ludo sentía la enojosa impresión de algo que se repite: no sólo las piezas que tocaba la orquesta, sino los pasos de los bailarines, los temas de conversación, el orden de los sucesos en el tiempo. Fueron menguando los carros, se apagaron los kioskos de los alrededores, se impacientaron los bebedores y otra vez, como el día anterior, como quizás los años anteriores, ese local fue el único iluminado de la playa desierta y las sombras de los bailarines se alargaban sobre el malecón, sobre la arena, hasta decapitarse al filo del mar.

Estrella parecía un poco cansada. De otro modo no hubiera aceptado la propuesta de Ludo: «¿A casa ya?». Todavía un carro de alquiler. Atravesaron el túnel, después pasaron junto al cuartel de Chorrillos, viajaron largo paralelamente al tranvía. Al fin llegaron a Miraflores. Cuando el taxi se detuvo ante la puerta de la residencia de su tío Abelardo, Ludo quedó petrificado: las ventanas estaban iluminadas y frente al garaje se veía el carro de su tío con su carrocería fangosa y sus llantas fatigadas, como después de un largo viaje.

«Siga», ordenó al chofer. «¿Qué pasa?», preguntó Estrella, «¿pero no habíamos llegado?». «Tome la avenida Arequipa», prosiguió Ludo. «¿Pero no vamos a ir a tu casa?», insistió Estrella. «Ha llegado mi familia de Tarma». «¿Adónde vamos ahora?». «A un hotel». «Nada de hotel». «A donde doña Perla». «Tampoco». «Pare», dijo Ludo al chofer. El carro se detuvo. «Si vamos donde doña Perla te cobrará el cuarto y tendrás además que darle su propina». «No conozco otro sitio». El chofer intervino para decirles que podían ir al pasaje Margarita, pero ya Ludo le ordenaba ir a Santa Beatriz: «Puedo conseguir la llave de un departamento».

Su tío Gonzalo tardó algunos segundos en reconocerlo. Ludo había tenido que embaucar al portero para que le permitiera entrar a esa hora a la residencia Lourdes. Gonzalo se levantó para ir a buscar en los bolsillos de un pantalón que había tirado sobre una silla. «¿Sigues forrado en plata?», preguntó, «déjame doscientos soles hasta el quince». Ludo le entregó el dinero, mientras Gonzalo le alargaba la llave: «Es el número 26 de Arenales, cerca de acá. Pero ojo, lo tengo alquilado a medias con un amigo. Y otra vez no me vengas a fregar a esta hora porque te mando un recto a la quijada».

Ludo comprobó con cierta ansiedad que el número 26 correspondía a un garaje. Estrella bostezaba a su lado. Ludo aplicó la llave a la cerradura de la puerta y se dio

cuenta que no le hacía. La entrada debería estar en algún otro lugar. Al lado del garaje había un corredor. «Espérame un minuto», dijo Ludo y atravesando el corredor encendió un fósforo. Una puertecilla parecía dar sobre el garaje. Ludo metió la llave y cuando se disponía a hacerla girar escuchó un ruido en el interior. Quizás él hizo también algún ruido, porque en el garaje se encendió una luz. Ludo sacó la llave y trató de mirar por la cerradura, luego aplicó el ojo a una ranura de la puerta: un hombre cojo, desnudo, con el príapo erecto, daba saltos por el cuarto en su única pierna, como buscando algo, tal vez una muleta. En la cama dormía una negra.

No quedó otro recurso que ir al pasaje Margarita. Al fin una cama. Ludo la miró con reconocimiento, a pesar de que era altísima, tenía soporte de bronce, perillas mohosas, una verdadera cama de abuela. El hombre que los condujo a la habitación le había dado una toalla. Ludo, sin saber qué hacer con ella, la arrojó al suelo y cogió a Estrella, justo en el momento que ésta, lanzando una mirada al empapelado violeta y al bidé de fierro enlozado, estaba a punto de echarse a llorar. «Te quiero», le dijo besándola en el cuello. Estrella cayó de espaldas sobre la cama. Ludo le pasó la mano por los ojos y se dio cuenta que estaba completamente dormida.

Cuando comenzó a amanecer Ludo fumaba mirando la ventana. La erisipela no lo había dejado dormir. Estrella, en cambio, no había despertado ni cuando él le propuso hacer el amor. Ludo miró el alto cielo raso, donde había doce vigas de madera y veinticuatro tablones machihembrados. Volvió a contar estos últimos: ahora eran veinticinco. Cuando quiso contar por tercera vez sintió un mareo y tuvo que sentarse en la cama. En la calle rodaban los camiones rumbo a La Parada.

Estrella protestó cuando Ludo quiso obligarla a levantarse. «Voy a seguir durmiendo. ¿Acaso no has pagado el cuarto hasta mediodía?». Ludo estaba ya vestido: «Pasaré por ti esta noche». «¿En tu carro?». «No, mi papá lo usará estos días». «¿Y adónde vamos a ir? Ya no podemos en tu casa». Ludo quedó reflexionando. «¿Y cuándo vamos a ir a Paracas?», prosiguió Estrella. Ludo se llevó la mano al bolsillo de su pantalón para palpar su fajo de billetes. «Mejor esta noche no pases», agregó Estrella, «voy a descansar unos días. Vente el miércoles a medianoche. Déjame tu teléfono por si acaso. Y también un poco de plata para comprarme unos anteojos ahumados».

Debían ser las cinco de la mañana. Ludo anduvo por las calles animadas de La Parada, entre camiones cargados de fruta y carretillas de verduleros. Su cama de soltero: angosta, con sábanas almidonadas. Casi la añoraba. En la mesa códigos y novelas. Retrato oval del abuelo. Esta vez un taxi obedeció al gesto imperioso de su brazo.

Descendió en la avenida Pardo, a una cuadra de su casa. Cuando dobló la esquina y se aprestaba a cruzar la pista hacia el muro blanco vio que por la calle Dos de Mayo avanzaba una especie de luminosa marea. A la cabeza iba el padre Bento, párroco de Santa Cruz, portando un estandarte. Detrás una legión de señoras vestidas de negro que llevaban un cirio encendido en la mano y respondían en coro a las avemarías que

rezaba el párroco. La procesión avanzaba en un ordenado tumulto. Ludo buscó con la mirada un sitio donde refugiarse. Los eucaliptos habían sido abatidos hacía años y sólo quedaba el tronco de uno de ellos, cercenado a un metro del suelo. Poniéndose de rodillas se ocultó tras él, para esperar el paso del cortejo. Las mujeres cantaban «Ave, Ave, Ave María». En la primera fila Ludo reconoció a su madre, sosteniendo con firmeza su cirio, cuya esperma le goteaba sobre el brazo. Sus mejillas estaban rosadas, como las de una muchacha, y su canto se elevaba espontáneo en la mañana, lleno de una fogosidad que él nunca hubiera sospechado.

Capítulo V

«Naturalmente», dijo Pirulo. «Por supuesto», respondió Ludo. Estas memorables palabras fueron pronunciadas delante de una botella de cerveza, en un bar de Barranco. Domingo. Por el radio transmitían un partido de fútbol. «De modo que me llevas». Ludo enterró la colilla de su cigarro en el cenicero repleto: «Claro que te llevo. El miércoles pasado fui a buscarla, como se lo había prometido. Pero doña Perla me dijo que regresara hoy. Estrella ha estado un poco enferma». Pirulo por su parte ofreció presentarle a Lisa. Sin duda había comenzado bien el año.

Poco después estaban en la casa de Pirulo, frente a la avenida Sáenz Peña. Ludo se sentía atraído por esa casa: hojeando un día un viejo álbum de fotografías familiares había descubierto que esa casa perteneció a su abuelo, hacía unos cincuenta años. No sólo perteneció, sino que el viejo murió en ella octogenario y apoplético. Era su casa de veraneo, cuando Barranco era un balneario de moda. Cada vez que Ludo entraba a esa casa se paseaba por sus enormes habitaciones empapeladas, husmeaba, tocaba los muebles, como siguiendo las trazas de alguna ruta ancestral. Pero la casa había sido dividida en varios departamentos y la familia de Pirulo ocupaba sólo un ala de lo que fue antaño una mansión. De este modo Ludo no podía reconstruir más que fragmentariamente los paseos de su abuelo y cuando tomaba té en el comedor se preguntaba si esa pieza no habría sido antiguamente algún vestíbulo, un dormitorio o quizás el bufete ahora profanado donde su abuelo redactó algún brillante alegato. Muchas otras casas había ocupado su familia, de las cuales Ludo conocía sólo la fachada, la de Washington, la de Belén, y sobre todo la de Espíritu Santo, gigantesca, convertida ahora en una escuela secundaria. Ludo tenía la viva conciencia de que el espacio de que antes disponían los suyos se había ido comprimiendo, cada generación perdió una alcoba, un patio. Ahora sólo les quedaba el ranchito de Miraflores. Quizás algún día le quedaría a él nada más que un aposento, cuatro paredes ciegas, una llave.

«Tenemos que irnos», dijo Pirulo, «aquí no hay nada que tomar. Además, nos esperan en Palermo a las siete». Al atravesar el salón, Ludo distinguió al padre de Pirulo, en bata, hundido en un sillón. Estaba tan ensimismado que ni siquiera los vio pasar. «Hace como un año que no habla», dijo Pirulo, «desde que lo destituyeron de la prefectura de Nazca. Hemos vendido un terreno, dos camiones. Todo se va al diablo».

El tranvía los dejó en la plaza San Martín. Cuando llegaron al Palermo, ya estaban allí Cucho, Gonzalo, Franklin, Hugo, Pablo, Manolo. Todos esperaban bebiendo cerveza la llegada del doctor Rostalínez. Su santo. Santo de un profesor. Cucho estaba ya un poco mareado. «Lo único que importa en la vida es una obra y una mujer», pregonaba, avanzando su poderosa cabeza hacia Hugo, que asentía mirándolo con fervor. Manolo decía que tenía que retirarse temprano porque tenía una afección al corazón. Pablo leía un editorial de *La Prensa*, alegando que uno podía dejar de leer a sus amigos pero que era indispensable leer a sus enemigos. Franklin gruñía. Apenas Ludo y Pirulo habían tomado asiento apareció el doctor Rostalínez escoltado por Eduardo y por Victoriano.

El doctor Rostalínez era el único profesor de San Marcos con el cual sus alumnos tenían amistad. Era joven, soltero, obsecuente, ilustrado y magro. Enseñaba además literatura y todos los oficiantes de su capilla tenían la vaga esperanza de escribir alguna vez un libro bajo sus auspicios. De inmediato se empezó a beber. Los poetas hablaban de Rilke, de Apollinaire, de Vallejo. Los narradores de Kafka, de Joyce, de Faulkner. Cada cual tenía su opinión. El único que carecía de ella era el doctor Rostalínez. Quizás en eso residía su prestigio. Distribuía sus palabras con parquedad y siempre en forma muy vaga, de modo que cada polemista creía recibir de él un apoyo o una adhesión, como profesor era modesto, prolijo y monótono. Desde hacía años se decía que estaba escribiendo un libro muy importante.

Llegó el momento de hablar de la revista que sacaría el grupo. El doctor Rostalínez estaba dispuesto a financiar sus gastos de imprenta y a asumir su dirección. Durante media hora se discutió acerca del nombre que debía llevar. Cucho decía que era necesario editarla en papel verde, pues había leído en alguna parte que ese color era balsámico para la vista. Victoriano, que era estudiante de filosofía griega, propuso que se llamara Agora o Diálogo. Alguien lanzó el nombre de Gleba. Pablo dijo que eso estaría bien para la revista de Agronomía y sugirió llamarla Sagitario, porque si la revista no atacaba a alguien o a algo él no colaboraría. Del problema del nombre se pasó a la orientación. ¿Sería una revista objetiva? Pero ¿qué cosa era objetiva?; «Abierta a todas las tendencias», dijo el doctor Rostalínez. Algunos protestaron. Ludo se aventuró a decir que la revista debía «revisar los viejos valores» y que por lo tanto debería tener una orientación. Pirulo lo apoyó. Manolo dijo: «Debe ser la voz de nuestra generación». Esta última palabra suscitó enorme entusiasmo. Todos se miraban con arrogancia, se apretujaban en sus sillas, se sentían realmente ser los voceros de una generación. El doctor Rostalínez pidió seis cervezas más.

«Pues entonces llamémosla Generación», dijo Hugo. «Generación espontánea», añadió Pablo. «Regeneración», gritó Cucho. Cayeron otros nombres terminados en «ción». Y cuando Pirulo lanzaba la palabra «degeneración», ya la mayoría del grupo estaba discutiendo acerca del formato de la revista. «El tabloide tiene la ventaja de que es más económico», decía el doctor Rostalínez, pero Victoriano, cuya versación

en revistas extranjeras era respetada, dijo que ese formato había sido abandonado en todos los países cultos y que debía utilizarse el quince por veinticuatro, como la *Nouvelle Revue Française*. La opinión de Victoriano fue inmediatamente aceptada y pronto todos se dieron cuenta que había un problema mucho más urgente que el nombre o el formato y era el del sumario inaugural. «Puedo conseguir un artículo de Julián Marías», dijo el doctor Rostalínez. De inmediato Hugo opinó que el sumario debería estar constituido por firmas nacionales: «Nada de cosmopolitismos. Hay que divulgar a los escritores locales». Esto originó un *ex cursus* acerca del valor universal de la cultura. «Nacionales o extranjeros, lo importante es que los artículos sean buenos», tronó Cucho, ofreciendo de inmediato colocar una traducción de Ungaretti. El nombre cayó como una bomba: nadie conocía a Ungaretti. Cucho trató de explicar que era un poeta italiano, pero ya Pablo argumentaba que no debían publicarse poemas sino en forma excepcional pues la poesía era una ocupación decadente, «privilegio de unos cuantos onanistas». «Lo que queremos», decía, «son buenas monografías sobre etnología, historia, economía, estadísticas». Cucho respondió que para eso habría secciones. Franklin volvió a gruñir. Hugo gritó que la revista debía ser bilingüe y editarse en castellano y en quechua. Ludo que debía llamarse Spíritu. Pirulo que su formato debía ser de bolsillo. Manolo que su tendencia tendría que ser de vanguardia. Cuando el tumulto se acalló, el doctor Rostalínez, pagando la cuenta, dijo: «Los invito a comer a un chifa». Todos estuvieron de acuerdo.

Cerca de medianoche, embotados ya por la cena, se produjeron las primeras defecciones: Manolo pretextando su afección cardiaca. Pablo invocando su pobreza que no le permitía perder el último ómnibus y regresar a su casa en taxi. El doctor Rostalínez dijo que publicaría un artículo sobre Mallarmé para una revista hipotética de la que ya nadie se acordaba. Suprimidas las censuras, se daba rienda suelta a las ambiciones, Franklin quería ganar el premio nacional de poesía y Victoriano viajar a París. Otros aspiraban a ser catedráticos. Ludo y Pirulo intercambiaron una mirada y urgidos por anhelos más inmediatos preguntaron la hora y se retiraron cuando comenzaban los discursos. Era la hora de ver a Estrella.

Doña Perla les dijo que no. Después de consultarse, ambos convinieron en esperarla tomando una cerveza. Les dijo que aún no había llegado. Cuando pidieron la segunda botella les dijo que no iba a venir, que se había ido a bailar seguramente a Lima de Antaño. «Me ha dado una cita», respondió Ludo. «Pues haga lo que quiera». Ludo dijo a Pirulo, que comenzaba a mostrarse escéptico: «Estrella no puede fallar». La patrona le decía a uno de sus clientes: «No me gusta que saquen a mis chicas. Fuera de casa me las corrompen. Aquí, todo lo que quieran. Además se las llevan por toda la noche, a veces hasta por dos noches, y ¿quién es la que sale perdiendo? Doña Perla. En dos noches, cuarenta clientes menos». Pirulo dijo: «Dio vida a un fantasma, a fuerza de desearlo. Pero sólo él podía verlo. ¿Te gusta? Puede ser el comienzo de un poema o de algo así. En una palabra, no creo en tu Estrella». Ludo, ofendido, propuso buscarla en Lima de Antaño.

Éste era un cabaret para pobres: construido al aire libre en un terreno baldío no tenía otra cosa que un estrado para la orquesta y un amontonamiento de mesitas sobre el piso de tierra. Se penetraba por un portón semejante al de un taller de mecánica. Ludo y Pirulo anduvieron entre las mesas, se metieron en la pista de baile para observar a las parejas, fueron arrollados por los mamberos, injuriados por los mozos y finalmente estuvieron otra vez de madrugada en la calle, solos, caminando hacia el tranvía. «Sólo él podía verlo», musitó Pirulo. Ludo hurgó en su bolsillo al pasar bajo un poste de luz y echó una mirada a sus billetes: «Y sólo me quedan quinientos soles».

Pero no cejó. Durante toda la semana regresó donde doña Perla para escuchar su no, desencadenado apenas él cruzaba la puerta, pero al cual se había vuelto invulnerable. Como cada vez consumía menos en el bar, ponía menos discos en la radiola y se mostraba más indiferente para con las otras mujeres, doña Perla disimuló su «no» bajo un ramillete de informaciones precisas, pero falsas, que no tenían otra finalidad que desalentarlo. Decía: «Le juro que hoy se ha ido a tal o cual sitio, si va en este momento la puede encontrar». Se trataba siempre de lugares distantes o de mala frecuentación, a los que Ludo iba sin convicción, más por tenacidad que por verdadero interés. Conoció así Buenos Aires de Noche, reducto de cafiches y ladrones, El Rosedal, en el Callao, donde recalaba la baja marinería o el Bar Chicha en la misma Victoria, plagado de monstruos y tullidos, donde Ludo tuvo por primera vez la impresión de haber descendido varios grados en la escala humana, hasta esa zona indecisa que linda con la animalidad.

Al terminar el mes de enero, Ludo regresó una vez más donde doña Perla. Esta vez en lugar de rondar por la sala de baile a la espera de la improbable llegada de Estrella, se aventuró por el corredor adonde daban los cuartos. El de Estrella estaba sin luz, pero en el vecino se veía un reflejo. Acercándose pegó el oído a la puerta. Se escuchaban risas. «Este moretón me lo hizo el comisario», decía Estrella. «Pero enantes dijiste que te habías caído de una escalera», respondió una voz de hombre. Estrella rió: «Desde las escaleras del hombro del comisario. Es así de grandote». Ludo regresó al bar y cuando doña Perla le dijo que no, Ludo le dijo que sí, pues acababa de escuchar su voz en un cuarto. «Se ha equivocado. Le digo que no está». Ludo se entercó y dijo que esperaría. Mientras pasaba el tiempo, sin consumir, miraba el pasillo por donde traficaban las parejas. Al poco rato salió un zambo que Ludo había visto varias veces merodeando por el local. No podía olvidarlo porque siempre le había llamado la atención su ojo averiado, viscoso, como si acabaran de lanzarle entre las órbitas un escupitajo. «¿La sigues esperando?», preguntó el zambo riéndose, «yo te voy a decir dónde está». Ludo avanzó hacia el pasillo. «No, por allí no. Ha salido por la puerta falsa. Ven». Ambos salieron a la calle. El zambo se echó a caminar hacia el jirón Humboldt. «A dos cuadras de aquí hay un anexo», dijo, «pero es sólo para los verdaderos amigos de la casa». Ludo comenzó a caminar a su lado, extrañándose de la pequeña estatura de su guía. «¿Es una casa de cita?», preguntó.

«Eso», respondió el zambo. Al llegar al jirón Humboldt el zambo se detuvo para mirar a un grupo de gente que organizaba un baile en un corralón al son de un tocadiscos. «Mira al morenito que baila», dijo, «es mi compadre, el negro Fufurufu». Siguieron caminando. El zambo aceptó un cigarrillo y dijo que las mujeres eran una vaina, que a uno le sacaban hasta la camisa. Ludo no veía por allí trazas de casa alguna. Sobre la calzada sólo daban paredes de corralón o terrenos baldíos. «¿Estamos en el buen camino?», se atrevió a preguntar. «El buen camino», repitió el zambo, riéndose. De inmediato preguntó: «¿Te gusta mucho Estrellita?». Ludo dijo que sí. «¿Por qué te gusta Estrellita? ¿Buena para la cama?». Ludo quedó callado. «Debe ser requetebuena», siguió el zambo, «con esas tetitas, con ese culito». «¿Dónde es?», lo interrumpió Ludo. «Aquí», dijo el zambo señalando una bocacalle, «aquí te voy a sacar la mierda». El zambo había botado su cigarrillo al suelo. «Aquí, blanquito marica. Quieres enamorarla, ¿no? ¿Acostarte sin pagar?». Ludo le iba a responder que ya le había pagado bastante, cuando tuvo la sensación instantánea del peligro: el zambo había retrocedido un paso para lanzarse hacia adelante con la pierna levantada. Ludo sintió un ruido en su pecho y mientras caía de espaldas pensó en un cuchillo, en el gordo Fico a quien rompió una vez la nariz en sus años de colegial. Pero ya el zambo estaba otra vez en el aire con un pie listo para rematarlo. Ludo esquivó el golpe revolcándose en el suelo de tierra y en un segundo estuvo de pie. No había duda: pelea. «Nada de chaveta», gritó al ver que el zambo se llevaba las manos a la cintura. «No necesito», respondió, «me estoy secando las manos. Me sudan». Ludo comenzó a retroceder por la bocacalle cada vez más oscura. Eludiendo una arremetida del zambo trató de avanzar hacia las luces del jirón Humboldt, pero su rival le cortó el paso: «¿Corriendo, mariquita?». Un puñetazo le abrió la guardia y le rozó la frente. Ludo se agachó para cubrirse los golpes con los brazos. Oblicuamente veía al zambo desbordado sobre él, rodeándolo por todo lado, cortándole toda salida, agrediéndolo por todo sitio. Ludo se agachaba cada vez más, casi sin sentir dolor, sabiendo que perdía la pelea, sin recursos, sin auxilio posible. Tan sólo su brazo derecho se le iba endureciendo, reclamaba oscuramente una intervención, sabía que ese brazo podía lanzarlo alguna vez, dar con él un solo golpe, sólo uno, con todo su terror, con todo el peso de su cuerpo, pero el golpe tardaba, su puño apretado se mantenía duro, inútil, a la espera. Al fin le pareció ver un claro y dejó su puño en libertad. Los nudillos le dolieron como si hubiera golpeado un muro. Su rival estaba sentado en el suelo. Antes de que Ludo diera un paso el zambo estaba de pie: «Nunca te vas a olvidar del Loco Camioneta». A Ludo le pareció que su rival se echaba al suelo y a partir de ese momento no comprendió ya lo que pasaba. Sintió que lo levantaban en vilo para estrellarlo contra la tierra. El zambo volvió a cogerlo, metiéndole un brazo entre las piernas y otra vez estuvo en el aire, pasó sobre el hombro de su rival y se fue de bruces. La operación comenzó a repetirse. Ludo conservaba la conciencia a fuerza de voluntad. «Contrasuelazo», repetía el zambo, «especialista, Loco Camioneta». A la cuarta o quinta caída Ludo abandonó toda

resistencia. Su cuerpo se volvió tal vez más pesado, porque el zambo jadeaba para levantarlo. Le pareció que alguien llegaba por el jirón, una mujer, tal vez Estrella. Cerca de la mujer —era Estrella, sin duda— estaba su amigo, el hombre calvo que hacía palabras cruzadas, y el negro Fufurufu. Estas personas se mantenían inmóviles; viendo cómo el zambo trataba de levantarlo una vez más para darle el último contrasuelazo. «Loco Camioneta», decía alguien. El zambo avanzó hacia el grupo limpiándose las manos en su camisa y todos quedaron conversando tranquilamente, mirándolo de reojo. «Jarana en el corralón», decía Fufurufu. «Lección», decía el calvo. Estrella lo señaló con el dedo: «Sangre». Ludo los vio retirarse, sin prisa, antes de que un triángulo violeta apareciera ante su vista, seguido de un trapecio rojo, de un rectángulo verde. Las formas coloreadas se sucedieron. Mientras todo se ennegrecía vio una frase escrita en un pizarrón, una frase que se desvanecía sobre una superficie bombeada: «Podría llamarse Prisma».

Capítulo VI

«Prisma, un excelente nombre», dijo el doctor Rostalínez. Ludo miraba las paredes de su escritorio, cubiertas hasta el cielo raso de estanterías llenas de libros en francés, en italiano, en alemán. Cogiendo uno al azar trató de abrirlo: sus páginas no habían sido cortadas. Ludo volvió a colocarlo en su sitio, un poco avergonzado, pero felizmente el doctor se dirigía en ese momento hacia el teléfono dándole la espalda.

«¿Doctor Font? Le habla el doctor Rostalínez». Pequeña historia sentimental: un antiguo alumno que busca trabajo donde un abogado. Ludo Totem. Situación familiar delicada: decente, pero pobre. Muchacho hábil. Último año de Derecho. Nombre conocido en el foro.

«Pase mañana por su estudio a las cuatro de la tarde», dijo el doctor Rostalínez, «claro que se acuerda de su padre. Lo recibirá encantado». Ludo agradeció. «Prisma», repitió el doctor, antes de abrirle la puerta. Ludo prometió para el primer número un largo artículo de crítica literaria.

A esa misma hora un hombre con unas piernas extremadamente largas y una cabeza casi del tamaño de un puño avanzaba por la alameda Pardo. Al llegar a la casa del cerco blanco vaciló, saltó por encima del muro y dio un golpe en la ventana en arco romántico. Nadie le respondió. Regresando a la calle se fue a la esquina, donde la japonesa María.

«Que nadie trabaja en esta casa, que debemos los predios y la hipoteca, que como decía una señora, preferible es hombre ladrón a hombre ocioso».

«Trabajaré donde un abogado», había respondido Ludo, «el doctor Rostalínez me dará una recomendación». Por eso su madre lo esperaba impaciente en la cocina y le dijo que Pirulo rondaba por el barrio y qué tal le había ido donde su profesor. «Bien», dijo Ludo, «tengo una cita mañana con el doctor Font» y salió nuevamente a la calle.

Pirulo bebía un pisco donde María: «Creí que no venías. Me ibas a hacer perder el mejor plan de mi vida». De un sorbo terminó su trago y lo sacó de la pulpería. Lisa le había dado una cita en el parque, pero él no tenía plata para llevarla a un hotel. Ludo dijo que tampoco tenía plata. «Tú una vez me hablaste de una playa solitaria, cerca de tu casa…», prosiguió Pirulo. Se trataba de El Hondo. Ludo trató de explicarle dónde quedaba, pero Pirulo no entendió. «Lo mejor es que tú me guíes», dijo, «no hay tiempo que perder. Lisa me espera a las tres. Tú estate en el Óvalo y cuando nos veas venir te echas a caminar hacia El Hondo. Pero sin voltear la cabeza. Ya otro día te la

presentaré».

Pirulo se fue hacia el parque, mientras Ludo volvía a su casa para buscar su ropa de baño. Su hermano Armando dormía la siesta. Ludo lo observó un rato desde el dintel del dormitorio y se preguntó de dónde le vendría esa vocación por la vida horizontal. Tal vez su hermano era un sabio, un filósofo. Un libro inútil, una partida de ajedrez, un cine por las noches y luego la cama solitaria. Eso durante años. La calle, la universidad, eran incidentes, breves vigilias en su largo sueño misterioso.

Los enormes ficus de la alameda Pardo estrechaban sus copas en la altura y formaban un largo túnel vegetal. A través del follaje el sol se filtraba y ponía en la sombra movedizas manchas de luz, como las que flotan en la superficie de los estanques. Ludo distinguió dos puntitos en la lejanía. En uno de ellos reconoció a Pirulo por la forma como balanceaba sus brazos al andar, usurpando el espacio ajeno. A su lado, en cambio, una molécula roja avanzaba con fineza y su avanzar, que era al mismo tiempo asumir una forma humana y hacerse reconocible, estaba impregnado de una gracia danzante, de una especie de genio para la invención de formas sucesivas, repetidas sin ser monótonas, previsibles y finalmente bellas. Ludo no apartó la vista de este espectáculo si es que la cercanía de la pareja no le permitiera distinguir sobre los ojos de Pirulo las tres arrugas de la conminación.

Sacando su ropa de baño del bolsillo la contempló un momento al sol con displicencia, giró sobre sus talones y se echó a caminar hacia el malecón. Para llegar a él le faltaban tres cuadras de la alameda ya sin árboles. Ludo las recorrió con incomodidad, pues sabía que era observado, seguido. En su nuca sentía un malestar físico, como si tuviera adherido un insecto. Al llegar al malecón se detuvo en seco y encendió un cigarrillo. Humo sobre el mar. Isla de San Lorenzo. «Elegante como una calesa o una carabela», pensó y su oído le advirtió que sus seguidores se habían detenido. ¿Qué podrían estar haciendo? Inmóviles a medio camino, títeres que él comandaba. Luego continuó su marcha, bordeando el barandal de cemento, apresurado, como si el mar lo reclamara. Detrás, pisadas resonaban. Miedo tal vez de perderlo de vista, en las ondulaciones del paseo.

Ludo volvió a detenerse. Esta vez se apoyó en el barandal y miró hacia el mar: terreno baldío lleno de desmonte, de inmundicias y más allá barranco cortado a pico sobre una playa de piedras. Dos o tres bajadas, una de ellas la de El Hondo. ¿Dónde se encontraba? Era un pretexto para volver la cabeza. Lentamente lo fue haciendo. La pareja estaba otra vez inmóvil. Pirulo señalaba algo en el horizonte con su largo brazo y ella miraba el suelo, distraída.

Otra vez en camino. Ludo se sentía un poco extraviado. Había una bajada, sin duda, pero dónde, dónde. Al fin le pareció distinguir una huella de tierra serpenteando entre detritus. Poniendo las palmas de sus manos en el parapeto se dio impulso y saltó al otro lado. Luego siguió la huella, olió a carne podrida, descendió un trecho y se encontró ante un desfiladero que caía empinadamente hacia el mar.

Esta vez sí era lícito voltear: Pirulo y su amiga estaban aún en el malecón,

mirándolo. Ludo fingió observar el hormigón, la arenilla que lo cercaba y pudo ver cómo Pirulo saltaba la baranda y luego recibía en sus brazos un ave roja, un aleteo de faldas rumorosas. Entonces ya no le quedó otra cosa que correr, que dejarse rodar. Bajada se llamaba, pero era sólo un callejón entre dos paredones de piedra y arena, inclinado, recto, vertiginosamente dirigido hacia el mar. Piedras lo seguían, gallinazos se espantaban y sus muslos sólo le obedecieron cuando estaba hundido en el mar hasta las rodillas. Olor a yodo y a patillo reseco. El ruido del mar. Y la playa.

En un santiamén se desnudó para ponerse su ropa de baño. Luego esperó, echado de espaldas sobre las piedras redondas, mirando al revés el oblicuo desfiladero. Una piedra desprendida, luego otra y al poco rato divisó a Pirulo que extendía una mano hacia la forma roja, en equilibrio sobre un plano invertido. Cerrando los ojos se dedicó a escuchar. Por su oído penetraban rumores, que se transfiguraban en su mente y adoptaban formas turbadoras: pantorrillas, sandalias, un amago de caída sobre las piedras pulidas. Cuando abrió los ojos se dio cuenta que la pareja estaba ya en la playa, a diez pasos de distancia. Ludo se entretuvo en seguir la génesis de una ola, surgiendo como al azar en la lejanía y deshaciéndose a sus pies en una lluvia de espuma. ¿Qué hacía allí? La consigna había sido: nos guías hasta El Hondo y desapareces.

«Maestro», sintió que decían a sus espaldas. Ludo quedó un momento indeciso. «Maestro», repetía Pirulo, «¿se puede bañar uno aquí?». Al volver la cabeza vio que Pirulo lo miraba con inocencia, como si se tratara de un forastero. «Por supuesto», respondió. Y de inmediato añadió: «Pero el mar es un poco bravo. Se llama El Hondo. A tres metros de la orilla ya no hay piso». Su mirada seguía posada en la de Pirulo, esperando de él una advertencia, un signo de complicidad. Pero Pirulo lo seguía observando con una serenidad que le impedía todo reconocimiento. «¿Usted se baña a menudo?», prosiguió Pirulo. Era una pregunta ambigua. Ludo comprendió que Pirulo estaba proponiendo un juego de ingenio, tal vez con el objeto de lucirse ante su amiga, porque ésta acogió la pregunta con una sonrisa que disimuló llevándose la mano al mentón. «Solamente en verano», respondió Ludo. Pirulo se inclinó hacia la mujer y le dijo algo al oído, gracioso seguramente, pues esta vez la mujer elevó el rostro y lanzó una carcajada impúdica, que descubrió una dentadura inmaculada que la absolvía.

Después de la risa, el silencio. Pirulo quedó a la expectativa, con la esperanza de que su chiste persuadiera a Ludo que era mejor retirarse, pues se exponía a verse implicado en un duelo en el cual era perdedor por cierto, pero Ludo continuó sentado, con la mirada puesta en las olas que se obstinaban en nacer mar adentro, darse impulso y llevar una efímera vida que terminaba en destrozo. Y Pirulo debió de sentirse traicionado, cuando lo vio reclinarse otra vez en la playa dispuesto aparentemente a dormir.

«Una playa desierta, donde nunca hay un bañista», pensó Ludo y un poco arrepentido abrió otra vez los ojos. Esta vez la mujer se había agachado para escarbar

entre las piedras con sus finos dedos y elegir pequeñas conchas blancas. Al mismo tiempo Ludo percibió un pedazo de su muslo trigueño, o lo imaginó tal vez, disimulado bajo su falda tensa. Tristeza, desasosiego, unas ganas difusas de estarse allí, de perder el tiempo. Pero ya Pirulo estaba a su lado.

«¿Usted se baña aquí, maestro? Quiero decir, ¿usted no tiene miedo de meterse en este mar?». Ludo estaba de nuevo sentado, tratando de comprender la intención de esta pregunta. «Claro», respondió y en ese momento se dio cuenta que Pirulo le proponía ese desafío solamente para alejarlo. «Pero ahora no estoy en forma», agregó, justo cuando Pirulo decía: «Si usted entra, yo lo sigo». La mujer parecía escuchar esta conversación con interés. Ludo vio al fin directamente su rostro oval, moreno, entre largas mechas negras y lacias que el viento desplegaba. Y la boca carnuda, asimétrica sobre el mentón, la boca.

«De acuerdo», respondió y se puso de pie, inflando su pecho de aire y templando su mediocre musculatura, como los fortachones de las playas. Después de avanzar hasta la orilla y coger un poco de agua para persignarse esperó la llegada del primer tumbo para zambullirse de un ágil salto. Nadó en línea recta cortando las olas con el hombro, hasta que a los doscientos metros le faltó el resuello y se detuvo para voltear la cabeza. Pirulo en la playa se desnudaba, mientras la mujer, que se había puesto de pie, miraba atentamente hacia el mar. Quizás lo miraba a él, quizás sólo el horizonte. De todos modos esta atención lo reconfortó y poniéndose de espaldas para hacerse el muerto aguardó a que Pirulo se zambullera. Pronto lo vio entrar al mar y mover los brazos sin estilo. Pirulo carecía para todo de estilo. Esperó un momento que se acercara y luego volvió a ponerse de vientre y siguió nadando mar afuera.

Sólo se detuvo cuando le pareció que lo llamaban. Pirulo seguía avanzando a lo lejos, cada vez con mayor lentitud. Estaban a medio kilómetro de la playa. Desde allí se veía el malecón y los balcones de las casas costaneras. Ludo lo aguardó esta vez, pues acababa de sentir cierto escrúpulo: el color oscuro de las aguas indicaba que estaban sobre una fosa y Pirulo no era nadador de resistencia. Al poco rato lo vio llegar, ojeroso, extenuado. «No hay piso», decía, «ya no puedo más». Ludo le iba a decir que se echara de espaldas para descansar, pero Pirulo dándose impulso alargó el brazo y lo aferró del cuello: «¿Así que haciéndote el vivo? Lárgate de la playa, carajo. Mi trabajo se va al diablo. Lisa se está dando cuenta que te conozco». Ludo se deshizo de su brazo y se alejó de él unas brazadas: «Otra vez alquila un cuarto de hotel, pasaje Margaritas, si quieres saber». Pirulo intentó acercarse otra vez para cogerlo, pero Ludo se alejó con rapidez hacia altamar. Cuando volvió la cabeza distinguió a Pirulo que regresaba a la orilla, lanzando un brazo hacia la derecha y luego —después de un tiempo que parecía interminable— el otro hacia la izquierda.

Ludo reposó un momento y emprendió el retorno a la playa. Mientras nadaba trató en vano de ubicar a Pirulo. La orilla ni se veía, oculta tras los tumbos. En un momento le pareció escuchar un grito. Acelerando sus brazadas siguió nadando hacia tierra. Al cabo de un rato se sintió exhausto. Cambiando de estilo empezó a nadar de

espaldas. Tenía la impresión de que no avanzaba. Además se dio cuenta en ese momento de todo lo que había de monstruoso y de anormal en el hecho mismo de nadar: renunciar a la posición vertical, desplazarse en un medio adverso, usurpar los atributos de los peces. Al cabo de un rato sintió que su mano tocaba algo duro y comprobó que estaba en la orilla. La corriente lo había jalado a centenares de metros de su punto de partida.

Por el mal olor que infestaba el aire comprendió que estaba cerca del colector que traía las aguas negras de Miraflores. En efecto, después de caminar un trecho distinguió la gran tubería de cemento que echaba al mar las heces de la ciudad. Ludo siguió avanzando, salvó la tubería y al contornear un promontorio distinguió El Hondo: la mujer estaba sola en la playa y miraba hacia el mar con inquietud. Ludo apuró el paso, pero al aproximarse un poco más se dio cuenta que Pirulo estaba tendido a los pies de Lisa, tan achatado contra las piedras que apenas se le veía. Lisa se agachó hacia Pirulo y avanzó su mano para tocarle la cabeza. Ludo se tendió sobre el canto rodado. Desde allí vio cómo la mano rozaba apenas los cabellos de Pirulo mientras éste, visiblemente agotado, se contentaba con acariciarle el tobillo.

Durante un rato continuó observando este juego, que tenía trazas de progresar, hasta que al fin encontró buenas razones para interrumpirlo, pues su ropa había quedado al lado de la pareja y ya sentía frío. Apenas se hizo presente, la mano de Lisa dejó los cabellos de Pirulo, pero la de Pirulo siguió aferrada a la pierna de Lisa. Ludo mostró una sonrisa de circunstancias, cogió su ropa y se encaminó hacia el desfiladero por donde había bajado. «Maestro, gran nadador», sintió que gritaban a sus espaldas. Al volverse vio que Pirulo había levantado el torso y lo miraba al fin jubiloso, agitando una mano. La mujer también lo miraba. Ludo no supo qué decir y continuó su camino.

A la mitad de la subida se detuvo y se vistió. Desde allí veía la playa: Lisa se había echado de espaldas y Pirulo se inclinaba sobre ella apagando un cigarrillo. Ludo continuó subiendo ya sin voltear y poco antes de llegar al parapeto divisó a dos obreros que llenaban a lampadas un camión con piedras. Al verlo aparecer ambos interrumpieron su trabajo y lo miraron con estupor, al punto que Ludo se preguntó si no llevaría una malagua en la cabeza. «Está pálido, compadre», dijo uno de ellos. Ludo los miró a su vez y fue como si la atención que le dispensaban le dictara su respuesta: «Cerca de la orilla hay un ahogado. O dos, no he visto bien. Pero no sé nadar». Los obreros se miraron entre sí, abandonaron sus lampas y se lanzaron por el desfiladero a la carrera.

Capítulo VII

«Sólo le faltaba un botón», escribió Ludo en un cuaderno. Y los imbéciles llegaron a la carrera buscando a un ahogado. ¿Quién los enviaría? Misterio. Se podría hacer algo con esa historia de celos. Y decir también, con un tono cínico, este lugar común: que las mujeres tienen cinco minutos de abandono. Cuando los obreros se fueron, los minutos de Lisa habían pasado. Hablar de paso de las traiciones de la amistad o de las amistades hechas de una trama de traiciones. Vanas ideas, pues únicamente escribió: «Sólo le faltaba un botón». Tenía la excusa de la falta de tiempo, pues desde hacía unos días trabajaba con el doctor Font.

Para llegar a su bufete había tenido que extraviarse en una de esas casonas viejas del centro de Lima, cuyos innumerables aposentos han sido convertidos en escribanías, agencias de viaje, sastrerías, academias de idiomas u oficinas de abogados. Ludo se lanzó por un pasillo, siguiendo una flecha que indicaba «Doctor José Artemio Font, Abogado», flecha que describía un curso caprichoso, subía un piso, bajaba otro, atravesaba un patio, vacilaba ante una agencia funeraria, estaba a punto de perderse en la azotea y por último, fatigada, la punta inclinada hacia el suelo, hacía una reverencia delante de una puerta estrecha, donde una placa dorada repetía: «Doctor José Artemio Font, Abogado».

Una vez Ludo había escuchado decir a su padre, refiriéndose al doctor Font: «Es un chorro de luz». Y en realidad la imagen tenía un indudable efecto plástico: en el brumoso bufete, iluminado tan sólo por una farola, la cabeza calva del doctor irradiaba un fulgor sobrenatural. Detrás de una mesa donde era inútil buscar un principio ordenador, la cabeza del doctor parecía recoger y propagar toda la claridad del ambiente, como un espejo convexo. Ludo se sintió cegado al enfrentarlo y tuvo que buscar apoyo en un sillón para no ser fulminado. Y antes de que abriera la boca, el chorro de luz, interrumpiendo el alegato que redactaba en una máquina de escribir gigantesca, lo saludó con esta sentencia: «Hermosa es la jurisprudencia, pero mezquino es el pleito». Acto seguido empezó una disertación acerca de los inconvenientes de la profesión de abogado para las personas pobres y sin relaciones: su caso, por ejemplo, veinte años de trabajo para hacerse conocido, un bufete sin luz, sin secretaria, sin sala de recibo, laborando hasta las nueve de la noche, peleando con escribanos y porteros, todo ello porque tuvo que empezar de cero y para al fin y al cabo tener «¿Qué cosa? ¿Qué cosa es lo que tengo? Vamos a ver, ¿qué cosa?», Ludo

estuvo tentado de responder que no lo sabía, pero ya el doctor decía: «Una casa en Miraflores y mis tres hijos en un colegio decente. ¿No es verdad, señor Galván?». Ludo volteó la cabeza para ver a quién iba dirigida esta pregunta y en uno de los ángulos de la habitación divisó a un vejete sentado en una especie de pupitre de colegial. El viejo gruñó débilmente para asentir con la testa canosa. «A propósito, señor Galván, lléveme por favor este escrito donde el escribano Yuen». El viejo se acercó, tomó el escrito, cogió su sombrero de una percha y salió del bufete arrastrando los pies. «En una palabra», prosiguió el doctor, «yo no tengo ningún inconveniente en recibirlo en mi estudio, como se lo ofrecí al doctor Rostalínez, pero usted verá que materialmente no hay sitio y que además, desde el punto de vista de la clientela, éste es un estudio modesto. ¿Quiere que le dé un consejo? Entre usted a uno de esos estudios millonarios. Usted tiene parientes que lo pueden recomendar. En esos estudios hacen antesala los ministros y cuando se presenta un caso difícil no se resuelve en la corte: se resuelve en el Palacio de Gobierno».

Ludo respondió que años atrás había entrado a uno de esos estudios millonarios y que no pudo soportar más de una semana, pues estaba repleto de meritorios de cuello duro, serviles con los grandes e insolentes con los pequeños, que se disputaban entre sí los expedientes, apelaban a las peores intrigas para ganarse la estima de un jefe y, cosa insoportable, llevaban siempre un tomo de Planiol en el sobaco. Una academia de arribistas. «Es la lucha por la vida», observó el doctor. «En esas condiciones, abandono la lucha», contestó Ludo.

Finalmente el doctor prometió guardarlo, pero no en permanencia en su estudio, sino firmándole los recursos que redactara en los juicios que se le presentaran en la calle.

Ludo se dirigió a la calle, preguntándose si por azar encontraría uno o varios juicios esperándolo en la calzada. Lo único que vio, mientras recorría uno de los interminables pasillos, fue al señor Galván que, media hora después de haber recibido su comisión, se arrastraba sudando por el edificio, buscando una salida hacia la ciudad, hacia su cotidiana tarea de cartero en civil, de eterno repartidor de papeles.

Cuando llegó a su casa estaba decidido a buscarse un cliente, a inventarlo si fuera posible. Su madre quedó sorprendida por tan buena disposición y le recordó que hacía quince días había venido Moisés para decirle que lo querían echar de su casa. «Déjalo por mi cuenta. No lo echarán», respondió Ludo y se fue de inmediato a la casa de Moisés. Cuando llegó al corralón donde vivía quedó perplejo. Mientras observaba las viviendas de adobe distribuidas en forma de U alrededor de un patio fangoso se preguntó quién diablos le pagaría sus honorarios.

A Moisés le faltaba un pedazo de labio, por lo cual sus palabras salían mal torneadas de su boca, perdían en el camino una letra o una sílaba y a menudo era difícil reconocerlas. Ludo creyó entender cuál era su problema: el propietario de ese corralón le había seguido un juicio por ocupante precario. «Yo pago mi cuarto», dijo Moisés mostrando una pila de recibos: Ludo los examinó y declaró que eso tenía

remedio.

En realidad, no tenía la menor idea en qué aventura se había embarcado. Durante los tres años que trabajó en el departamento legal de la Gran Firma su misión había consistido en redactar alegatos, pero muy rara vez había puesto los pies en el Palacio de Justicia. Además, cuando lo hizo, fue siempre en nombre de sus poderosos empleadores. Ahora, en cambio, representaba los intereses de un albañil desocupado y tenía que defenderlos frente a un propietario, en ese siniestro edificio de concreto armado donde los encargados de dictaminar su caso eran a no dudarlo propietarios. Ludo se preguntó si sería por azar que el Palacio de Justicia había sido construido frente a la penitenciaría o si más bien ello obedecía a un plan, a la sutileza macabra de algún urbanista, que había querido expresar así, por la proximidad en el espacio, la confinidad espiritual que existía entre los reos y los funcionarios de la justicia.

Apenas puso los pies en el Palacio, Ludo creyó respirar un aire de emboscada. Cada portero tenía el porte de un francotirador. Los ascensoristas parecían invitar con su maliciosa sonrisa a un descenso infernal. ¿No había oído decir una vez que en los sótanos del Palacio había una mazmorra donde los presos eran olvidados durante años mientras se ventilaban sus procesos? Existía, también es cierto, una sala de té donde los funcionarios se hacían reverencias y educadamente, mientras comían galletas de soda, concertaban la reclusión perpetua de un acusado o el agasajo al vocal de turno. En realidad, el Palacio era como una ciudad, con sus rutas, sus sistemas de circulación, su población permanente o foránea, sus salteadores, a la cual era necesario habituarse a través de tropiezos y contravenciones. Durante dos semanas anduvo por todos sus pisos, por todos sus corredores, buscando oficinas que habían sido trasladadas o clausuradas, haciendo cola para hablar con funcionarios que no le correspondía o pretendiendo cosas imposibles como tratar de hacerle comprender una argumentación a un conserje. Moisés, que estaba sin trabajo, lo seguía a veces en estas correrías. Al fin en un juzgado tuvo ocasión de conocer al abogado del demandante, el que hasta entonces había sido para Ludo una entidad abstracta, a lo más una firma pomposa al pie de un recurso lleno de artículos del código civil, de citaciones doctrinales y de mentiras. Fernando Gonzales Fernández era un enano (Ludo comenzó a darse cuenta que su vida estaba plagada de enanos que le jugaban malas pasadas), un enano cursi, con chaleco y lentes de carey. Fue durante un comparendo. El enano sometió a Moisés a un pliego de preguntas, cuyas respuestas eran anotadas por el escribano en un papel sellado. Sólo al término del interrogatorio Ludo se dio cuenta que Moisés acababa de firmar algo así como un certificado de delincuencia: que no tenía trabajo, que no estaba casado con su mujer, que no pagaba impuestos, que no había hecho servicio militar y que nunca había visto la cara del propietario de su casa. Ludo, para ganar tiempo, exigió una inspección ocular y el juicio quedó momentáneamente suspendido.

Mientras esperaba que le notificaran esta actuación trató de conseguir otro cliente, pues Moisés, lejos de traerle algún beneficio, había sido para él una fuente de gastos

en pasajes y honorarios de escribanos. Gracias a ciertas complicidades parroquiales se enteró que había una señora rica que necesitaba un abogado joven. Era un caserón republicano situado en Miraflores, de aquellos donde, rodeado de sirvientes, espera la hora de la muerte el heredero vetusto de alguna antigua fortuna. Ludo cruzó la verja guiado por un mayordomo y mientras avanzaba hacia las escalinatas del palacete divisó un jardinero arreglando una mata de begonias. En ese momento le pareció maravilloso que todavía existiera el oficio de jardinero o, más aún, que las casas tuvieran grandes jardines. Se avecinaba tal vez una época terrible en la cual tener un rosal sería un delito.

En el enorme salón, acosado por relucientes tesoros, Ludo no hizo otra cosa que evaluar sus posibles ganancias. ¿Por qué dos chimeneas, que por añadidura no tenían trazas de encenderse nunca? Cuatro relojes de péndulo que marcaban cuatro horas diferentes. Una colección de Budas de porcelana, panzudos e idealistas. Y el lamparón de cristal de roca llorando lágrimas espectrales.

Un cuarto doméstico vino a recibirlo. Era una mujer con delantal y toca blanca. «Aún no ha empezado la siesta», dijo conduciéndolo con tanta prisa que Ludo se preguntó si no irían a estrellarse contra una de las consolas. Pero en pleno muro había un ascensor. Ludo subió un piso y la sirvienta lo guió hasta una pieza donde una vieja sentada en una silla de ruedas fumaba en boquilla delante de un paquete de naipes. «¿No le parece que es un maleducado?», lo interpeló la vieja, «hace cuatro meses que no paga la casa. Y sé que tiene plata porque trabaja con los americanos. Los que trabajan con los americanos son ricos, pero no son decentes. Mi marido trabajó sólo con los ingleses». La vieja continuó hablando mientras le echaba humo de tabaco inglés. Ludo prometió sacar de la casa al ingeniero Mendoza o hacerlo pagar los arrendamientos atrasados por la módica suma de mil soles.

Esa misma noche fue a visitar al inquilino. El ingeniero lo recibió con una servilleta en la mano. «Mi esposa está comiendo, venga por aquí». Ludo se había vuelto sumamente sensible al lenguaje del mobiliario, conocía la sorda queja de los confortables de serie, el hastío de los paisajes marinos que pendían de los muros o la chatura, la estrechez y la falsa bonanza que contenían los minúsculos ceniceros de plata. En el vestíbulo el hombre comenzó a narrarle una dolorosa historia de hospitales —un hijo, aún invisible, atacado de parálisis—, de pagarés vencidos y otros desastres que no distraían a Ludo de lo que le revelaba el espejo de la sala: una señora inmensamente gorda comía con la mano una presa de ave, con voracidad, chupando el hueso. «Comprendido», dijo al ingeniero que recomenzaba su historia, con ligeras variantes, esforzándose por darle a su discurso un aire de verosimilitud. Tal vez era cierto lo que contaba, tal vez sólo el disfraz de alguna ruinosa vida extraconyugal. Ludo terminó por aceptar su propuesta consistente en pagar los alquileres devengados mediante una letra de cambio a sesenta días vista. La propietaria aceptó el arreglo a regañadientes, dejándole entender que todos, inquilinos y abogados, eran unos ladrones. Pero ya Ludo estaba embrollado en otro caso: corría

por los pasillos del ministerio de Hacienda tratando de evitar que un cliente pagara un impuesto abusivo. Este caso lo familiarizó con el infierno de la administración y pudo por primera vez contemplar el rostro del fisco: ujieres con el uniforme raído, empleados con lentes inclinados sobre enormes cuadernos, empleados con tirantes haciendo funcionar máquinas sumadoras, empleadas viejas que sellaban papeles, pupitres, mostradores, calendarios, ficheros, más empleados recordándole que faltaba un timbre, que eran necesarias dos copias de tal documento, secretarias que le hacían señas de esperar mientras hablaban por teléfono, burócratas encallecidos que no le contestaban, subjefes con escarpines, anteojos por todo sitio, calvicies, camisas remangadas, mecanógrafos con visera, colas, mesas de partes, papeles, más papeles y en todo lugar, presente como Dios, pero visible, el lema del ministerio de Hacienda: «Pague y después reclame».

Simultáneamente se le presentaron otros casos. Ludo inició al mismo tiempo varios juicios. Le bastaba una simple hoja de papel sellado con diez líneas escritas y la firma del doctor Font para poner en marcha el complejo mecanismo de la justicia, en el que se veían implicados jueces, notarios, peritos, abogados y un ejército de empleados subalternos que, como él, corrían todo el día de escribano en escribano, traficando con papeles y alimentando expedientes cuyo curso era siempre imprevisible. La ciudad se había dividido para Ludo en un inextricable damero, en cada una de sus casillas habitaban funcionarios, deudores, tinterillos o conserjes y su tiempo en multitud de actuaciones que se cruzaban unas con otras, se entorpecían o se contradecían. A veces abandonaba a un cliente que respondía a un interrogatorio en un juzgado para correr donde otro que se sometía a un peritaje donde un grafólogo juramentado o le ocurría invocar en una misma tarde los mismos artículos del código civil para fundamentar causas que se oponían. Llegó un momento en que los procesos e incluso las personas comenzaron a confundirse en su conciencia: presentaba pruebas para un caso que ya estaba sentenciado o implicaba en un juicio de divorcio a un cliente que lo había consultado acerca de la fundación de una sociedad anónima.

A los dos meses estaba exhausto, más pobre que nunca y a punto de volverse loco. Algunos juicios se estancaban, otros se ramificaban para llevar vidas paralelas mediante cuerdas separadas o adoptaban direcciones inusitadas, a punto de que lo que comenzaba como un simple procedimiento de declaración de herederos se convertía en un juicio contencioso. Ludo fue perdiendo el control de los procesos. Se dio cuenta además que la lucha no era librada en terreno de los principios sino de los intereses más mezquinos. Un expediente se perdió con todas las pruebas que contenía, un escribano retuvo un alegato hasta que se venció el plazo de su presentación, un demandado presentó documentos falsos que era imposible invalidar, otro cambió cinco veces de domicilio, un cliente se negó a pagarle sus honorarios y hubo que demandarlo, otro amenazó con seguirle a su vez un juicio, por mala gestión de sus asuntos. Al final Ludo ya no sabía contra quién pleiteaba. Un día se encontró con Moisés cerca del Palacio de Justicia. Ludo lo había olvidado completamente e

ignoraba el estado de su proceso. A pesar de ello lo abordó para preguntarle cómo iba. Moisés lo miró con su labio roto y le dijo simplemente: «Me desalojaron».

Capítulo VIII

Era necesario buscarse clientes ricos, de aquellos que ganan los procesos antes de comenzarlos. Ludo le comunicó este importante descubrimiento a Pirulo que, de tarde en tarde, venía a buscarlo para quejarse de los desplantes de Lisa, que ahora salía con el propietario de un carro negro. Por la descripción que hizo de su rival, Ludo sospechó que se trataba de Carlos Ravel, un condiscípulo de la facultad de Derecho. Se trataba de un mozo simpático y esnob que había abandonado hacía poco el estatuto del peatón para lanzarse en su coupé convertible por los barrios populares a la caza de vírgenes humildes. Era un método infalible: no hay feo en Cadillac.

Los planes de Ludo se vieron súbitamente favorecidos por un acontecimiento excepcional: a fines del verano, el botones de una elegante casa de mensajeros echó al jardín una invitación de matrimonio. Su tía Rosalva se casaba el sábado siguiente con un ingeniero. El suceso era en sí corriente: en casa de Ludo había a cada rato tías que se casaban. Pero la diferencia residía en que Rosalva pertenecía a una rama familiar que les inspiraba respeto: la rama de los millonarios. Con esa gente Ludo y su familia tenían muy poco contacto. Existían complejos recíprocos que iban de parientes pobres a parientes ricos. Rosalva y los suyos vivían en palacios, salían fotografiados en las revistas de sociedad y estaban envueltos en ese nimbo cegador aun en su vanidad que rodea a los poseedores de las grandes fortunas. Ludo había visto a Rosalva sólo dos o tres veces, una de ellas cuando murió su padre y la muerte abrió la pequeña casa de Miraflores a la misericordia de los ricos.

Esta invitación era un gesto de magnanimidad, una concesión que produjo estupor, pero que de inmediato creó problemas de protocolo. ¿Quién asistiría en representación de la familia? Su madre se negó, sus hermanas también y Armando las imitó alegando que a él le había tocado asistir a los tres últimos velorios. Ludo no tuvo más remedio que aceptar, con la esperanza de que tal vez en ese medio desnicharía algún suculento cliente.

El sábado a mediodía se puso en camino. Tenía que recorrer toda la avenida Pardo, cruzar el parque y luego internarse por la avenida Benavides. Ludo conocía ese camino de memoria, pues durante diez años lo había hecho para ir de su casa al colegio. ¿Por qué se sintió oprimido? No sólo porque se cruzó con los colegiales que salían de clase —él fue uno de ellos, taciturno, pálido y lleno de violentos odios— ni por el uniforme morado de las alumnas de la Reparación (que le hizo recordar a

tantas colegialas de las cuales estuvo silenciosamente enamorado) sino por la degradación que sufrían las residencias señoriales que bordeaban la avenida. Tal vez esas casas albergaron grandes abusos, corrupciones inconfesables y se edificaron sobre la usura y la impiedad. Pero esas casas tenían una justificación: eran bellas. Eran de una belleza que parecía residir en la absoluta falta de utilidad de sus accesorios. La que se encontraba, por ejemplo, en la esquina de la avenida Grau —y que no tardarían en demoler— tenía dos altos miradores protegidos por mamparas de cristal, sólo dignos de ser habitados por astrónomos o alquimistas. Cuando era colegial, Ludo miraba siempre en sus cuatro pasajes diarios las elevadas torres y se sentía devorado por un violento deseo de vivir allí, de ser el ocupante solitario de esas construcciones aéreas, vetustas, disparatadas y aparentemente sin destino.

Al llegar a la casa de sus tíos, Ludo se detuvo perplejo, pues la boda no había añadido a esa casa el esplendor que podía esperarse: no se veían automóviles, ni mayordomos, ni invitados. Lo único que había hecho la boda era abrir las puertas de la casa, todas al parecer, pues desde la calzada se veía una perspectiva de puertas abiertas, unas metidas dentro de otras, puertas de vestíbulos, de aposentos oscuros o iluminados, cada vez más pequeñas, hasta una última mampara que, al final de esa casa geométrica, permitía distinguir un jardín y una pila de azulejos luciente bajo la canícula.

Ludo cruzó la verja, penetró en un vestíbulo y se aventuró por un amplio corredor. A derecha e izquierda se abrían sendos aposentos, donde muebles suntuosos se acumulaban en un aparente desorden, como en una tienda de antigüedades. Le sorprendió la gran cantidad de fotografías que adornaban los muros, donde se veían ancianos en cuello de plastrón y afilados mostachos, viejas con inverosímiles peinados llenos de peinetas o grupos familiares distribuidos rígidamente en torno a un paterfamilias. En el claroscuro de los aposentos estas figuras chatas y muertas parecían cobrar cierto relieve. Sus ojos sobre todo asumían un aire severo, casi amenazador, lo seguían, lo espiaban como si le reprocharan una intrusión. Ludo empezó a encontrar divertidos los retratos y cuando veía un rostro demasiado agrio se sentía tentado de pedirle excusas o hacerle una reverencia. Pero tuvo que interrumpir su juego al distinguir, encuadrada en un lujoso marco dorado, su propia fotografía. Era él mismo, sonriendo con un poco de melancolía desde una superficie sepia, mientras sostenía en una mano un guante y con otra hojeaba un libro colocado en un atril. Era una foto de juventud de su abuelo fechada en 1876. Ludo la contempló con avidez, sintiéndose sin saber por qué profundamente desgraciado, cuando le pareció escuchar que alguien tosía en el corredor. Al volver la cabeza no vio a nadie. Regresó rápidamente al pasillo y continuó su camino.

Las últimas habitaciones que daban al corredor estaban cerradas. Cada vez más intrigado por esa inexplicable boda vacía llegó a un patio vidriado que lindaba con el jardín. Sólo allí vio los primeros vestigios de la ceremonia: contra las mamparas se acumulaban ramos de flores, radiantes ramos aún húmedos, cada uno de ellos con una

tarjeta de visita donde se leía un apellido pomposo. Ludo se animó a descender al jardín, donde un centenar de mesitas, protegidas por sombrillas de lona, aguardaban a los invitados. Un hombre en mangas de camisa se paseaba entre ellas, atormentado al parecer por un grave problema. Ludo, tomándolo por algún criado se aprestaba a interpelarlo, cuando el hombre levantó la cara y quedó mirándolo con extrañeza. En esa cara confluían una serie de rasgos que Ludo había visto en las fotografías. Era su tío Carmelo, el inalcanzable hombre de negocios que dirigía una veintena de sociedades anónimas.

«¿Qué tal, Ludo? ¿Tú eres bueno en matemáticas? Necesito que me des una mano». De inmediato le explicó que iban a venir a almorzar cuatrocientas ochenta personas y que era menester calcular si había suficientes sillas. «Hemos alquilado quinientas, pero no sé si estarán todas. Hemos contratado también un equipo de mozos, pero estos zamarros todavía no llegan. Seguramente están sindicalizados. Cuando te vi aparecer creí que eras uno de ellos que venía a darme alguna mala noticia». Ludo no pudo evitar el echar una mirada a su propio terno oscuro, lustroso y un poco marchito por tantos años de servicio. Apenas habían comenzado el recuento apareció la legión de mozos en chaqué negro, con su equívoco aspecto de enterradores. «Me voy a cambiar», dijo su tío Carmelo, «has venido demasiado temprano. La gente todavía está en la iglesia». Ludo quedó abandonado en el patio lleno de ramos, viendo a los mozos distribuirse por el jardín para contar y repartirse las mesas.

Primero sonó un claxon, luego otro y pronto en la calle se escuchó el clamor inconfundible de un embotellamiento de automóviles. Ludo no supo si salir hacia el vestíbulo o si por el contrario quedarse en el jardín. Al fin optó por lo primero y se lanzó resueltamente hacia la calle para observar la llegada de los novios.

Un enorme Cadillac negro que tenía cintas blancas amarradas a las manijas de las portezuelas se había detenido ante la verja. De él descendió su tía Rosalva, vestida con un discreto sastre gris llevando en la mano un ramo de azahares. Su novio la seguía, vestido también de gris, pero con una corbata plateada cuyos destellos competían con su sonrisa de hombre que acaba de concluir un buen negocio. Más atrás venía su tía Cristina, la madre de Carmelo y Rosalva, hermana del abuelo de Ludo. Era una anciana de una distinción impresionante, que provenía no sólo de su altura y su esbeltez, sino de una cabellera de una blancura espumosa y de una nariz prodigiosamente larga, especie de emblema familiar conservado a través de muchas generaciones y que ella había tenido el privilegio de heredar y transmitir a la posteridad. Al observarla Ludo tuvo el consuelo de comprobar que de esa nariz sólo le había tocado una modesta porción.

Detrás de ellos venían los invitados por oleadas. La avenida estaba llena de automóviles. La gente penetraba a la casa en grupos que parecían continuar una conversación comenzada no sólo en la iglesia, sino en otros matrimonios, en otras ceremonias que se remontaban a una época inmemorial. Ludo se dio cuenta que su

presencia en el vestíbulo había sido, desde el punto de vista social, absolutamente inútil, pues todos, incluso su tía Rosalva, pasaron delante de él sin concederle otra cosa que una mirada objetiva, como si les pareciera natural que un joven pálido controlara ese ruidoso ingreso vestido con un terno anticuado entre un jarrón de porcelana y un cupido de yeso.

Ludo terminó por plegarse al rumoroso cortejo y pronto se vio arrastrado por los salones, empujado por los corredores, rodeado de gente cada vez más jovial hasta que al fin, en uno de los tantos aposentos, volvió a encontrarse solo, con un vaso de whisky en la mano, solo a pesar de la compañía, observado desde el marco de oro por los labios melancólicos de su abuelo. Mientras bebía un trago hizo con la fotografía un brindis secreto, casi avergonzado. ¿Qué diferencia, qué insalvable grieta se había abierto para que él se sintiera allí menos en su casa que todos esos invitados que no tenían en los muros ninguna credencial? Pero no había tiempo de responder a esta pregunta, pues, según un orden probablemente convenido, la animación crecía a su alrededor a medida que corría el whisky y que los grupos se reconocían y se integraban.

Ludo erró un momento por otros salones, por otros pasillos, sin abandonar su vaso, que le daba la ilusión de un interlocutor y descendió al jardín. Para avanzar tenía que tocar siempre a alguien del hombro, pedir permiso y continuar su camino. ¿Quiénes eran esos hombres, sobre todo esas mujeres esplendorosas? No eran seguramente los hombres que trabajaban en las escribanías ni los que viajaban en ómnibus, ni tampoco las mujeres que sellaban papeles en las oficinas de correos, ni siquiera las mujeres que iban a la universidad. Quizás esa gente ni trabajaba ni estudiaba o lo hacía en lugares privados, inaccesibles, como las gerencias de los bancos o los *colleges* de Norteamérica. Las mujeres, sobre todo, eran los frutos preciosos de la burguesía, los réditos exquisitos del dinero, del sueño tranquilo, de las camas blandas, de la ropa interior acariciante, del capricho satisfecho, de la mesa servida siempre a su hora y con abundancia, del deporte lujoso, del sol perseguido por todos los continentes y en suma del cruce de parejas ricas y hermosas. Era el resultado de una selección rigurosa y artificial, casi de laboratorio, que le recordaba a Ludo, involuntariamente, la practicada en los haras para la reproducción de caballos de pura sangre.

Cuando los mozos empezaron a servir el almuerzo todos los invitados habían encontrado asiento. Todos, menos Ludo. Merodeó entonces alrededor de las mesas, buscando ya no una silla libre, ni siquiera un apretón de manos, sino tan sólo una mirada de simpatía que le permitiera sentirse asimilado. Cerca de la pileta de azulejos divisó a un torero español, de pie y aparentemente desorientado. Su fotografía había aparecido recientemente en los periódicos. Ludo avanzó hacia él con el afán de ampararse en su calidad de extranjero para hacer causa común, pero alguien gritó «Manolo» desde una mesa y el matador se precipitó hacia un hombre corpulento que, puesto de pie, le abría los brazos maternalmente. Los únicos que seguían parados eran

los mozos. Ludo caminó al lado de ellos, se dio cuenta que en una mesa faltaba vino y se apresuró en hacérselo notar al *maître*. Pronto advirtió que representaba el papel de un doméstico gracioso, suplementario, y se retiró avergonzado hacia el patio de cristal.

Allí volvió a encontrarse con su tío Carmelo, que vigilaba con amenidad el despliegue de su festín. Estaba reluciente, como si acabara de darse un baño. «Simpático, ¿no? Estaba pensando cuánto vale acá cada cabeza. Esa de allí, ¿la ves?, representa por lo menos doscientos millones. Esa de allá sólo una docena. Pero si quieres que te diga la verdad, se ha deslizado acá mucha gente sin clase. Nuevos ricos». Ludo observó a su tío: en él se aliaban el refinamiento y la fortuna, la distinción y el hábito del mando. Era una versión de su abuelo, pero que había sacrificado la erudición a las finanzas y que había adquirido, gracias a una educación británica, el porte de un jugador de polo y la eficacia de una máquina electrónica. Se decía que era prodigiosamente inteligente, una de esas inteligencias concretas, organizadoras y capitalistas, que no tenía nada que ver con la inteligencia de Ludo o de su padre, anárquicas, vagabundas y aplicadas a lo improductivo. «¿Estás trabajando? Sé que te recibirás de abogado. ¿Qué tal te va? Discúlpame, me están pasando la voz».

De un salto descendió las escaleras y se perdió entre el gentío. Ludo quedó otra vez solo. Había terminado el tercer whisky y sentía hambre. Delante de él pasaban sin cesar los mozos con bandejas llenas de presas de pavo, de lonjas de ternera adornadas con espárragos. Ludo observó la circulación de los domésticos y descubrió su origen: en un extremo del patio de cristal, al cabo de un corredor, se encontraba la cocina. Cuando entró en ella vio a una docena de empleadas que se afanaban delante de las cacerolas o que comían rápidamente sentadas en una banca. «¿Se le ofrece algo, señor?», preguntó una cocinera. «Quiero comer», respondió Ludo. Había también allí algunos hombres, el chofer de tía Cristina, mayordomos, quizás algún jardinero. La servidumbre lo miraba asombrada. Ludo añadió que era un sobrino, lo que aumentó el desconcierto. «No hay sitio en el jardín», prosiguió, «ha venido mucha gente». La modestia tiene también sus formas, su protocolo: tal vez en sus ademanes o en la línea un poco esfumada de su pantalón los sirvientes de dieron cuenta de quién se trataba y recobraron su aplomo. Ludo comió en silencio, pensando que era seguramente un desastre calculado y lleno de sentido que él tuviera que comer en la cocina y que un malandrín convertido en torero, por ejemplo, alternara en ese momento bajo el sol con los más bellos potros de la fortuna.

A la hora del café abandonó la cocina y se mezcló en sociedad, con la esperanza al menos, no de ser saludado o desagraviado, sino reconocido en su calidad de comensal. Pero los invitados, después del almuerzo, habían recomenzado a beber whisky y de pie se distribuían por la casa, hablando en una lengua que el licor volvía menos coherente. Ludo trató en vano de seguir el curso de las conversaciones. Éstas habían asumido la forma de un parloteo en el que todos intervenían simultáneamente

mediante exclamaciones o alusiones. Se dio cuenta además que había una manera de excluir a los advenedizos de este rito de sobremesa mediante una mirada, un corto silencio o un desplazamiento corporal. Por un momento le pareció distinguir a su condiscípulo Carlos Ravel detrás de unos luminosos rizos, pero en el desorden esta visión se extravió.

No le quedó más remedio que apartarse del tumulto. Los convidados, obedeciendo tal vez a ciertas afinidades inconscientes, casi moleculares, habían formado una entidad humeante y sonora que se repartía entre el jardín, el patio de cristal y el corredor. Ludo aprovechó para recorrer una vez más los aposentos. Los salones que a su llegada habían estado cerrados abrían ahora de par en par sus puertas: eran las habitaciones destinadas a los regalos. Se veían por docenas radios, tocadiscos, refrigeradoras, máquinas de lavar, objetos de porcelana, de cristal, de jade, de ónix, de plata. Ludo se entretuvo evaluando y palpando tantos objetos maravillosos que le recordaban, traducidos a términos más prácticos, la caverna de Alí Babá. Cada uno de aquellos presentes le permitiría vivir un mes, quizás tres o seis, invitar a Pirulo y ¿por qué no? recuperar a Estrella. Cuando penetró en el tercer salón para seguir extasiándose le pareció ver una sombra en el espejo: al fijar la vista en el cristal vio una cortina que se movía. Ludo continuó examinando los objetos, sopesando a veces alguno entre sus manos. Otra vez le pareció distinguir una sombra, acompañada esta vez de un ruido. Al voltear rápidamente la cabeza distinguió a su tía Cristina, que se escondía detrás de un biombo. Lo había estado siguiendo de habitación en habitación para vigilarlo. «Cree que quiero robarme algo», se dijo Ludo. Y, humillado, abandonó dignamente la casa sin despedirse de nadie.

Capítulo IX

Ludo pasó sus días de consternación inclinado sobre un tablero de ajedrez. Había perdido todos sus juicios, cada vez le era más difícil comprar cigarrillos y se daba cuenta a través de sutiles matices gastronómicos —cuando la margarina reemplazaba a la mantequilla— que su casa iba a la deriva. Los ágiles caballos, los oblicuos alfiles y la reina todopoderosa lo distraían y en el dormitorio de Armando, respirando tabaco barato, se amanecía con Pirulo, Javier, Reynaldo y otros saldos de su promoción, disputando tormentosos torneos. Pirulo traía siempre en el bolsillo un cuarto de pisco. Se bebía. Bastaba hacerlo para que el mundo huyera, se precipitara a un abismo de bruma. Pero de soslayo Ludo observaba el crepúsculo y veía derrumbarse sobre el mar los días de su juventud.

En este grupo nadie trabajaba. Armando había abandonado la medicina, luego la química y ahora se interesaba por la sociología. Reynaldo acababa de ser expulsado de un banco porque había escrito un poema en el reverso de una letra de cambio. Javier, que sufría de una leve cojera, había sido aplazado en sus cursos de ingeniería y se dedicaba por su cuenta a estudiar sicoanálisis y a inventar tónicos contra la calvicie. Y Pirulo, por quinta vez consecutiva, se aprestaba a dar unos cursos rezagados que le permitieran inscribirse en el segundo año de la facultad de Letras. Si entre todos había algo de común era el deseo de perpetuar un ocio que creían merecido o sancionado por el derecho natural y que una serie de circunstancias volvía ahora definitivamente imposible. Todos tenían la sensación de una caída irremisible, de un olvido, o de una contienda para la cual estaban ridículamente armados con armas ya no usadas.

Con excepción de Pirulo, todos vivían en Miraflores, balneario de la gente bien, gracias a una prosperidad familiar que floreció hacía veinte años. Pero no se vivía impunemente en Miraflores. A los veinte años, un joven de Miraflores debía manejar su automóvil o el de su papá, tener su enamorada oficial, asistir a las fiestas del club de tenis, pasearse los domingos por el parque, bien vestido, después de la misa de mediodía. El que no observaba estas normas estaba condenado a exilarse o a confinarse. ¿Y cómo no asistir a las funciones dominicales de los cines Leuro o Ricardo Palma? El grupo lo hacía siempre a la cazuela, lo que representaba tal deshonor que siempre, antes de que finalizara el film, descendía las escaleras a la carrera, para encontrarse en el hall de la platea al momento de la salida.

Cuando el ajedrez los extenuaba —después de cada torneo tenían sueños cuadriculados y caballunos— se iban al billar de Surquillo. Allí Pirulo era la estrella. Cuando cogía un taco y se inclinaba sobre el tapete verde toda su desmañez desaparecía: él, el taco, la mesa, las bolas formaban una especie de unidad, una armonía. Diríase que cada carambola, antes que un fruto de su destreza, era una emanación, una prolongación de su pensamiento.

En ese ambiente de humo, cervezas, vagancia y cafichería, el grupo encontró, paradójicamente, lo que los moralistas llamarían una tabla de salvación. Bazán, un jugador mediocre que iba de vez en cuando al billar para respirar un poco de bohemia barata, le propuso a Pirulo un trabajo de vendedor: «Está botado. Yo hace dos años que trabajo en la Casa Wallon. Fíjate mi terno de lanilla. Comprado con mi trabajo. Fíjate mis zapatos blancos. Comprados con mi trabajo. Y me sobra para dar para la casa». Pirulo le comunicó esto al grupo y esa misma noche se realizó un consejo general.

Javier se negó a trabajar y no vaciló en calificar a Bazán como emisario de alguna liga de corrupción, pero el resto se puso de acuerdo para hacerlo en equipo y repartirse las ganancias. Se formaron dos parejas: Armando y Reynaldo por un lado, Pirulo y Ludo por otro. Tenían que vender productos de limpieza e insecticidas. Lo primero que hicieron fue comprarse un mapa de Lima y distribuirse los barrios. Luego echaron a la suerte para ver qué pareja saldría primero.

Aún hacía calor. Pirulo y Ludo se fueron el día de su primera jornada de trabajo al barrio de Santa Beatriz. Según Ludo ése era precisamente el tipo de barrio que necesitaba esos productos: ni casas tan viejas que han terminado por resignarse a la presencia de las cucarachas y a mirarlas casi con simpatía, ni casas tan nuevas que podrían considerar un insulto la oferta de un raticida. Pero ninguno de ellos había calculado que se trataba de productos nuevos: la Casa Wallon se había lanzado a la conquista del mercado, frente al Flit muriente y el DDT amenazador.

Ambos conocían los productos sólo por el nombre y a través de elegantes folletos impresos a tres colores. Cuando oprimieron el timbre de la primera casa, al azar, salió a recibirlos una señora y antes de preguntarles qué querían les tiró la puerta en las narices. Esto les permitió reflexionar acerca del aspecto amenazador que la angustia puede hacer asumir a las personas más inofensivas. En la siguiente casa no les respondieron. En la siguiente salió un muchacho y les dijo que su mamá no estaba. En la siguiente trataron inútilmente de hacerle comprender a una sirvienta lo que era un pulverizador. En la siguiente los mandaron al diablo. En la siguiente les dijeron que regresaran otro día. En la siguiente les pidieron detalles acerca de los productos que ellos no pudieron dar. En la siguiente les prometieron una compra para fin de año, cuando regresara la estación de los calores. En la siguiente les dieron la dirección de una persona que tal vez necesitaba un plumero. En la siguiente un señor los hizo pasar, les invitó un café y estuvo a punto de venderles un trompo con música que fabricaba en su domicilio a precios, según dijo, atómicos.

Hubo que cambiar de táctica. En lugar de visitar las casas particulares fueron directamente a las tiendas. Pero no había un solo almacén en Lima que no hubiera recibido la visita de Bazán. Éste había inundado de prospectos la ciudad. Por todo lugar encontraban trazas de su paso. Bazán terminó por convertirse para ellos en una especie de ser diabólico que tenía la propiedad de subdividirse en cientos de Bazanes que recorrían a la misma hora las ferreterías de Lima, las fábricas del Callao y las chinganas de Chorrillos, anticipándose siempre a ellos y dejándoles la impresión penosa de haber perdido un tren. Al fin, en La Victoria, se encontraron con Bazán, el original o una de sus copias. Al verlos se puso a chillar: «Quitándome el pan de la boca, ¿no? ¿No saben que Lima es para mí y también los balnearios? Ustedes deben ir por Lurín, por Vitarte, fuera de la ciudad. Si quieren tener terno de lanilla y zapatos blancos, a sudar, compadres». A pesar de esta advertencia, hicieron una nueva tentativa, esta vez por los hospitales y cuarteles, pero nunca pudieron pasar la barrera de los subalternos y toda su oferta se limitó a vanos parlamentos con barchilones y sargentos. En fin, no quedó otro recurso que visitar los colegios, para empezar el colegio Mariano, donde ambos habían hecho toda su instrucción.

Desde que la terminaron, hacía siete años, ninguno de los dos había vuelto a poner los pies en ese enorme edificio situado cerca del parque de Miraflores, para ellos lleno de recuerdos horribles de deberes, confesiones, malas notas y hermanos rubicundos que pasaban el día haciéndoles rezar jaculatorias y aprender de memoria textos expurgados.

Llegaron después de las cinco, cuando ya habían terminado las clases y pidieron hablar con el director. El hermano que los recibió los hizo pasar a la dirección y les dijo que esperaran, pues era la hora del Ángelus. En la dirección había un retrato de Pío XII y otro del general. Al poco rato se aburrieron y resolvieron hacer una inspección por los pasadizos del colegio.

Poco había cambiado. A la entrada se encontraba la capilla y luego una hornacina con una imagen de Jesucristo ante la cual era costumbre persignarse. Por una puerta vidriada espiaron una clase desierta, donde estuvieron en cuarto año de media. Las carpetas parecían ser las mismas, con su hueco para el tintero y su ranura donde se ponían los lápices. En esa clase hicieron llorar al hermano Felipe, que era rojo y liliputiense, enseñaba inglés y era incapaz de levantar la voz y sufrieron la agresión sicológica y económica del hermano Juan, tronado o histérico, que les vendía a la fuerza folletos que no necesitaban y amenazaba con quitarse la sotana y agarrarse a golpes con el primero que le tomara el pelo.

«¿Y si vamos hasta el patio de recreo?», preguntó Pirulo. Después de recorrer otro pasillo desembocaron en la cancha de básquet, la que tenía pista de cemento. Un ronroneo se escuchaba. Ambos vieron a los hermanos que, presididos por el director, formando una especie de legión romana, con sus breviarios en la mano, iban de un tablero al otro rezando en alta voz y desplazándose a un paso casi militar. Al llegar a un extremo giraban sobre sus talones con tanta ligereza que sus sotanas volaban y

dejaban al descubierto sus pantalones de hombres. Cerca de la cancha se encontraban los castigados, los alumnos que por malas notas o no haber asistido a misa el domingo debían permanecer rígidos, con los brazos cruzados, delante de un hermano vigilante que los observaba y los despachaba según la paciencia con que soportaban esta prueba. A veces un castigado podía permanecer una o dos horas en esa posición. Si se rebelaba era enviado a la cancha de fútbol a recorrer varias veces a paso ligero su perímetro.

Por fin el rezo terminó y los hermanos se dispersaron. El director los distinguió y se acercó a ellos: «Bienvenidos a esta casa. Vamos a mi escritorio». En el camino Pirulo y Ludo reconocieron con cierto malestar que los años no habían pasado en vano: el director estaba canoso y sus lunares de carne —tenía varios en la cara— parecían haber asumido un aspecto maligno. Su sotana estaba llena de caspa, cosa que desde niños los había sorprendido.

«Tomad asiento. ¿Qué se os ofrece?». De inmediato se introdujo el dedo índice a la nariz. ¿Cómo no iban a recordarlo? Sus cursos de lógica eran el terror de los alumnos, pues formaba pelotillas con sus mocos, las alineaba en su pupitre y luego las disparaba con un rápido golpe dactilar sobre la clase. Los alumnos sólo se preocupaban de evitar el impacto de su materia nasal y toda la clase vivía una hora de angustia, cobijada a medias bajo las carpetas o haciendo ágiles movimientos de torso para eludir los disparos.

«Ludo Totem y Pedro Primrose. Me acuerdo muy bien de vosotros. Buenos atletas, ¿no es cierto? Pero alumnos remolones». Pirulo y Ludo hicieron esfuerzos para sonreír. «Hace tiempo que no escucho nada de vosotros. ¿Sabéis que nuestro colegio produce a los profesionales más competentes de nuestra sociedad? Desde hace varios años los alumnos que ingresan a las escuelas superiores con las primeras notas son egresados del colegio Mariano o de nuestras filiales. Toda gente muy bien. No me extrañaría que vuestra promoción dé uno de estos días un ministro». La maleta donde Ludo guardaba los prospectos matamoscas se deslizó de sus manos. «Vamos a ver, en siete años debéis haber hecho algo. Una de nuestras misiones es inculcaros la necesidad de tener una profesión, si carecéis de vocación religiosa. No os he visto en los almuerzos anuales de exalumnos». Ludo recogió su cartera, la colocó sobre sus rodillas y la mantuvo allí indeciso. «¿No me decís nada?». Pirulo era incapaz de abrir la boca. Ludo distinguió en un marco su fotografía de doce o quince años atrás, entre los alumnos que alguna vez habían figurado en el cuadro de honor.

«Simplemente, vendemos insecticidas». El director contempló un momento su escritorio, buscando al parecer un objeto contundente y luego comenzó a ordenar con sus manos gorditas los útiles dispersos. Su índice retornó a su nariz. «Insecticidas. Diez años de instrucción para vender insecticidas. Sin duda se trata de algo muy grave. ¿Qué os ha pasado?». Ludo maldijo interiormente a Pirulo. ¿Por qué haberlo traído allí? El director había hecho ya una bolilla de mocos —con los años había adquirido una destreza circense— y la disparó contra Pirulo. Éste se la quitó con

precaución de su corbata y como se negaba a desprenderse de sus dedos la pegó en el reborde de la silla para la eternidad. «Insecticidas. ¿Qué sería de vosotros si no existieran insectos? ¿No habéis seguido ninguna carrera? Hay que dejar bien el nombre del colegio. Ustedes olvidan que son los portaestandartes del colegio Mariano». Ludo se sintió herido en su orgullo: «Este año termino Derecho». Pirulo mintió: «Y yo me recibo de doctor en Letras». El director dio por concluida su exploración nasal: «Peor aún. Un abogado, un letrado. ¿Acaso no estáis bien preparados? ¿Acaso el país no ofrece a la gente competente todas las oportunidades? Vosotros pertenecéis a hogares cristianos, acomodados. En fin, si fueseis unos pobres diablos, unos analfabetos, sería comprensible. Vosotros no habéis partido de cero». Ludo lo interrumpió: «Conozco gente que ha partido de cero y que ahora tiene una casa en Miraflores y a sus tres hijos en un colegio decente. ¿A eso le llama usted tener éxito?».

El director pareció sorprendido por esta pregunta. «He allí una cuestión interesante, pero fácil de responder. El éxito no consiste en enriquecerse o volverse millonario. Muy lejos de mí pensar en eso. El éxito consiste en ocupar un lugar destacado en nuestra sociedad, gracias al esfuerzo, pero guardando la conciencia tranquila». Ludo aprovechó para atacar: «Es una contradicción. Usted que ha sido profesor de lógica podrá darse cuenta: éxito y conciencia tranquila». Pirulo, apelando a viejos recuerdos escolásticos, agregó: «*Contradictio in terminis*». El director se echó a reír: «¿Creéis entonces que el éxito es incompatible con la tranquilidad de la conciencia? Vamos, vamos, no exageréis. Los casos abundan. Mirad, ¿veis esa fotografía?», alargando el brazo señaló la del general. «¿Quién puede negar que el general es un hombre que ha tenido éxito en la vida y que al mismo tiempo es un defensor de los valores cristianos, un paladín de la justicia?». Ludo sabía muy poco del general, pero recordó que su padre no lo podía ver y que cayó enfermo cuando triunfó su movimiento: «Mi padre pensaba todo lo contrario. Y con razón, seguramente, pues era un hombre inteligente». El director no se inmutó: «Ignoro cuáles serían las ideas políticas de su padre, pero a no dudarlo era partidario de que asesinaran a las monjas». Ludo intervino: «¿Quién es el general? ¿Ese tipo por el que vivábamos en el colegio después de cantar un himno militar?». «El mismo», añadió el director, «pero usted lo llama de una forma irrespetuosa. Para nosotros es un enviado de la Providencia y no hay ceremonia patriótica en la que no digamos al final: viva…».

«Viva Ludo, viva, vivaaa», gritaban los alumnos apiñados en el ómnibus del colegio. Hacía diez años de eso, quizás más. «¿Ustedes saben quiénes eran los rojos?», preguntaba el director. «Los Diablos Rojos de Avellaneda», decía Pirulo. No, «Viva Ludo», eso, eso era lo que gritaban los alumnos, de regreso de aquel paseo a Chosica. Era la única vez en sus veintidós años de vida en que había sentido vitorear su nombre. «Treinta conventos arrasados, ochocientos sacerdotes…». Y Pirulo: «Por casualidad, ¿no habían hermanos allí?». El ómnibus atestado de alumnos, todos

fatigados y felices después de ese paseo a Chosica, que regresaban cantando, entre el cerro pelado y las sacuaras del río. ¿Quién fue el que propuso la competencia? El hermano Simón. En el ómnibus viajaban las clases A y B. La clase A había dado ese mes 25 soles para la Santa Infancia y la clase B donde estaba Ludo sólo 22. «Y en el castillo, durante largos meses, padeciendo hambre y sed, heroicamente, rodeados por todas partes…». «El lugar es conocido por sus espadas y por sus cuchillos», intervino Pirulo, «los asesinos de clase usan puñales…». El hermano Simón propuso el juego a las dos clases rivales, porque ellas no se emulaban sólo en las notas o en los partidos de fútbol sino en la cantidad de dinero que cada semana, cada mes, cada año, daban para la Santa Infancia. «Y aquellos hombres eran tan brutos que destruían los crucifijos, quemaban el dinero…». «Sin duda, unos verdaderos cuadrúpedos». El día anterior al paseo había sido santo de Ludo y le habían regalado cuarenta soles que guardaba en billetes y metálico en su monedero. Alguno de la clase A dio un sol, otros lo imitaron y pronto esta clase aventajó a la B por diez soles. Ludo abrió su monedero y ofreció cinco soles a la Santa Infancia, los turrones, los alfajores de un mes. «Y para colmo de males, los bolcheviques, ¿sabéis vosotros quiénes eran los bolcheviques?». La voz de Pirulo se dejó escuchar: «Claro, yo tuve un tío que era bolchevique. Nada de propiedad, decía, nada de herencias. Todos libres. Un tío cojonudo». La competencia continuó. Algunos alumnos de la clase B ayudaron a Ludo, pero ninguno de ellos disponía de reservas como para aspirar a la victoria. Y Ludo, de sol en sol y de billete en billete, fue haciendo avanzar a su clase, mientras el ómnibus, iluminado al anochecer, se acercaba ruidosamente a Lima. Por cada moneda que entregaba sentía gritar en torno suyo a sus condiscípulos, a su profesor: Viva Ludo y cada viva arrancaba una moneda más y cada moneda más un viva Ludo. Y así, al llegar a Lima su clase había triunfado, pero todo el dinero de su santo había ido a parar al pozo de la Santa Infancia. «Y el protector, ungido por el Señor, entró a las calles de la capital». Pirulo preguntaba: «¿Uncido o ungido?». Ludo se puso bruscamente de pie: «Le ruego que me devuelva mi plata». El director retrocedió sobre su silla, como si ésta se hubiera deslizado sobre un riel. «Devuélvame mi plata, le digo». «Pero ¿qué dice este hombre?, ¿está en sus cabales?». «La que me robaron cuando tenía doce años», prosiguió Ludo, «la metían en un cáliz. Un cáliz al lado del calendario. Un cáliz de alcancía. ¿Qué han hecho con ella?, ¿dónde está?». Ludo miró a su alrededor y vio a través de los muros o creyó ver columnas de marmolina, imágenes de la Virgen, rosarios perlados, altares, cálices y más allá sotanas recién cortadas, bodegas de vino, hermanos rubicundos haciendo colectas, un sol para la Santa Infancia, diez soles para la Santa Infancia, kermeses para la Santa Infancia, regalos para las kermeses, plata para los regalos, buenas notas para la plata y más imágenes piadosas, más sotanas, más cálices, más zapatos, más vino y más diademas. «Loco de atar», decía el hermano director, al ver que Ludo miraba atónito las paredes como si fuera a desmayarse. Ludo distinguió su retrato en el cuadro de honor, engominado y en pantalón corto. Acercándose dio un puñetazo al cristal con la

intención de arrancar su fotografía. De inmediato su mano sangró: «Castigo de Dios», gritaba el director. Ludo cogió su maletín lleno de prospectos y se lo arrojó a la cara: «Tráguese esto, ladrón». El director se parapetó tras su pupitre, mientras su mano exploraba el muro buscando un timbre de alarma. Apenas sonó el timbre se escuchó en los pasillos ruidos de pisadas. Ludo imaginó en el acto una muerte por linchamiento en manos de iberos ensotanados y huyó hacia la verja seguido por Pirulo. El director, envalentonado por el socorro que llegaba, se irguió detrás de su escritorio y les reenvió sin éxito el maletín de vendedor, mientras gritaba: «Tachados estáis de la Asociación de Exalumnos».

Capítulo X

La puerta falsa de la casa y el tránsito de las sirvientas. Ludo sentía una opresión testicular cuando, al atardecer, evocaba la presencia fantasmal de los eucaliptos derribados, bajo los cuales se cobijaron tantas historias sucias. Armando y la zamba Julia, a la que sedujo recitándole una mala traducción de Verlaine. Dora, la chola de las caderas escurridas, tumbada tantas veces bajo el parral. Más atrás, muchísimo más, Daría, que los invitaba caída la noche a sesiones de lucha romana sobre el césped, que ellos terminaban vencedores pero insatisfechos, cuando apenas eran escolares. Todo esto había existido, existía aún, era su pasado, su vida. Y al lado de aquellas frustraciones, algunas imágenes horribles o luminosas: su padre, hundido entre almohadones, un verano de Carnaval, muriéndose aferrado a un balón de oxígeno. ¿Quién lo había asesinado? En los diarios una nota necrológica y en la noche mortuoria muchas coronas de flores. Muerto día a día, asfixiado lentamente en la oficina, como tantos, además, sin remedio. Eso también era su pasado, al lado de pequeños triunfos, de lindas mañanas de mar, de felices almuerzos, de paseos, de una lectura, de una camisa nueva.

Ludo contempló su mano vengadora, vendada en los nudillos después del fatal puñetazo al cuadro de honor. En su escritorio estaba el balance de sus semanas de trabajo: un escobillón a su tía Carmela, 35 soles, dos latas de cucarachicida a su primo Nirro, 60 soles. De allí les tocaba el diez por ciento y eso había que dividirlo entre cuatro, a pesar de que Armando y Reynaldo se limitaron, cuando les tocó salir de ventas, a recalar en un cine de barrio.

Poniéndose de pie se acercó a la galería de retratos que había cerca de su cama, galería en miniatura, es verdad, pues en un marco de un metro de largo por veinte centímetros de alto se veían cinco fotografías alineadas, correspondientes a cinco generaciones, desde su chozno librero, siglo XVIII, hasta su padre, empleado, siglo XX, pasando por tres eminentes y longevos hombres de leyes que ocuparon todo el siglo XIX. Aquellos tres sí que habían tenido éxito y a lo mejor hasta sin problemas de conciencia. Les tocó vivir una época dichosa, paternal y jerarquizada, en la cual los privilegios se consideraban naturales y la riqueza un don del cielo. Ellos fueron el orden, el bastón, la contradanza y el ferrocarril.

«Si mi torre hubiera estado en su sitio», «Pero mi caballo amenazaba esa casilla», «Mi reina». Del cuarto de Armando llegaban invitaciones al ajedrez. Ludo se

aprestaba a echar una mirada al tablero, pensando en ese momento que el atractivo de este juego consistía en que nos daba una imagen simplificada de la vida, sometida a reglas estrictas y perfectamente lógicas, cuando su madre lo abordó en el living: «Que el departamento de los altos está desocupado hace cuatro días y aún no has ido a poner el aviso al periódico, que si no conseguimos un nuevo inquilino, que pinta además un cartel para ponerlo en la ventana».

Ludo regresó a su dormitorio, escribió en un cartón con grandes letras SE ALQUILA y poniéndose su saco se fue a tomar el ómnibus. Éste se malogró en la avenida Petit Thouars y todos los pasajeros tuvieron que apearse y formar un tumulto en la pista a la espera del próximo autobús. Cuando éste llegó lograron subir sólo unos cuantos. Con el siguiente sucedió lo mismo. Ludo se fue a la avenida Arequipa, encabezando un grupo de impacientes pasajeros, para esperar un colectivo. Todos pasaban atestados. Al fin, de un automóvil particular le hicieron una seña y unos metros más allá el vehículo se detuvo. Cuando Ludo se acercó quedó atónito: al lado del piloto estaba Lisa y el piloto no era otro que Carlos Ravel. «¿Pasas atrás? Te presento a una amiga». Ludo estrechó la mano de Lisa que, con un aplomo que lo desconcertó aún más, no dio muestras de reconocerlo. El carro arrancó. «¿Qué tal verano? ¿Sabes que ayer empezaron las clases?». «Yo iré la próxima semana», respondió Ludo, «aún tengo asuntos que hacer». Carlos Ravel invitó un cigarrillo a Lisa pero omitió, por distracción tal vez, hacer lo mismo con Ludo. «He leído un libro fantástico. Una biografía de Kafka por Max Brod, su amigo íntimo. ¿Sabes que Kafka era tuberculoso?». Ludo no respondió y hubiera sido inútil hacerlo además, pues ya Carlos, volviéndose hacia Lisa, añadía: «Es el autor de esa novela de que te hablé. ¿Te acuerdas? Un tipo genial». Lisa tampoco respondió: con su brazo moreno fuera de la ventanilla veía desfilar las casas de la avenida Arequipa y dilataba las narices para aspirar con avidez el viento que la despeinaba. «¿Tú vas al centro?», continuó Carlos, «te voy a dejar entonces en La Colmena. Esta tarde me hago la vaca en el estudio. Voy a dar un paseo». Por el espejo de retrovisión Ludo creyó distinguir un guiño de Carlos. «Un paseíto hasta Chosica, solamente». Ludo dijo que era necesario aprovechar las últimas tardes de buen tiempo y de inmediato añadió: «Esta temporada no he ido a playas conocidas. Me bañé casi todos los días en El Hondo, una especie de playa solitaria, cerca de mi casa». Lisa volteó la cabeza. El carro había caído en el embotellamiento de automóviles de la avenida Wilson. «¿El Hondo?», preguntó Lisa candorosamente mirando con atención a Ludo, «¿dónde queda eso?». Carlos insultaba en ese momento a un chofer de taxi. Luego dijo: «Ella es barranquina. No conoce Miraflores, ¿verdad, Lisa?». Se habían detenido ante un semáforo. «Fíjate», exclamó Lisa, señalando a un tullido que se arrastraba hasta el automóvil con un mono agarrado de la cola: «Cincuenta soles no más», gritaba apoyado en su muleta. «¿Cómo se llama?», preguntó Lisa sacando la cabeza por la ventanilla. El tullido balbuceó algo, pero ya Carlos aceleraba a fondo para atravesar la avenida España. «Es un mono cualquiera», decía, «robado seguramente. ¿Por qué no matarán a estos

vagos? Es una vergüenza. El otro día conocí a un señor extranjero que me dijo que Lima estaba llena de mendigos». Lisa, con el torso fuera del carro, seguía observando a su mono perdido. «Déjame aquí no más», propuso Ludo cuando llegaron a la avenida Uruguay. Carlos se detuvo: «Entonces, nos vemos en la facultad, ¿no es cierto? El próximo lunes. Ya te contaré».

Ludo se echó a caminar hacia la plaza San Martín. Al pasar por los portales vio el bar Zela atestado de borrachos vetustos, que parecían no haberse movido de allí desde hacía varios años. A esa hora bebían cerveza o chilcanos de guinda. Uno de ellos lo saludó, pero a pesar de fijar la vista en él, Ludo no pudo reconocerlo. Cuando en *El Comercio* escribía el anuncio de alquiler recordó que el hombre que lo había saludado era un viejo escritor, un hombre que no había partido de cero, pero que había llegado a él, de soneto en soneto, hasta no ser otra cosa que un inquilino de hotel sórdido y un paciente de manicomio.

Más tarde, de regreso hacia el paradero para tomar el ómnibus vio surgir en el poniente el sol de brujas. Esto siempre lo entristecía, porque le recordaba una infancia lejana, irracional, la de las casas de quinta, los empapelados y su abuela con bolsas llenas de galletas rotas. Sol de brujas: una ráfaga horizontal de luz dorada que se estrellaba contra las cornisas de los campanarios, contra las ventanas teatinas, contra los cristales de los edificios, provisionalmente, pues luego la luz ascendía, conforme el sol declinaba, para buscar las lomas, la cruz del cerro San Cristóbal y finalmente reflejarse en una nube tardía, un patillo rezagado, mientras la ciudad se ahogaba en un disturbio de ruidos y avisos comerciales.

Era imprescindible tomarse una cerveza. Cambiando de rumbo, Ludo se fue hacia el parque Universitario. Por las estrechas calles del centro andaba arrollando a empleados que corrían hacia los ómnibus y los tranvías. Las oficinas seguían vaciándose. Época cenicienta de su vida. Conocida. ¿Adónde iba tanto hombre, tanta mujer, vestidos todos, cosa increíble, vestidos todos hasta con coquetería, afeitados o peinados, polvos y brillantina, raya del pantalón pasable, chompa lavada, así, por legiones, moléculas disparadas, tristes de verdad o más bien resignados o tal vez aguantadores, hacedores de colas, buena gente que comía lentejas, fanáticos de Gary Cooper, con hijos, con problemas, con su pasado en pantalón corto, sus fotografías en la cartera, sus amores y espasmos terribles, su gripe, sus muebles a plazos?

Era una pregunta, varias preguntas demasiado complejas. Ludo empujó la portezuela del Palermo y de inmediato escuchó una exclamación. En un apartado estaban Cucho, Hugo, Carlos, Victoriano, Manolo, todos sus amigos de San Marcos. «¿No sabes la noticia? Al doctor Rostalínez lo han nombrado director del Ateneo. Hace unos días. Esta noche hay allí una lectura de cuentos». Pronto se encontró sentado ante un vaso de cerveza, envuelto en un torbellino de disputas. «¿Por qué han inaugurado el Ateneo con cuentos?», protestaba Cucho, «es un género caduco. Sé que en Europa nadie se dedica a eso. Sólo los yanquis…». Victoriano, inspirándose en Platón, trataba de explicarle que el cuento era eterno, la versión moderna del mito

antiguo, mientras que Carlos observaba que vivíamos en el siglo de la novela, a pesar de que hacía treinta años que se hablaba de su decadencia y se lanzó en una complicada disquisición acerca del monólogo interior, de la forma de utilizar el diálogo, sin necesidad de un comentario narrativo: «Como dice Faulkner…». Pero a todos, Faulkner les importaba un pito. «El petróleo», exclamaba Pablo, «cuando se escriba una historia del petróleo nacional, sólo entonces». «Nuestra revista murió antes de nacer», argumentaba Hugo, «yo pienso sacar un semanario deportivo». «Ojo», pontificó Manolo, «el arte es una superestructura». «¿Quién habla aquí del petróleo?», gritaba Cucho, «¿qué tiene que ver el petróleo con la poesía?». «Lo importante es saber controlarse. El que domina sus músculos y sus pasiones, ése llegará lejos», dijo un desconocido que, sin que nadie supiera por qué, estaba incorporado al grupo. La puerta del bar se abrió y apareció Olga. «Aquí», gritó Carlos haciéndole un sitio en su silla. «El sábado hay un baile en la Asociación de Escritores. Tengo un talonario con entradas», anunció Olga. De inmediato vendió una docena de billetes. «No tengo plata», se excusó Ludo. «Te lo dejo al crédito». Cucho pidió seis cervezas más: «Escuchen, ¿qué les parece este comienzo? Los días pasan, como tranvías». «Ludo, ¿no has firmado el manifiesto?». «¿Contra quién?». «Contra el dictador. Además, ¿qué importa?». «Denle un lapicero». «¿Qué te pasó en la mano?». «Hay cuarenta presos. En los sindicatos…». «¿Y la vida sexual en la colonia?». «Ocúpate de la república». «El mundo es ancho y ajeno». «De pronto se siente una especie de ahogo y el infarto llega». «El danzón es un baile que han inventado los mexicanos». «Di un puñetazo a una fotografía». «Rostalínez no sabe nada». «Ludo, ¿y tú qué vas a leer? Figuras en el programa». «Rostalínez ha leído todo». «Stendhal escribió la *Cartuja* en cincuenta días». «Mi primera medida cuando sea ministro de Gobierno será burdel obligatorio y gratuito para todos». «No tengo nada escrito». «Una Coca-Cola, pero con un ron adentro». «Pero sí, Ludo, lee cualquier cosa». La puerta del bar volvió a abrirse. «Viva la vida»: Eleodoro entró completamente borracho, seguido de Pirulo que trastabillaba. «Tengo que hablar contigo», le dijo Ludo. Pirulo pestañeó: «Hermanón, estoy medio zampado». Cuando Olga dijo que ya eran las siete y media se dieron cuenta que a las ocho comenzaba la lectura en el Ateneo. Todos echaron dinero sobre la mesa. «He visto un cojo que vendía un mono», murmuró Ludo cuando el grupo se ponía de pie. Pero nadie lo escuchó.

Mientras el grupo viajaba hacia Miraflores en dos colectivos, Ludo tomó un taxi para recoger de casa su cuento. «No me quedaré a comer esta noche, ya puse el aviso», dijo a su madre en la cocina y fue hacia su dormitorio. «Si no fuera por el alfil que entregué estúpidamente en la apertura», «rey y tres peones contra rey y caballo». «Allí está el secreto», pensó Ludo al pasar delante del cuarto de Armando, «se convierte la vida en piezas, se la miniaturiza, se la vive cada vez sobre el tablero, se la reproduce, se la corrige, se le encuentra una explicación, en una palabra, se la domina». Al llegar a su dormitorio sacó de su pupitre un cartapacio. Escritos a

máquina había una docena de cuentos. Después de echarles una rápida ojeada cogió dos al azar y antes de salir echó una mirada a la galería de retratos. Los cinco rostros lo observaban con ironía. Incluso en la fotografía de su padre le pareció notar cierta mofa. Ludo les hizo un saludo vago con la mano y oprimiendo el conmutador de la luz los dejó en las tinieblas.

El Ateneo tenía su verja abierta de par en par. El jardincillo de la entrada estaba lleno de gente que conversaba a voz en cuello. El acceso del doctor Rostalínez a la cabeza de esa asociación había democratizado el ambiente. El Ateneo había estado siempre dirigido por solteronas menopáusicas que organizaban allí tes de caridad y veladas artísticas de gusto muy dudoso: sopranos que se ahogaban, pianistas que olvidaban su partitura y sobre todo conferencistas oscuros y probos que desplegaban lenta, melosamente, los capítulos de un sermonario colonial, cívico y edificante.

Guiado por la rotunda calvicie del doctor Rostalínez, Ludo se abrió camino entre el gentío. Mientras atravesaba el vestíbulo vio una pizarra donde, entre rosetas pintadas con tizas de colores, figuraba su nombre en letras góticas. El doctor se dejó felicitar. «Pasemos por acá», dijo, «una de mis primeras medidas ha sido crear un bar en esta casa». Detrás de la sala de conferencias había un patio y en el patio una mesa llena de botellas y de vasos. «La revista saldrá. Se trata de un retraso solamente. Y se llamará Prisma. Está convenido». Ludo asintió mientras trataba de reconocer con la mirada a sus eventuales auditores. Aparte de sus amigos que, como era natural, estaban en el bar, vio innumerables rostros desconocidos, estudiantes de San Marcos, tal vez, o amigos de los amigos de los lectores. Había también un grupo de viejas, miembros seguramente de la antigua directiva, que asistían simplemente por deber o con el propósito de comprobar la decadencia de la institución. «Después de la lectura nos quedaremos un grupo», dijo el doctor, «hay que hacer un poco de ruido aquí. Este local me ha parecido siempre una capilla ardiente». Pirulo se acercó: «El ambiente está que arde, hermanón. ¿Qué vas a leer?». Ludo observó sus ojos vidriosos, su cabellera alborotada y de inmediato superpuso a esa imagen la de Carlos Ravel con su impecable camisa, su gomina y su automóvil. «Estás fregado», respondió, «es lamentable, pero estás fregado». El doctor intervino: «Creo que ya es hora de empezar. Se leerá por orden alfabético. Hemos omitido la presentación».

En la sala de conferencias, delante de las bancas reservadas al público, había una mesa con cuatro sillas y en la mesa una garrafa con agua y un vaso. Ludo y los otros tres lectores se acomodaron en ellas, mientras los auditores iban ocupando sus plazas. Como no había asiento para todos, algunos quedaron de pie al fondo de la sala y otros, después de vacilar, prefirieron salir al hall y privarse de la lectura.

Al poco rato el público cesó de hablar. Todos miraban hacia la mesa, donde los cuatro lectores, con sus hojas en la mano, parecían esperar una orden que nadie se creía autorizado a dar. «Corte inglés. Sesenta soles el metro», decía alguien en el hall. Un auditor se puso de pie y cerró la puerta de la sala.

«Sangre en la tierra», exclamó al fin Gregorio Bolta, el primer lector, con una voz

estridente. Ludo comprobó con cierto estupor que el inédito de Bolta era apreciablemente largo y que a él le correspondía leer al final. «Sangre en la tierra», repitió Bolta, esta vez con voz engolada y añadió: «Cuento de ambiente serrano, dedicado a mi madre». Mientras Ludo escuchaba el comienzo («El sol iracundo lanzaba sus dardos de fuego sobre el maizal dorado…») observó al público que, con los labios entreabiertos, tenía la mirada clavada en el rostro de Bolta, como bajo el efecto de un pase magnético. El doctor Rostalínez, en primera fila, rodeado de las viejas menopáusicas, se acariciaba el mentón y miraba un punto indefinido del cielo raso. («Y el caminillo subía por la falda del cerro como un zurcido esplendente en el albor matutino…»). Ludo echó una mirada a sus compañeros. Carlos releía el cuento que iba a ofrecer al público, mientras Eleodoro examinaba el vaso vacío con cierta nostalgia. A su vez leyó la primera frase de su cuento: «Hacia el atardecer, Humberto y Luisa» y sintió una súbita vergüenza. ¿A quién diablos podía interesarle lo que sucedía entre Humberto y Luisa? Es verdad que el auditor no sabía hasta el final que eran hermanos, pero de todos modos la historia le pareció arbitraria, falsa, copiada de la copia más mala. («Y los carneros, como un paquete de algodón alborotado…»). Carlos acercó su cabeza. «¿De dónde han sacado a este Bolta?». Ludo le respondió al oído: «Es un descubrimiento del doctor Rostalínez; como nosotros». Ludo volvió a observar al público. En su mayoría eran hombres. Algunos habían empezado a fumar. Las mujeres en cambio seguían la lectura con mayor atención. Al fondo distinguió los rostros de Cucho, de Manolo, los que, al percibir su mirada, le hicieron un signo alentador con la mano. Más atrás, de pie, cerca de la ventana, un hombre corpulento y con lentes parecía mirarlo en forma casi impertinente. Ludo trató de sostener su mirada, pero al pensar que ese hombre, precisamente ése, escucharía luego su lectura, no se atrevió a proseguir el juego. («Canalla, eres un indio, me la pagarás…»). El magnetizador había tal vez retirado su pase. El público se movía, cambiaba de postura, los ojos comenzaban a vagar por las paredes. Sólo el doctor Rostalínez mantenía su posición y continuaba mirando imperturbable un punto indefinido del techo. «Muere», gritó de pronto Bolta y los auditores, distraídos, dieron un respingo sobre su asiento. Se produjo un silencio enojoso. El público se miraba entre sí, miraba a Bolta. Algunos voltearon la cara pensando que tal vez el grito había venido de la calle. Y Bolta, pulsando la cuerda patética, concluyó: «Y la madre tierra, surcada por tantas cicatrices, abrió sus entrañas y recibió a borbotones el óbolo de su sangre». Después de un momento de desconcierto el doctor Rostalínez dio la primera palmada y pronto la sala lo imitó. Ludo comprobó con perplejidad que las viejas de la exdirectiva aplaudían con ardor.

Carlos era el segundo lector. Para felicidad suya había escogido un cuento breve, pero escrito con una técnica tan moderna que para entender algo era necesario tener el texto delante de los ojos o estar iniciado en las formas avanzadas de la narrativa. Era un monólogo interior de una prostituta frente a un espejo, combinado con la descripción de un reloj de péndulo hecho por un narrador invisible y con el diálogo

que un joven, en un lugar y un tiempo imprecisos, sostenía con un inspector de tranvía. Era evidente que el público se hallaba perdido y el propio Ludo se sintió extraviado cuando un nuevo personaje —quizás el descriptor del reloj— hacía su aparición bajo la forma de un sacerdote renegado. Carlos se interrumpió como para tomar aliento, pero ya no siguió leyendo. Su cuento había terminado. «Fin», repitió al cabo de un rato. Esta vez hasta el doctor Rostalínez pareció haber sido cogido de sorpresa. Ludo se creyó obligado a iniciar los aplausos y pronto aquí y allá sonaron algunas palmadas, corteses en su mayoría o distraídas. Sólo al fondo, el hombre corpulento de anteojos siguió aplaudiendo con una tenacidad que resultaba ya burlona.

Después de las dos primeras lecturas se había previsto un corto intermedio. Algunos oyentes se levantaron y disimuladamente se fueron dirigiendo hacia la puerta. Abriéndola, desaparecieron en el hall. El resto se mantenía en sus bancas, cambiando opiniones en voz baja. Ludo aguzó el oído: «Un tomate cortado en rodajas, dos dientes de ajo molidos, pimienta, sal…», decía un auditor a su vecino. Carlos acercó su cabeza: «¿Qué tal?, ¿te gustó?». Ludo sólo atinó a decirle: «Tiene mucha atmósfera». Nuevamente pensaba en su cuento. El que había traído de repuesto era igualmente ilegible. Eleodoro se había levantado, un poco irresoluto, seguramente para ir a echarse un trago al bar. Su regreso marcó la reanudación de la lectura. La sala estaba medio vacía.

Ludo escuchó esta lectura con atención, a pesar de que algunos oyentes conversaban en voz baja y que por la puerta entreabierta del hall llegaba el ronroneo de una turba aburrida. Eleodoro leía bien, dramatizando un poco tal vez, pero con emoción. En sus cuentos no pasaba nada o pasaba muy poco. Cuando terminó los aplausos fueron espontáneos. El hombre corpulento colaboró en esta aprobación.

Apenas había anunciado el título de su cuento, Ludo escuchó llegar del hall el son de un mambo. Alguien había puesto un disco en el *pick-up*: «Baila, baila como el pingüino, baila…». Ludo elevó la voz y siguió leyendo, pero conforme avanzaba se daba cuenta no sólo de que su cuento era una estafa, una impostura, sino que la situación que vivía en ese momento era incongruente: tener que leer cuando no quería leer delante de un público que no quería escuchar. Y el mambo seguía tronando. Y nadie se atrevía a cerrar la puerta. Un auditor se levantó: Ludo creyó que había adivinado su deseo, pero cuando el auditor llegó a la puerta se coló por su intersticio y desapareció. Otro lo imitó. No valía la pena mantener esa ficción. Cuando le faltaba una página Ludo dio por terminada su lectura con esta fórmula: «Muchas gracias». Pero el pingüino era demasiado atractivo. Apenas sonó el primer aplauso, el público se levantó para precipitarse al hall. El doctor Rostalínez, de pie, para dar a entender con esta actitud que la lectura había terminado, daba unas palmadas acompasadas y solemnes. En una vieja que huía Ludo creyó leer un signo de reprobación. La sala se vaciaba sin clemencia. Sólo al fondo el hombre corpulento lo ovacionaba con fervor. Ludo lo vio avanzar entre las bancas desiertas y pronto lo tuvo delante de la mesa.

Quitándose los anteojos preguntó: «¿Observaste el eclipse anoche?».

Capítulo XI

Esta pregunta recondujo a Ludo a su niñez. Paseos por la cancha de fútbol hablando entonces de Dios o de los pilotos suicidas del Japón, mientras sus compañeros ponían un ardor insólito en dar con el pie un golpe a una bola de cuero llena de aire con el objeto de impulsarla entre tres palos, dejando en el espacio, elástico como un pez, a un arquero derrotado.

«Estuve en el colegio hace poco. Casi nada ha cambiado. El director tiene más caspa, se sigue sacando los mocos y uno de estos días se nos muere de cáncer», dijo Ludo. «Vas por el peor de los caminos. Literatura, ¿qué es eso?». Otros amigos se habían acercado. «Baila, baila como el pingüino». Ludo presentó a Segismundo. Pirulo lo conocía también del colegio. Eleodoro, de alguna otra parte. La banda se subdividió. Ludo se vio de pronto en el hall. Una señora le preguntó si para escribir era necesario trazar de antemano un plan. Otra mujer besaba a Carlos cerca de la oreja. «Baila, baila como el pingüino». Y se bailaba, realmente, como el pingüino.

«Ateneo… peripatetismo», decía Victoriano caminando del brazo con el doctor Rostalínez. «No, yo no hago ningún plan. Las cosas salen o no», dijo Ludo y se vio nuevamente al lado de Segismundo. «Tenemos que conversar», dijo éste, «vámonos de aquí. Hay un ambiente esnob, pero burgués. ¿Sabes tú qué cosa es un burgués?». Pirulo decía: «Tú dejaste el colegio en tercero o cuarto de media. ¿Por qué? Dicen que te fuiste a un colegio nacional y después a Arequipa». «Como el pingüino». Segismundo protestaba: «Nada de pájaros. Soy un cuadrúpedo o nada. ¿Nos vamos?». El doctor Rostalínez se acercó: «Una reunión el lunes próximo en mi casa. Hablaremos de la revista. Muy bueno tu cuento». Ludo agradeció, pero ya Segismundo lo arrastraba hacia la puerta: «Ateneo. ¿Es una persona o un personaje? Hay cosas mucho más interesantes. Por ejemplo, alguien que canta solo, de noche, cerca de un muladar».

Más tarde estaban en el bar El Triunfo de Surquillo. «Es extraño», dijo Ludo, «no sé a qué edad uno adquiere su verdadera cara. Pero tengo la impresión de que tú tienes ahora la verdadera, la que te toca. Tal vez eso ocurre pasados los veinte años. O depende de cómo se ha vivido. Sólo los niños precoces conocen su cara antes de tiempo». Segismundo no hacía caso de estas sutilezas. En menos de diez minutos había consumido dos botellas de cerveza. «Literatura», mascullaba, «¿quiénes eran esos imbéciles que leían en el Ateneo? Tú incluido. Gente de poco vuelo, escriben,

¿sabes? Hacen dibujitos en un papel, caquita de mosca llena de grandes ideas». Enseguida añadió: «No me has reconocido porque en los últimos años he aumentado más de treinta kilos. Ahora peso ciento cinco. Y además, ¿quieres que te lo diga francamente? He sufrido. Dime con franqueza, ¿tú has sufrido? ¿Sabes lo que es el sufrimiento?». Ludo pensó: «Hice la primera comunión con un terno azul de mi hermano que me quedaba grande y un condiscípulo se acercó y me dijo: "Te has puesto el terno de tu hermano". Mi madre lloró una noche porque no había pagado unos recibos de la luz. A los siete años creía que detrás del espejo del ropero estaba el infierno. Mi padre murió aferrado…». «A mi manera», respondió. «Sólo hay una manera», prosiguió Segismundo, «cuando se han tocado los límites de ciertas cosas. Del placer, por ejemplo. Más allá, no queda más que la destrucción». Ludo lo miró con escepticismo: su aspecto era rubicundo. «Mírame, obsérvame con paciencia. Yo soy una ruina, una ruina llena de grasa, lo que se llama una ruina opulenta. Parece grotesco lo que te voy a decir, pero ¿tú no crees que el sufrimiento engorda?». Ludo volvió a observarlo y creyó notar que, en efecto, Segismundo llevaba su corpulencia como una sanción.

«Otra Cristal», gritó Segismundo sacando la cabeza fuera del apartado. En una mesa vecina Ludo reconoció a Félix, una especie de maleante que Pirulo le había una vez presentado, famoso en Surquillo por ser el matón de moda. Segismundo observó a Félix y Félix le devolvió la mirada. Ludo temió estos cambios de miradas que en Surquillo eran siempre el preludio de alguna pelea. Pero, justo cuando el mozo llegaba con la cerveza, Segismundo se levantó de su silla al mismo tiempo que Félix y ambos avanzaron para darse un abrazo. Pronto comenzaron a conversar en jerga. Segismundo cogió la botella y sin pedir que se la destaparan rompió su gollete contra el borde de la mesa y brindó con Félix. «Como en esos tiempos», decían bebiendo por turnos del pico astillado. Segismundo regresó a su lugar. «¿Lo conoces?», preguntó Ludo. «Cuando una persona desaparece de Lima, ¿dónde crees tú que está? Si no se ha ido de viaje, está en un sanatorio. O en la cárcel».

Segismundo volvió a encargar otra cerveza y además tres platos de lomo saltado, mientras le contaba que en esos cinco años que no se habían visto había hecho muchas cosas. «Todo empezó de una manera muy sencilla: un día me di cuenta que mi padre hacía quince años que leía en el mismo sillón el mismo periódico. Entonces me dije: hay que irse». Había estado de grumete en un barco, después en las minas de Morococha, después en un almacén de Arequipa. «¿Por qué has pedido tres platos de lomo saltado?», preguntó Ludo cuando el mozo los depositó sobre la mesa. «Los vicios no se vencen, sino que se reemplazan», respondió Segismundo, atacando uno de los platos con ferocidad. La mesa estaba llena de botellas vacías. «Una vez en el barco un marinero se cayó a la bodega y se rompió la espina dorsal. Estábamos en altamar. Era curioso, pero no había médico a bordo. Agonizó durante tres días». Ludo comenzaba a ver las caras borrosas. El mambo del pingüino, que alguien había puesto en el *juke-box* del bar, le recordaba al Ateneo y la invitación del doctor Rostalínez

para quedarse después de la lectura. Pero Segismundo antes de terminar su ración había encargado otro lomo saltado y una botella más de cerveza.

«Te debo hacer el efecto de un monstruo, pero mientras tú ibas a la universidad y estudiabas tu Derecho, yo simplemente viajaba por el Perú o por los mares y vivía…». «Intensamente», pensó Ludo, creyendo descubrir en esas historias una pizca de fanfarronada. «Cuando estuve en las minas, a cerca de cinco mil metros de altura, escribí una novela. Cuando la terminé me di cuenta que era un desastre, peor aún, nada, mierda pura, al lado de lo que había visto, de lo que había vivido. ¿Cómo explicar lo que es un socavón, miles de mineros cansados o podridos? Se puede escribir tal vez, pero ¿con qué objeto? Tu historia del incesto que leíste ahora me parece infame. Yo, francamente, te confieso que si no me he acostado con mi hermana es porque no he tenido la ocasión».

Sin duda, Segismundo quería escandalizarlo. «Fíjate», dijo Ludo, «todo lo que dices es apasionante. Pero durante estos cinco años yo también he vivido a mi manera. No he trabajado en minas ni he viajado en barcos, pero en cambio he trabajado tres años en una oficina y he viajado siete años en ómnibus mirando la cara de los pasajeros. Además, no me he movido de Lima y ésta es la peor de las aventuras. Ignoro muchas cosas, pero quizás ésa sea mi defensa. Últimamente…». Pero ya Segismundo lo interrumpía: «Te quiero, Ludo. No olvido cuando tú eras pálido, más que ahora y yo usaba un pantalón corto, un pantalón azul y desteñido y tú usabas un pantalón bombacho verde y Pirulo usaba un pantalón morado a cuadros y tu hermano uno marrón también a cuadros. Me acuerdo de todos los pantalones que usábamos. Pero me acuerdo más aún de la noche en que se produjo el eclipse y lo primero que se me ocurrió a la mañana siguiente (¿con quién otro lo había de comentar?) fue llamarte por teléfono y cuando levantaste el fono me dijiste que justo en ese momento habías pensado en llamarme a mí…». Ludo, un poco conmovido, se animó a probar su vaso. «Pero no es eso lo que quiero decirte. Mañana me embarco nuevamente. Pero no de grumete, sino de ayudante del contador. Quería decirte que me da pena… Yo estoy un poco fregado, pero he visto claro. Tal vez esto no me salve, pero le dará a mi vida cierta explicación. Ustedes, en cambio… Claro que arrastro una serie de taras: quince años en el mismo sillón y mi hermana casada con un militar». «La mía también», dijo Ludo, «¿qué culpa tenemos de ello? Además mi cuñado es humano, simpático en su casa, trabajador como una buena bestia y diría que hasta inteligente. En el cuartel no sé cómo será. En una guerra tampoco. A lo mejor mata… En fin, sólo quería observar esto: que tengo miedo a intimar con las personas, porque entonces les perdono todos sus defectos. Prefiero mantenerme distanciado, pues es la única manera de poder juzgarlas fríamente». Segismundo, en lugar de responder, se dejó caer de su silla fuera del apartado. Tendido en el piso bramaba: «Ayúdame, Señor». Félix y sus amigos lo rodearon, pero Segismundo, después de besar las baldosas llenas de colillas, se puso de pie y regresó al apartado. «Solamente quiero decirte una cosa, Ludo. Eres el peor de los pajeros. Menos

reflexión, más pasión. Mira a tu alrededor y olvídate de ti, razonador infecto». Ludo pensó en sus cien años de jurisconsultos cartesianos y estuvo a punto de darle la razón, pero ya la pandilla de Félix invadía el apartado con una botella de aguardiente. Todo el mundo bebió en un alboroto de risas y carajos y sin transición Ludo se encontró en la calle con Segismundo, caminando hacia el tranvía.

Llegaron a pie al Ateneo, envueltos en una bruma etílica. Este local, rodeado de casas somnolientas y señoriales, tenía a esa hora tardía de la noche el aspecto de un cabaret. En el hall se bailaba a media luz, con música en sordina. Más atrás, en el patio-bar, los escritores bebían y discutían sin interrupción. «En Lima estamos perseguidos por el fantasma del alcohol», dijo Segismundo al observar ese espectáculo, «¿has llevado la cuenta de la cantidad de poetas, de pintores que tanto prometían que fueron tragados por el pantano? Cuando veo un borracho me digo: a lo mejor era un Joyce, un Picasso». El doctor Rostalínez parecía acusar una soberana sobriedad. «Bienvenidos, hablamos de cosas serias. ¿Saben que Victoriano viajará a París?». Segismundo y Eleodoro se fueron a beber a un rincón, mientras Pirulo, al ver a Ludo, se acercó a él apoyándose en la pared. «Hermanón, eres un genio. ¿Sabes cómo empezaré mi novela, si algún día la escribo? Escucha: mi amigo Ludo enloqueció al anochecer». Ludo lo abrazó. Era el momento de los abrazos. «Carlos Ravel está saliendo con Lisa», dijo Ludo. «¿Los has visto?». «Se iban hoy a Chosica». «Y después de todo, ¿a mí qué me importa? ¿Quién es ese Ravel? ¿Quién es Lisa? Que se vayan a la mierda. Vivamos el momento, hermanón. Está que arde el ambiente. ¿Has visto el hall? Baile, compadre, bailongo…». Ludo recordó el fragmento de una escena: una zamba, sí, una hermosa zamba que trabajaba de sirvienta en su casa. Pirulo con una pijama a rayas. El jardín. La ropa tendida en el cordel. Pero ya el doctor Rostalínez, glorioso emisario de la realidad, irrumpía: «Prisma, ni hablar. Es el mejor nombre». «¿Por qué no bailamos?», decía alguien. «Vamos al hall». El grupo abandonó el bar con sus vasos en la mano. «Pirulo está fregado», dijo Segismundo al oído de Ludo, «lo he estado observando. Va por el camino, por mi camino. Pero a ciegas. Sin haber comprendido».

Al entrar al hall encendieron la lámpara central: sólo cuatro o cinco parejas habían estado bailando en la penumbra. En estas reuniones siempre faltaban mujeres. Estaban Olga, sus dos primas y una jamona que nadie conocía. Ludo sacó a bailar a una de las primas de Olga que, según le pareció recordar, había seguido con atención su lectura. Era morena, baja y agradable al tacto. «Su cuento es terrible», le susurró al oído. Ludo pensó decirle (influido por Segismundo): «Idiota. Yo hubiera querido acostarme con mi hermana». Pero la muchacha parecía tan indefensa. Además, Segismundo cruzaba el salón, obstruyendo el baile, rumbo al tocadiscos. Arrollando a Carlos, que bailaba con la jamona, llegó al aparato y subió el volumen. Las paredes trepidaban. Alguien cantaba un bolero. Vereda tropical. Melodía vieja, llena de historia. Segismundo sentado en un taburete tenía la cabeza prácticamente clavada en el parlante, por donde se desbordaba el bolero estridente. Carlos se acercó y bajó un

poco el volumen. Segismundo lo volvió a subir. Carlos a bajar. Se produjo una de esas estúpidas guerras nocturnas, ebrias, disparatadas, por quítame este disco. Las manos, que alternativamente buscaban el botón del volumen, se encontraron en el camino, se rechazaron, se trenzaron, se agredieron y de pronto el conflicto se extendió al brazo, al torso, a la pierna, a la cabeza y en un momento dado Segismundo y Carlos estaban rompiéndose el uno contra el otro. Simplemente por descuido o por las leyes de la gravedad, la masa de Segismundo se desplomó aplastando a la de Carlos. Después de algunos pataleos pudo notarse que Segismundo estaba sentado a horcajadas sobre el vientre de Carlos y cogiéndolo de las orejas le golpeaba el cráneo contra el piso. Las mujeres gritaban. El doctor Rostalínez lanzó una admonición que no produjo efecto. Eleodoro y Cucho intervinieron para levantar a Segismundo de las axilas, mientras Ludo y Pirulo arrastraban a Carlos hacia el baño. Allí le echaron agua a la cabeza, lo hicieron vomitar y lo dejaron doblado, pero vivo, sobre el lavatorio. Cuando Ludo regresó notó que la fiesta se había reanudado: Cucho bailaba con Olga y el doctor Rostalínez con la jamona. «Lo siento», dijo Segismundo, «quisiera pedirle disculpas a ese muchacho». Ludo señaló el baño: «No tiene nada. Ya Pirulo lo trae. Has estado a punto de hacerle daño a nuestra literatura». En ese momento terminaba la pieza. Olga regresaba al sillón donde sus dos primas la esperaban. «¿Por qué no me presentas a ese pequeño monstruo con faldas?», preguntó Segismundo. «Olga», llamó Ludo, «te presento a un amigo». «A usted nunca lo he visto en San Marcos», dijo Olga, «¿por qué ha querido matar al pobre Carlos? Aquí tengo unas entradas para el próximo baile de la Asociación de Escritores. Diez soles boleto». «Escritores», musitó Segismundo y cogiendo el talonario que le entregó Olga comenzó a rasgar los boletos uno por uno mientras, imperturbable, arrojaba los añicos por encima de su hombro. Olga miró a Ludo y enseguida levantó la mano y cruzó dos, tres veces la mejilla de Segismundo. De inmediato se echó a llorar. El baile se interrumpió otra vez. «Ha roto todos mis boletos», chillaba Olga. Segismundo, envuelto en una nube de papelillos que flotaban, se acariciaba plácidamente la cara, sonriente. Olga cogió su cartera del sillón y abandonó llorando el Ateneo. Segismundo se acomodó la corbata y salió con calma detrás de ella.

Capítulo XII

La azotea era el único lugar holgado, agradable de ese minúsculo departamento por alquilar. Miraflores era aún la ciudad de los árboles y las casas no pasaban por lo general de los dos pisos. Por ello, desde la azotea, el balneario se ofrecía como un boscaje, como una ondulación de copas verdes y rumorosas, interrumpida aquí y allá por algún mirador intruso, por algún tejado mustio de tanto esperar una lluvia. Tan sólo las torres de la parroquia, la del municipio y la huaca Juliana —sin ángulos ya, convertida en una loma redonda y recortada— sobresalían con cierta dignidad de esa inmensa chatura.

Mientras Ludo trataba de reconocer la alameda Pardo por sus ficus, la calle Dos de Mayo por sus moreras y la Costanera por sus laureles, distinguió a Armando que había tal vez subido para relevarlo en su ingrata tarea de esperar inquilinos. Armando miraba la casa de al lado donde vivió la Walkiria. Allí estaba la ventana enrejada. Miraba esa ventana con cierto estupor contenido, como si a través de los barrotes le llegara la imagen de una niñez dichosa, interrumpida. Cuando sus ojos se cruzaron, Ludo reconoció en los de su hermano algo que nunca había notado: el desaliento. Pero aquello duró muy poco, pues Armando le decía sonriente: «Anoche tuve una partida terrible: reina contra peón. ¿Te das cuenta? Reina contra peón. Perdí naturalmente». Ludo reflexionó sobre el sentido de esa frase, pero ya Armando continuaba: «Si tienes que hacer, anda vete. Yo esperaré. Parece que a las doce viene una familia por la casa».

Una hora más tarde Ludo cruzaba rápidamente La Colmena hacia la plaza San Martín, donde tenía cita con Segismundo. Desde lejos lo divisó, esperándolo al pie de la estatua ecuestre del libertador. Apenas Segismundo lo vio, se arrodilló en el cemento y abrió los brazos como un penitente. Debía estar recitando algo, porque sus labios se movían y algunos transeúntes lo miraban con curiosidad. Ludo sintió la tentación de escaparse, pero ya Segismundo se había puesto de pie y lo llamaba: «No te escondas, sucio oligarca». Cuando Ludo se acercó, Segismundo decía: «Antes de que me lleves a San Marcos debemos hacer una inspección por un bar que conozco». Ambos se echaron a caminar hacia el parque Universitario, mientras Segismundo narraba la persecución de Olga por colectivos y tranvías hasta alcanzarla en el Callao, donde le había hecho una escena operática y había terminado por besarla brutalmente. «Después regresé a mi casa y no pude dormir. Estuve haciendo mi equipaje hasta el

amanecer. A las siete de la noche tengo que embarcarme». Segismundo mostró una chingana del jirón Azángaro: «Aquí». En el mostrador pidió un vaso de pisco. El japonés que atendía lo miró con extrañeza. «Sí, un vaso lleno, hijo del sol naciente». Cuando le sirvieron el vaso se volvió hacia Ludo: «Y tú, ¿qué tomas?». Ludo se excusó: «Nada en las mañanas». Segismundo se bebió el vaso de un sorbo y de inmediato pidió otro: «Conocer la universidad es para mí algo memorable. Toda una ceremonia». Ludo trató de explicarle que él estaba matriculado en la Universidad Católica, pero que venía a San Marcos a conversar con algunos amigos, pero Segismundo lo interrumpió: «Ya me llevarás entonces otro día a la Católica, perro reaccionario».

Entraron por la puerta que daba al patio de Derecho. Sin quererlo, Ludo levantó la mirada y pudo leer en el frontis del pórtico el nombre completo de su bisabuelo: «José Armando Totem fue rector de esta universidad de 1856 a 1864. Bajo su rectorado se refaccionó este local». Ambos cruzaron el patio de Derecho, donde grupos de alumnos recorrían los claustros o discutían cerca de la pila y se dirigieron al patio de Letras. «Quiero conocer a los geniecillos», decía Segismundo, «esto debe estar lleno de geniecillos. Un verdadero hormiguero». El patio de Letras estaba poco concurrido. Las clases terminaban a las doce y aún faltaban unos minutos para mediodía. Ambos se sentaron en una de las bancas del claustro.

Ludo inspeccionaba a los paseantes tratando de reconocer a algún amigo. «¿Sabes que en todas las casas», preguntó Segismundo, «en las cocinas de todas las casas hay siempre un cuchillito infalible?».

Pero algunas clases se vaciaban en ese momento en medio de un ronroneo. Por las arcadas se acercaba Pedro Tales, estudiante de Letras, actor de radioteatro y mecanógrafo de notaría. Cuando pasó delante de la banca, Ludo le pasó la voz: «Te presento a un amigo» y le señaló a Segismundo. Pedro alargó la mano ceremoniosamente: «Mucho gusto». Su mano quedó tendida en el aire. Segismundo canturreaba mirando con indiferencia las palmeras.

«Qué gracioso», exclamó Pedro, «¿de dónde ha salido este monstruo? Oye, ¿sabes que nos parecemos en los anteojos?». Segismundo se limitó a quitarse los anteojos para meterlos en su bolsillo. Fue suficiente: Pedro Tales se revolcaba de risa. «Formidable, un tipo kafkiano. Dime, Ludo, ¿por qué no llamamos a alguien para que le haga lo mismo?». De inmediato se lanzó por los claustros a la caza de alguna víctima. «Ves», dijo Segismundo, «qué poco basta para alborotar a los geniecillos. Uno infringe la más pequeña norma de cortesía y ya se sienten transportados». Pedro Tales regresaba conduciendo del brazo a Ramiro Peralva, solemne alumno de Derecho, que se había ganado una sólida reputación entre los profesores por un artículo de cuatro páginas publicado en un semanario, titulado: «El sistema carcelario francés del siglo XIX a través de las novelas de Honorato de Balzac». «Te presento a un amigo», dijo Pedro mostrándole a Segismundo. Esta vez Segismundo se puso de pie y le estrechó amablemente la mano: «Encantado». Pedro quedó atónito.

Segismundo se había vuelto a sentar para encender un cigarrillo. Ramiro se volvió hacia Pedro: «Bueno, ¿y qué? ¿Para eso me has hecho venir?». Apenas escuchó esto, Segismundo levantó una pierna y dio un golpe calculado en el codo de Ramiro, haciendo volar los libros que llevaba en la axila. Pedro se echó a reír. Ramiro, perplejo aún por esa afrenta inesperada, no sabía si protestar, si recoger sus libros o si retirarse a la carrera. Pero ya Pedro, cogiendo del brazo a Segismundo, se lo llevó por el patio, lo enfrentó a solitarios que pasaban, lo incrustó en grupos de discutidores, lo exhibió ante profesores, se atrevió a irrumpir con él en las clases que comenzaban y cada una de estas confrontaciones originaban de inmediato un escándalo, seguido de las carcajadas de Pedro, de la dispersión de un aglomerado y de la iniciación de un nuevo episodio donde Segismundo, obeso, indestructible, era el ariete, el protagonista, la traza y la leyenda.

Ludo trató de ubicar a Olga entre las mujeres y como se aburría se echó a caminar por los claustros de San Marcos. De todos los grupos del patio de Letras le llegaban nombres propios, redondos y limpios, casi siempre los mismos, Heidegger, Camus, Moravia, Ortega. Era como un juego de malabares: cuando un nombre era lanzado empezaba a rebotar de boca en boca, de corrillo en corrillo, hasta que alguien lo dejaba caer y de inmediato surgía otro nombre, que corría la misma suerte, irrigaba el páramo de una inteligencia, alimentaba una pasión, enriquecía un repertorio o iba simplemente a sepultarse en el desván de las ideas hechas o de las inquietudes atrofiadas.

Ludo se vio de pronto en el segundo piso de la facultad de Derecho, bordeando las barandas que daban sobre el patio. Grupos rumorosos, la fuente acrobática, los jardines, los árboles y el sol. Y una población horrible, la limeña, la peruana en suma, pues allí había gente de todas las provincias. En vano buscó una expresión arrogante, inteligente o hermosa: cholos, zambos, injertos, cuarterones, mulatos, quinterones, albinos, pelirrojos, inmigrantes o blancoides, como él, choque de varias razas. Eran los rostros que había visto en el Estadio Nacional, en las procesiones. En suma, una raza que no había encontrado aún sus rasgos, un mestizaje a la deriva. Había narices que se habían equivocado de destino e ido a parar sobre bocas que no le correspondían. Y cabelleras que cubrían cráneos para los cuales no fueron aclimatadas. Era el desorden. Ludo mismo era fisonómicamente desordenado. Tal vez dentro de cuatro o cinco generaciones cada uno de sus rasgos encontraría su lugar, al cabo de ensayos disparatados. Por lo menos el indígena puro tenía una expresión, es decir, un contenido. Pero lo penoso era que el indígena trataba de disimular su nobleza ignorada y la recubría con elementos prestados, el peinado del cholo, el traje del blanco, el andar del zambo, las maneras y los dichos de todos ellos y resultaba a la postre una constantinopla de gestos y envoltorios. «Es el humus de donde nacerá la flor», se dijo Ludo, a manera de consuelo, pensando al mismo tiempo que ésa era una fórmula botánica y cursi digna tan sólo de figurar en algún editorial de periódico. Y continuó su camino, evocando a ciertas mestizas mexicanas, a ciertas rosadas sajonas,

que repetían hasta el infinito su hermoso sello facial al fin encontrado después de siglos de equivocaciones.

Abandonando la baranda se internó por los salones, solitarios algunos, convertidos otros en ruidosas oficinas. Colas de alumnos gritones o ujieres en uniforme se interponían en vano a su paso. Iba detrás de un recuerdo enterrado en plena infancia. Su padre hablaba ante una asamblea silenciosa. Hablaba de Plutarco. ¿Por qué? Cuando terminó su discurso se le aplaudió en sordina, como lo hace la gente distinguida. Había pieles, calvas, sombreros emplumados. Ludo, en pantalón corto, se aburría en una silla, al igual que Armando. Luego vio que el busto de su abuelo, que estaba tapado con un velo, era descubierto por un hombre vestido de oscuro y que la gente volvía a aplaudir. Claro. Ese busto había estado años en la sala de su casa, ese busto de mármol, sobre el pedestal de ébano. Ludo lo había visto, desde que tenía uso de razón, seguirlo por todas las mudanzas, en Lima, en Ancón, en Miraflores, siempre el mismo, embarazoso, sin saber dónde ponerlo. Las casas no estaban hechas para los bustos. Por ello su padre había resuelto obsequiarlo a San Marcos.

Ludo atravesó un vestíbulo donde había una percha capaz de soportar cuarenta sombreros y de pronto, al cruzar la mampara, se halló en un enorme salón plagado de retratos, que muy bien podía ser la sala del consejo. Una mesa extendida de muro a muro parecía esperar a invisibles congresales. Ludo recorrió paso a paso el aposento, solazándose con los retratos —cada cual era un rector, los más antiguos llevaban golilla o hábito clerical— hasta que en un rincón, detrás de un biombo, entre pilas de legajos, silencioso y cubierto de polvo, hallábase el busto. Era el mismo: José Artemio Totem. De mármol, sobre pedestal de ébano. ¿Qué trayectoria había seguido, por casas y oficinas, hasta llegar a ese triste rincón donde, con la cara vuelta a la pared, parecía cumplir algún castigo? Tampoco en esa casa querían saber de él. Ludo observó sus rasgos feos, pero majestuosos y dominantes, su fría calvicie donde reposaba un polvo viejo. Con la manga de su saco la limpió y luego, sacando su pañuelo, le hizo un nudo en cada punta y se lo colocó en la cabeza.

El patio de Letras estaba agitado. Grupos de alumnos señalaban hacia la pila o avanzaban corriendo hacia ella. Al acercarse Ludo vio que Segismundo, sentado en el brocal de la fuente, se había quitado el saco, la camisa, los zapatos y se aprestaba a desabrocharse el pantalón. «¿Quién es?», preguntaba alguien. «Es un sicólogo que ha venido de Alemania». «Es un enfermo de una enfermedad rara: siente calor todo el tiempo». Cuando se bajaba el pantalón, Segismundo divisó a Ludo y quedó inmóvil. Olga llegaba en ese momento: «¿Es verdad que se quiere meter a la pila?». Segismundo hundió la mano en el agua y trazó con ella una bendición. Luego comenzó a vestirse entre las rechiflas de los estudiantes.

Poco después estaban en un apartado del Palermo. Segismundo se había comido una docena de empanadas de pollo regadas con un vaso de pisco. A pesar de ello se encontraba lúcido. Pedro Tales no lo había abandonado un momento, lo sentía ya un

poco de su propiedad y lo protegía contra el asalto de los curiosos. Olga, en cambio, parecía abstraída. «Uno contrae ciertos vicios para poder soportar las malas épocas», decía Segismundo, «pero lo terrible es que cuando pasan las malas épocas los vicios quedan. Entonces, vuelven las malas épocas». Olga se acercó a Ludo: «Voy a hablar por teléfono, ¿quieres acompañarme?». Ambos fueron hasta un ángulo del bar. «Anoche estuve con Segismundo». Ludo la interrumpió: «Ya lo sé. Te siguió hasta el Callao. Hasta te besó, me dijo». «Eso es lo de menos. Pero no sé, me da pena, quisiera ayudarlo». «Pero si está completamente loco». «¿Tú crees?». «Bueno, loco no es la palabra». «Quiere que le guarde unos paquetes. Como yo vivo al lado del puerto». «¿Qué hacen allí?», gritó Segismundo desde el apartado, «cuernos, cornudo, no soy todavía el marido y ya me están engañando». Olga y Ludo regresaron. «Aquí, públicamente», dijo Segismundo, «delante de testigos, quería hacerte una propuesta, Olga de mi alma, ¿quieres acostarte conmigo?». Tales bailaba de gusto sobre las cuatro patas de su silla. «Respóndeme». Ludo se puso de pie: «Esto degenera», dijo, «y por el camino de la facilidad. Me voy». Segismundo le extendió la mano: «Ya sé. Tu santa madrecita te espera con el almuerzo preparado. Chau. Esta vez creo que vamos hasta California o hasta Vancouver. No olvides lo que hemos hablado. Ah, los eclipses».

Cuando Ludo llegó a su casa vio que en efecto su «santa madrecita», como decía Segismundo, le había dejado el almuerzo en el horno. Armando gritó desde su cuarto: «Ya se alquiló la casa».

Ludo salió de inmediato a la puerta falsa y vio un camión de mudanza descargando muebles. El elemento de impudor que había en las mudanzas siempre le había llamado la atención, pues el mobiliario, que a fuerza de ser usado está impregnado de la personalidad de sus dueños, como las ropas, queda expuesto, indefenso un tiempo a la mirada de los curiosos. Ludo vio un colchón manchado, una cómoda instalada en plena vereda con el aire de preguntarse qué hacía allí, una percha que, bajo el sol, mostraba su horrible osatura, hasta entonces disimulada en la penumbra de un vestíbulo. Y hubiera seguido observando si es que no sintiera un malestar: en el balcón del departamento, un hombre con camisa a cuadros y mal afeitado lo miraba con una expresión de aburrimiento y de desdén.

Capítulo XIII

«La alegría me entra por el bolsillo», dijo Pirulo mostrándole varios billetes de cien soles. Ludo no salía aún de su sorpresa: «Así que prefecto de Ayacucho». Pirulo estaba peinado, afeitado, casi guapo. «Las vacas gordas, hermanón. Mi padre era hasta hace poco una ruina. Ayer, cuando se enteró de su nombramiento, sacó su terno azul del ropero y te juro que hasta parecía un hombre importante. A mí me nombrará secretario de la prefectura, pero no pondré los pies en esa ciudad. Seré secretario, pero en Lima». Ludo trazó de inmediato un plan de emergencia: «No botes la plata que te ha dado. Nada de tragos ni tonterías. Hay que gastarla con método. ¿Qué te parecen las primas de Olga?». Pirulo dijo que en el baile del Ateneo Berta le metía la pierna y Ludo que Amelia le había hecho insinuaciones. «Vamos a buscarlas ahorita», propuso Pirulo. Ludo tenía que ir a matricularse: «Mejor cuando anochezca. Nos vemos en la plaza San Martín a las siete».

Era el quinto año y probablemente el último que se matriculaba en la facultad de Derecho, situada en un caserón colonial de la calle Lártiga. No en vano esa facultad de la Universidad Católica funcionaba en una residencia colonial. A pesar de haber sido refaccionado, el local conservaba algo del espíritu de la colonia. Ludo respiraba en ese antro un relente clerical, pero no como el que podía inspirar San Marcos, laicizado a través de siglos de refriegas y reivindicaciones, con sus amplios claustros, sus jardines y sus muros empapelados de proclamas, sino un relente de sacristía. Esa casa había sido legada a la universidad por un católico que murió en olor de santidad, de prostatitis, y el olor perduraba, en medio de códigos e hijos de banqueros. En todo caso, si no era un olor santo, era un olor de ceremonia, de misa pagana todos los días repetida, donde una liga de acólitos de cuello duro oficiaba algún misterio: el de ganarse sin mucha pena la indulgencia plenaria de un diploma que les permitiera encontrar una justificación académica al ejercicio del poder.

En el fondo, Ludo se daba cuenta que esa universidad era algo así como la prolongación del colegio Mariano, sin curas esta vez, sin Santa Infancia, pero con maestros más ladinos y formas más sutiles de corrupción. Allí se desasnaban los hijos de la clase dirigente y se daba una oportunidad a la clase media de capa caída o a los provincianos ambiciosos de poner su talento en pública subasta. Ya muchos condiscípulos de Ludo, emisarios de familias modestas y esforzadas, se habían relacionado y soñaban con llegar a ser consejeros serviles, abastecedores de

argumentos, comisionistas a tanto por ciento o simplemente testaferros de la argolla, con tal que se les permitiera sentarse, aunque sea en el extremo, del próximo festín que se cocinaba. Porque allí se cocinaba un festín. La argolla la formaban los diez o doce alumnos que debían, dentro de algunos años, recibir por herencia algunos puestos claves en el mando del país.

Ludo se encontraba allí en una situación flotante. Con la argolla sentía viejos lazos espirituales en vía de ser denunciados y con los pobres ambiciosos una hermandad no de proyectos sino de situación. Se daba cuenta que las corbatas de la argolla eran más finas —las de Carlos Ravel, sobre todo, lo deleitaban— pero al mismo tiempo sus experiencias, sus carencias armonizaban mejor con los segundos. Al menos los de la argolla no conocían esos dos grados de la desdicha: comprar cigarrillos sueltos (no en paquete) y llevar un terno a voltear donde un sastre remendón.

Al primero que vio fue al gordo Blagenwild, que poseía una casa enorme en la avenida Javier Prado y jugaba golf. Siempre fue un misterio para Ludo cómo un alumno tan limitado había podido llegar al quinto año de Derecho. Además, había recibido de él hacía tiempo una afrenta que no podía olvidar. Fue cuando estaban en el primer año de Derecho. Toda la clase tenía que ir al club Revólver para efectuar un ejercicio de tiro con fusil, correspondiente al curso de instrucción militar, curso grotesco en verdad, una ficción estúpida, que obligaba a los universitarios a aprenderse de memoria cómo se armaba una ametralladora o cuáles eran las obligaciones del sargento furriel. El club Revólver quedaba en las afueras de Lima y los alumnos comenzaron a preguntarse cómo llegarían allí. Blagenwild tenía automóvil y cedió sus sitios libres a sus compinches de la argolla. Como Ludo se encontraba cerca del auto, el gordo le pasó la voz: «¿Quieres que te lleve al club?». Ludo asintió. «Entonces, métete en la maletera». Sus amigos rieron y el carro arrancó. Ludo tuvo que tomar un ómnibus, llegó tarde, fatigado y no pudo colocar ninguna bala en la silueta humana dispuesta a trescientos metros de distancia.

«Eh, Ludo», exclamó Carlos Ravel. De inmediato lo llevó a un rincón. «¿Sabes que pasé un sábado formidable en Chosica? Como en el poema ese de Lorca, el potro de nácar, las bridas y los estribos. Lisa es formidable. A nuestra edad el que no tiene amante es un imbécil». Ludo no desprendía la mirada de su camisa: las dos puntas de su cuello redondo, inmaculado, estaban unidas por un prendedor de oro que pasaba bajo el nudo Windsor de su corbata. Blagenwild se acercó: «Carlos, ¿puedes venir este domingo a mi casa de Ancón? Mis viejos ya se han ido a Lima». Carlos preguntó si podía llevar a una chica, mientras Ludo pensaba en el Ancón de hacía quince años, cuando apenas era una playa de pescadores, convertida ahora en un balneario de lujo. Allí había pasado varios veranos, en una casa de madera, jugando en sus calles de arena. Cuando su padre vio que se levantaban los primeros edificios, dijo: «Esto se acabó. No regresaremos más». Y así había sido.

Ludo circuló por los grupos, saludó a algunos condiscípulos, huyó de otros. Por

todo sitio se hablaba del verano, del general Odría, de las ropas de baño Lastex, del procesalista Carnelutti, nombre horrible, digno de un fabricante de aperitivos. Luego tuvo que soportar una clase de Derecho Tributario, dictada por una especie de maniquí de sastre, que ya había sido profesor suyo en el colegio Mariano. Mientras explicaba el impuesto progresivo sobre la renta (en privado, a sus clientes, les enseñaría la manera de eludirlo), Ludo pensaba en la posesión de Lisa por Carlos Ravel y veía cómo los alumnos tomaban rápidamente notas en sus cuadernitos *ad hoc*. Y con una nostalgia irresistible evocó San Marcos, sus claustros, sus palmeras, sus pilas, sus hombres feos y mal trajeados, sus disturbios, su desorden.

Hacia el atardecer viajaba en un tranvía con Pirulo rumbo al Callao. Atravesaron huacas, pequeñas chacras y pronto llegaron al puerto. Después de abandonar las calles céntricas se internaron por los suburbios, cerca de la playa de Cantolado. Pirulo tenía la dirección apuntada en un papel. Era una casa de vecindad. Amelia los recibió y los hizo pasar a una salita donde apenas cabían los confortables de serie. Para darle solemnidad a esa visita sacó una botella de cinzano. Su hermana Bertha hacía escuchar su voz desde el interior prometiendo aparecer cuando estuviera peinada. Amelia encendió el radio. Al poco rato Bertha salió con moño y oliendo a brillantina. Las dos hermanas, huérfanas de padre, trabajaban en un almacén. Su madre era cuidadora en un colegio vespertino. Entre las tres reunían una renta que les permitía sobrevivir.

Pirulo anunció que a su padre acababan de nombrarlo prefecto de Ayacucho. Había que festejarlo. Aprovechando que tocaban un bolero empezaron a bailar. Ludo notó que Amelia recostaba su cabeza contra su hombro y entonces con un arte innato dejó que su rodilla explorara hábilmente, con la inteligencia de una mano, los muslos que Amelia tendía a separar. Pero aquélla era una licencia tácita, justificada por el baile, pues cuando éste terminó, Amelia no toleró el ademán más inocente de que le cogieran la mano.

Al poco rato la madre llegó. Al enterarse que eran universitarios, que vivían en los balnearios del sur, los consideró con desconfianza. No se necesitaba ser muy perspicaz para darse cuenta que detrás de toda esa galantería debería existir algún macabro proyecto de violación. Cuando propusieron invitar a las hermanas a cenar, la madre se opuso. En cambio dio su autorización para que al día siguiente fueran a Chosica, pues Pirulo dijo que era un paseo «organizado por la universidad, al cual irían los profesores y hasta el rector».

Pirulo y Ludo fueron a comer mariscos a un restorán del Callao. «La cosa anda firme, hermanón. Bertha creo que se ha templado de mí». Ludo dijo lo mismo de Amelia, pero sin gran convicción. En el fondo esta empresa no le despertaba mucho entusiasmo, pues la consideraba como una aventura de compensación. Por su mente pasaban la Walkiria, colegialas de antaño, rumberas de cabaret, tanto más codiciables cuanto que sólo existían inaccesibles, en su memoria.

El domingo, a las diez de la mañana, estaban en el parque Universitario, de donde

partían los colectivos para Chosica. Amelia y Berta fueron puntuales. Por alguna incomprensible razón, sin embargo, habían venido con zapatos de taco alto, ignorando tal vez que ir a Chosica significaba una caminata por terreno accidentado, entre juncos y pedrones. Además, no habían traído nada de comer y era habitual que las mujeres se ocuparan del almuerzo en este tipo de paseos. Pirulo alquiló un colectivo para los cuatro y pagó al chofer el importe de las plazas que quedaban vacías.

El automóvil recorrió toda la avenida 28 de Julio, pasó al lado del cerro San Cosme, plagado de inmundas chozas y tomó la carretera central. Después de una partida muy animada, en el interior del vehículo se instauró el silencio. Los cuatro viajaban en el asiento posterior, pero sin poder obtener ningún beneficio de esa promiscuidad. Las dos hermanas, cada cual al lado de una portezuela, conservaban sus manos entre sus piernas, como protegiendo su virginidad de algún peligro inminente y miraban el paisaje del valle del Rímac, chacras de girasoles, granjas de pollos, planicie que se estrechaba cada vez más, conforme ascendían, para penetrar entre dos muros de cerros pelados.

Ludo trataba vanamente de encontrar en la naturaleza un tema de conversación. Sólo se le ocurrían frases como «el día está formidable» o «este valle es espléndido» que consideraba, por banales, indignas de ser pronunciadas. Si por lo menos hubiera una vaca podría hacer una alusión maliciosa a sus cuernos o a sus ubres. Pero no había vacas. Al fin divisó un potrero sembrado con una yerba alta. «Eso es alfalfa», dijo, sin estar seguro de ello, sólo por ser refutado y provocar una controversia. Pero las hermanas observaron el cultivo y admitieron con su silencio que era alfalfa. En fin, únicamente quedaba el recurso infalible de hablar de cine. Las dos hermanas demostraron una ciencia infusa en cine mexicano. Habían visto todas las películas de Sara García y de Jorge Negrete. Cuando pasaron por la estación de Vitarte seguían relatando argumentos de melodramas, mientras Ludo, aburrido ya, se entretenía en observar la propaganda pintada con tiza en las faldas rocosas de los cerros, frases enormes, escritas allí hacía muchos años, que con la intemperie, el tiempo, habían perdido alguna letra o varias y formaban siglas ilegibles. Allí se hacía propaganda a productos comerciales que ya no circulaban o a candidatos políticos que se habían muerto. De vez en cuando, en una peña que bordeaba la carretera, veía una cruz de madera con una corona marchita y una inscripción que recomendaba prudencia a los choferes, pues allí había muerto fulano en un accidente. Y se pedía rezar por él.

A la media hora de haber dejado Lima se encontraron ya bajo un cielo despejado, de un azul que era casi de mal gusto, respirando un aire serrano. Se acercaban a Chosica, el pueblo del sol eterno. Pirulo y Ludo no habían previsto nada. Primero pensaron descender en plena carretera y buscar la orilla del Rímac a través de los potreros. Pero como tenían hambre resolvieron llegar hasta la misma ciudad. El colectivo los dejó en la plaza de Chosica, en cuyo amplio cuadrilátero se jugaba un furioso partido de fútbol.

«Antes que nada debemos almorzar», dijo Pirulo. Como Chosica abría el apetito todos estuvieron de acuerdo. Después de caminar hasta el río encontraron un restorán casi desierto, con amplios ventanales sobre la corriente. Berta y Amelia pidieron permiso para ir al baño. «Esto no camina», dijo Pirulo, «hay que hacer algo». Ludo fue de opinión de que había que emborracharlas. «¿Y si no quieren tomar?». La única solución era contar con la complicidad del mozo. «Prepárenos un cóctel de fresa, pero bien cargado», dijo Pirulo. El mozo les guiñó el ojo. «Después del cóctel nos tomamos un par de botellas de vino, después nos vamos caminando hasta el río, después». Las hermanas regresaban. Apenas Pirulo sorbió un trago entró en posesión de su talento. Ludo se sintió descargado de toda responsabilidad. Pirulo contaba chistes, hacía de cada palabra un juego, un disparate, inventó sobre el terreno varios negocios para hacerse millonario y terminó por convencerlos que deberían elegir el menú jugando a los dados.

A las dos de la tarde la mesa era una fiesta. Por un socorro del azar, a todos les había tocado comer mariscos afrodisiacos. Sobre el mantel había cuatro botellas de vino vacías. Después del café, Pirulo invitó una menta, dulce néctar donde naufragan las muchachas sin experiencia. Había una radiola en el restorán. Bailaron un rato en la inmensa sala vacía. Finalmente se fueron al río, cada cual llevando de la mano a su pareja.

Sin duda Chosica era un lugar común. Cerca del restorán fue imposible encontrar un pedazo de orilla desierta. Por todo sitio se tropezaban con grupos familiares, cuartetos, tríos o parejas a punto de hacer el amor. Los cuatro caminaban por la ribera, alejándose cada vez más de la ciudad, las mujeres haciendo equilibrio sobre sus altos tacones, los hombres, sin zapatos, mojándose los pies en el río. A veces creían haber descubierto el sitio ideal, pero apenas se estaban instalando escuchaban un ruido de vajilla, una risa y de pronto un niño surgía entre los juncos y corría hacia el río, inocentemente, como por el patio de su casa. Finalmente, después de haber recorrido un par de kilómetros bajo un sol abusivo llegaron a una especie de ensenada silvestre, donde aparte de los restos de un pícnic prehistórico no había otros vestigios de presencia humana. Lo importante en ese momento era separar a las hermanas.

Ludo, mientras se echaba sobre la yerba para recostar su cabeza en las faldas de Amelia, no podía dejar de pensar en la violación de Lisa por Carlos Ravel que, si era cierta, tendría que haberse producido allí, precisamente, entre pedrones que insinuaban una redondez testicular, sacuaras fálicas, aromas de crustáceos vaginales y, recortados al fondo, sobre el cielo añil, los perfiles japoneses de los cerros volcánicos, estériles, cargados de un viejo sufrimiento, de una especie de rencor o de afán de presenciar alguna ruda desfloración.

Pirulo le recordó a Ludo al oído: «Separarlas». Pero tratar de separar a dos hermanas era como tratar de descomponer una unidad. Juntas, ellas representaban los principios, el espíritu de cuerpo, la célula familiar. Su vigilancia recíproca impedía todo abandono. Al fin Ludo tuvo una idea: desafió a Amelia a ver quién encontraba la

más hermosa piedra fluvial. Ambos se pusieron de pie y comenzaron a caminar por la ribera, atentos a los fulgores de la orilla. Poco a poco fueron alejándose. Cada vez que Amelia recogía triunfalmente un pedrusco, Ludo hacía lo mismo. Se trataba de un juego absolutamente estúpido, pero eficaz, pues podía prolongarse hasta el infinito y Ludo confiaba que su duración le garantizaría el hallazgo de un lugar alejado y discreto. Al fin lo encontró y echándose sobre la grama declaró que se daba por vencido. Amelia se sentó a su lado. Exonerada de la censura de su hermana se aproximó a Ludo y comenzó a acariciarle el cabello. De pronto, sin transición, Ludo vio que sus labios se unían a los de Amelia y gozó durante un momento de ese placer que produce el vicio cruel del beso, vicio rudimentario, vestibular, a medio camino entre la posesión y el fiasco. A pesar de ello siguió besándola, buscando nuevas aristas a su placer, furiosa, canallamente. Su lengua penetraba como un dardo en esa cueva ardiente, mientras su sexo, inflamado, perdido como un ciego, buscaba por su cuenta, sin auxilio de su inteligencia, su único refugio. Una frase de Voltaire pasó por su conciencia: «El beso haría creer en Dios en un país de ateos» y diciéndose que Voltaire estaba loco buscó con las manos el cuello, luego el busto. Sus dedos, llenos de la más pura visión, adivinaban el mecanismo de los botones, desabrocharon la blusa, el sostén y al poco rato dos senos ocultos se mostraron duros, sorprendidos, al asalto de sus labios. Ludo lactó como un infante la sequedad eréctil de los pezones mientras sus dedos sapientes, cada vez más inspirados, descendían, palpaban, exploraban, continuaban un viaje que sólo podía culminar en el ojo de la húmeda, perversa, palpitante ostra humana. Amelia enderezó el busto, rechazándolo: «Qué dirá mi mamá, como un perro, sobre el suelo, violada al lado del río». Ludo quedó atónito. Amelia se había echado a llorar a moco tendido, cubriéndose la cara con el antebrazo. Su dios fálico declinó. El aire se enfrió en su boca. Y, desarmado, quedó contemplando esas dos tetas desnudas, convulsas, sintiéndose miserable como un sátiro que, por alguna ordenanza celeste, se ve obligado a capitular y a retirarse vencido hacia el Olimpo.

«Vístete pues», dijo poniéndose de pie y echándose a caminar hacia Chosica. Amelia lo obedeció. Regresaron juntos pero callados. Entre ellos existía un secreto que, debido a su naturaleza, los condenaba al silencio. Ludo retardaba su andar, olfateando, pensando que a lo mejor Pirulo había estado más favorecido y ahora, justo entre las piedras, pensando en Carlos Ravel, consumaba imaginariamente, sobre el cuerpo de otra mujer, la posesión de Lisa. Pero luego de sortear un peñón desembocaron en el rincón silvestre donde Pirulo, en cuclillas, fumaba un cigarrillo, mientras Berta contemplaba de pie, agestada, el curso de las aguas.

Estuvieron un rato más, hablando de cosas tontas, tristes y más bien tediosas y cuando comenzaba a atardecer tomaron un taxi rumbo a Lima. Durante el viaje nadie habló. Su silencio duró exactamente 53 kilómetros.

Capítulo XIV

Había tal vez algo que fallaba. Ludo se daba cuenta una vez más que los días se averiaban entre sus manos, se deshacían, sin traerle un consuelo, una alegría duradera. Tarde tras tarde caía el sol tras el parapeto y cada mañana volvía a levantarse sobre las lomas, rosado, nacarado, lleno de promesas, pero siempre sobre un desayuno triste, una aventura fallida, una avidez insatisfecha, una memoria donde se organizaban los escombros. Pirulo, la universidad, el ómnibus, una botella de cerveza, el alquiler, el gordo Blagenwild, la camisa planchada por su madre, el turbulento recuerdo de Segismundo con su «debes olvidarte de ti», las casas que crecían hasta los doce pisos, el sol, las fotografías, el tiempo. En medio de este desorden, sexos, deliciosamente femeninos, abiertos, siempre fugitivos. Y al anochecer, la cama, abriéndose como un libro de cuentas donde todo iba anotado al pasivo.

Pirulo había partido repentinamente para Ayacucho, llamado por su padre. Segismundo le había enviado una carta postal desde Panamá con una frase sibilina: «Corta es la estación del amor y frágil la alegría». Armando había renunciado ese año a estudiar sociología y andaba todo el día por la casa en pijama, sin afeitar, esperando con ansiedad la llegada de Javier o de Reynaldo para proponerles una partida de ajedrez. Ludo asistió aún a dos o tres clases, para comprobar que el Derecho era fácil y que le bastaría leer los cursos la noche anterior al examen para aprobarlos. Algunas veces pasó por San Marcos, donde el doctor Rostalínez seguía anunciando la aparición de Prisma. Allí entró en contacto con otros grupos, que celebraban reuniones secretas y al parecer conspiraban. Ludo nunca fue invitado a esas reuniones, que se efectuaban en cafés o en casas particulares y de donde salían de vez en cuando un manifiesto contra alguien, una lectura de poemas incendiarios, una colecta. Eran personas serias, atareadas, pálidas, con los ojos en fuego, tenaces y relativamente siniestras. Ludo sentía una secreta admiración por ellas, pero no gozaba de su confianza. Se decía que preparaban algo importante.

Al final optó por recluirse. Al igual que Armando, descubrió el valor simbólico del saco de pijama —que Ludo llamaba la librea del fracaso—, llevado hasta el anochecer a través de horas huecas, donde el hecho de hojear un libro, ni siquiera leerlo, era ya una aventura. Después de cenar se afeitaba, se vestía y caminaba por las calles oscuras de Miraflores, miraba las ventanas de las casas, familias que comían,

hombres que se paseaban atormentados por alguna buharda; llegaba hasta el malecón, a esa hora desierto o atravesado por parejas raudas que parecían huir de algún remordimiento; o recalaba en Surquillo, para meditar en torno a una botella de cerveza. Ahora el departamento de los bajos era el que se había desocupado. Avisos, ajetreos. La casa estaba amenazada por bandas de cobradores. Ludo, hogareño como nunca, los veía a través del visillo parlamentar con su madre, hombres cansados, con su vieja cartera, que asentían con su vieja testa y se retiraban arrastrando sus viejos pies hacia la casa vecina. Su madre multiplicaba sus «que esto», «que lo otro», pero por bondad o por blandura era incapaz de insistir en que buscaran un trabajo. Y todas las mañanas, junto con el desayuno, les dejaba en el velador los tres o cuatro soles que les permitían mantener modestamente sus vicios.

Una mañana, cuando regresaba justamente de comprar un paquete de cigarrillos en la esquina, Ludo pasó como de costumbre delante de la casa que había ocupado la Walkiria. Esta vez, cosa inhabitual en él, se detuvo y contempló el jardincillo, las ventanas con persianas azules. Cuando elevó la vista hasta el balcón sufrió una especie de crispamiento: en el balcón, observándolo, estaba precisamente la Walkiria. No podía ser otra que ella, a pesar de los ocho años transcurridos. Aún conservaba sus trenzas doradas, su cutis rosa, su cuello ágil emergiendo de una blusa de muselina. Ludo alargó un brazo y se apoyó en un poste de la luz, mientras un torbellino de imágenes giraban por su cabeza. Sin atreverse a mirar nuevamente hacia el balcón, donde de soslayo creyó percibir una mano que saludaba, se dirigió rápidamente a su casa.

«Ha regresado la Walkiria», exclamó penetrando en el cuarto de Armando. Éste, que leía en su mesa un libro, lo miró con incredulidad. «A la misma casa, acabo de verla en el balcón». Armando se limitó a cerrar su libro y poniéndose de pie dio un paso por el cuarto, se miró en el espejo y quedó luego con la mirada fija en un almanaque de la International Petroleum Company, donde se veía la estatua ecuestre de Francisco Pizarro.

Armando pasó unos días en un estado de aletargamiento. Acerca de este retorno no cambió con Ludo un solo comentario. La única que aludía a él era su madre cuando en la mesa decía que se había encontrado con la señora Wiener en la carnicería, que era curioso que estos alemanes hubieran venido a vivir a la misma casa, que seguro era casa propia, que la habían pasado muy mal durante la guerra, que luego habían vivido en Estados Unidos unos años, que Godelive estaba hecha una señorita. Ni Armando ni Ludo parecían escuchar este parloteo. Pero en realidad estaban atentos a él y esperaban casi con ansiedad que su madre, durante las comidas, diera alguna otra noticia que completara la nueva imagen de la Walkiria.

Ludo volvió a verla una mañana en circunstancias farsescas. Mientras esperaba en la esquina el colectivo que lo llevaría a Lima, la Walkiria salió de su casa. Al verlo, se acercó directamente a él. Ludo tuvo un atisbo de decepción cuando, mientras avanzaba, comprobó que era corpulenta, un poco marcial en su andar. «¿Qué tal,

Armando? Es raro volverse a encontrar, ¿verdad?». Ludo no supo qué responder. En ese momento venía el colectivo. «Yo también voy a Lima», dijo la Walkiria. Ambos se sentaron al lado del chofer. Luego le contó que estaba trabajando de secretaria en una compañía norteamericana, que su padre había sido puesto por error en la lista negra, que habían estado un tiempo en un campo de concentración. «Y a ti ¿cómo te ha ido, Armando?». Ludo no sabía si era hora de disipar el equívoco y decirle que no era Armando. Pensaba que tal vez en la memoria de la Walkiria su rostro se había confundido con el de su hermano y ahora le era imposible diferenciarlos. «Voy bien, este año termino sociología», respondió. «Al que no he visto hasta ahora es a… ¿cómo se llama? A tu hermano, el que subía a veces también al techo, pero se quedaba atrás, en la sombra». Ludo respondió que Ludo se iba a recibir ese año de abogado. Siguieron conversando, recordando historias que para Ludo eran sólo en parte comunes. «¿Y sigues dibujando? ¿Te acuerdas del dibujo ese que una vez me regalaste? Un viejo pintado a la acuarela». Ludo comprendió en ese momento adónde habían ido a parar las acuarelas de su niñez. Armando seguramente se las había sustraído para obsequiárselas por la noche a la Walkiria, como si fuesen suyas. El descubrimiento de esta vieja impostura lo movió a seguir suplantando a su hermano. «Yo creo que Ludo estuvo enamorado de ti», se atrevió a decir. La Walkiria se rió: «Ni me había dado cuenta. En realidad en esa época a mí me gustabas tú. No sé, me eras simpático. Cosas de la niñez. Cuando se pasa una guerra…». Ludo quedó callado. El colectivo, con su carga llena, avanzaba velozmente por la avenida Arequipa. Godelive hablaba de Lima: «La encuentro chata, fea, sin color, desigual. Tendré que acostumbrarme. Es verdad que ahora todo es diferente. Ya no veo las cosas como una colegiala. Ahora tengo que pensar en el trabajo. Gano bien, pues hablo inglés, alemán y español. Dentro de tres meses me compraré un carro. Esto de los colectivos no me gusta. Pero cuéntame algo de ti. ¿Qué harás cuando te recibas?». Ludo inventó una historia absurda; dijo que iba a ser profesor en la universidad, que tal vez se iría a París. La Walkiria lo miró asombrada: «A París. Nosotros hemos pasado dos veces por allí. ¿Y qué harás en París?». El chofer hizo una brusca maniobra para evitar a un carro que había frenado delante y Ludo sintió que el muslo de la Walkiria se proyectaba contra el suyo y se mantenía allí adherido, llenándolo de un placer sensual difuso, que le corría por las venas como un chorro de leche tibia y le endulzaba la boca. La Walkiria parecía esperar tal vez más detalles sobre sus proyectos, porque lo invitaba a seguir hablando con su silencio. Pero Ludo recordó súbitamente el pijama listado de su hermano y ordenó en el acto al chofer que lo dejara en la esquina. En el momento de apearse, se inclinó hacia la Walkiria por la ventanilla: «Te voy a decir la verdad. Yo no soy Armando. Soy Ludo».

Cuando esa tarde regresó a su casa vio que Armando, por primera vez en quince días, se estaba afeitando frente al espejo. Todo lo hacía Armando con parsimonia, pero afeitarse era especialmente para él un rito en el que empleaba una, dos horas, a veces toda la mañana. Ludo tuvo la intención de narrarle su encuentro con la

Walkiria, pero Armando opuso a su presencia el semblante hermético de quien no quiere ser importunado. Ludo fue a su dormitorio, anduvo un momento entre sus libros, se miró largo rato en el espejo para comprobar cómo día a día su expresión iba dando testimonio de su vida y finalmente, cuando sintió que Armando salía al jardín, lo imitó.

Quizás era el momento de acercarse a él y contarle su conversación en el colectivo. Pero al notar que Armando se había puesto su terno de ceremonia y llevaba además corbata, quedó indeciso, amparado por la sombra de los cipreses. Armando encendió un cigarrillo en el jardín penumbroso, luego lo apagó y con una agilidad inesperada se encaramó a la enramada y al poco rato estuvo haciendo equilibrio sobre sus maderos, pisoteando hojas y sarmientos. La enramada permitía acercarse al antiguo dormitorio de la Walkiria. Ventana enrejada, por la que tantas veces entrevieron el universo hermético de la niñez: muñecas de paja, fotografías de artistas pegadas al muro y prendas turbadoras olvidadas sobre las sillas. La ventana debía estar iluminada, pues el rostro de Armando surgía nítidamente en un haz de luz. Sus labios comenzaron a moverse. Ludo ya no quiso ver más. Abandonando el jardín regresó a su dormitorio y quedó mirando la galería de retratos, los cinco rostros alineados que lo examinaban desde la tumba.

Armando no dio cuenta de esta entrevista, pero a partir de ese día se encorbataba al anochecer y desaparecía en el jardín. En la mesa su semblante expresaba cierto esplendor, pues la esperanza embellece. Su misma habitación parecía transformada: los objetos se veían más limpios, más serenos, el tablero de ajedrez había sido exilado y su mesa estaba llena de libros juiciosamente ordenados. Ludo llegó a enterarse incluso que su hermano hacía gestiones para reanudar sus viejos estudios de medicina.

Un sábado que Ludo regresaba a almorzar vio que ante la casa de la Walkiria se había detenido un automóvil convertible. Al poco rato surgió de la casa de su vecina un sajón robusto y deportivo que llevaba una maleta en una mano y una bolsa de viaje en la otra. Detrás apareció la Walkiria, en pantalones, con una máquina de fotos colgada al hombro. Ambos reían, hablando en alemán. Subieron al carro y partieron con un destino que no podía ser otro que el de un fin de semana romántico.

Ludo tampoco narró este incidente a su hermano, pero Armando debía tener sus propias fuentes de información, pues a partir de ese día y de los siguientes su rostro comenzó a empañarse, a perder uno por uno sus fugaces atributos de esplendor, para volver a ser lo que había sido durante los últimos años: una máscara aparentemente saludable, por momentos burlona, pero en la cual eran cada vez más asiduos los rasgos de una indiferencia forzada y de una arrogancia que no era otra cosa que el reverso de la timidez. Cayó su corbata, su terno retornó al ropero, su barba comenzó a crecer, resurgió el saco de pijama, el orden del dormitorio se marchitó, los caballos y las torres volvieron a instaurarse en su mundo y Ludo supo nuevamente que habitaba al lado de un fantasma, de un ser inaccesible, al cual no podría llegar sino a través de

los oficios de un médium amigable o de los poderes efímeros de una libación.

Así Ludo y su hermano se dejaban fácilmente vencer y aceptaban como derrota lo que sólo era quizás la apariencia de la derrota.

Capítulo XV

«Se recuerda al distinguido público que al término de la kermese quedan invitados a la parroquia para el rezo del santo rosario»… Ludo andaba entre el gentío del parque, huía más bien, perseguido por la voz engolada de ese locutor de circunstancias que lo asaltaba desde todos los altoparlantes, colocados en los postes del alumbrado, en los troncos de los ficus. Al pasar por un kiosko donde rifaban canastas con víveres distinguió a su tía Cristina, rodeada de otras damas piadosas y elegantes, que presidía con su noble nariz la distribución de la fortuna. «Jóvenes: inscríbanse en la Acción Católica. Juego de ping-pong y bar gratuitos. Reuniones todas las tardes». Cinco muchachas cogidas del brazo estuvieron a punto de arrollarlo. Ludo las esquivó para verse envuelto en una pandilla de colegiales que andaban tras ellas silbando. Cerca del municipio, en una especie de estrado donde aceptaban óbolos, estaba el padre Eusebio, párroco de Miraflores, rodeado de una turba de beatas. En un kiosko de tiro al blanco se detuvo. Mientras despedía al azar sus perdigones se preguntó qué diablos hacía allí, para qué había venido. Así le sucedía con los desfiles militares, con las ferias, con esas reuniones de masas que odiaba, pero en las cuales terminaba siempre por verse mezclado. Otro grupo de muchachas pasó, seguido esta vez por varios cadetes del Leoncio Prado. Los altoparlantes transmitían ahora música profana. Una de las muchachas volteó la cara: Ludo creyó que era un rostro conocido y comenzó a seguirla. Apenas había dado unos pasos, un hombre con anteojos lo aferró violentamente del brazo: «Estaba seguro que no podías faltar a esta sana fiesta de católicos. Es necesario colaborar con nuestra parroquia». Esteban Falcón siguió hablando: se casaba dentro de tres años, se recibía de médico ginecólogo, era presidente de la asociación de exalumnos del colegio Mariano… Las muchachas, los cadetes, habían desaparecido entre la turba. Ludo miró a la novia de Falcón y le pareció estar contemplando a un canario prisionero en una jaula de moralejas. Cuando se libró de ese condiscípulo cayó en brazos de otro, ingeniero, acompañado también de una novia, ligeramente obesa. Y luego de un tercero encuadrado por un par de ancianos que debían ser sus padres. Para evitar estos encuentros se internó por los jardines y al contornear un árbol se dio de bruces con el director del colegio Mariano, casposo como siempre y lunarejo, seguido de una corte de niños. El choque fue tan violento que Ludo estuvo dispuesto a pedirle disculpas, pero no bien el director lo reconoció giró sobre sus talones y se alejó acomodando el remolino de su

sotana. Ludo estaba a punto de reírse de este incidente cuando un joven con camisa a cuadros se plantó delante de él: «¿Me conoces?». Era su vecino, el que ocupaba el departamento de los altos. «Estoy siguiendo a un lomito», añadió y después de hacer una finta se perdió, como todos se perdían, entre oleadas de faldas y pelucas. Ludo siguió su camino. Los kioskos ocupaban no sólo las calzadas del parque, sino sus jardines y las pistas adyacentes. Era difícil saber dónde empezaba esa kermese y dónde terminaba. «Se necesita un grupo de jóvenes decididos para que transporten las sillas a la parroquia», decía el altoparlante. Ludo sintió que su contorno se rompía. Todo el parque parecía estar lleno de jóvenes decididos, no sólo a transportar sillas sino a lanzarse de cabeza a un piélago. Un hombre lo atropelló. Era Esteban Falcón, que corría desesperadamente hacia la parroquia, abriéndose camino a codazos y gritando «Permiso», mientras su novia lo seguía, al parecer absorbida por el vacío que el coloso iba dejando a su paso. Otra vez se cruzó con el grupo de niñas cogidas del brazo. Una de ellas, la misma de hacía un momento, volteó la cara. Sólo ahora la reconoció. Era la muchacha a la que viera en la casa morisca, en el alto mirador, aquella mañana en que salía de casa de su tía Carmela, dejando a Estrella en la cama.

Ludo pidió un refresco en un kiosko. Pronto caería la tarde, una vez más. En el puesto vecino se rifaba algo. Una voz cantarina invitaba a los presentes a participar: «Por un sol un kilo de chocolates». Ludo se dirigió a ese kiosko cortando a otra fila de niñas, cuando el hombre de la camisa a cuadros lo abordó: «¿Todavía aquí? Se me escapó la chica. Vamos a presentarnos. Me llamo Daniel. Tengo un poco de hambre. Ven». Ludo lo siguió sin ganas, por hastío. «Somos vecinos desde hace un mes y no nos conocemos. Vamos a comernos unos sánduches». Llegaron al puesto de comida criolla. Para acercarse al mostrador tuvieron que violar una cola. «Un par de sánduches de jamón», ordenó Daniel. Ludo ya no tenía plata, pero no se atrevió a desencomendar este pedido. Al poco rato estuvieron con sus butifarras en la mano. «¿Vas a comer aquí? Ni hablar. Ven, vámonos». El hombre de la camisa a cuadros lo arrastró fuera del ámbito del kiosko. «Pagar en una kermese, ¿dónde se ha visto eso? Si todos aquí son unos ladrones». En otro kiosko pidieron anticuchos, en otro mazamorra morada. Daniel no pagaba en ningún sitio. Aprovechando el tumulto se escabullía. En realidad aquello era muy fácil. Bastaba tener un poco de sangre fría. «¿Y si nos comemos unos chocolates?». Daniel lo llevó hacia otro kiosko y Ludo quedó petrificado: detrás del mostrador estaba su madre, radiante, rejuvenecida, invitando a los paseantes a un negocio de naturaleza casi mística: «Salve su alma por muy poco precio. Por un kilo de chocolates le ofrecemos una indulgencia plenaria». Daniel protestó, pero ya Ludo lo había sacado de allí: «No me gustan los chocolates. Prefiero la cerveza». Este kiosko era uno de los más concurridos, a pesar de que estaba atendido por hombres. Ludo reconoció entre sus parroquianos a ciertos clientes de bares nocturnos que parecían haberse dado cita allí para emborracharse pacíficamente a la luz del día, viendo circular a las colegialas. Daniel se sopló una botella de cerveza a pecho y pidió otra. «Miraflores es una mierda. Pura blanquita,

puro blanquiñoso. Ésta no es mi gente. Yo vivo en la casa que ustedes nos alquilan, con mi hermana, con mi cuñado, pero paro todo el día en Abajo del Puente». Ludo lo dejaba hablar, un poco interesado por el contraste que notaba entre sus rasgos finos y la vulgaridad de sus ademanes y de su acento. «Ahora me voy para allá. Tenemos un baile donde unas zambas. ¿No quieres venir?». Ludo estuvo tentado de aceptar pero, sin saber por qué, alegó que tenía un compromiso. Daniel terminó su segunda botella, diciendo que pensaba inscribirse en un concurso de mambo, que su padre tenía una ferretería en Junín y se fue, pagando esta vez, dejando a Ludo delante de una botella inconclusa.

«Se invita una vez más a los fieles a la parroquia, pues dentro de unos minutos se dará comienzo al rezo del rosario». Ludo notó que la kermese comenzaba a despoblarse. Atardecía. Grupos de adultos y de jóvenes se dirigían hacia el templo. Algunos kioskos habían cerrado. Sólo los puestos de bebidas seguían abiertos. Un último grupo de muchachas cogidas del brazo pasó riendo y se perdió por la avenida Pardo y con ellas parecía irse toda la luz del día. Por todo sitio se veían hombres bebiendo o paseándose taciturnos bajo los árboles, entre los kioskos que cerraban. Una nueva población, además, apareció: gente mal vestida, fea, que venía de Surquillo o de otros barrios populares a olfatear entre los escombros de esa inmensa verbena. Tal vez había estado esperando que oscureciera, que se le dejara el terreno libre. En pandillas recorrieron el parque, mirando el suelo, recogiendo a veces algo caído, espiando por las ranuras de los kioskos apagados. Los altoparlantes habían enmudecido. Desde la parroquia iluminada llegaban bandadas de avemarías.

Ludo retornó a su casa por la avenida Pardo, bajo los ficus coposos, cuyo túnel romántico desembocaba en el crepúsculo. De los árboles caían unas semillas redondas que él aplastaba al caminar, como lo había hecho durante diez años, cuando era colegial. Al pasar frente a la casa del doctor Céspedes se persignó maquinalmente. Ése también era un reflejo de su niñez: en el jardín de esa casa había una gruta con una imagen de la Inmaculada. Y un loco —Ludo divisó en la penumbra su silueta— que parecía vivir en ese jardín una vida intemporal, encantada y probablemente magnánima, pues no hacía otra cosa que sonreír a los transeúntes.

La avenida se hacía larga, como los días. Hacia el final Ludo pasó delante de un grupo de niñas que conversaban. Algunas se habían puesto quizás sus primeras medias de seda o la primera gota de color sobre los labios, pues se hallaban excitadas, como si asistieran al estreno de su belleza. Entre ellas reconoció a la que había vuelto la cabeza en la kermese y de inmediato se detuvo. Encendiendo un cigarrillo quedó mirándolas con disimulo. Era imposible saber lo que hablaban, no sólo por la distancia que lo separaba de ellas, sino porque todas lo hacían a la vez. Eran cinco y, sin darse reposo, saltaban sobre sus piernas o las trenzaban o se desplazaban de un lado para otro o giraban en la punta de un pie como bailarinas de ballet. Al fin la ronda se rompió: cuatro siguieron por la avenida y una —la volteadora de cabeza— tomó una calle transversal. Ludo empezó a seguirla.

La niña caminaba cada vez más rápido. Ludo se sentía avergonzado y se preocupaba más de percatarse qué testigo podría asistir a su persecución que de su misma persecución. En realidad no había testigos, pues era una calle solitaria que desembocaba en la huaca Juliana. Ludo apresuró el paso hasta colocarse a pocos metros de la niña. Le hubiera bastado darse más prisa para alcanzarla, pero en ese momento la niña volteó la cara. Tal vez lo reconoció, tal vez se sintió amenazada, pero lo cierto es que se echó a correr, sin importarle que su falda volara por los aires y dejara ver sus muslos frágiles cada vez que pasaba bajo un poste del alumbrado. Al llegar a la casa morisca se detuvo, miró una vez más hacia atrás y desapareció por el jardín. Ludo a su vez llegó ante la casa y echando apenas una mirada de soslayo prosiguió su camino. En la esquina de la cuadra se detuvo. Todo eso, en realidad, le parecía tan ridículo.

Volvió a encender un cigarrillo: la huaca en la penumbra, el día que se iba. Ludo observó las moradas que lo rodeaban. Sólo ahora las casas parecían despertar para emprender su misteriosa existencia nocturna. Aquí y allá pequeños cuadriláteros amarillos. En la esquina, una familia estaba reunida en el living, distribuida en los sillones. A través de los cristales, Ludo veía moverse las bocas, agitarse los brazos. ¿De qué hablarían? En el fondo, la intimidad le inspiraba terror. Sería verdaderamente tan laborioso habitar ese living, conocer la historia de cada objeto, comprender cada alusión, iniciarse en el lenguaje tribal y pleno de sobreentendidos de cada cónclave familiar. A pesar de ello miraba, no escuchaba nada, pero seguía mirando, seguro de sorprender la vida al margen de toda censura, en su más puro esplendor.

Ludo bordeó durante un rato la huaca Juliana que ahora una carretera, trazada en lo que antes fueron terrenos baldíos, contorneaba. El municipio se había empeñado en recortarla, en tratar de imponer cierto orden en ese viejo desmoronamiento de terraplenes. Era casi increíble que ese túmulo gigantesco fuera artificial, obra de brazos humanos, de años de sacrificios. ¿Qué encerraba? Tal vez el esqueleto de un reyezuelo precolombino, tal vez toneladas de momias o de cerámica preciosa. En todo caso era un antiguo templo o un cementerio y resultaba extraño que ahora, diez siglos más tarde, ese recinto sagrado estuviera rodeado de casas modernas, donde gente extranjera, sin contacto con el pasado, hostil más bien a él, lo profanara con su presencia, sin preocuparse de que allí, precisamente en ese cerro terroso, perduraba un intento de grandeza o un culto avasallador por la muerte, más vigoroso que todos los bellos jardines y las limpias fachadas, puesto que estaba allí hacía siglos, bloqueando el panorama, como un obstáculo de orden casi geológico que invalidaba proyectos de urbanismo o ensombrecía para siempre la memoria de una niñez.

Ludo volvió sobre sus pasos y cruzó nuevamente ante la casa morisca. Las ventanas del segundo piso estaban iluminadas. En una de ellas divisó a la niña de la kermese, apoyada en el alféizar. Ludo siguió hasta la esquina y luego regresó. Ahora la niña gesticulaba frente a lo que debía ser un espejo, se quitó la blusa y quedándose

en sostén empezó a hacer piruetas, se tocó la punta del pie con la mano por detrás de un hombro, giró sobre sí misma, estuvo a punto de caer, se elevó por los aires, dio una especie de volatín y finalmente quedó otra vez mirando por la ventana. A pesar de la oscuridad Ludo presentía que en algún punto de la noche sus ojos terminaban por encontrarse. Debía ser falso, pues apenas hizo un movimiento la niña cerró la ventana, corrió la cortina y apagó la luz. Ludo quedó un rato allí, sin saber qué hacer con su cuerpo, frente al cual se sentía desairado, avergonzado, como ante un acreedor que nos ha retirado su confianza.

Tomó la avenida Espinar, donde los ficus, más tiernos que los de la avenida Pardo, empezaban a frotar sus copas en la altura, a formar su túnel aún juvenil, sin historia. Mientras se acercaba a su casa divisó a una negra, tomando el fresco al lado de una verja. No reflexionó y por ello mismo se acercó a ella resueltamente. «¿Por quién pregunta usted?», inquirió la negra. El resto era un juego de niños. Me equivoqué, perdón, creí que aquí vivía la familia Gonzales, antes habitaban en esta casa, los domingos son tristes, este calor. Era un método infalible que había aprendido de Armando. Poco después caminaban del brazo por las calles de Santa Cruz.

Nuevamente Ludo, por una especie de fijación, se vio cerca de la huaca Juliana. La negra insinuó que quería ir al cine, pero Ludo respondió que ya era muy tarde. Su paseo comenzaba a parecerle largo, circular, sin salida. «Tengo que regresar a casa a las doce», dijo la negra. «Pero antes tienes que venir conmigo al paraíso», afirmó Ludo, recordando que esta frase se la había escuchado a un amigo perfectamente tonto. La negra se rió y le preguntó dónde quedaba el paraíso. Ludo mismo se interrogó dónde podría estar, sobre todo a esas horas. Un carro pasó lentamente a su lado y en su interior reconoció a su tío Abelardo. Bruscamente cogió a la negra de la cintura y la apoyó contra la pared ocultando su cara entre sus senos. Cuando el carro se alejó, Ludo enderezó la cabeza. La negra reía: «¿Qué te pasa?» y sus brazos lo tenían enlazado del talle. Ludo la contempló de cerca. Sería injusto decir que era fea: era más bien como un ídolo, tallado a tajos seguros y perentorios. «¿Qué te pasa?», volvió a preguntar la negra. Ludo la estrechó con fuerza, mordió sus labios espesos que no le cabían en la boca. Cogiéndola del brazo comenzó a arrastrarla hacia las calles luminosas: «¿Adónde vamos?», le preguntó. «Al paraíso», respondió Ludo sin importarle esta vez la cursilería de su respuesta.

Cerca del malecón vivía Teodoro, el único amigo del barrio que tenía un cuarto independiente. Era una casa de familia en la cual Teodoro había alquilado una habitación al fondo del jardín. Ludo dejó a la negra en la puerta y le dijo que lo esperara. Teodoro escuchaba una sinfonía de Mozart y con una varilla de madera dirigía una orquesta imaginaria, mirándose en el espejo. Ludo tuvo que esperar que Teodoro finalizara el allegro con brío para decirle: «Una mujer me espera en la puerta. Necesito tu cuarto». Teodoro dejó su varilla sobre la mesa: «Es decir, ¿quieres que me vaya?». Ludo respondió crudamente que sí. Teodoro se sirvió un cinzano de

una botella a medio consumir: «Tráela entonces. Después te dejo solo». Ludo fue a buscar a la negra y la encontró escondida detrás de un árbol: «Pasó una patrulla de policía», dijo. Cogiéndola de la mano la condujo al cuarto de Teodoro. Los tres se sentaron en la cama y comenzaron a beber cinzano. Teodoro observaba a la negra con apetito, pero al mismo tiempo con inquietud, como si temiera que sus sábanas fueran a sufrir un fenómeno de mimetismo. Mozart fue reemplazado por Pérez Prado. Apenas sonó el primer compás la negra se puso de pie y comenzó a bailar sola, levantando su falda para mostrar sus muslos pavonados. Teodoro, en lugar de retirarse, se sirvió un segundo cinzano. Ludo notó con angustia que el reloj del velador marcaba veinte minutos para las doce. Cuando el mambo terminó la negra lanzó una risotada y se dejó caer jadeante en la cama. Teodoro quiso poner otro disco, pero Ludo le hizo un guiño. «Está bien, este señor se retira», dijo entonces y cogiendo su paquete de cigarrillos salió del cuarto. Ludo cerró la puerta con cerrojo, apagó una lámpara, se cercioró que en la ventana no hubiera ninguna ranura y después de servirse un cinzano, volvió la cabeza hacia la cama. La negra canturreaba, con los dedos cruzados detrás de la nuca. Ludo la contempló, sin poder dejar de admirar su majestad de mujer. Apenas dio un paso hacia ella, la negra lo contuvo con un gesto: «Espera, no quiero arrugarme la falda». Y poniéndose de pie comenzó a desnudarse.

Ludo la acompañó hasta la casa de sus patrones prometiendo buscarla el domingo siguiente. En realidad no estaba muy seguro de hacerlo. Semejante templo era demasiado solemne para la modestia de su devoción. Ludo se sentía triturado aún entre esos muslos robustos, mascado, escupido, parido. De buena gana hubiera comenzado a berrear, como un recién nacido. Y la noche duraba. Lo mejor era regresar donde Teodoro, terminar el cinzano y agradecerle el préstamo de su cuarto.

Cruzó la avenida Pardo, y se internó por las calles que iban al malecón. Al llegar a una esquina vio un camión que avanzaba con los faros apagados. El camión frenó bruscamente y de él descendieron varios policías. «Sus papeles». Ludo preguntó a qué papeles se referían. «Sus papeles de identidad». Ludo palpó sus bolsillos tratando de encontrar algún carnet, pero como la búsqueda se prolongaba los policías lo cogieron de la cintura, lo levantaron en vilo y lo lanzaron a la caja del camión. «A la canasta», dijo alguien y el camión arrancó.

Capítulo XVI

Esa noche comprendió Ludo la utilidad de los papeles. Todo el mundo debería tener algunos, que sancionaran su condición humana. De nada valía andar en dos pies, tener un nombre, pensar, hacer un uso inteligente de la palabra, si se carecía de un carnet con un sello y una fotografía. La omisión de este requisito instauraba el desorden y el desorden debería ser castigado.

El camión estaba en su totalidad lleno de obreros en mangas de camisa, de borrachines sorprendidos rumbo a una jarana o de vagos profesionales. Antes de llegar a la comisaría el lote se incrementó con dos negros que orinaban contra un muro. Ludo ni siquiera protestó, resignado ya a su condición numeral. Cuando el grupo descendió en la comisaría, otro camión había depositado ya su carga y un equipo de policías los iban haciendo entrar, contándolos como a ganado.

Ludo se recostó contra la pared del patio y comenzó a dormitar esperando que lo llamaran. Su conciencia se disolvía en un cansancio crepuscular. Alguien repetía con insistencia la palabra revolución. Cada cierto tiempo un policía entraba y sacaba a uno de los detenidos para llevarlo seguramente hacia un interrogatorio. Por la posición en la cual Ludo se encontraba debería ser el último en ser interrogado, pero cuando el policía regresó para llamar al siguiente lo distinguió al fondo, con camisa y corbata, raro hallazgo en medio de ese ramillete de cuellos desnudos: «¿Universitario?». Ludo dijo que sí. De inmediato lo hizo pasar a la oficina del comisario.

«Cojudo, ¿cómo te has dejado agarrar? Esto es sólo para los cholitos». Ludo quedó perplejo: el comisario era Federico Cánepa, no sólo exalumno del colegio Mariano sino parroquiano del billar de Surquillo. Luego le explicó que el general Vivar se había sublevado en Iquitos esa noche y que estaban en estado de sitio. «Regresaba de la casa de mi querida», respondió Ludo. Cánepa pareció otorgarle en ese momento un enorme respeto. «Que no pase nadie», ordenó a su ayudante y sacó una botella de pisco de su escritorio. «Tú sabes», dijo, «lo primero en estos casos es el toque de queda. Nadie puede andar después de medianoche sin documentos y sin justificar su destino. Comprendo que es una cojudez, pero es la costumbre». Ludo dijo que él nunca llevaba papeles, que a lo mejor hasta los había perdido. «Todos los detenidos son unos jaranistas retardados», añadió. «Si un general se ha sublevado lo mejor es ir al Club Nacional y sacar del cogote a todos sus socios». Cánepa convino

en que era cierto. «Pero hay que guardar las apariencias», agregó, «con tres galones como yo no se puede tener aún una opinión». Después de hacer un brindis llamó a su ordenanza: «Que el camión de Chávez salga a hacer otra ronda. Y dejen al doctor Totem en su domicilio».

Ludo sintió a mediodía la voz de su cuñado Genaro que daba una conferencia en la sala. Aún vivía un ensueño aeropanorámico y le parecía precipitarse a un abismo mientras en su caída se aferraba a lentas saetas que atravesaban el aire, saetas que eran al mismo tiempo sólidas palabras, tan bien escalonadas que cuando una se le escabullía encontraba siempre otra al alcance de su mano: Vivar, Iquitos, Ladrón, Cerdo, Imbécil. Al fin abrió los ojos y vio que tenía una mano en el aire y trataba de coger un aro fugitivo, un anillo de humo, la última letra del Cochino que en ese momento pronunciaba su cuñado.

«Cochino… Cuando lo nombraron ministro de Guerra lo primero que se le ocurrió fue obligar a todos los oficiales a que hicieran una colecta para comprarle a su mujer un collar de diamantes. Todos debieron dar quinientos soles de su sueldo, en cinco mensualidades. ¿Se dan cuenta? No era obligatorio, pero el que no lo hacía quedaba marcado. Total que juntaron medio millón de soles para el collar de su mujer. Yo no quise entrar en la colecta y tuve una discusión con mi capitán. Me pusieron en la lista negra. A buena hora cayó este puerco, pero el medio millón nadie se lo quita».

Cuando Ludo pasó a la sala vio que su cuñado, en uniforme, desplegaba su perorata delante de su hermano Armando en pijama y de su madre que hojeaba un periódico. «Pero es un disparate», decía Armando, «irse hasta Iquitos para sublevarse, cuando en Lima hubiera sido más fácil. Dicen que contaba con la división blindada».

Ludo hojeó el periódico: el general Vivar, de inspección en la selva, había lanzado desde Iquitos un ultimátum al Gobierno para que depusiera el poder, pues el país estaba «en el caos». Amenazaba con atacar el Palacio con los tanques si no le hacían caso. Pero nadie le había hecho caso. La división blindada no lo había secundado. Su revolución se había limitado a un telegrama. Y ahora, grotesco, humillado, la oficialidad de Iquitos lo había hecho prisionero y se aprestaba a despacharlo a Lima.

«Ha caído como un angelito», decía Genaro. «El presidente quería deshacerse de él y le permitió fraguar este complot sabiendo que no iba a dar resultado. Ahora tiene un competidor de menos en las próximas elecciones. Un ministro de Guerra ambicioso y gordo siempre es de temer. Claro que no le harán nada. Lo deportarán y se acabó».

Después de esta breve lección de política que Ludo juzgó incomprensible, pero ligada en suma a su efímera detención en la comisaría, se fue nuevamente a dormir. En todo caso le parecía exagerado que los militares por mezquinas querellas impidieran a los buenos noctámbulos circular libremente, bajo la amenaza de una reja si no tenían papeles. «Somos libres, seámoslo siempre», murmuró mientras se

envolvía en las cobijas.

Pero nuevamente fue interrumpido. Alguien murmuraba a su lado: «Hermanón, estoy medio zampado». Ludo abrió los ojos y vio en la penumbra a Pirulo. Su conciencia asumió esta imagen, la rechazó, la deformó, la asimiló a otras figuras oníricas, pero finalmente terminó por bautizarla con todos los atributos de la realidad. Era cierto, Pirulo estaba en su dormitorio e inclinándose sobre la almohada decía sonriente: «Medio zampado». Atardecía. Ludo encendió la luz y Pirulo un cigarrillo. «Hace dos horas que llegué de Ayacucho. Tengo un carrazo, con placa oficial y todo». Ludo se vistió en un santiamén y más tarde estaba sentado al lado de Pirulo, piloto de un enorme Buick negro prefectural.

El carro dio unas cuantas vueltas por las calles crepusculares de Miraflores y tomó por último el malecón, rumbo a Barranco. Pirulo se detuvo cerca de la quebrada de Armendáriz, delante de un bar con terraza. «Me siento cansado», dijo. «He manejado dieciocho horas seguidas sin parar, desde Ayacucho. Nos tomaremos un trago y veremos después qué pasa». Mientras buscaban una mesita libre, Ludo observó que Pirulo había perdido su inseguridad, su desgarbo. Su expresión denotaba más firmeza e incluso la forma como ordenó al mozo traerle dos cervezas rezumaba un tono de dominación. Quizás se debía al automóvil, en torno al cual se congregaban ya algunos palomillas, o al fajo de billetes que le había visto poco antes acomodar en su bolsillo. «En Ayacucho hay más iglesias que pecados», dijo. «Treinta y seis, si quieres saberlo. Yo no conozco más pecados que los que señalan los diez mandamientos». Estimulado por la cerveza Ludo comenzó a hablarle de Godelive, de la colegiala de la kermese, de la negra Coralina, mientras casi al mismo tiempo Pirulo le refería una serie de aventuras en Ayacucho, violaciones en serie, asaltos a doncellas en los claustros. «Tenemos que ir un día. No olvides que soy hijo del prefecto». Ludo preguntó: «¿Y ahora qué hacemos?». «Lo que quieras. Mi padre me ha dado plata para pagar cuentas, pero eso puede esperar. Aprovechemos».

Cerca de medianoche terminaban una cena opulenta en el chifa Kuo Man. Después de tomar té chino y de beber una menta con hielo convinieron en que había llegado el momento de divertirse. El toque de queda no había sido aún levantado, por pura formalidad. «Con carro las hembras están botadas», dijo Pirulo poniendo el Buick en marcha. A la media hora de rodar por Miraflores comprobaron que las calles estaban desiertas. «¿Dónde están las mujeres?», preguntaba Pirulo. En realidad, como pensaba Ludo, esa ronda no tenía objeto. A medianoche, en los balnearios, las vírgenes dormían con o sin toque de queda. En vano llegaron hasta el malecón de Chorrillos, regresaron por la Costanera hasta Magdalena, merodearon por Pueblo Libre, dieron un salto hasta los Barrios Altos, atravesaron La Victoria, husmearon por Lince y se internaron por las calles arboladas de Orrantia. Cruceros solitarios, bocacalles oscuras, de vez en cuando un peatón retardado, una pareja escondida, un policía inmóvil junto a un poste. «Esto es el cementerio», dijo Pirulo. Ni siquiera había una ventana iluminada. Los barrios residenciales dormían su sueño confiado,

digestónico, protegidos por sus celadores, su silencio y sus rosas.

«No hay más remedio que ir a Surquillo», propuso Ludo. Por lo menos allí había bares abiertos. Pirulo comenzó a dirigirse hacia la avenida Arequipa, la única por la cual había tráfico a esa hora. «¿Y si hacemos el paso de la muerte?», preguntó; Ludo vaciló un momento: la prueba consistía en atravesar la doble pista de la avenida Arequipa con el acelerador a fondo, arriesgándose a que por una dirección u otra viniera un carro embalado, como era natural en esa avenida preferencial. Mientras se aproximaban a la avenida Arequipa veían pasar a lo lejos los automóviles, en forma casi continua. Pirulo comenzó a acelerar. Faltaban aún tres cuadras. «Paso de la muerte», decía, «mi buena estrella». «Espero que sea una broma», dijo Ludo mirando el velocímetro. «Eso, una broma», respondió Pirulo acostado sobre el timón, acelerando aún más. «Aún tiene tiempo de frenar», pensó Ludo al ver que el carro estaba a media cuadra de la avenida. Pero Pirulo estaba frenético, se reía, gritaba prendido del volante. Un transeúnte los quedó mirando. Los últimos postes desfilaron por la ventanilla y parecieron derrumbarse cuando el Buick atravesó como un bólido la doble pista providencialmente desierta.

Pirulo recorrió aún dos cuadras, tomó una bocacalle y frenó. Echando la mano a su bolsillo buscó sus cigarrillos: «¿Te asustaste?». Ludo esperó que sus ideas se ordenaran. Pero fue en vano. Veía girar en torno suyo farolas y azoteas. Estuvo a punto de vomitar. «Bestia», respondió, «vamos a tomarnos un trago». Pirulo puso el carro en marcha y al poco rato estaban en El Triunfo. En una mesa. Félix y su pandilla bebían cerveza. Pirulo y Ludo buscaron un apartado y pidieron pisco. Apenas los sirvieron e hicieron el primer brindis se dieron cuenta que nada había cambiado, de que en nada les valía en estas circunstancias el enorme automóvil ni el paso de la muerte: al igual que hacía unos meses, que hacía unos años, esperaban el amanecer en ese bar asqueroso, como si hubieran venido a pie, juntando sus reales, para beber una copa de trago barato.

«Vamos a emborracharnos», dijo Ludo ordenando otra rueda. Al poco se les juntó Jimmi, un hombre bajo, casi enano, mal afamado. Se decía que andaba siempre a la salida de las escuelas, observando a los niños. Pronto estuvieron envueltos en una de esas conversaciones alcohólicas, llenas de circunloquios y repeticiones. «Mi novia», decía Jimmi haciendo circular la fotografía de un colegial. «Mira quién está allí», dijo Pirulo. Un hombre gordo, calvo y majestuoso acababa de entrar al bar. Calzaba sandalias y llevaba una camisa hawaiana abierta sobre el pecho velludo. «Lo conozco, Pascual del Monte», dijo Jimmi. Ludo nunca había visto a ese hombre, pero admitió de inmediato, sin saber exactamente la causa, que era algo así como un pasajero de primera clase que había efectuado un descenso a la cubierta de tercera. «Ahora se lo pelean», dijo Pirulo. «Groseros», masculló Jimmi. El gordo vaciló un segundo y por último se sentó en una mesa cercana a la de Félix y su grupo.

Algo cambió en el bar. Los mozos parecían más obsequiosos. El patrón vino personalmente a atenderlo. «Para mí lo de siempre y para los demás cerveza». Jimmi

decía: «Es un hombre refinado, un millonario. Colecciona objetos de arte». Ludo siguió bebiendo sin saber por qué ese millonario gozaba, en ese bar de maleantes, de tanta impunidad. Félix y su grupo le hacían bromas desde la mesa vecina. El gordo les respondía, pero sin darse el trabajo de mirarlos, como para dar a entender que no participaba en ese diálogo más que con una parte ínfima y probablemente subalterna de su persona. Los mozos distribuían cerveza por todas las mesas. Cuando llegó a la de ellos. Pirulo la rechazó: «No quiero nada de ese señor». «Cuidado», intervino Jimmi, «afuera está su chofer. Te puede hacer pedazos». «Que se vaya a la mierda», prosiguió Pirulo. Ludo trató de contenerlo, pero Pirulo se había puesto de pie para gritar: «Tengo mi plata, puedo pagarme todos los tragos que quiera». Sólo en ese momento el gordo pareció darse cuenta de sus protestas. Desde lejos vieron su cabeza de buda girar sobre su papada y examinarlos a través de sus párpados hinchados. Inclinándose hacia la mesa de Félix preguntó algo, luego sonrió y les hizo un saludo con la mano. «A mí no me compran», prosiguió Pirulo, «¿te conozco acaso?». «Cállate», ordenó Jimmi. Ludo mismo se dio cuenta de que estaba a punto de meterse en un lío: «Mejor vámonos de aquí». Pero ya Félix se acercaba a la mesa: «Pirulo, no sigas jodiendo, ¿quieres? Nos vas a malograr el negocio. Tenemos un cliente para don Pascual». Pirulo protestó, pero Félix lo contuvo: «Cierra el hocico, mierda» y su mano aferró las solapas de Pirulo, deshaciendo entre sus dedos toda su compostura. «Ya sabes», agregó regresando a su mesa. Pirulo se acomodó la corbata: «Ésta es la misma mierda. Matones, maricas, todo mezclado, todo revuelto. Sólo falta que venga un esbirro y comience a darnos de palazos. Tienes razón. Vámonos de aquí».

Pero ya se había armado un alboroto. Ludo vio que dos muchachos, que hasta entonces se habían mantenido en una mesa apartada, se acercaban donde el gordo. Uno de ellos llevaba un pantalón de franela blanco, muy ceñido y se peinaba al avanzar mirándose en los espejos. Félix y sus secuaces le cortaron el camino. «A ustedes nadie los ha llamado». «Yo soy uña y carne con don Pascual», protestaba el muchacho del pantalón blanco. «Carne, eso», chilló Pirulo. «Un par de rosquetitos, un par de peluqueritos», dijo Jimmi. Félix y los suyos lograron desalojar a los muchachos mientras los mozos comenzaban a dar de saltos, tratando de evitar un pugilato, repartiendo empujones y servilletazos. El gordo seguía bebiendo tranquilamente, mientras presenciaba el incidente con indiferencia, como si se tratara de un mal film de aventuras. «Otro whisky», ordenó, esperando que el orden se restableciera.

Pero súbitamente la atmósfera, hasta entonces caldeada, se tornó peligrosa. Ante una nueva acometida de los muchachos, Félix se lanzó contra ellos y comenzó a repartir los primeros puñetazos. Alguien arrojó una silla, por el aire cruzó una botella que fue a estrellarse contra un espejo y ya se cernía sobre el bar el huracán de la destrucción cuando el gordo elevó el rostro hacia el cielo raso y gritó: «Basta». Su voz tuvo la virtud de crear en torno suyo una especie de vacío, de inmovilidad. Todo el mundo quedó paralizado, en posiciones estatuarias. Incluso el brazo de Félix, que

había elegido tal vez un objetivo, se mantuvo tieso en el aire, en una actitud alegórica de agresión. «Si hay lío mejor terminar», añadió el gordo, «más cerveza para todos. Y tú, ven acá». El tú estaba dirigido al joven del pantalón ceñido. Todos regresaron a sus mesas, mientras los mozos comenzaban a distribuir el nuevo pedido. «Don Pascual está en decadencia», comentó Jimmi, al ver cómo limpiaba con su pañuelo la sangre que el joven tenía en el labio. «Vámonos», insistió Pirulo, «esto es un asco. Quiero ver mujeres, sólo mujeres». En el momento en que pedían la cuenta la puerta del bar se abrió. Ludo, en medio de su nebulosa, vio entrar a varios policías. Preso otra vez por falta de papeles. Los policías comenzaron a recorrer las mesas, pero cuando distinguieron al gordo quedaron atónitos. Todos lo saludaron con respeto, llevándose la mano a la visera de la gorra. «Aquí todos son mis amigos», dijo el gordo, «pueden irse por otro lado». Los policías dieron media vuelta y se retiraron del bar. «¿Vienes con nosotros?», preguntó Pirulo a Jimmi. «Después de todo, es un caballero», decía Jimmi, mirando a don Pascual. «Vamos a llevarlo a un burdel», dijo Pirulo al oído de Ludo, «quiero ver cómo lo desvirgan. Debe ser un plato. ¿No vas a tomar eso? Déjamelo». Jimmi se puso de pie suspirando: «Vámonos pues. Donde manda capitán, no manda marinero».

En la acera había un Cadillac reluciente al lado del cual el Buick de Pirulo parecía una carcocha. Un chofer negro cabeceaba sobre el timón y a su lado un hombre robusto miraba con toda la mandíbula a través de la ventanilla. «Su cuerpo de choque», dijo Jimmi, «unos brutos. De un combo te hacen papilla». «Vamos», dijo Pirulo cogiéndolo del brazo. «¿Dónde?», preguntó Jimmi. «A un lugar donde vas a perder algo», respondió Ludo. «He perdido todo, menos la vida», suspiró Jimmi entrando al automóvil. «La perderás», dijo Pirulo, «la perderemos. ¿Por qué tendré tanta sed? Ese pisco». «Donde Estrella», dijo Ludo cuando el carro arrancó tronando hacia Lima.

Tomaron la avenida Petit Thouars. Pirulo, silencioso, aceleraba cada vez más, mientras Jimmi monologaba en el asiento posterior: «Mejillas de rosicler, piel de caramelo». «¿Cómo se llama?», preguntó Ludo. «Basta», exclamó Pirulo, «que se vaya a la mierda tu novia, la novia de Pascual, todas las novias. ¿Por qué todo el mundo tiene que hablar de sus novias? No hay novias, además. Todas son mentiras. Todas son putas. Trago es lo único que hay». Girando bruscamente en una esquina tomó una calle que desembocaba en la avenida Arequipa. «¿Qué quieres hacer?», preguntó Ludo al ver que arrojaba su cigarrillo y se apoyaba en el timón. «El paso de la muerte». «¿Otra vez?». «Se llama Héctor», decía Jimmi, «como en los libros de Homero». «Frena», gritó Ludo al ver que el carro entraba a la avenida Arequipa y que por la segunda pista dos faros se agrandaban. Luego sólo sintió que eran jalados por atrás y pronto tuvo la impresión de que el Buick se elevaba por los aires, casi a cámara lenta, girando sobre su centro de gravedad, mientras la fachada de una casa blanca avanzaba hacia ellos con sus ventanas apagadas, su cerco y sus enredaderas.

Capítulo XVII

Pirulo sacó un recorte del bolsillo: «¿Has visto?». Ambos saboreaban su primera cerveza desde que salieron del hospital. Era una fotografía de periódico, donde se veía un carro volteado de campana, dentro del jardín de una casa. «Bota eso», comentó Ludo y apartó el recorte con la mano. Pirulo dijo que estaba jodido, el carro asegurado, es verdad, pero los gastos de hospital, el lío en que había metido al prefecto y todo lo demás. «Y para colmo no sé quién fue el hijo de puta que me robó la plata. Esa noche tenía dos mil soles en el bolsillo». Ludo sólo recordaba haber reptado por el jardín en busca de un caño de agua, pensando que debería hundir la cabeza en el chorro frío si no quería morir.

«Ya es hora», dijo Pirulo pagando la cuenta. «¿Y después? ¿Qué pasó después?», preguntó Ludo. No llegó seguramente al caño o no había caño en ese jardín. «¿Después de qué?». Pirulo agitó su brazo izquierdo enyesado: «Dentro de una semana podré manejar otra vez. ¿Sabes que ya le dieron otro carro a mi viejo?». Después sólo se quedó dormido o desmayado o parcialmente muerto con la cara hundida en una mata de pasto húmedo. «Sí, tenemos que ir», dijo poniéndose de pie.

El taxi los dejó en la tercera puerta del cementerio de Lima. Cerca de la cripta de los héroes había un cortejo. «Hombre ecuánime, magnánimo, de una gran decencia moral», decía un sujeto con corbata negra, leyendo un papel. Alrededor del ataúd colocado en un soporte de hierro, un grupo escuchaba compungido el discurso. Pirulo y Ludo prosiguieron su camino y de pronto se vieron acosados por una banda de muchachos. «Dos soles la escalera», gritó uno de ellos embistiéndolos con una escala de dos metros. Los demás muchachos pugnaban por acercarse con sus escalas al hombro. «Fuera de aquí», protestó Pirulo. «Esposo ejemplar, padre modelo, jefe comprensivo, amigo abnegado». El muchacho insistió: «Se la dejo por un sol». Pero ya otro grupo de muchachos se precipitaba sobre ellos con ramos de claveles, dalias, alhelíes. Tuvieron que apartarlos casi a la fuerza. Un niño descalzo se puso de rodillas y con un pedazo de franela alcanzó a limpiar uno de los zapatos de Ludo: «Que Dios lo tenga en su reino», repetía, mirándolo con su nariz y persiguiéndolo con la mano extendida. «Dale un sol», dijo Ludo. «Venimos de paseo. No tenemos muertos», protestó Pirulo. Los muchachos se lanzaron hacia un grupo de personas que entraban en ese momento al cementerio. «Por todo ello, en nombre de los empleados de los Laboratorios Delmar Sociedad Anónima, me permito decirle, descanse…». «Esto es

deprimente. ¿Dónde estará?», preguntó Ludo. «Tercera puerta, me dijeron. Cuartel San Jorge».

Ambos se internaron entre los mausoleos, que resplandecían bajo el sol otoñal. Mármoles, esculturas, inscripciones con letras doradas. Verdaderos palacios, pero en miniatura. A los muertos, como si fueran niños, se les construía una ciudad de enanos. «Espera, por aquí debe estar nuestro mausoleo», dijo Ludo. «¿Tu familia tiene mausoleo?». Extrañas reminiscencias: el mausoleo de la familia Dreyfus, ya extinguida, con su frontis barroco y sus angelones de granito empuñando antorchas, le recordó aquella expedición lejana y única que hizo con su padre al mausoleo de su familia. Dos obreros los acompañaban. Se trataba de sacar a un antepasado de su nicho y echarlo al osario, a fin de que dejara una plaza libre en ese recinto ya atestado. El mausoleo era estrecho: apenas una habitación diminuta, con una reja de acceso, cuatro nichos a la izquierda y cuatro a la derecha. Su padre quedó meditando ante las ocho lápidas inscritas, pensando a qué muerto debería desalojar. Los Totem parecían dormir allí un sueño tan sosegado. «Echaremos al más viejo. Los muertos también tienen edad», dijo su padre. Volviéndose hacia los obreros les indicó: «Me sacan esa lápida por favor», y señaló la de Melchor Augusto Totem, muerto en 1798. «Tú vete a dar una vuelta por afuera», añadió mientras se agachaba para levantar de su argolla la losa del osario. Ludo salió del mausoleo y se entretuvo observando el monumento funerario de los Dreyfus. «¿Te han guardado alguna plaza?», preguntó Pirulo. «Sólo queda una para mi abuela», respondió Ludo, «uno de estos días la ocupa». Largo rato estuvo contorneando el mausoleo de los Dreyfus, viendo qué lozana crecía la yerba en esa tierra fértil, sorprendido de ver hasta mariposas danzando alegremente entre las cruces. De pronto su padre salió del mausoleo. Estaba pálido. Quitándose el sombrero se limpió la frente con su pañuelo. «Para qué haberte traído aquí», murmuró. Esa misma noche lo escuchó decir a su madre: «Melchor estaba volteado, encogido en su cajón. Cuando yo muera, que me corten las venas».

«Allí está», dijo Pirulo, «Familia Totem». Ludo observó el triste habitáculo, su verja enmohecida. «Mi casa, mi verdadera casa», pensó, «donde me traerán a la fuerza si me encuentran un sitio, porque muerto, incluso, necesito una casa, de donde nadie me moverá si no es para echarme al osario, encima de Melchor y de los otros huesos, confundidos allí, al fin unidos, a la espera de los otros, hasta que no quepa nadie y nos quemen o nos tiren al río». «¿Te vas a quedar allí parado?», preguntó Pirulo. «Sigamos», contestó Ludo y continuaron su exploración por senderos ya desiertos. En esa ciudad mortuoria había avenidas, encrucijadas, urbanizaciones y hasta plazas, imitación irrisoria de la arquitectura de los vivos. Sentada en una tumba vieron a una señora de luto, comiendo las galletas que sacaba de una bolsa. Al poco rato abandonaron esa zona residencial y penetraron en el panorama de los barrios populares: sólo se veían cuarteles, todos exactos, altos muros de nichos alineados geométricamente, uno frente a otro, entre estrechos callejones, muertos apilados como ladrillos, hundidos al fondo de las paredes blancas, detrás de lápidas grises o

negras, con vidrio o sin vidrio, con fotografía o sin ella, con flores frescas, marchitas, sin flores, cruces de madera, moscardones y un olor a podredumbre y a claveles. Lo único que permitía identificar a cada cuartel era el nombre de un santo, patrono tal vez de algún barrio del paraíso. «Ya está», exclamó Ludo. Su dedo señalaba un nicho sin lápida, donde sobre el cemento ya fraguado se leía una inscripción hecha seguramente con un palo: «Jimmi Soler. 1930-1952». Colgada de una argolla una corona de siemprevivas se moría.

Pirulo y Ludo se miraron y como no tenían nada que decir, se alejaron rápidamente. «Fue una lástima», murmuró Pirulo al cabo de un rato. «Por lo menos podíamos haber traído un ramo», añadió Ludo.

Se cruzaron aún con varios cortejos. En la puerta del cementerio otras carrozas esperaban. Cada vez había más entierros en Lima. Se formaba cola para llegar al soporte de fierro y oficiar los responsos. «Mira, un bar», dijo Pirulo señalando una especie de cantina que había frente al cementerio, con un toldo de estera y kioskos de floristas. Cuando se acercaron pudieron leer la insignia: «La puerta del Cielo». ¿Por qué no del infierno? Atacados por moscas obesas, se dejaron servir por una vieja que parecía haber abandonado una tumba. De tanto frecuentar a la muerte o a los familiares de la muerte, la vieja era ya un heraldo de la muerte. Sus polleras olían a carroña. «Buena tarde», dijo señalando las carrozas, «muy concurrida». «Después de todo, hemos tenido suerte», suspiró Pirulo, «podríamos muy bien ser ya los inquilinos vitalicios de ese cuartel». Ludo se acordó de su despertar en el cuarto del hospital, dos días después del accidente, con un algodón metido en las narices y su madre que movía los labios hablando de una hipoteca no pagada, de que todo está carísimo y de que eso te pasa por andar con borrachos. «Yo no tomo esto», dijo apartando su vaso. Pirulo se lo bebió en su lugar. Allí la cerveza sabía a sudor de muerto.

En el paradero había una cola de deudos afligidos. Ludo y Pirulo decidieron ir a pie hasta los Barrios Altos y buscar otra línea de transportes. Pasaron por un asilo de ancianos, por ironía, situado cerca del cementerio, como si desde ahora se les obligara a guardar una especie de antesala. «Esperen aquí tranquilos», debía decirles el director, «que dentro de un tiempito pasarán un poco más allá, a descansar de verdad». Pirulo señaló hacia la izquierda: «¿Adónde dará esa calle?». Empezaron a recorrerla. Dejaron atrás unos ranchos, paredes de corralón y después de cruzar los rieles del tren que iba a la sierra llegaron a la orilla del Rímac, pero de un Rímac que ellos no conocían: una pobre corriente que bordeaba la espalda del cementerio y arrastraba con humildad su agua sucia entre riberas de barro, sacuaras tronchadas y túmulos de basura donde escarbaban los gallinazos.

Unas risas les llamaron la atención. Al poco rato emergió detrás del desmonte una especie de procesión larval, una horda de renacuajos. Era una pandilla de niños desnudos y grisáceos, surgida al parecer del légamo del Rímac. Uno de ellos llevaba un gato muerto de la cola, el que lo seguía golpeaba una lata con un palo. Cerraban ese cortejo, que tenía algo de mitológico, como si estuvieran asistiendo al nacimiento

de una leyenda de la tierra, varias niñas mocosas y ventrudas. Pirulo y Ludo, intrigados por esta aparición, siguieron a los muchachos por el muladar, hasta que los vieron detenerse frente a un montículo humeante de basura. «¿Qué hacemos con él?», preguntaba el muchacho de la lata. «Vamos a quemarlo», dijo una chica. «Mejor lo ahorcamos». «Pero si ya está muerto». «No importa. Busquen una pita. Vamos a ahorcarlo como a un blanquito». Pirulo y Ludo se miraron. En ese momento los muchachos los distinguieron y quedaron callados, observándolos a su vez impasibles. Pirulo intentó una sonrisa que no encontró ningún eco. La horda seguía mirándolos. Ludo creyó notar que todos esos niños, sin excepción, tenían expresión de adultos y esto le produjo un escalofrío. «Vámonos», dijo cogiendo a Pirulo del brazo y se alejaron rápidamente.

Esa misma noche se miraba en el espejo de su cuarto: entre las dos cejas se le veía una pequeña cicatriz en forma de cruz. Tenía la impresión o tal vez sería por la hinchazón de su frente, que sus ojos estaban asimétricos. Pirulo, echado en la cama, decía por tercera vez: «La noche es joven. Todavía tengo unos cobres». Ludo alegó que tenía que preparar una examen. En realidad, salir esa noche le parecía una profanación. Un muerto más. Jimmi, en su vida, era un muerto más que engrosaba la lista exigua de sus muertos. Para ser preciso, era sólo el sexto muerto de su lista y venía detrás de su padre, de su abuela materna, de una prima, de dos condiscípulos de colegio. Se diría que la muerte no se daba mucha prisa a su alrededor: en 22 años de vida, seis muertos era poco. Aparte, claro está, de los muertos anónimos que le habían venido casi de regalo, por accidente, y que él no había conocido en otra forma que como muertos (un chico al cual un camión le reventó la cabeza cerca de su casa, otro degollado por un tranvía). Pero con cada muerte Ludo se sentía envejecer. Quizás la vejez consistía en eso: tener en su vida muchos muertos. «Es de más, no voy a ir», dijo Ludo. Pirulo se puso de pie: «Enciéndeme un cigarrillo entonces. No puedo hacerlo todavía con una sola mano. Yo también estoy deprimido, no creas. Fíjate como tiemblan mis dedos».

Ludo se felicitó de no haber salido esa noche, pues al poco rato llegó su cuñado Genaro. Genaro lo divertía o más bien lo asombraba. Era un prodigio de vitalidad. Se vanagloriaba de no haber leído nunca una novela. Jamás lo había visto sentado en un sofá. Siempre de pie, iba de un lado para otro, desplazándose casi a saltos, moviendo los brazos para coger algo, reforzar un argumento o pronunciar una condenación. Estaba de civil pues en esos días, cuando Ludo estuvo en el hospital, había renunciado a la carrera militar (sin perder por ello su grado ni su carnet de oficial, de lo que se valía para no hacer cola a la entrada de los coliseos deportivos o para amenazar a los civiles cuando tenía un accidente de tránsito). El año anterior había estado destacado en Puno y Armando, que fue a pasar una temporada con él, se complacía en decir que Genaro era en esa ciudad del altiplano no sólo el teniente de una compañía, sino el presidente del club de ajedrez, el árbitro oficial de los partidos de fútbol, el guitarrista de las fiestas, el torero de las ferias, el conferencista sobre

temas patrióticos, el entrenador del equipo de básquet, el patrocinador de un club de «Amantes de la música selecta», el redactor de la «Crónica Social» del periódico local y finalmente el hombre más popular de la ciudad. Ludo recordaba haberlo visto hacer reír a veinte mil personas una noche, en una pelea de box. Hacer reír a una persona era ya para Ludo un problema, pero Genaro hizo reír a veinte mil y además con una broma banal. En medio de un combate en el cual los contendores se huían y eran incapaces de darse un golpe, Genaro se puso de pie y gritó con su voz de militar: «La pelea está sangrienta». Toda la plaza se echó a reír y los boxeadores se pegaron a morir.

Pero Genaro tenía un punto débil: era incapaz de lucirse delante de un interlocutor. Él necesitaba un auditorio. Cuando se encontraba frente a una sola persona su inteligencia se empañaba, sus ademanes se volvían inciertos y torpes. Pero bastaba que hubiera a su alrededor más de dos oyentes, de preferencia un grupo, para cobrar una súbita locuacidad, un apetito de dominación y una elocuencia que se fortalecía conforme hablaba, se alimentaba de su propia secreción hasta que su parla alcanzaba el aspecto de un bosque en llamas, donde ardía el idioma, salían disparadas las frases y uno terminaba convencido que el uso de la palabra, en algunas ocasiones, podía convertirse en una verdadera catástrofe.

Esa noche vino con un muchacho blanco pero de acento serrano, al cual presentó como el señor Vélez. El señor Vélez era un hombre que no podía pasar desapercibido, pues llevaba zapatos blancos y una camisa de seda estampada con motivos agrícolas. Estaba también Maruja y su madre. Al poco rato ingresó a la sala Armando con su saco de pijama. Ludo intuyó en el acto que era inminente el desarrollo de alguna ceremonia.

«Que es una suerte que no hayas salido», dijo su madre, «que me había olvidado de decirte que Genaro quiere hablar con nosotros de asuntos muy importantes, que…». Genaro había comenzado ya a hablar y Ludo se preguntó si por azar eso no sería un consejo de familia reunido con el objeto de privarlo de sus derechos civiles. ¿Pero qué hacía allí ese señor Vélez, que acababa de abrir un paquete de Lucky para invitar cigarrillos a todos y dar fuego con un voluminoso encendedor dorado?

«Segundo: las inversiones inmobiliarias no son problemáticas sino seguras, pero tienen el inconveniente, para emplear el lenguaje de los economistas, de no tener un carácter reproductivo. Tercero: la proporción con que aumenta el costo de la vida, según pude comprobarlo leyendo el último anuario del servicio de estadísticas del departamento de cuentas del ministerio de Hacienda correspondiente al año fiscal en curso, aumenta en cinco punto cuatro por ciento, lo que quiere decir, si esta progresión mantiene su curva ascendente, lo que no es deseable pero posible, que dentro de diez años, como la más simple operación matemática lo demuestra, habrá subido en un cincuenta por ciento. Cuarto: en una época de desvalorización de la moneda, de crisis inflacionistas y de coyuntura internacional, lo más recomendable es hacer circular el capital y evitar darle al dinero un destino estático y disolvente.

Quinto: por todo lo expuesto y ateniéndome a las razones indicadas anteriormente, desarrolladas, explicadas, precisadas y comentadas, considero que ha llegado el momento de que rectifiquen su punto de mira anticuado y decadente y recurran a una estrategia adecuada a nuestra época, es decir, que vendan los departamentos».

Genaro quedó un momento silencioso, mirando por turno a los presentes, pero antes de que se elevara la menor objeción encadenó: «Subrepticiamente ustedes pensarán: ¿y de qué vamos a vivir?, si nuestra renta única son esos dos pequeños departamentos. Un momento, señora María. ¿Cuánto le dan los departamentos? Señora María, respóndame, ¿cuánto le dan? Tres mil soles, ¿no es verdad? Pues ya ven. Vivir con tres mil soles es ahora difícil, pero dentro de unos años será imposible. Por eso yo propongo, con la garantía del señor Vélez aquí presente, hombre de experiencia en el ramo de los transportes, vender los departamentos e invertir su producto en un negocio activo que marchará, estoy seguro y esto no es un chiste, sobre ruedas».

Vélez decía en ese momento que con los dos camiones que él tenía ganaba diez mil soles mensuales, pero que era verdad también que él manejaba uno de ellos y que el otro lo conducía su hermano. «Lo que se llama una empresa familiar», intervino Genaro, «en la cual todos participan, todos trabajan, todos reciben utilidades proporcionales al esfuerzo desplegado. Yo manejaré un camión, Armando otro, Ludo otro y el cuarto lo hará una persona de confianza. Porque con la venta de los departamentos compraremos cuatro camiones, a plazos naturalmente, y yo le garantizo, señora María, que su renta no se duplicará, ni se triplicará, sino que se quintuplicará, se decuplicará, se…».

Ludo notó que su madre tenía las mejillas rosadas, como cuando en Navidad o Fiestas Patrias bebía vino en las comidas o como cuando, sin testigos íntimos, cantaba con júbilo en las procesiones. Genaro había abordado la parte técnica de su exposición y hablaba de intereses, porcentajes, fondos de reserva, seguridad social, contabilidad estricta, hábil planificación, cuando su madre lo interrumpió para decirle: «Yo hago lo que ellos digan». Maruja dijo que le parecía bien, Armando que le daba lo mismo, que no entendía nada de negocios y que le dieran otro cigarrillo. Genaro buscó la mirada de Ludo, que estaba perdida en las lágrimas de la lámpara central. Ludo aceptó el desafío, vio cómo los ojos de Genaro lo escudriñaban con firmeza. Ludo resistió esa mirada, estuvo a punto de esquivarla, resistió aún, pues sabía que los silencios establecían un cortocircuito en el fluido mental de Genaro y lo hacían perder contacto consigo mismo. Al fin lo vio desviar la vista, empezar a sudar copiosamente y buscar su pañuelo. «Mañana doy mi respuesta», dijo y poniéndose de pie salió a la calle.

Capítulo XVIII

Como el cadáver de una septuagenaria hallado en una zanja a los siete días de haber muerto por estrangulación o como ese sapo cuya superficie creció en detrimento de su volumen al ser chancado por las llantas de un automóvil o como esa casa de la avenida Arequipa o como los dos viejos que viajaban en el ómnibus, uno con la nariz semejante a un racimo de uvas aplastadas y el otro con el labio inferior irremisiblemente caído, para siempre tumefacto o como ese mendigo que un día tocó la puerta de la casa y antes de pedir limosna se levantó la camisa y enseñó su vientre donde tenía un hueco ulceroso tapado con un corcho. Como todo eso se sentía Ludo al caminar por las calles del centro o más bien al conducir su cuerpo penosamente como si se tratara de un cuerpo prestado. Aparte de no ser un animal matinal, las pastillas que tomara la víspera para poder velar y preparar un examen comenzaban a hacerle sus efectos complementarios. En cada esquina, después de salir de la universidad, en cada esquina perdió un párrafo, una argumentación, un nombre, un artículo del código y a las diez de la mañana era una entidad con el cerebro hueco y escurrido, una sacuara exhausta y sedienta, presa de alucinaciones antropomórficas. En cada automóvil veía una máscara monstruosa, las ventanas de las casas eran ojos, el follaje de los árboles formaba rostros movedizos, la iglesia de Santo Domingo se le apareció al voltear una esquina como un turbulento gigante al cual era necesario derribar. Al fin llegó al Puente de Piedra y quedó apoyado en su pretil viendo correr las aguas sucias del Rímac. Chirriantes tranvías pasaban rumbo a Abajo del Puente. Ludo miró un momento ese barrio, como si lo viera por primera vez, grisáceo y chato, un poco desnivelado con respecto al resto de la ciudad. ¿Qué hacía allí? ¿Quién vivía allí? ¿Había dado un examen? ¿Qué le había preguntado el profesor? ¿Por qué caminaba la gente? ¿Cómo caminaba? ¿Quiénes eran los perros? Ludo sintió que el libro de Derecho Comercial se deslizaba de sus dedos y haciendo un esfuerzo lo atrapó cuando estaba a punto de caerse al río. «Como el cadáver de una septuagenaria, nacen limpias las aguas en la alta montaña y al avanzar». Esta vez no hubo remedio: el libro se fue al río, sin que Ludo pusiera mucho empeño en impedirlo. Desde lo alto lo vio rebotar contra una piedra y hundirse lentamente con sus páginas abiertas en la corriente turbia.

Cuando regresaba a la Plaza de Armas, un taxi se detuvo a su lado y desde el volante un hombre lo llamó. «Te vi en el puente», dijo Daniel, y «te hice una seña,

pero estabas distraído». Ludo se acomodó a su lado mientras el taxi arrancaba. «No he dormido en toda la noche y además acabo de tirar un libro al río. Y con ese libro he tirado algo más. He tirado, ¿qué cosa es lo que he tirado?». Daniel le iba diciendo que ese carro se lo prestaba por las noches un amigo para lechucear un poco, pero que ahora su amigo estaba enfermo, de modo que lo utilizaba todo el día. «Ya dejé la casa de mi hermana en Miraflores. Ahora tengo un cuarto en La Victoria. ¿Es verdad que van a vender los departamentos?». Ludo dijo que ya los habían vendido, que su cuñado y los camiones, que él estaba de acuerdo, que era necesario invertir. «Te llevo a tu casa», dijo Daniel, «empezaré a trabajar a las doce». El taxi bajó por el centro, tomó el Paseo de la República y finalmente la avenida Arequipa. «Vamos a vernos una noche», dijo Daniel, «quiero que me ilustres un poco, yo soy un inculto, palabra que no he leído nada, quiero que me prestes un libro para impresionar a la muchachada de mi barrio, pero un libro donde haya pachamanca, tiros, todas esas cosas». Ludo decía que sí mientras las casas de la avenida Arequipa desfilaban con sus verjas y detrás de sus verjas gigantescas cabezas de guillotinados, con sus ojos cuadrados, sus bocas cuadradas y a veces la lengua de un pasillo que lamía el jardín y se desbocaba en la vereda. Una casa tenía la nariz averiada, casa mortal, jardín sin caño de agua. Ludo dijo que sí y llegaron a su casa. «Buen trabajo», agregó, «pasa a buscarme un día». A su casa penetró por la boca y antes de dormirse observó que su escritorio era también un hombre agazapado que lo miraba con sus dos cajones y lo fusilaba con sus cerraduras.

Durmió aún, se despertó, su madre decía que ya firmamos las escrituras, que este Genaro es muy activo, pero que este Genaro no da aún cuenta de nada, pues este Genaro ya formó la sociedad, pero ¿con qué plata la ha formado este Genaro?, ya que a fin de mes tiene que pagarnos, porque este Genaro necesita choferes, ni Armando ni Ludo quieren manejar y que esta noche iré a dormir donde Maruja no sea que dé a luz. Durmió aún, se despertó, se volvió a dormir, cuando en medio de la tarde abrió los ojos y vio a su madre que movía los labios y le indicaba con muchos aspavientos que lo llamaban por teléfono. Escuchó la voz de Segismundo: «¿Te despertó tu santa madrecita? Anoche llegué. Te espero dentro de media hora en el bar del Montecarlo».

«Que no hay plata», dijo su madre cuando Ludo le pidió diez soles. Palabras memorables. Era la primera vez que escuchaba tal negativa. Armando luego le explicó que Genaro había invertido todo el dinero de los departamentos en comprar los cuatro camiones, pero que aún no tenía contratos. «Tal vez se vaya a Arequipa llevando fideos o a la sierra del centro para traer ganado». Ludo dijo que ese negocio era un ensarte y se fue hacia el bar del Montecarlo.

Segismundo consumía lentamente una botella de pisco. Al verlo Ludo tuvo la impresión que desde hacía semanas, meses, viajaba de bar en bar y de botella en botella. Quizás esta sensación se reforzó por el hecho de que Segismundo se había dejado crecer una barba rojiza y su opulento busto, partido y reflejado en la superficie brillante de la mesa, le recordaba al rey de Copas de los naipes. «Anoche estuve con

Olga», dijo Segismundo, «ya rompimos. Es una cojudez tener amigas, enamoradas, si no es para acostarse con ellas. Prefiero las putas. Dentro del régimen de la libre empresa el comercio con ellas es completamente honesto». Sacando una libreta le enseñó una serie de dibujos obscenos, relativos a las mujeres con las que se había acostado en Vancouver, San Francisco, Panamá. «Les encanta posar. Creían que yo era un artista, imagínate, y me cobraban media tarifa».

Ludo le informó de su accidente, de que Pirulo tenía un derrame biliar, de su once en Derecho Comercial. Segismundo parecía considerar estas noticias como pequeñeces: «Me vas a ayudar a vender algunas cosas. Cigarrillos americanos, whisky, ropa interior. Esta vez he hecho un buen contrabando. Pero lo más importante lo he dejado donde Olga».

Segismundo no terminó su botella: «Tengo ganas de caminar». Al poco rato puso en movimiento su centenar de kilos en forma majestuosa. Al pasar por una pastelería de Santa Cruz se comió once empanadas de carne seguidas. Luego se echó a caminar hacia la avenida Pardo disertando sobre Camus. Bruscamente aceleró el paso, dejando a Ludo en la retaguardia. Bajo los ficus, en la tarde soleada, un cura avanzaba hacia el parque leyendo su breviario. Segismundo lo alcanzó. Ludo vio que inclinaba hacia el cura su cara pastosa y comenzaba a mover los labios, acompañando sus palabras con enérgicos gestos de su mano derecha. El cura cerró su breviario y se alejó rápidamente hacia una de las veredas laterales. Segismundo regresó donde Ludo, sonriendo, haciendo un ademán de excusa con sus brazos abiertos: «¿Qué quieres que haga, hermanito? Le he dicho simplemente que es un pobre cretino. Pero no me ha creído».

Cuando llegaron al malecón se sentaron en la baranda, cerca de la Bajada de los Baños de Miraflores. «Por allí», dijo Segismundo, «por esos columpios, por esa subida, andan los fantasmas de nuestra niñez. Esas mañanas tórridas, cuando subíamos penosamente desde el mar, comiendo una raspadilla, detrás de Susana y de Ingrid. Éramos unos idiotas. ¿Por qué no teníamos amigas? Yo he llegado directamente al sexo de la mujer sin pasar por su amistad». De inmediato Segismundo le reveló que lo habían echado de su puesto en el barco: «Aún no me han enviado la carta, pero el comisario de bordo me dijo que no contara con hacer el próximo viaje. ¿Sabes por qué? Porque con el contramaestre y dos tipos más, dos tipos formidables, pensábamos hacer una huelga».

Seguían caminando. Segismundo estaba infatigablemente locuaz. Decía: no hay imagen más perfecta de la sociedad que un barco. Un barco peruano es la imagen de nuestro país. Podrido hasta las bodegas. Como ayudante de contador he visto medrar a todo el mundo. Yo mismo he robado. ¿Cómo se puede ser moral? En el parque Salazar: vivimos entre estafadores, entre espadachines. Hay gente que me dice: tu padre es honrado. Mentira, es un cojudo. El tuyo también lo fue. Cómo se reirán de ellos sus patrones. Y para consolarnos dicen: qué hombres íntegros, qué honorabilidad. De regreso a la Bajada de los Baños: ¿en qué se diferencia un

banquero de un gánster? ¿O un investigador de un ratero? La frontera es muy sinuosa. Esto lo sabe todo el mundo. Yo prefiero a los gánsters y a los rateros. Son más puros, proceden con mayor franqueza: violan la ley, los otros simplemente la dictan.

Segismundo lo hizo entrar a su dormitorio a través de una sala minúscula y oscura. «La casa de un hombre honrado», dijo, «vástago de una ilustre familia arequipeña». Al lado de la cama estaba el cajón de whisky, comprado en Panamá a un dólar botella. Había varios cartones de Chesterfield y una gran caja con mudas de nylon: «Esto lo venderé en el Huatica». De inmediato destapó una botella de whisky: «Brindemos por nuestro pequeño círculo de monstruos. Por Pirulo y su derrame biliar, por Javier que está medio loco y más cojo que nunca, por tu hermano, ¿qué es de tu hermano?». Ludo dijo que a lo mejor trabajaría con su cuñado en los camiones. «Por Reynaldo y su maravilloso instrumento nasal. Por ti, por mí». Grueso borbotón penetrando en su inabarcable humanidad. Sus lentes estaban empañados y en el dormitorio atardecía.

En la oscuridad Segismundo seguía hablando: voy a hacer por este país un viaje en el cual seré al mismo tiempo Quijote y Sancho, en caballo y borrico, en justiciero y en ajusticiado, voy a redactar un libro negro, otro blanco y otro gris, en suma un libro terrible y confidencial, voy a emborracharme en plena yunga, con las mulas y los muleros, voy en busca de los buscadores de oro, voy a orinarme en el ojo de un capataz, después de reventárselo a mordiscones, voy a escuchar cómo chillan los indios en quechua y en español, voy a encontrar trapos sucios en los templos, en los ayuntamientos y algodones en todos los caminos, voy a dar latigazos en el prepucio a los policías, voy a componer una ópera donde el tenor sea un obispo y la diva una perra estéril, voy a vomitar, voy a reventar.

Ludo se negó a acompañarlo a los burdeles para vender la ropa interior y con una botella de whisky de regalo regresó a su casa. La cocina estaba a oscuras. En el horno no había nada. Armando y Javier reían aprestándose a salir. «No hay comida. Mi mamá dijo que si querías comer fueras donde Genaro. Ella está allí». Ludo les invitó un trago. «Voy a comer a casa de Javier. Si quieres ven con nosotros». Ludo dijo que no y cuando ellos se fueron comenzó a deslizarse por las habitaciones de la casa vacía.

Primero entró al cuarto de su madre, cuarto de viuda, donde se conservaba aún el viejo, enorme ropero paternal con sus tres puertas y su espejo de cuerpo entero. En la cabecera de la cama la eterna litografía de la Inmaculada, con su vidrio cagado por las moscas. Ludo abrió una de las puertas del ropero, apartó los trajes que colgaban y se introdujo cerrando la puerta tras de sí. Como cuando de niño jugaba a las escondidas. ¿Quién podría encontrarlo allí? La ropa olía a naftalina. Oscuridad. Ludo sorbió un trago. Los ojos le picaban. «Vengan a buscarme», mascullaba. Su padre podría tal vez levantarse desde esa cama de agonizante sin pulmones y encontrarlo allí acurrucado. Ludo empujó la puerta y abandonó rápidamente el ropero, el cuarto. Ahora estaba en la sala, donde la lámpara de cristal de roca, ese vestigio, partía la luz

en siete colores. Había treintaitrés lágrimas enteras y una rota. Sobre la chimenea un candelabro de plata con siete brazos, ¿comprado tal vez a algún judío? El sillón donde su padre, cuando estaba de buen humor, cosa rara, les leía libros, les contaba historias de la vieja Lima, se reía, tosía. Todo igual, pero deteriorado, averiado, lo mismo que los días. Y el horno vacío.

Pasó por su dormitorio, mirando de reojo la galería de retratos y el escritorio donde se apilaban los códigos. En el estante su centenar de libros le mostraban sus bellos lomos gastados. Tan sólo los clásicos griegos y romanos, forrados en cuero, estaban incólumes. Diógenes Laercio decía que Aristóteles era un bardaje, ¿qué sería un bardaje? Siempre le daba pereza buscar en el diccionario. Sus dedos vacilaron, incapaces de interesarse por tantas historias ya leídas. Buscar en cada libro los trazos a lápiz, las huellas de sus uñas, para caer sobre las mismas frases: «Amar a la humanidad es fácil, lo difícil es amar al prójimo» o «Temería ser el súbdito de un país gobernado por un hombre que haya ganado un premio de virtud».

Sólo el jardín. Allí, sentado sobre el césped, respirando el aroma del jazminero. Los cipreses, sus arañas, los gatos errantes y las sepulturas ahora extraviadas de perros que murieron chancados por los carros. Ludo bebió otro trago. La pared del fondo daba a los departamentos, que ya no les pertenecían. Tierra extranjera. Sus ventanas estaban apagadas. En la parra los racimos carcomidos. ¿Quién se ocuparía, como antaño su padre, de echarles azufre y envolverlos en papel de seda? El cardenal, extraño árbol nobiliario, con sus hojas púrpura, un verdadero prelado de la vegetación. Y la magnolia, con su flor perfecta, inodora.

Por la avenida Espinar los carros pasaban cada vez más distanciados. Ludo podía escuchar entonces el silencio. Del mar llegaba de cuando en cuando el ruido de la resaca. Adorable invención, ese licor dorado. Ludo reptó por el césped, oliendo los pétalos de jazmín caídos, aspirando aromas de tierra húmeda, de guano, detrás de una huella, de un indicio. «Demonios, en medio de tanta bruma, en medio de tanto engaño, buscó sólo una pista, la puerta, la puerta de…». Sus manos sólo tocaron una mata de geranios, donde antaño escondía soldados de plomo. De allí sólo podía desenterrar su niñez, una baraja de cartas postales sentimentales y grises. Nada a su alrededor, ni una sola señal. Precioso licor dorado. De vientre en la grama trató de escuchar el desfile de las hormigas, la eclosión de la mala yerba. Tampoco allí. Nada. Cerrar los ojos. Dormir.

Un vago rumor de risas pareció venir del alto muro blanco que protegía la casa de la Walkiria. Ludo se sentó en el césped y escuchó. Risas femeninas, voces en la noche oscura. Poniéndose de pie caminó hasta el emparrado. La antigua ventana de rejas se había encendido. Ludo tiró la botella al suelo y comenzó a encaramarse por la enramada. Su cuerpo se le escabullía, sus brazos penaban para hacer una flexión sobre la barra horizontal. Al fin logró pasar una pierna y quedó colgado, con la cabeza en el vacío. Luego se encontró caminando sobre las ramas trenzadas de la parra, acercándose a la ventana. Su cara se pegó a la reja. Un visillo blanco dejaba

traslucir el dormitorio luminoso, donde la Walkiria, sentada en un pequeño pupitre, dibujaba en un cuaderno. La Walkiria de trece años, con su blusa celeste de colegiala. Hacerse pasar por Armando y regalarle una acuarela. Cuando la Walkiria se puso de pie creció, envejeció. No era una blusa celeste, no tenía trenzas. ¿Quién era esa mujer? Era la Walkiria. Se llevaba a la boca algo, que no era un lápiz de cera. Fumaba y el hombre rubio en la cama sonreía agitando un llavero. Era la niña rubia sentada en su pupitre. Godelive, murmuró Ludo. Era la Walkiria violada en el campo de concentración por un soldado negro. Era la vecina madura, la secretaria trilingüe. ¿Quién era la mujer que se sentaba en la cama al lado del hombre dorado, braquicéfalo? Era y no era la colegiala. Pero la mano del hombre rubio cogía su rodilla, la mano levantaba la falda, la mano acariciaba el muslo. Risas. El hombre besaba a Godelive, a la colegiala. El pupitre estaba lleno de potes de maquillaje. La colegiala dibujaba su propia cara frente al espejo. La mano en el muslo. ¿Dónde estaría Armando? Ludo contempló aún los dos muslos acariciados, el triángulo del calzón y sólo se apartó de la ventana cuando el hombre le daba la espalda y cubría la imagen de la niña maculada. Desde el borde del emparrado contempló el césped y saltó al vacío. Dos metros de caída. En cuclillas dio varios rebotes, pateando de paso la botella y encalló cerca de los geranios. Allí bajo el cordel de ropa tendida, gemían las sirvientas. Ludo se echó de espaldas mirando el cielo donde se derrumbaba un planeta, mientras su mano viajaba por su vientre.

Capítulo XIX

«Ya nos fregamos», dijo Ludo refundiendo el periódico en la guantera del nuevo automóvil de Pirulo. Un pequeño artículo anunciaba la próxima aparición de Prisma, la revista del doctor Rostalínez. Ludo había entregado un cuento muy moderno, construido sobre varios monólogos cruzados y Pirulo un hai-kai de su época de colegial: «En mi pupila izquierda, anidó, una paloma muerta». El Buick oficial, exactamente igual al estrellado, se deslizó como una lancha por los baches de la avenida Pardo. Pirulo manejaba con prudencia. El día anterior habían llevado a Segismundo a la estación de Desamparados, para que tomara el tren rumbo a La Oroya, primera etapa de un viaje incierto. «Donde las mellizas, ¿no es verdad?». Ludo dijo que sí. «Hace una semana que mi padre me espera en Ayacucho. Pero me da pereza viajar solo. Él necesita el carro allá. No sé qué mierda está planeando el viejo. Creo que quiere ser diputado». Las mellizas los esperaban en el malecón de Chorrillos. Después de muchas búsquedas habían encontrado un par de chicas, anodinas en verdad, pero bonitas, fornicables y absolutamente estúpidas.

El programa era siempre el mismo. Iban al Crem Rica de la avenida Larco a tomar un helado —que ellos cabeceaban con una cerveza— y después el Buick enfilaba hacia el sur, pasaba Chorrillos, la laguna de Villa y se internaba por una huella de tierra hasta la playa desierta. Allí se separaban por parejas. La arena raspaba la piel y ya comenzaba a hacer frío. Posesiones entrecortadas de frases banales. Las mellizas pedían cigarrillos, un cine, una comida de vez en cuando y nada más, como buenas chicas pobres, que habían estudiado en colegio nacional.

Esa noche Ludo sintió una incomodidad. Cuando regresaba llevando de la mano a su melliza hacia la duna donde siempre lo esperaba Pirulo, la muchacha le dijo: «Yo no soy Bethy, soy Nelly». Y se echó a reír. Ludo también rió, porque ambas eran parecidas, y más aún en la oscuridad, que era inútil tratar de identificarlas. «Me había dado cuenta», mintió. Nelly o Bethy le apretó la mano: «Tú puedes», dijo rozándole el oído con los labios. En ese momento Ludo recuperó un recuerdo, interrumpido hacía semanas en el Ateneo. ¿Por qué Pirulo usaba su pijama, en su propia casa? Ludo se lo había prestado para que, aprovechando la oscuridad, usurpara su personalidad y penetrara al cuarto de la sirvienta. La zamba le había dicho, cuando él la visitó enseguida, después de recuperar su pijama: «¿Otra vez aquí? Si enantes no podías».

Pirulo se mantuvo callado, cuando regresaron en el carro hacia Chorrillos. Las mellizas bajaron en el malecón. Había otros carros detenidos, esperándolas tal vez. «Putas de aquí a un año», dijo Ludo al verlas alejarse hacia su casa, cogidas del talle y hablándose al oído. Pirulo no respondió. Estaba crispado sobre el timón, mirando el mar oscuro. Ludo esperó algo, tal vez una confidencia, pero Pirulo se limitó a decir, mientras arrancaba: «Sí, enloqueció al anochecer».

Mientras Genaro y sus camiones rodaban hacia la selva a traer madera, Maruja dio a luz. Ludo observó con indiferencia la minúscula entidad berreante que se agitaba en una cuna. Menos mal que había hombres vigorosos e irresponsables que asumían la obligación de propagar la especie. Genaro pagaba religiosamente a la humanidad su cuota biológica anual. Ludo sólo estaba allí por curiosidad, junto a la cuna ruidosa y su hermana pálida y su madre que le entregaba cien soles diciéndole que ya Genaro había cumplido ese mes y que el negocio iba sobre rieles. «Que si ustedes fueran como él, las cosas serían distintas». Ludo se embolsilló la plata y se fue donde el doctor Font, que le había encontrado al fin un caso.

El doctor Font le dijo que el cobrador de la casa Naser, vendedora de licores importados, había desaparecido con las cobranzas de la última semana: dos mil cuatrocientos soles con sesenta centavos. El señor Naser le dijo que era la tercera vez que eso le pasaba en los últimos años, pues tres cobradores habían desaparecido con el monto de las cobranzas. Ludo dijo que tenía experiencia en el asunto. El doctor Font citó un artículo del código penal. El señor Naser dijo que todos eran unos sinvergüenzas, pues trataba bien a su personal y pagaba quinientos soles a los cobradores mensualmente. Ludo dijo la inmoralidad era una lacra social. El doctor Font dijo: hay que movilizar a la policía. El señor Naser dijo que algunos delitos merecían la pena de muerte, como las violaciones de menores de edad operadas por negros, los asesinatos por motivos pasionales o por rapacidad y los robos a los comerciantes honestos. Ludo dijo que era cuestión de habilidad. El doctor Font había dicho: estos asuntos no me interesan, se lo dejo en sus manos. El señor Naser invocó la buena educación ancestral del latigazo y la palmeta y añadió que se había olvidado de decir que también merecían ser fusilados y con un tiro de gracia los elementos disolventes. Ludo se dijo que corta era la estación del amor y frágil la alegría. El doctor Font había dicho: tu padre fue un hombre honrado. Ludo opinó que el mundo iba cuesta abajo. El señor Naser manifestó su placer por la música selecta, en especial por las óperas de Wagner y añadió: deberían azotarlo, quédese usted con la plata, lo importante es que lo cojan. El doctor Font había dicho: juventud torbellino, mirando la fotografía de su nieto, para añadir que era duro partir de cero. El señor Naser lanzó una mirada lasciva a su secretaria y dio a entender que él no pagaba el teléfono para que sus subordinados sostuvieran conversaciones privadas. Ludo dijo que era necesario sanear la burocracia y terminar con la corrupción administrativa. El doctor Font opinó que el negocio de los transportes elevaba al cubo los imponderables de todo negocio. El señor Naser arguyó que deberían aumentar los impuestos a las

grandes empresas, exonerar a las pequeñas y castrar a los indios. El doctor Font dijo que no creía en Dios. Ludo dijo que el asunto no ofrecía ninguna dificultad. El señor Naser sugirió que podría presentarse una demanda a la prefectura. Ludo dijo que sí…

Que sí: el caso era más complicado de lo que podría preverse. Inútilmente fue a buscar al cobrador Efraín López a su casa de Jesús María. Si algo había aprendido en la facultad de Derecho es que más valía una transacción que un pleito. Efraín López se había esfumado. En la casa nadie respondía. Cerrada de día, oscura de noche. ¿Quién podría garantizar que detrás de un visillo una mujer espiaba, torturada y odiándolo? Tal vez se habían ido a provincia, pero era improbable hacer ese viaje con la plata de la cobranza y dos hijos por añadidura. Ludo anduvo por el barrio, convertido en un espía, aburrido y harto, hasta que al fin, cuando las sirvientas empezaron a reconocerlo y a saludarlo, confundiéndolo con algún soplón, resolvió seguir los consejos del doctor Font y presentar una denuncia a la comisaría.

Un capitán de policía viejo y demacrado. Mal barrio, seguramente, barrio de castigo, pues llevaba el uniforme sin aseo y se afeitaba mal. Le dijo groseramente, de mal humor y escarbándose los dientes con un palito de fósforo afilado, que la casa Naser le planteaba muchos problemas y que muy bien podían enviarle unas botellas de whisky. Ludo se lo prometió y el comisario le dio una orden de grado o fuerza, lo que permitía capturar al señor López donde y cuando se le encontrara. Con esa orden y con la fotografía del señor López, Ludo anduvo por ese barrio y los vecinos, mirando los rostros, pensando finalmente en que el doctor Font era un sabio al confiarle esos casos sórdidos e insolubles y que el señor Naser era un pobre cretino vindicativo.

Su madre vino a decirle que a Maruja se le había secado el pecho con la emoción: un camión se había malogrado en La Merced, en plena montaña y el otro se había desbarrancado al llegar a las minas de Morococha. Menos mal que Genaro iba en uno de los cuatro restantes. Pero tenía ya cien mil soles de pérdidas. «Que este mes no nos podrá pagar y que por lo tanto…». Claro como el agua del río. Que ese mes no habría plata. Y Pirulo había desaparecido. ¿En Ayacucho tal vez? Y Segismundo le enviaba una tarjeta de Huancayo diciéndole: «Del caos salió el Olimpo, pero de la inmovilidad no sale nada». Y Armando, en pijama, había comprobado que la Walkiria salía ahora con un tercer braquicéfalo motorizado.

Efraín López. Había que encontrarlo como fuera. Dos mil y pico de soles. Ludo reanudó sus pesquisas. La casa siempre silenciosa. Ludo amplió el ámbito de sus indagaciones, olfateó por las verdulerías, se volvió fisgón como una comadre y pudo así enterarse que la esposa de López tenía familia en Surco. Que lo metieran preso. A buena hora. Andaba con la fotografía en el bolsillo. Y la orden de grado o fuerza.

Al que encontró en una picantería de Surco fue a Pirulo. Estaba discutiendo en una mesa surtida de cerveza con dos zambos corpulentos. «Hermanón, fíjate lo que he escrito». En una servilleta, Ludo alcanzó a leer: «Busco en vano, la máscara al revés, el embarcadero de una esquina». «Señor prefecto», decía un zambo, «con todo

respeto yo…». El otro lo interrumpía: «Cuatro hermanos, el primero se llama Juan, el segundo se llama Manuel, el tercero…». Ludo cogió a Pirulo del brazo: «Vamos de aquí». Uno de los zambos se puso de pie: «Con cuidado, compadrito, usted no me toca al señor». Ludo insistió, pero el segundo zambo intervino: «Al señor prefecto, como a la niña de mis ojos, entre algodones, carajo». «Siéntate, hermanón», dijo Pirulo, «estamos entre amigos». Ludo se sentó. Se pidió más cerveza. Los zambos cogieron la guitarra del patrón. Ludo bebió un vaso y cuando los zambos cantaban un vals bebió otro vaso y se dijo que Efraín López y el señor Naser podían irse a la mierda, dignamente acompañados por el doctor Font y que ése era un lindo lugar y que si bien era cierto que el doctor Font había partido de cero, había otros que no lograban con todos los sufrimientos de su vida añadir un palote al círculo de su nulidad. «Ahora cántense un tondero», dijo Pirulo, «mi padre va a ser diputado. Está vacante Ayacucho, porque el otro se murió. Mañana me voy llevándole el carro». Ese mañana era tan viejo que Ludo no pudo menos que reír. Y además, ¿qué cantaban esos zambos?, ¿qué hacían con sus poderosas gargantas sino lanzar ayes de esclavos? El techo de la picantería era de estera, como el bar del cementerio. Y las botellas llegaban. «Busco a Efraín López», dijo Ludo, «busco al ladrón». Pirulo llevaba el compás de la música tamborileando con sus dedos sobre la mesa. «Busco al que se robó los dos mil cuatrocientos soles con sesenta centavos». Los zambos encadenaban una copla con otra. Gruesas uñas sucias rascaban las cuerdas. Lindo lugar. Un camión al fondo del río. ¿Habría muerto el chofer? No se lo habían dicho. Su padre, una vez, había escrito un artículo sobre el chofer serrano, en un periódico muy antiguo. Un héroe. «Y ahora, ¿qué quiere, señor prefecto?», preguntaba el zambo de la guitarra. Ludo dijo que Efraín López era escurridizo como una serpiente, «Eso», dijo el zambo que cantaba, «como la serpiente». Pirulo protestó porque las serpientes traían mala suerte. «¿Quién habla de diputados?», preguntaba un zambo. Ya no eran dos. Estaba allí el patrón o su doble. «Una paloma muerta», exclamó Pirulo echándose a reír. Ludo decía que después de arduas investigaciones había llegado a la conclusión que el vals criollo tenía un espíritu conformista. «Correcto», dijo uno de los zambos, sin entender. «Óigase ésta, compadre», dijo el otro. El patrón cantaba ahora. Había cinco zambos «Diputado, hermanón, ¿sabes lo que esto significa?». «Ódiame sin medida ni clemencia». No, no era el patrón, era su doble. Su triple. ¿Quién era el patrón? Efraín López. Su foto circulaba de mano en mano. «Es el entenado, es el primo, es el qué sé yo, el que está donde la negra Carmen». Pirulo afirmaba cogiendo su vaso: «Este de aquí, éste es el embarcadero». Ludo se reía porque uno de los zambos le decía a otro: «Yo me lavo la cabeza con limón». Después se puso serio: veía su casa, nítidamente, un muro alto detrás del cardenal, un muro ajeno. El patrón o su triple empezaba: «Si la reina de España muriera». Pirulo golpeó su frente contra la mesa: «Tengo el don, el don de la telepatía». Quería adivinar qué color pensaban los concurrentes. Ludo se dijo si Nelly sería Bethy o si Bethy sería Nelly. «Azul», exclamó Pirulo. «Eso», respondió un zambo sin dejar la guitarra. Muro blanco con la Walkiria.

El urinario quedaba al fondo de un patio descubierto. Al lado había un caño que goteaba. Ludo se mojó la cabeza, la cara. Hasta allí llegaban las voces de los zambos: «Con la atención debida, señor prefecto, con mis merecimientos y respetos», «como ayer un poquercito, a cincuenta centavos el tiro». «Una paloma muerta». A la derecha del urinario había una puerta falsa. Ludo salió y vio en la calle transversal de tierra el auto de Pirulo, sucio, descuidado, con el escudo prefectural manchado de orín. En lugar de regresar al bar, se fue hacia la línea del tranvía. Subió a un acoplado y sacó un pasaje para Miraflores.

«Terminal», dijo alguien sacudiéndole del hombro. Despertó. Estaba en Lima, en la Colmena. «Debe el pasaje de Miraflores a Lima» le decía el inspector. Ludo lo pagó con sus últimos centavos. Luego descendió del tranvía y se fue a dar una vuelta por la plaza San Martín, en busca de alguien que le prestara un sol para regresar a Miraflores. En esa nublada noche limeña todos los transeúntes parecían irse irremisiblemente a pique. El bar Zela era como una balsa llena de aterrados náufragos. Ludo pasó varias veces delante de sus mesitas que invadían los portales, espió el interior donde se destapaban sin cesar botellas de cerveza. «Me cago en los militares», decía un borracho que llevaba sombrero melón. En casi todas las mesas se jugaba a los dados el consumo. Ludo admiró el arte con que algunos trasnochadores manejaban el gastado cubilete de cuero. Años de aprendizaje. De una mesa un grupo lo miraba con una expresión desafiante. Acercarse, hacerse simpático y luego sacar un sol para el pasaje. El portero de la *boîte* Negro Negro, aburrido, se acercaba a conversar con los parroquianos del bar Zela. Ludo se alejó por la Colmena hacia el parque Universitario. Varios acoplados formaban un tren iluminado y vacío. El bar Palermo lo acogió con su olor a cocina fría y a tabaco. Allí, en un apartado, cómo no iba a ser así, estaban Cucho, Eleodoro, Hugo. «Llegas a tiempo», dijo Cucho, «estamos sin plata». Hugo decía: «Te has perdido. No se te ve por San Marcos». Eleodoro le mostró una postal. Ludo reconoció la escritura de Segismundo. La postal venía de Ayacucho y decía: «Viva la vida. Un abrazo». «Hace una semana me escribió de Huancayo. No sabía que estaba en Ayacucho», dijo Ludo. Cucho intervino: «A propósito de Ayacucho. ¿No has oído la radio? Pirulo ya debe saberlo. Hoy mataron al prefecto. Parece que lo hicieron papilla». «La gente despierta», añadió Hugo.

Capítulo XX

«En Tumbes la cabeza con ochenta plátanos cuesta un sol. En Lima, en el mercado Mayorista, se vende a diez centavos cada plátano. O sea que si multiplicamos cada plátano por diez centavos resulta que la cabeza de plátanos que cuesta un sol en Tumbes se vende en Lima a ocho soles. Es decir que se gana siete soles por cabeza. Ahora bien, si cada camión puede traer dos toneladas de plátanos, es decir, ochocientas cabezas, que cuestan ochocientos soles, y si cada tonelada se vende a tres mil doscientos soles, resulta que como vamos a traer ocho toneladas en los cuatro camiones se obtendría una ganancia de tres mil doscientos soles por tonelada, menos el precio del costo de los plátanos, o sea ochocientos soles menos por tonelada, lo que traducido a números más claros significa que si compramos las tres mil doscientas cabezas de plátanos en tres mil doscientos soles y si las vendemos ocho veces más caras, es decir, en veinte mil seiscientos soles, menos tres mil doscientos del costo, se ganará líquido veinte y dos mil soles por viaje (sin contar los gastos de transporte, gasolina, amortizaciones, salarios, hoteles, etc.), pero como se efectuará un viaje semanal o lo que es lo mismo cuatro mensuales, al mes obtendríamos una ganancia de ochenta y nueve mil seiscientos soles, de los cuales hay que deducir principalmente los salarios de los cuatro choferes, incluido yo, o sea tres mil soles por chofer, lo que hace doce mil soles al mes y los gastos de gasolina sobre un recorrido de dos mil quinientos kilómetros ida y vuelta y por viaje, lo que en cuatro camiones y cuatro viajes representa cuarenta mil kilómetros de recorrido al mes, que a un rendimiento de veinte kilómetros por galón de gasolina y si cada galón cuesta ochenta centavos, hace mil seiscientos soles de gasolina al mes, de modo que si deducimos de los ingresos brutos las cantidades antes anotadas y si dividimos el resultado en tres partes correspondientes al señor Vélez, a usted señora María y a mí, resulta que al mes recibirá usted quince mil trescientos ochenta soles. Punto aparte».

Después de esta irrefutable argumentación, Genaro se fue a Tumbes con sus cuatro camiones, llevándose esta vez como ayudante a Armando, que no había podido permanecer insensible al sortilegio de los números. Ludo fue también invitado a participar en el viaje, pero la idea de recorrer mil trecientos kilómetros al borde del mar atravesando desiertos no lo sedujo. Además, tenía que encontrar a Efraín López, porque el señor Naser le había dicho que el asunto duraba ya quince días y el señor Font le había vuelto a mostrar la fotografía de su nieto mientras hacía algunas

acotaciones acerca de la fragilidad de la vida y porque al fin de cuentas más fácil le parecía ganar dinero encontrando a Efraín López que entre tanto plátano viajero.

Ludo aprovechó sus indagaciones en Surco para visitar a Pirulo. Desde que enterraron a su padre —a tres nichos de Jimmi—, Pirulo pasaba los días en su dormitorio, al lado de alguna botella, tocando en su viejo piano boleros de la época de la guerra. Por todo luto llevaba un brazalete negro en la manga de su saco. Su madre, en cambio, andaba de negro completo, como antes de que muriera el prefecto, pues ella parecía haber enviudado casi desde que se casó. Escribía poemas teosóficos y se carteaba con eminentes desconocidos. «Le reventaron los ojos, le arrancaron la lengua», repetía. Como a Túpac Amaru, se decía Ludo y hojeaba los recortes de diarios que tenía Pirulo. Un empleado de farmacia, Lauro Gómez, que trabajaba cerca de la prefectura, decía: a las ocho y quince de la noche, un grupo de indígenas de la comunidad de Huari, formando un cortejo visiblemente desordenado, se presentó a la prefectura con el propósito aparente de entrevistarse con el prefecto. El reverendo padre Fatio, director de la escuela de varones, añadía un detalle: los indígenas estaban borrachos, detalle que era corroborado por Demetrio Quinta, secretario del juez de primera instancia, que se tropezó en una botella vacía dejada en los portales de la Plaza de Armas y se rompió la ceja contra una columna. Sin embargo, el profesor del colegio fiscal de Ayacucho, Agustín Pozo, hacía la siguiente rectificación: no estaban borrachos sino indignados pues, según rumores no confirmados, el señor prefecto había favorecido en el reparto de las aguas, gracias a su influencia sobre el funcionario del ministerio de Agricultura, a la hacienda de don Victoriano Revila y estaba en arreglos con éste para apoderarse de treinta hectáreas de pastos pertenecientes a la comunidad de Huari. El capitán de policía Héctor Huamán precisaba que los indígenas tenían un pliego de reclamos y habían llegado a Ayacucho en número de noventa y cinco, dato contradicho por Demetrio Quinta que, a ojo de buen cubero, aseguraba que eran una cincuentena. Existe el informe complementario del canónigo Prato, que al pasar por el barrio de los curtidores se tropezó con un grupo de trecientos indígenas. El empleado de la farmacia agregó en su deposición al juzgado que a pesar de la hora tardía y de encontrarse solo, el prefecto concedió la audiencia. El reverendo padre Fatio reveló que tuvo que suspender su clase de catecismo que dicta todos los jueves a los analfabetos adultos, pues gritos de mujeres se escuchaban en la Plaza de Armas. El capitán de policía confirmó que se escucharon gritos, pero indefinidos, a punto que los atribuyó a una de las frecuentes crisis de diablos azules que sufre el señor alcalde, y que sólo sospechó que se trataba de algo anormal cuando el niño Roberto Prato, el menor de los dieciocho sobrinos del canónigo Prato, vino corriendo para decirle que había una pelea en la plaza. No había pelea, arguyó Carlos Condori, tocador de arpa, sino algo así como una danza callejera a la vera de un cuerpo tendido en la pista que era objeto además de deplorables vejámenes. Un borrachín, cuyo nombre no fue revelado, pues salía a esa hora del bar Baccará, vio que un grupo de mujeres indígenas sacaban de la

prefectura el cuerpo —el cadáver, afirma— del señor prefecto y lo arrojaban en la pista. El profesor de colegio, Agustín Pozo, manifestó que dos indígenas habían sido heridos de bala desde la prefectura, dato no corroborado por ningún otro testigo, salvo por un doctor Céspedes, de la localidad de Huanta, que afirmó haber atendido esa misma noche en dicha ciudad a dos comuneros que presentaban heridas producidas por arma de fuego de pequeño calibre. Tanto el reverendo padre Fatio como el capitán de policía afirmaron que entre el grupo de indios, según informes confidenciales, había algunos elementos disolventes, que no han podido ser localizados. Esta información es ratificada por el empleado de la farmacia, que dice haber visto en el grupo que se acercaba a la prefectura a un hombre de raza blanca, corpulento y con gafas negras. El canónigo Prato, debido a su edad y a su mala vista, dijo no estar en condiciones de asegurar si había blancos en el grupo. El capitán de policía dice haber apresado a veintidós indígenas, entre hombres y mujeres, que están a disposición del juez instructor y que el examen legal efectuado por el doctor Amiglio Crado sobre el cuerpo de la víctima revela que el señor prefecto murió de golpes contusos aplicados al cráneo con una o varias armas de naturaleza contundente e incluso cortante y que se practicaron sevicias múltiples sobre el cuerpo de la víctima, como la perforación de la cuenca visual y la extirpación de la lengua. Un empleado del Banco Popular, cuyo nombre ha sido guardado en el anonimato, manifestó que hacía una semana el señor prefecto había cobrado un cheque de veinticinco mil soles girado por el señor Victoriano Revila, propietario de la hacienda La Paloma. El señor Lauro Catamarca, portero de la municipalidad, manifestó en un periódico mural que él mismo redacta y pega, que el señor prefecto iba a presentarse como candidato a la diputación vacante de Ayacucho y que para ello necesitaba el apoyo de algunos hacendados. El periódico mural añade: «¿De dónde venía el canónigo Prato a esa hora tardía de la noche?». El señor Catamarca se encuentra actualmente detenido por difusión de noticias calumniosas e injurias al clero.

«Esto no lo entiende nadie», dijo Ludo tirando el paquete de recortes sobre la cama. «En el fondo había algo sucio», respondió Pirulo, «a ese hacendado Revila lo conozco. Asunto archivado. Se acabó». Decía: «¿Por qué le cortarían la lengua? Una cosa tan blanda, tan…». Decía: «Tan blanda, tan dulce, una lengua que lame y besa. El viejo hablaba poco». Decía: «Una lengua roja, mojada. Más jodidos que nunca ahora. Color de hormiga, hermanón. Nos quitaron el carro. Ahora, ahora».

«Ahora jodidos», decía Ludo mientras avanzaba ágilmente en medio de la mañana hacia la casa de la señora Hermelinda Pareja, situada en las calles de Surco que lindan con los arenales. La señora Hermelinda comenzó a mentirle tan impunemente que Ludo se echó a reír: «Estoy seguro que el señor Efraín López vive aquí. Varias personas me lo han dicho. Quiero verlo por un asunto personal». Pero era inútil: por María Santísima, ella no conocía a ningún Efraín ni a ningún López. Ludo regresó una vez más derrotado. Al llegar a la avenida Grau de Barranco vio pasar al taxi de Daniel y le hizo una seña con la mano. El taxi llevaba a dos señoras con

sombrero. Daniel no lo vio y desapareció rápidamente entre dos tranvías.

Ludo se cruzó en la puerta de su casa con la negra Edelmira, una antigua cocinera convertida ahora en prestamista usuraria. Mala seña. Su presencia era siempre el emblema de las épocas de crisis. «Ya llegaron los camiones», dijo su madre en la cocina, «anda habla con Armando». Su hermano se desvestía para meterse en la cama: «Hemos viajado toda la noche. Me caigo de sueño». Ludo lo abordó: «¿Y los plátanos?». Armando se tapó con la frazada: «Que se los meta Genaro por el culo».

La casa estaba llena de plátanos. Ludo vio las cabezas no sólo en el dormitorio de Armando, disimuladas en el clóset, sino apiladas en el oficio, desbordándose de los fruteros del comedor, emergiendo de la tina y regadas en el jardín, oscureciéndose al sol bajo una furiosa agresión de mosquitos.

«A las cinco de la mañana se produjo un derrumbe de arena en Pasamayo, cuando sólo dos de los camiones habían logrado pasar el serpentín de curvas, pero los otros que iban atrás tuvieron que esperar hasta las once de la mañana en pleno sol, de modo que sólo pudimos llegar al mercado Mayorista con cuatro toneladas de plátanos, que los propietarios de puestos no quisieron comprar, porque, según ellos, tienen sus propios proveedores y a pesar de que nosotros rebajamos la cabeza a seis soles y luego a cuatro, es decir, más barato que los otros abastecedores, los propietarios de puestos no quisieron y así tuvimos que bajar más, a tres soles la cabeza y vendimos tres toneladas, es decir mil doscientas cabezas a tres mil seiscientos soles y la otra tonelada la regalamos casi, pues la vendimos a mil seiscientos soles, en todo caso un precio superior a las cabezas que trajeron los camiones que se habían quedado atascados en Pasamayo, pues los plátanos se habían recalentado y nadie los quería ni regalados y de sol en sol fuimos vendiendo de acá para allá y el resto lo trajimos a casa, ya que después de todo no es mercadería para botar, que incluso se puede vender en las verdulerías del barrio o fabricar mermelada».

En todo caso Genaro estaba optimista, pues ésos eran los albures del negocio y la próxima vez buscarían antes a los compradores, se firmaría un contrato o lo mejor era no traer frutas o cosas que se malograran, sino bienes no deteriorables, maquinaria, por ejemplo, o madera o cemento y cosas de esa clase. Porque la experiencia es madre de la ciencia, decía Genaro, a lo cual su socio el señor Vélez decía que la letra con sangre entra y Genaro agregaba que el conocimiento es la suma de todos los errores.

Si se tenía en cuenta que el horno estaba con frecuencia vacío, que sus camisas se estropeaban y que la vida estaba hecha de esas pequeñas cosas, como comer a sus horas, fumar, ponerse una corbata o llevarle una fotografía a un doctor llamado Rostalínez, para una revista Prisma a punto de salir. Si se tenía en cuenta también que su madre le decía «que anda a la universidad, que entonces vete con Genaro que ya sale otra vez de viaje». Y si se tiene asimismo en cuenta que encerrado en su cuarto fumaba treinta paquetes de cigarrillos de tropa, regalados por un tío militar, paja sucia, entre cuyas hebras de tabaco se encontraban pedazos de madera, corchos y

montones de tierra. Teniendo en cuenta todas estas razones, es natural que esos bellos proverbios dejaran a Ludo indiferente y justificaran este razonamiento: ¿la búsqueda de la sabiduría puede hacer soportable la indigencia?

La respuesta era negativa y por eso Ludo prefería seguir buscando a Efraín López, por una especie de vicio contraído, sin esperanzas de encontrarlo, pensando en los buenos soles que ganaría metiéndolo en la cárcel, buscando al joven imberbe, según la fotografía, al cholito ladrón, como decía el señor Naser o simplemente al sujeto que se ha hecho acreedor a una acción represiva expresamente contemplada por el artículo 221 del código penal, al decir del doctor Font.

Y así seguía caminando, incluso el día que cayó la primera garúa, con la orden de grado o fuerza en el bolsillo, buscando al candoroso Efraín, como nunca había buscado a una mujer. Y mientras lo buscaba o simplemente caminaba sin destino ni ambición vio a Carlos Ravel atravesando ilícitamente una luz roja en la avenida Wilson en su elegante convertible negro y al doctor Rostalínez en un viejo Ford que pugnaba por pasar a un ómnibus de pasajeros en la avenida Arequipa y a Pirulo que viajaba en un taxi acompañado por un hombre gordo y al señor Vélez que iba por la Costanera manejando una camioneta con un guardafango abollado y a Olga que viajaba pensativa en un tranvía rumbo al Callao y nuevamente a Carlos Ravel que enfilaba hacia la carretera central con una mujer a su lado. Y cayó una segunda garúa cuando Ludo, otra vez en su casa vacía, releía viejos escritos, observado de reojo por sus cinco ancestros y pensaba y no pensaba y trataba de no pensar en ese tabaco inmundo que le quemaba la boca y que allí, en el fondo del cajón de su escritorio, estaba el revólver Colt 25 que heredó de su padre.

Mientras los plátanos, en el jardín, se pudrían rápidamente.

Capítulo XXI

La garúa seguía cayendo antes de las Fiestas Patrias, cuando Ludo fue donde Pirulo para decirle cosas profundas y lastimosas. Decirle, por ejemplo, que un grupo de hombres se reunían, ponían algunos bienes en común, se inventaban un nombre, se llenaban de lacayos y abogados, se atrincheraban en un edificio enrejado, fundaban un banco y comenzaban a robar. Un banco hipotecario, por decir algo, como aquel al cual la familia de Ludo pagaba desde hacía diez años los intereses de un préstamo, nunca el préstamo. Decirle también a Pirulo que los camiones habían partido hacia el Cuzco llevando aceite y que su madre debía tres trimestres de hipoteca. Pero Pirulo no lo escuchaba. Seguía buscando, con la máscara al revés, el embarcadero de una esquina. Esta vez lo llevó donde un nuevo amigo que había encontrado, a pocas cuadras de su casa, precisamente en una esquina. Un joven adiposo que olía a lavanda americana y a whisky escocés. Amanerado. Ludo lo escuchó filosofar sobre los problemas sociales, con el admirable desapego que le conferían su sillón imperio, sus pantuflas y los tragos sorbidos en ayunas. «Los grandes capitalistas son insaciables», decía. Pirulo estaba de acuerdo. El joven adiposo coleccionaba cuadros de la época colonial y vivía solo en una enorme residencia barranquina. Sus tíos tenían veinte mil hectáreas de pastos en Puno. «Haría falta una revolución», decía. Esta vez Ludo estaba de acuerdo. Pero el joven adiposo añadía: «Una revolución dirigida». Mencionó nombres de quienes deberían ser decapitados, entre los cuales naturalmente se excluía. Una revolución era para él sólo un problema de decapitaciones juiciosamente escogidas. «Y además, regenerar a los indios, porque hay que reconocer, yo lo he visto con mis propios ojos, son unos seres inferiores». En el Cuzco acababa de producirse una invasión de tierras y cuatro indígenas habían sido asesinados por la guardia civil. «Voy a contar un caso». No era otro que el clásico ya, de los indios que en lugar de ocupar el W. C. construido para ellos hacían sus necesidades en el suelo. Luego los invitó a un restorán de Miraflores. Se olvidó de los problemas sociales. Hablaba de arte, tarareó una ópera, recitó un poema y cuando los ojos le brillaban comenzó a insultar a los mozos y a coger con insistencia a Ludo del brazo cada vez que iba a contar una anécdota. Su mano era viscosa. Había que irse.

Regresó a su casa y puso a calentar agua en la cocina eléctrica para tomar té. A la media hora se dio cuenta que el agua seguía fría. Los plomos estaban en buen estado. En realidad, no había corriente. La habían cortado. Esperar la noche en una casa

desierta y sin luz. Ludo cogió el teléfono y llamó al doctor Font: «Estoy sobre la pista de Efraín López, pero…». El doctor Font se excusó: «Usted sabe, yo he partido de cero». Y le aconsejó que fuera donde el señor Naser y le pidiera un adelanto a cuenta de movilidad. El señor Naser le hizo firmar un recibo y le dio cien soles. Ludo volvió a su casa, compró una vela, compró pan. Su madre donde Maruja, Armando en el Cuzco. El pan se le atracaba en la garganta. De la esquina trajo una cerveza helada, bebió, concibió grandes ideas y al anochecer, como la vela se terminaba y la garúa seguía cayendo y los objetos que tocaba parecían contagiarle un frío de animales muertos, apagó la vela y salió a la calle.

Fue donde Teodoro a escuchar discos, pero no lo encontró. Fue donde Javier a jugar una partida de ajedrez, pero había salido. Fue donde Maruja, pero ésta y su madre se habían ido a la novena. Fue donde su primo Nirro, pero sólo halló a una sirvienta extraña y a su abuela que dormía. Pirulo y el adiposo debían estar en algún bar de Lima. Cucho y los suyos en algún otro bar de Lima. Ludo se echó a buscarlos. El bar Zela había retirado sus mesitas de la calzada. En los portales se tropezó con el borracho de sombrero melón, que lo cogió del brazo para decirle: «El pan va a subir. Los cigarrillos van a subir. ¿Sabe por qué? Por culpa de los japoneses». En el Palermo no había sino caras cetrinas, aburridas. Ludo tomó el tranvía y se fue a los bares de La Victoria. Tal vez en el Messina. Tampoco allí. Bebió una cerveza, rodeado de un grupo ruidoso que discutía. Un hombre de lentes parecía llevar las de perder y al hablar miraba con insistencia a Ludo, diríase que argumentaba sólo para él, tomándolo como testigo. Al fin no pudo más y exclamó: «¿No es cierto, señor? Explíqueles a ellos. Van a ver cómo me da la razón». Ludo pagó su cuenta y partió sin darle la razón. Quedó parado en la plaza Manco Cápac, viendo pasar los carros sobre las pistas húmedas. Le pareció distinguir el carro de Carlos Ravel, deslizándose majestuosamente, con todas sus luces encendidas, como un transatlántico. En vano hizo una seña. Así, a veces, no se encontraba ningún abrigo y uno quedaba a la deriva, solo, en las noches de invierno.

Cuando regresaba hacia el tranvía vio a un hombre con camisa a cuadros que atravesaba la calle llevando una botella de cerveza en cada mano. Era Daniel. «¿Tú por aquí? Vivo aquí no más». Ludo notó que a Daniel le faltaban todos los dientes superiores. «La semana pasada me meché con un sargento. El hijo de puta me dio un botellazo en la jeta y se escapó». Lo llevó a un cuartito al fondo de un corredor descubierto. Había una mujer sentada en la cama. «Te presento al señor Totem. Y mucho cuidado, que es abogado y vive en Miraflores». La mujer se puso rápidamente de pie, le dio la mano y quedó luego mirando su palma como si le hubieran dejado en ella una medalla. «No soy doctor», dijo Ludo para tranquilizarla, pero Daniel intervino: «Claro que eres doctor, todos los que van a la universidad son doctores. Eso lo sé desde que era chiquito». Ludo no lo contradijo y cuando empezaban a beber una cerveza entró un chino en la habitación. «No me lo vuelvas a traer después de las ocho. Ponle gasolina». Las llaves volaron hacia la cama y Daniel las emparó en el

aire. El chino desapareció. «Es el dueño del taxi. Buena gente. Tengo que darle cincuenta soles por noche y el resto para mí». La mujer, con su silencio, parecía haberse ubicado fuera de las tres dimensiones del cuarto. Ludo la miró con la intención de decirle algo amable, pero ya Daniel llenaba los vasos: «¿Alguien dijo salud o aquí penan?». Después de beber cogió su bufanda: «A ganarse el pan se ha dicho. Acompáñame, Ludo. Y tú estate despierta a las seis, para el desayuno».

En la calle Daniel comenzó a protestar, mientras buscaba el taxi: «Uno se las tira y de pronto se meten en la casa y no hay cómo sacarlas. Y para colmo se ponen encinta. Hijas de la grandísima». En la plaza Manco Cápac cogieron a una pareja para llevarla en el taxi al centro. Ludo viajaba al lado de Daniel hablando de fútbol, porque no tenía nada que hablar con él. La pareja no hacía ruido. Se besaba en silencio. La dejaron delante de un edificio de departamentos y después de dar unas vueltas por el centro cogieron a tres empleados que salían de un club social. «¿Viste cómo se me echaba Herlinda?», preguntaba uno de ellos, «mañana la invito al cine y después me la tiro». «Quince muertos en el Cuzco», decía el otro que hojeaba un diario de la tarde. Los dejaron en una chingana de los Barrios Altos. Allí cogieron a dos hombres. «Me la tiré», decía uno de ellos. Luego cogieron a un grupo. «Se la tira», decían refiriéndose a alguien. Más allá subió otra pareja de hombres. «Podríamos tirárnoslas», comentaban. Cuando el taxi estuvo vacío Daniel apagó el motor: «No tengo ganas de trabajar. Qué noches éstas. Si no necesitara plata para hacer abortar a esta cabrona». El carro volvió a arrancar cuando Ludo decía que eso era un delito, pero Daniel se rió: «¿Quién te ha dicho eso? Si lo hace una comadrona será un delito, pero si lo hace el doctor Aquileno… Te cobra tres mil tacos y quedas como un caballero». Iban hacia la avenida Arequipa. Daniel prosiguió: «Pero yo no podré llevarla a su clínica. Eso está para la gente bien. Qué diablos. Conozco un tipo que lo hace por cincuenta libras con un punzón. Seré un criminal, pues». Un militar levantó la mano, pero el taxi siguió rodando. «No recojo a uniformados. Siempre discuten la tarifa y si no les haces caso te mandan a la canasta». Ludo pensaba en Bethy o en Nelly. «Conozco unas mellizas en Chorrillos, si quieres…». Daniel preguntó si eran arrechas. «Entonces vamos al tiro. Mañana le diré al chino que se me bajó la batería».

Al llegar a Javier Prado, Ludo divisó a una pareja de hombres que se tambaleaban. El más alto, dificultosamente erguido sobre dos largas estacas, estaba casi derrumbado sobre su compañero. «Para», dijo a Daniel. El taxi frenó y sus llantas patinaron sobre la pista húmeda. Ludo sacó la cabeza por la ventana. Pirulo y el adiposo miraban incrédulos hacia el taxi. Ludo les hizo una seña y ambos se aproximaron. «Pasen», dijo, «los llevamos a Barranco». «Hemos estado en el, en el…», empezó Pirulo. El adiposo se inclinó hacia Daniel cuando Ludo le dijo que el dueño del taxi era su amigo: «Me complacería mucho, se lo digo francamente, me sentiría honrado si usted y Ludo, me sentiría honradísimo». El taxi arrancó. «Sumamente honrado si ustedes me aceptan un vaso de whisky». «Tenemos un plan»,

dijo Ludo, «no hay tiempo». Pirulo intervino: «No hay que despreciarnos, hermanón, porque nosotros, un poco, en fin, festejando, celebrando, porque hemos…». Daniel dijo: «Sólo un trago y nos vamos». El adiposo agradeció: «¿Con quién tengo el gusto, disculpe la indiscreción, con quién tengo el gusto de hablar?». «Con Lobo», respondió Daniel, «Daniel Lobo». «Me permite, señor Lobo, si usted es tan amable, me permite, y disculpe usted los paréntesis». «Estuve buscándolos por el centro», dijo Ludo a Pirulo, «mi casa está oscura». Pirulo sonrió: «Hermanón, ¿y mi pupila?, ¿y mi pupila izquierda?». «¿Me permite usted que le pregunte con toda sinceridad si mi presencia, de la cual no soy enteramente responsable, pues el azar, como usted se habrá dado cuenta, el azar ha intervenido, si mi presencia no le resulta incómoda?». Daniel se volvió hacia Ludo: «¿Qué dice?». «No sé», contestó Ludo, «dejémoslos en alguna parte». A pesar de sus protestas los hicieron descender en la avenida Grau de Barranco y siguieron hacia Chorrillos. «Tipo raro. Me tinca que es del otro equipo», dijo Daniel. «Millonario», respondió Ludo, «lo conocí esta mañana. No sigas, allí delante de la reja». El malecón estaba desierto, a pesar de que había escampado. Ludo tocó el timbre de la casa, que tenía las ventanas encendidas. La arena de Conchán debía estar mojada. Las mellizas salieron a conversar a la puerta, pero cuando se dieron cuenta que a Daniel le faltaban todos los dientes y que el carro era de plaza dijeron que esa noche no podían salir. Daniel protestó: «Yo ya me había hecho la idea. ¿Tienes plata?». Ludo dijo que tenía ochenta soles. «Entonces vamos donde Carlota. Qué tanto. Ya nos arreglaremos. Eso sí, un poco de gasolina».

El taxi siguió rodando, dejando sembrados en su ruta decenas de brazos que se elevaban, de gritos, de silbidos. Ludo no podía dejar de mirar las ventanas detrás de las cuales, las familias, después de haber cenado, conversaban y celebraban sus ceremonias secretas. Hubo una época en la cual también en su casa había una familia. Había un padre, una madre, unos hermanos, un orden, una jerarquía, unas ganas de reír, de bromear, un calor, un rumor, una complicidad, un perdón, un lenguaje cifrado. Casa sin luz ahora. Malayerba. Podredumbre en el césped, arañas en las cornisas y perros enterrados bajo los cipreses.

«Ya estamos», dijo Daniel. Penetraron a través de una reja de madera. Apenas cruzaron la puerta, un hombre en *blue-jeans* atravesó la sala de un salto, se lanzó sobre Daniel con las piernas abiertas en el aire y quedó colgado de él con sus muslos en la cintura y sus brazos en el cuello. «Mi guapo, cuánto tiempo». Daniel caminó un trecho llevando al hombre en peso: «¿Alguien dijo salud o aquí penan? Sírvenos unas cervezas, Carlota».

Carlota los llevó al mostrador: «Sólo una, precioso. Esta noche atraca un barco americano. A lo mejor ya atracó y yo sin saberlo. Por cada gringo que me traigas te doy veinte soles». Daniel se volvió hacia Ludo: «¿Me acompañas al Callao?». Ludo observaba a una negra que se miraba el vientre mientras meneaba las caderas y cantaba: «Dólares, morochita». Claro que lo acompañaba. Carlota se había echado a reír: «¿Qué te ha pasado en la boca? ¿Te has quedado sin dientes?». Cogiendo del

brazo a Daniel se lo llevó hacia un rincón, le habló un rato al oído y le dio un beso sonoro en la mejilla. «¿Listos?», preguntó Daniel volviéndose hacia Ludo, «nos vamos a todo full».

El taxi se lanzó hacia la plaza Dos de Mayo, tomó la avenida Colonial y puso la proa rumbo al Callao. «Cuatro gringos de un viaje son ochenta soles, en dos viajes nos hacemos ciento sesenta, aparte de la tarifa. Y si hacemos cinco viajes. Noche de reyes. Después conocerás a Lili. La mejor hembra de Carlota». Al pasar por la unidad vecinal el carro zigzagueó, estuvo a punto de estrellarse contra un poste, se salió de la pista y al fin Daniel logró dominarlo frenando pausadamente. Al poco rato estaba fuera del auto, dando vueltas encogido a su alrededor. «Baja». Ludo obedeció. Daniel señalaba una llanta de atrás, aplanada sobre el aro. «Y no tengo gata, por la puta madre». Del Callao venían taxis tocando el claxon. Ludo reconoció en uno de ellos una gorra de marinero: «Mira, allá va uno». Daniel trató de orientarse: «Creo que en la unidad hay un grifo. Iré a pedir una gata». Ludo lo vio correr al lado de la carretera y perderse pronto en la noche.

Los taxis seguían pasando. Un marinero sacó la cabeza por la ventanilla y saludó a Ludo con un grito extraño, que rebotó en la carretera detrás del auto y se hizo trizas en la distancia. Ludo fumó varios cigarrillos y al fin sintió un ruido de pisadas. Pronto vio a Daniel que llegaba corriendo, agitando la gata en el aire mientras gritaba: «Saca la manizuela debajo del asiento». En cinco minutos puso la llanta de repuesto. Tuvieron que regresar a la unidad vecinal para devolver la gata y siguieron hacia el Callao.

Cuando llegaron al puerto, Daniel dio un puñetazo al tablero y la luna del velocímetro se hizo trizas: «Nos jodimos. Mira». Había una hilera interminable de taxis alineados cerca del enrejado por donde salían los marineros. A lo lejos, anclado cerca del muelle, se veía la silueta de un monstruo anfibio con todas sus luces encendidas. Otros taxis seguían llegando por todas las calles, de todos los balnearios, se añadían a la cola y sus choferes bajaban y corrían hacia la puerta del enrejado gritando: «Girls, girls». Daniel también bajó y se sumó al tumulto. Había allí riñas, peloteras. Algunos marineros eran llevados casi en vilo hacia los carros. Daniel regresó: «No hay nada que hacer. Habría que sacarle la chucha a cincuenta choferes. Vamos a esperar un rota».

La cola apenas avanzaba. Taxis piratas se colaban a veces por la izquierda y avanzaban hacia la reja para capturar a sus gringos. Los choferes que estaban a la cabeza los interceptaban y el tumulto recomenzaba. Por último la reja se cerró. Una veintena de taxis quedaron esperando, mientras otros se retiraban hacia Lima. Daniel volvió a bajar. Los taxistas discutían con un policía. «Dice que todavía no han bajado los oficiales», arguyó Daniel regresando al timón. Siguieron esperando hasta que un hombre comenzó a correr al lado de la fila gritando: «Los oficiales bajaron a las diez». Los taxis que aguardaban encendieron sus motores, dieron marcha atrás, se enfrentaron, formaron un nudo de narices rugientes y finalmente se disolvieron por

todas las carreteras que llevaban a Lima.

«Yo sé dónde encontrarlos», dijo Daniel, dejando alejarse a los taxis, para enrumbar luego a los bares del puerto. En vano husmearon por el Happy Land, por el Tabú. Había apenas una docena de gringos ya borrachos entretenidos por las copetineras locales. «No hay más remedio. A Lima», exclamó Daniel y tomó la avenida Progreso. Iba despacio. «Por mi madre, te juro que nos hemos perdido cien dólares por lo menos. ¿Cuánto es eso? Más de mil soles». Ludo ya no tenía cigarrillos. Acostarse al pie de los cinco retratos a la luz de una vela. El ilustre señor doctor Ludo Melchor José Totem. «Carlota dirá que soy un huevón», se quejaba Daniel. Pasaron al lado de una huaca. Fábricas. Daniel aceleró y de pronto, después de pasar un aviso de colores, frenó súbitamente. «Bestia, acá podemos». Dando marcha atrás se cuadró delante de un local cuyo aviso neón «Los Claveles» parpadeó un momento y quedó luego apagado. Un claxon sonó por detrás. Había dos taxis esperando turno a la sombra de un árbol. Daniel volvió a dar marcha atrás y se colocó detrás de ellos. El cabaret iba quedando a oscuras. Un grupo de gringos salió y subió al primer taxi. Luego salieron varios gringos acompañados de dos mujeres. «Cógelos», gritó Daniel. Ludo corrió hacia ellos, pero ya el grupo había subido al segundo taxi, que cerraba ruidosamente sus portezuelas. «Allí hay otro», volvió a gritar Daniel. Ludo vio que el cabaret ya en tinieblas exhalaba un último marinero, que después de dar unos pasos quedaba indeciso en la penumbra. De inmediato se acercó a él: «Where are you going?». «To my friends», respondió el gringo. «Your friends go para Lima». El marinero miró la pista oscura y se apoyó de espaldas en un árbol. «The ship», dijo, «I want to go on board». Ludo lo condujo al taxi: «Quiere regresar al Callao». Daniel entreabrió la puerta: «Ten dollars». El marinero protestó: «One dollar». Durante un rato regatearon. «Three dollars», consintió al fin el marinero subiendo al taxi. Daniel dio la vuelta sobre la pista para regresar al Callao. «Tres dólares, cincuenta soles». «Beautiful girls in Lima. I have money. But I want to sleep». Daniel enrumbó hacia el puerto. «I am from Ohio», decía el gringo. «I'm married. I have two sons. Look». Su mano cruzó el respaldar del asiento y enseñó una cartera llena de fotografías. Ludo vio a un hombre en ropa de baño que corría llevando hacia el mar a una niña. «Wonderful», dijo. Daniel encendió un cigarrillo: «¿Manyaste la cartera? Está repleta, cojudo». «Look», agregó el gringo, mostrando otra fotografía. Ludo la veía cada vez que pasaban bajo un poste del alumbrado. «Tú no hagas nada. Tranquilo no más», murmuró Daniel. «¿Cómo?», preguntó Ludo. Daniel, en lugar de responder, frenó al lado de una chacra. Cuando iba a apagar el motor pasó uno, otro camión rumbo al puerto. Detrás venía una fila de automóviles que pugnaban por pasarse. El taxi volvió a arrancar, pero despacio. Daniel espiaba por el espejo de retrovisión, miraba hacia los costados. «Enciéndeme un cigarrillo», dijo entregándole un paquete donde flotaban varios Incas achatados. A la derecha vieron la mole de un silo de trigo. El taxi aceleró, frenó un poco para dejar pasar a un colectivo, volvió a acelerar y de pronto viró a la derecha y rozando un árbol se

internó por una pista lateral que desembocaba en el muro de una fábrica. «¿Adónde vas?», preguntó Ludo. El marinero que dormitaba se sobresaltó. «Is this the port?». Daniel avanzó un trecho por la angosta pista de tierra y frenó. «Get out», dijo, «the car is malogrado». De inmediato abrió la portezuela y bajó. «Get out», repitió. El marinero se incorporó en el asiento para mirar por la ventanilla: «Where is my ship?». Daniel abrió la portezuela de atrás: «Yes, yes, the ship».

El marinero descendió y quedó parado en medio de la pista, mirando a su alrededor: «I can't see it». Daniel se acercó a él: «Yo tampoco veo nada. Ten dollars». El marinero abrió las pupilas, pero ya Daniel elevándose como disparado por una honda atravesó el espacio que los separaba y le dio un cabezazo en la nariz. El gringo cayó de espaldas. Daniel se abalanzó sobre él. Ludo bajó del carro. En el suelo una masa daba vueltas. «Mariner», chillaba el gringo. Ludo lo vio ponerse de pie. Otra vez había caído. Daniel estaba ahora sentado sobre él, con una mano le apretaba el cuello y con la otra le removía la cara a puñetazos. De pronto salió disparado hacia atrás. «La manizuela», gritó. Ludo miró hacia el carro, que seguía con los faros encendidos, pero en lugar de ir hacia él avanzó hacia la pelea. El gringo se defendía y chillaba. «Del cuello», exclamó Daniel. Ludo se acercó más, cogió al gringo del cuello, pasándole el antebrazo por la garganta y tiró hacia atrás. Con gran esfuerzo pudo incorporarlo, justo cuando Daniel, nuevamente de pie, abría los brazos y lanzaba una pierna hacia adelante. El golpe fue tan fuerte que Ludo mismo cayó al suelo, aplastado por el gringo. Daniel se acercó y dio aún dos, tres puntapiés al bulto que se movía. Enseguida se agachó y rebuscó en los bolsillos. «Sube al carro», gritó. En la fachada de la fábrica una luz se encendió. El carro dio marcha atrás y Ludo tuvo la impresión de que sus llantas pasaban sobre el tronco de un árbol. «Cuenta», dijo Daniel tirándole una cartera a las piernas, mientras enfilaba hacia Lima. «No», dijo Ludo devolviéndole la cartera, «llévame a mi casa».

Capítulo XXII

Un hombre con unas piernas extremadamente largas y una cabeza casi del tamaño de un puño ingresó al bar Santa Rosa de Surquillo y preguntó por alguien. De la manga de su saco pendía un brazalete de duelo como una bandera arriada. A esa misma hora, en el Cuzco, un hombre que pesaba cien kilos bebía una cerveza en un bar del camino a Paucartambo y se decía: si la vida fuera, niña, color de rosa. A esa misma hora también cuatro camiones llegaban a Arequipa y de uno de ellos descendía un hombre dinámico que pensaba establecerse allí para construir una carretera. En la clínica Americana de San Isidro otro hombre respiraba con una mascarilla de oxígeno. Y en una casa pequeña de Miraflores, con el techo ahogado bajo las enredaderas, Ludo leía el pasaje de un libro que decía: «Morir es fácil. Lo duro es que los demás nos sobrevivan. Si nuestra muerte entrañara la destrucción de todo el universo moriríamos tranquilos. Y sin embargo, nuestra muerte entraña la destrucción de todo el universo».

En realidad no leía esta frase sino que la inventaba, pues lo que leía en ese momento por centésima vez en el día era la página de un periódico: «Continúa el enigma en torno a la salvaje agresión al marinero norteamericano». De Ohio, pensó Ludo, mirando los tres billetes de diez dólares que desde hacía dos días estaban al lado de su máquina de escribir y la fotografía del gringo, que se había deslizado entre los billetes. Su madre había venido el día anterior para decirle: «Que Genaro no manda nada, que dice que se quedará en Arequipa para ver si obtiene la contrata de una carretera». Ludo sólo había recibido una tarjeta postal de Armando, en la cual detrás de la foto del Misti escribía: «Vi a Segismundo en el Cuzco. ¿Hay noticias de la Walkiria?».

En la casa de Maruja, donde iba a almorzar, todos hablaban del marinero. «Que seguramente se muere el pobre, que dos costillas rotas y no sé qué en el estómago». Maruja decía que ya el barco iba a partir y que al marinero lo mandarían más tarde por avión. Ludo no hacía comentarios, pero al pie de este incidente, en títulos menores, los diarios decían que en el jirón 20 de Setiembre varios marineros habían mordido a dos mujeres y roto a patadas un *juke-box* y que cerca del hotel Bolívar habían volteado un automóvil y que en la Plaza de Armas habían ensuciado con caca la estatua de Francisco Pizarro. «Una por otra», pensó. «Pero mis dólares yo no los cambio. A lo mejor están marcados».

Genaro llegó por avión de Arequipa cuando los diarios decían que no tenían ninguna pista y Maruja que además de las costillas tenía una pierna rota. Su madre decía que no había más remedio que alquilar la casa y mudarse a una más chica y el doctor Font argumentaba que era necesario cumplir con los clientes. Armando mandaba otra carta postal de Arequipa en la que manifestaba su emoción por la cocina local y la mujer de Daniel decía que Daniel había desaparecido. Su mamá decía que se iría a vivir donde Maruja y el señor Naser que buscaría otro abogado. Ludo se dijo que para fumar sería necesario vender su revólver y Genaro que para obtener la contrata debía participar en una licitación. El periódico indicó que se efectuaban investigaciones en los medios del hampa y el doctor Font que era doloroso partir de cero. Ludo dijo que la vida era una verdadera mierda y su madre que el padre Tomás era un santo varón. Maruja dijo que se acercaban las Fiestas Patrias y Genaro que ya tenía el contrato. Su madre dijo que su abuela tenía un cuarto desocupado, Maruja que la costilla ya estaba soldada, el doctor Font que poderosos eran los bancos, el señor Naser que había un gran peculado, Armando que perdió una torre, Genaro que ganaría medio millón, Ludo dijo que sí.

Que por favor lo dejaran en paz, que sí se iría a vivir al cuarto de su abuela. Y ese mismo día fue a hacer una inspección a la quinta Mercedes de Santa Beatriz. Una piecita con una ventana sobre un patio y los muros cubiertos con uno de esos empapelados que ilustraban el tema de la repetición: en este caso un molino delante del cual pastaba una vaca. Ludo respiró el moho de ese cuarto deshabitado desde hacía varios años, trituró unas cuantas arañas y salió diciéndose que allí sólo era posible acostarse borracho o dedicarse a coleccionar viejos atlas para hojearlos de noche a la luz de una lámpara.

En ese barrio había vivido cuando tenía cinco años, antes de mudarse a Miraflores. Ludo conservaba de sus calles un recuerdo infantil e infalible. Durante un momento las recorrió y cuando llegó a la esquina del castillo Rospigliosi notó que un hombre lo seguía. En todo caso era un hombre que desde hacía rato seguía su mismo camino. Es imposible, se dijo Ludo, es absolutamente imposible que alguien, por más sagaz que sea, pueda establecer una relación entre un marinero asaltado y el señor Ludo Melchor José Totem. Pero cuando volteó por la calle Mariano Carranza, el hombre también volteó y Ludo apuró el paso y dobló por Montero Rosas y luego por Daniel Carrión y luego por Torres Paz. El hombre venía detrás. Ludo echó una ojeada a su alrededor y distinguió la pensión Lourdes. Penetró en el vestíbulo y quedó mirando por detrás de la mampara. El hombre pasó de largo por la calzada.

Ludo esperó un momento y salió. Mientras avanzaba hacia el paradero del ómnibus volvió varias veces la cabeza: detrás de él caminaba un negro silbando, más allá dos sirvientas y al final de la cuadra un grupo de colegialas. El negro lo siguió aún dos cuadras, pero Ludo lo burló deteniéndose largo rato ante los afiches del cine Azul.

Al llegar a su casa vio que su madre hacía una maleta: «Que me voy a llevar todas

mis cosas donde Maruja». Sus cosas: ropa de luto, misales, un paquete de cartas, todo entraba en una valija. Ligero equipaje. Ludo se preguntó cómo haría para llevarse sus libros al cuarto de su abuela. «Que hoy partió Genaro para Arequipa». Ludo respondió que ya estaba harto de Genaro y se sentó frente a su máquina de escribir mientras su madre daba aún vueltas por la casa, diciendo que Genaro le había dejado sólo cien soles pues para obtener la licitación había tenido que pagarle una fortuna a un tipo del ministerio de Fomento. Por último, antes de irse, le tiró una bandera a la cama: «Ponla en el asta, que mañana es 28».

Ludo contempló un momento la bandera desteñida y como tenía pereza subir hasta la azotea la colgó de una ventana del jardín. Su madre le había dicho que fuera más tarde a comer donde Maruja. Ludo escribió en su máquina: «No me da la gana, no quiero limosnas». De su escritorio sacó un billete de diez dólares.

La chingana de don Eduardo estaba llena de obreros borrachos. Había una atmósfera en vísperas de fiesta. Ludo pidió una cerveza y se disponía a pagar con los dólares, cuando escuchó que alguien decía Callao, otro barco, un tercero fractura. «Me he olvidado la plata», dijo al cantinero, pero ya un borracho lo abordaba: «Señor Totem, con mis mayores respetos». Ludo lo reconoció: era Rojas, un antiguo chofer de su padre. «Estamos en 28, modestamente, como peruano, le ofrezco». Otros borrachos se acercaron. Ludo se vio envuelto en un remolino de brindis. Se bebía mulas de pisco, vino sin marca, cerveza helada, jarabe de fresa. Ludo se atrevió a tomar parte de una discusión, se dio de abrazos con unos desconocidos, a los que Rojas lo presentaba diciendo: «Tuve el honor de servir a su señor padre». ¿Por qué se le respetaba? Nadie quería dejarle pagar. «Doctor en leyes» decía alguien. Un albañil que había sido marido de una de sus antiguas sirvientas se acercó: «Familia de caballeros. Yo lo puedo garantizar». Tan sólo en un rincón de la chingana un grupo de muchachos lo miraba con recelo. Ellos no habían tenido tiempo de ser castrados por el servilismo. Ludo se daba cuenta que para él no tenían sino desdén y odio y que si lo hubieran encontrado solo en una calle oscura lo hubieran molido a patadas. Don Eduardo invitó una rueda. Ludo aprovechó la confusión para escaparse.

Cuando abrió la puerta de la cocina sintió que el teléfono sonaba. Corriendo a través de las habitaciones oscuras llegó a la sala y descolgó el fono. Una voz de mujer se escuchaba. Tardó un poco en darse cuenta que se trataba de Estrella: «¿Nunca paras en tu casa? He llamado varias veces. ¿Por qué no vienes a verme? No, donde doña Perla no. Ahora trabajo por mi cuenta. En el bar El Turbillón. Mañana a las siete».

Don Eduardo le dio cien soles por un billete de diez dólares que valía ciento ochenta. Ludo llegó al Turbillón a las seis de la tarde y lo encontró cerrado. Había sido una noche de cohetes. El barrio del Porvenir comenzaba a despertar de su borrachera. En la plaza había una feria. Ludo dio una vuelta por los kioskos donde artesanos indígenas vendían toritos e iglesias de barro, retablos de madera, muñecos de trapo, calabazas talladas, potes y ceramios construidos con una mano paciente y

una sabiduría inmemorial. Para matar el tiempo entró a un pabellón prohibido para menores y sólo vio fotografías de falos averiados por horribles bacilos. Después de ganarse una botella de infecto oporto en un puesto de tiro al blanco, la destapó, bebió un sorbo, se la regaló a unos palomillas y regresó al Turbillón. Estrella estaba en el mostrador.

Ludo le invitó un chilcano de guinda. Dijeron que doña Perla era una vieja cabrona. «Te fui a buscar varias veces, pero no te encontré. La última vez un bizco me sacó la mierda, por poco me mata. Pero tú debes saberlo bien, pues estabas allí, mirando». Estrella juró y rejuró que no había estado, que no sabía nada del asunto y le preguntó cómo le iba. Ludo dijo que ya era abogado, que tenía cientos de clientes. Estrella le pidió en el acto cinco soles para poner música en el tocadiscos y lo sacó a bailar. «Un amigo quiere hablar contigo. Pero no aquí. Te espera en la esquina. Dice que es una cosa que te interesa». Ludo bailó otra pieza, mientras Estrella le decía que regresara luego, que iba a estar en el bar hasta medianoche. Ludo fue hasta la esquina, donde había un edificio de cemento, sucio, que ocupaba toda la cuadra, lleno de ventanitas y de balcones, un edificio que le puso la carne de gallina, lo tétrico que debía ser vivir allí, ser uno de esos inquilinos que asomados en todos los pisos observaban la feria. Luego miró a su alrededor pensando que era un idiota, que no conocía a ningún amigo de Estrella, ¿para qué diablos había venido?, cuando sintió que lo tocaban del brazo. Al volverse se encontró de bruces con el enano bizco.

«Amigos, ¿verdad? Lo pasado pasado», dijo extendiéndole la mano. Ludo la contempló un rato y al distinguir en ella una recia palma cobriza surcada de líneas pálidas la estrechó sin decir palabra. El bizco agregó: «Loco Camioneta, ¿te acuerdas? Vamos a dar una vuelta por la feria». Esta vez llevaba un terno gris con camisa azul oscuro y corbata blanca. Ludo vio los kioskos a lo lejos, con las luces encendidas y su bruma de frituras. Un bar insignificante, pero aparentemente previsto, se les interpuso. «¿Un trago?», preguntó el bizco. Ludo no sabía a qué ojo mirarlo. Ahora se daba cuenta: no era bizco, sino tuerto. Uno de sus ojos, viscoso, se mantenía fijo, pero el otro chispeaba, no estaba quieto y parecía suplir con su movilidad la carencia del inútil. Cantina de borrachos, con apartados de madera y largo mostrador con paltas rellenas y papas a la huancaína. El tuerto pidió una Cristal al mozo japonés y se frotó las manos. Ludo notó que el cuello de su camisa le estallaba sobre el recio pescuezo y que el nudo de su corbata se deshacía.

«Al grano», dijo el tuerto cuando sorbió su primer trago, «¿qué hacía usted el cinco de julio en el bar Los Claveles?». En lugar de responder Ludo observó su vaso aún intocado, que sus dedos tardaban en asir. Haciendo un esfuerzo lo cogió: «¿Cómo dice?». «No se haga el cojudo, el bar Los Claveles, en la avenida Progreso, el día en que asaltaron al marinero. Estrella iba con un grupo de gringos. Ella lo vio. Puede preguntárselo». Ludo se llevó el vaso a sus labios. «No veo a Estrella desde el mes de enero, cuando usted». El tuerto lo cogió de la muñeca: «Fíjate estos dedos, yo he sido estibador, luego soldado. Son fuertes, ¿no? No me vengas con cuentos. Estabas en un

taxi con otro tipo. Ustedes recogieron al marinero. Estrella los vio antes de partir». Ludo retiró con violencia su mano y se deshizo de los dedos que lo atenazaban. «Mozo», llamó. El japonés corrió a su lado. «La cuenta», pidió Ludo. «Otra botella», ordenó el tuerto. El japonés sonrió, pero al ver que el tuerto sacaba un billete para pagar por adelantado fue por la segunda Cristal. Ludo no insistió y cogió un cigarrillo del paquete que había sobre la mesa. «No sé qué está buscando usted, pero todo esto me parece sucio. ¿Qué cosa quiere? Yo no sé nada, yo no salgo de noche, yo cuando salgo, mi amigo, es decir». «Suficiente», lo interrumpió el tuerto, «¿quién fue el que le pegó?, ¿cuánto le robaron? Facilongo, ¿no? Entre dos y con un borracho. Pero todo se sabe». Ludo se puso de pie. El tuerto iba a imitarlo, pero el japonés llegaba con la otra botella. «Buenas noches», dijo Ludo saliendo del bar. Apenas había dado unos pasos Loco Camioneta lo alcanzó y comenzó a caminar a su lado. La gente iba hacia la feria. Ludo aguzó la vista, tratando de reconocer algún rostro amigo. Al cabo de un trecho el tuerto lo cogió del brazo obligándolo a detenerse. «Fíjate, zambo, anda pensándolo. Mañana te espero en esta esquina a las diez de la noche. Traime el bollo. Diez mil, digamos. Sino, ya sabes. Esta boquita canta y al Sexto por pericote». Enseguida se dio la vuelta y desapareció entre la multitud. Ludo dio unos pasos, miró a través de las lunas del Turbillón donde no estaba Estrella, se fue a caminar por la feria y se entretuvo en disparar con una escopeta de aire comprimido, pero por más cuidado que puso no pudo ganarse esta vez ni una miserable botella de oporto.

Capítulo XXIII

«Daniel se ha ido donde su papá, a Huancayo. Me dijo que sólo iba una semana, pero no ha vuelto». La mujer le decía esto acariciándose sin esperanza su vientre aún hinchado. Ludo pensó en el punzón, luego en el desfile militar que en ese momento se realizaba en el Campo de Marte y por último se fue a su casa porque ya era necesario hacer trizas los dos billetes de diez dólares que le quedaban y la fotografía del marinero.

En la sala estaba su madre sentada en un sofá, esperando. «Que he hecho mal en poner el aviso de alquiler para hoy pues es día de fiesta, que pondré otro para el treinta y uno». Ludo fue a su dormitorio, leyó un papel donde decía «No me da la gana, no quiero limosnas» y haciéndolo un rollo lo tiró al suelo. Llevar sus libros al cuarto de su abuela. ¿Pedirle diez mil soles a Genaro? Todo difícil. Ir donde Pirulo.

Estaba tocando piano, suave jazz, improvisando, con sus largos dedos manchados de tabaco. «Estoy fregado del hígado, hermanón. Hace tres días que no tomo un trago». Lo llevó hasta su mesa para enseñarle unos papeles. Ludo leyó: «El sol es una plaza, donde la muerte gira locamente». El resto de la hoja estaba en blanco. «He querido seguir, pero…». Le dijo que el adiposo había partido para Puno. Sus tíos lo habían mandado llamar porque la situación estaba tirante. «Tú sabes, por allá también, como en Ayacucho, como en el Cuzco». Ludo lo escuchó un rato, pensando cómo decirle que un maleante lo tenía entre sus manos porque una noche fue a dar una vuelta en taxi con Daniel. Era inútil. No lo podría entender. «Eso sí, podemos tomarnos una cerveza helada. Fiestas Patrias, viejo». Luego añadió que su papá había dejado unos cobres en el banco y el denuncio de unas minas. «Mis hermanos están trabajando. Hay de qué vivir por ahora». Ludo permaneció un rato en el dormitorio, oyéndolo hablar, tocar piano, envuelto en la bata del prefecto, mientras se decía: «Un señor en las manos de un maleante. ¿Dónde están los honorables magistrados?».

Pirulo se embaló con la cerveza, quiso vestirse, acompañarlo, pero Ludo tenía otros proyectos: «Vengo a verte en la noche». Regresó a su casa (su madre seguía sentada en el sofá, esperando), metió sus libros en una maleta, su ropa en otra. También lo suyo ocupaba poco espacio. El dormitorio parecía saqueado. En la pared quedaba la galería de retratos. Ludo vaciló un momento y terminó por descolgarla. «De una vez me mudo», dijo a su madre. «Si una mujer me llama por teléfono dile que me he ido de viaje. Es una pesada. Dile cualquier cosa». Salió a la calle con sus

bultos y comenzó a esperar un taxi. Su madre lo siguió unos pasos por el jardín y quedó inmóvil, mirándolo, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Dejó sus cosas amontonadas en el cuarto de su abuela y se fue al Porvenir, a buscar a Estrella. Sólo su consejo. Como siempre, demasiado temprano. El Turbillón estaba cerrado. Vagó por la feria aún sin animación. La tarde se puso mustia. En un bar tomó un pisco, rodeado de obreros. Era la hora fatal de los bebedores. Un poco lúcidos aún, cambiaban entre sí frases largas y adornadas, mientras detrás del mostrador los observaban impasibles orientales. Obreros, que vivían al día, exonerados del porvenir, ¿qué otra cosa podían hacer? Cuando se lanzó el primer «Viva el Perú», Ludo salió del bar. El Turbillón estaba iluminado. Ludo miró a través de los visillos de la mampara y vio a Estrella en el mostrador conversando con la dueña. En una mesa vecina el tuerto bebía un trago conversando con otras mujeres. Ludo se fue a la acera del frente y se refugió en otra chingana, cerca de la puerta. Gente pasaba rumbo a la feria. En el mostrador se bebía pisco. Alguien decía: «Seré negro, pero mi padre usaba tongo». Al fin el tuerto salió del Turbillón y se fue rumbo a los restorantes de La Parada.

Ludo pagó su cuenta y cuando iba a salir del bar se detuvo. Pidiendo la lista de teléfonos buscó el número del Turbillón. La dueña lo conectó con Estrella. «Estoy aquí en el bar del frente. Ven un momento. Es algo importante». La esperó en la puerta. Al poco rato se abrió la mampara del Turbillón, emergió Estrella en la calzada y después de mirar a uno y otro lado cruzó rápidamente la pista entre dos ómnibus destartalados que se afrontaban rugiendo.

«Ven por aquí», dijo Ludo y cogiéndola del brazo avanzó entre los borrachos, que alargaban hacia ella sus hocicos, silbaban, estiraban manos obscenas. Al fondo había un apartado. «Tengo sólo quince minutos. Él ya no tarda en venir», dijo Estrella. Ludo la contempló. Estaba pálida, intranquila. Debía darle confianza. «Antes que nada una cosa, ¿por qué en el verano tenías los ojos azules y ahora verdes?». Al fin la vio sonreír «No son ni verdes ni azules. Mira bien. Son grises». En efecto, eran grises. Estrella retiró hacia atrás el rostro que había avanzado. Ya había un japonés al lado, esperando el pedido. «Sólo tengo para un pisco», dijo Ludo. Estrella dijo que no tomaba nada y volvió a quedar seria. «Fíjate», empezó Ludo, «no sé qué historias te traes tú y el Loco Camioneta. Me quieren enredar en un lío. Te juro que…». Estrella ya le respondía: «Yo sólo le dije lo que había visto. Esa noche yo salía de Los Claveles con unos gringos y tú te acercaste. Nosotros nos metimos en un taxi y cuando volteé la cara vi que te llevabas al gringo a un taxi que había parado». Ludo se mantuvo imperturbable: «No sé de qué taxi hablas ni dónde queda Los Claveles. Yo…». «¿Por qué mientes?», lo interrumpió Estrella. Ludo no supo qué decir y por hacer algo cogió su copa de pisco. «¿Te ha pedido plata? Fíjate, yo le conté eso por nada, sin pensar y él me preguntó si estaba segura que eras tú, yo le dije que podía jurarlo y él dónde vivías, yo le dije que una casota de Miraflores y él si tú tenías plata, yo le dije que tú no, pero que tal vez tu papá». «Yo no tengo papá ni ésa es mi

casa», dijo Ludo, pero ya Estrella comenzaba a temblar mientras señalaba el espejo que había detrás del mostrador: «Allí está». Ludo vio en el espejo a un enano de azul confundido entre los borrachos. Estrella estaba otra vez pálida. «¿Tienes miedo?». Estrella abrió su cartera, sacó un espejito y comenzó a polvearse. Ludo se puso de pie y espió hacia el tumulto del mostrador. Había un retaco que pedía trago, pero no era el Loco Camioneta. «Sigamos», dijo, «no es él. ¿El Loco es tu marido? ¿Qué negocios tienes tú con él?». Estrella guardó su espejo en su cartera: «Tengo que regresar al Turbillón. Yo no tengo nada que ver en estas cosas». Ludo la contuvo: «Vamos a suponer que yo haya estado en Los Claveles ese día. ¿Por qué me quiere sacar plata?». Estrella miraba nuevamente hacia el mostrador. «¿Estás seguro que no es él?». Ludo la tranquilizó: «Vamos a ver. Respóndeme, ¿por qué quiere sacarme plata?». «No sé. Tal vez ha querido hacer la prueba. Es un lance, ¿sabes? Él es así. Además leyó en algún sitio que iban a dar una gratificación al que…». Ludo no recordaba haber leído nada sobre eso: «Pero el marinero ya está mejor. Además dice que no se acuerda de nada, dice que sólo unos tipos». «El Loco tiene amigos entre los policías, a lo mejor ya ha hablado con ellos». «Yo también tengo amigos en la policía y no entre los cachacos de las esquinas, sino entre los de arriba, entre los que tienen galones. Si el Loco me sigue jodiendo lo puedo joder, lo puedo hacer encerrar, mandar a la colonia del Sepa, lo puedo hacer capar». «¿Verdad?». Estrella recuperó bruscamente su animación. Ludo la observó. «Mira», añadió Estrella y lo invitó a observar por debajo de la mesa. Ludo agachó la cabeza en el momento en que Estrella recogía sus faldas sobre su vientre para dejar sus muslos al descubierto: en uno de ellos, cerca de la liga, había una marca oscura. «A veces, cuando toma, tú sabes bien, es chiquito, pero se vuelve un bruto». Ludo seguía mirando, no ya el moretón, sino lo que lo rodeaba. «Me voy», escuchó que decía Estrella. Cuando Ludo se enderezó la vio que se ponía de pie. «Mi tiempo cuesta caro», decía, «estoy perdiendo clientes». Ludo no intentó retenerla más. Sólo preguntó: «Entonces, ¿qué debo hacer?». «No sé. Pero lo mejor es que pagues. No le digas que has hablado conmigo». Ludo quiso acompañarla, pero ya Estrella salía del bar rápidamente, con la cabeza encogida entre los borrachones.

A las diez de la noche llegó a su casa de Miraflores. Las luces estaban encendidas. Su madre, seguro, esperando clientes. Empujó la verja del jardín y luego metió la llave en la puerta de la sala. Cuando la empujó se encontró de bruces con un hombre extraño, en mangas de camisa y anteojos. El hombre retrocedió unos pasos hacia la chimenea y miró aterrado hacia su alrededor, buscando auxilio. Balbuceaba algo así como «¿qué significa esto?». Ludo le dijo que eso mismo se preguntaba él, que qué hacía él en su casa. «Ésta es mi casa, señor, esta tarde la he alquilado», respondía el hombre de lentes. Ludo le pidió excusas. El hombre se envalentonó, levantó la voz y le exigió que le entregara su llave. «Podía estar usted al tanto. Ya pagué. Todavía no he traído a mi familia, pero esta noche dormiré aquí para irme acostumbrando». Ludo se retiró, consolándose con la idea de que ese inquilino debía ser un viejo empleado

de banco. Fue al cuarto de su abuela y al entrar se tropezó con su maleta de libros. Ni siquiera sabía dónde podía estar la llave de la luz. A tientas buscó la cama de bronce y se tiró a dormir vestido sobre un somier que rechinaba.

Lo primero que hizo al levantarse fue comprar todos los periódicos de la mañana. Ninguno traía referencias al marinero ni a la gratificación ofrecida. Esa noticia ya había pasado de moda. Las páginas policiales hablaban ahora de una niña de siete años violada por su padre y de un grupo de reclusos que se habían escapado de la penitenciaría cavando un túnel hacia la calle. En la página de las provincias se leía: «Invasión de tierras en Puno. Un grupo de indígenas… madrugada… bandera peruana… custodios del orden… tres muertos». Ludo prestó atención a una frase del cronista: «Se sospecha la intervención de elementos disolventes». ¿Quiénes serían los elementos disolventes? Ludo imaginaba una gruesa botella de ácido sulfúrico. Otra noticia le llamó la atención: «Próxima aparición de una revista de cultura». Se refería a Prisma.

No tengo por qué darle nada, decía Ludo, no tiene ninguna prueba contra mí, Estrella no abrirá la boca, salvo que la agarre a patadas, además no tengo plata, además lo puedo denunciar por proxeneta, quizás sólo por el placer de escribir esta palabra de linaje griego, porque es evidente que vive de Estrella y además el gringo ya está bien, con una pata rota, es verdad, pero así no lo mandarán a la guerra, a la próxima guerra es decir, qué más quiere el suertudo, pero eso sí, por si acaso tengo que esconder estos dólares y la fotografía sobre todo.

Ludo miró su maleta aún sin abrir y la galería de retratos, apilada verticalmente en una esquina, de modo que sus ancestros estaban echados unos sobre otros, oreja contra oreja. Cogiéndola, la colocó horizontalmente sobre la consola y el orden de su progenie se restableció. «Tengo que deshacerme de los dólares y de la fotografía». Cogiendo ambas cosas se las llevó hacia la casa de Pirulo.

Le abrió la puerta la viuda del prefecto, de negro, mientras se señalaba un ojo para decir: «Le vaciaron la cuenca, le cortaron la…». Ludo pasó al cuarto de Pirulo. «Lo esperaré un rato, no se preocupe». Aguardó un rato, mirando las teclas del piano abierto, sucias, rotas, como una dentadura cariada. Largos dedos las acariciaban en noches de horribles penas. «Se fue un rato a la esquina», había dicho la viuda. Ludo husmeó por el dormitorio, buscando un escondite. Vio al lado del piano varias botellas de cerveza vacías y luego un papel en el rodillo de la máquina de escribir. Al acercarse leyó: «El sol es una plaza, donde la muerte gira locamente». Nada más, igual que hacía unos días. Ludo trató de añadir algo a ese comienzo, pero divisó un tirabuzón sobre la mesa y este objeto insignificante y anodino le produjo un malestar instantáneo, casi un daño físico, cuya causa no trató ni siquiera de averiguar. Al poco rato estaba en el tranvía que iba hacia Lima, balanceándose contra uno y otro de los rieles, entre el ruido inclemente del tolón tolón. Del trole saltaban chispas azules que iluminaban las chacras. Decirle que no, que lo mandaría a la cárcel. Además, apenas le quedaban diez soles. Para toda la vida. Ludo bajó en 28 de Julio y se echó a

caminar hacia el Porvenir. Largo camino, entre bares y ferreterías. Pasó por la calle de los burdeles, llena de marineros y soldados peruanos. Permiso para un patriótico polvo. Era el último día de la feria. Una sarta de cohetes cayó a sus pies y se dispersó por los aires, entre un huir de palomillas. Kioskos de estera llenos de vasijas. Tal vez un mes, un año, preparaba esa gente sus tesoros. Ludo vio a lo lejos el anuncio del Turbillón, pero antes de que pudiera leer claramente sus letras sintió que le pasaban la voz: «Salud, zambo». De un umbral se desprendió el Loco Camioneta y avanzó hacia él extendiéndole la mano.

Ludo la retuvo un momento, con cierta voluptuosidad, pensando en la vieja agresión del jirón Humboldt. Cuando quiso retirarla sintió que sus dedos crujían bajo una presión mecánica, estudiada. «¿A la feria o al Turbillón?», preguntaba el tuerto. Ludo miró a su alrededor: «A un bar mejor. Un trago nos cae bien». Por allí todos los bares eran iguales: un tumulto de borrachos en la entrada, un corredor al lado del mostrador y los apartados de madera con su mesa y dos bancas, una frente a otra. Pidieron dos piscos. «La vida es un juguete», decía el tuerto, «fragilita no más. Le das un tingote y se hace trizas. Hay que cuidarse de los tingotes. ¿Trajiste eso?». Ludo le cogió un cigarrillo. El tuerto fumaba ahora rubios. «No», dijo. El tuerto se rió y comenzó a rebuscarse cerca de la axila. «No me enseñe nada, no tengo plata ahora», prosiguió Ludo, pero ya el tuerto le mostraba un recorte de periódico. Era de un periódico sensacionalista de la tarde. Ludo leyó: «La embajada de Estados Unidos ofrece una». «No creo en esto», dijo, «además usted es un chantajista y un cabrón. Lo puedo meter a la cana. Tengo dos tíos que son». El tuerto seguía riendo: «Sus tíos pueden ser lo que quieran. Hasta presidentes. Mejor es tener un amigo policía. Yo, patita de todo el barrio. Cuando alguien quiere abrir el pico, le mando a Estrella y se acabó. Y si Estrella no quiere, bueno le». «¿Qué cosa?». El tuerto encendió su cigarro: «Represalias, compadre, una buena patada en el culo y se acabó». Ludo sorbió su pisco. Cuando quiso encender otro cigarrillo notó que su mano temblaba. El tuerto seguía «El Sexto es duro, zambo. Lo primero que hacen es violarte. Buenas vergas por allá. Gente atrasada, sabes, de la vieja guardia, años de años allí, negros curtidos, a chavetazos te bajan el pantalón y si no». Ludo buscaba un argumento. «Esto es una estafa», dijo al fin. «Suficiente», dijo el tuerto, «no soy hombre de labia, pero lo que digo lo hago. ¿Me das el bollo o no? Dímelo al tiro. Si no lo sueltas ahorita». «Y si no te lo doy, ¿qué me haces?». «Ya te lo dije, carajo» (el tuerto quedó callado. El japonés se acercaba preguntando si lo llamaban). «Otra copa. Si te haces el pendejo, te agarro, compadre. Ahora o al Sexto». Ludo quedó callado, mientras el tuerto buscaba otra vez cerca de su axila. «Acá tengo el número, llamo al 57456 y te has jodido. Digo no más: acá lo tengo y el caimán llega a la carrera». Ludo aventuró otra pregunta: «¿Y qué pruebas tienes?». El tuerto rió otra vez: «Qué pruebas ni qué carajo. Ya te las sacarán a patadas». Ludo terminó su trago: «Está bien. Nos vemos dentro de una hora». El tuerto lo acompañó a la puerta y siguió con él un trecho: «Diez mil soles es poco. ¿Sabes cuánto ofrece la embajada? Dólares, zambo. Un

fortunón. Te espero aquí a medianoche». «Aquí no», dijo Ludo. El zambo lo acompañó un poco más. «¿Cómo que aquí no?». Ludo dijo: «A mí me gustan las cosas claras, sin testigos. Nos vemos en el Campo de Marte, delante del monumento a Jorge Chávez. No sea que después me ensartes. Chau».

Capítulo XXIV

Ludo sacó sus tres trajes de la maleta y buscó en sus bolsillos. Siempre había por allí plata olvidada. Reunió siete soles. Justo para un taxi. Si no voy, el tuerto llama o avisa. A lo mejor es pura fanfarronada. Además no tiene pruebas. Estrella le tiene miedo, dominada por el terror, como triste mujer. Genaro en Arequipa. Pirulo perdido en algún embarcadero. Amenazarlo otra vez. Decirle te meto preso, eres una mierda. Pero no dejar nada en el cuarto. Precauciones. ¿Por qué reventaban cohetes? Hasta en Santa Beatriz.

Ludo sacó su revólver Colt 25. Si encontraban uno en su casa, a lo mejor. ¿Quién podía encontrarlo? Uno nunca sabía. Tirarlo en alguna acequia. Enterrarlo en algún parque. Haber heredado ese pequeño instrumento sin uso y no miles y miles de soles. El Campo de Marte estaba cerca.

El reloj del ministerio de Trabajo marcaba las doce menos diez. Ludo recorrió las últimas calles de Jesús María y divisó a lo lejos la explanada del Campo de Marte. El cielo estaba despejado. Un pedazo de luna asomaba en el camino del mar. Ludo observó su curva de plátano maduro, incandescente, y se internó por el césped, después de saltar una acequia. El suelo estaba lleno de papeles sucios, de restos de comida. Esa tarde había habido allí un concierto, en la Concha Acústica, música para pobres. Ludo siguió avanzando, mientras sentía desvanecerse en la distancia las bocinas de los automóviles, las luces de los avisos luminosos. Pronto se dio cuenta que sus pisadas hacían ruido, que lo rodeaba una amplia zona de sombra. En verano se revolcaban allí las parejas. Ahora ni automóviles se veían. Sólo a la distancia el cono del monumento a Jorge Chávez.

Ludo se detuvo y espió. No se veía nada. En la grama cantaban los grillos. Echándose de bruces empezó a reptar mientras mascaba una yerba. Su mano tocó algo caliente y se dio cuenta que en el suelo había una colilla de cigarrillo. Recogiéndola tiró una pitada. Alguien había pasado por allí. La apagó contra la tierra y se puso de pie. No tenía nada que temer. Venía a parlamentar. Pero este argumento no valía, pues del cono monumental surgían sombras agudas, violentas figuras que eran como máquinas de exterminación. Ludo sabía bien que sólo eran ángeles, de día había visto esos seres alados que escalaban la pirámide elevándose en espiral hacia el infinito. Pero ¿por qué a esa hora eran armas diabólicas, cuernos que desgarraban las entrañas y los arrastraban a un involuntario holocausto? Ludo siguió avanzando. A

voltear la cara distinguió a lo lejos el aviso de un edificio, grandes letras que formaban dentro de la elipse azul la palabra ESSO. Esso, claro, esso era la oscuridad, esso lo que buscaba cerca del monumento, esso.

Ludo volvió a tenderse en el suelo. De la ciudad llegaban oleadas de rumores, de reflejos, regularmente, hasta su isla de sombra. Por ese césped había desfilado cuando era colegial, uniformado, con una escarapela peruana en la solapa; tendido sobre ese césped había escuchado, años atrás, música de violines y el estampido de un corno; babeando sobre ese césped había acariciado el vientre de una mulata sin nombre; de bruces sobre ese césped, ahora, seguía extendido, arrastrándose hacia el cono, sin saber por qué, para qué.

En su espalda sintió una presión. «Arriba, zambo, no estamos jugando a las culebras». Al levantar la cara vio una corta silueta: el tuerto estaba de pie y apoyaba tranquilamente una pierna sobre sus riñones. «Vamos, compadre, ¿dijiste a las doce u oí mal?».

Ludo se puso de pie y se frotó las manos contra los flancos de su pantalón. El tuerto avanzó hacia el monumento. «Ven por aquí», decía, «solitos, no más, ni Cristo nos ve. ¿Trajiste el bollo?». Ludo siguió avanzando hacia el monumento, escudriñando la sombra, diciéndose, lo asalto, pero sabiendo que el tuerto lo miraba con su nuca, lo tenía atrapado y que si él hacía el menor gesto le metía la mano por la entrepierna y lo estrellaba de cabeza contra las gradas del túmulo. Al lado del cono se espesaba la sombra. «¿Quieres un cigarrillo?». El tuerto alargaba la mano en la oscuridad. Ludo palpó la mano, cogió el pitillo y se lo llevó a los labios. Notó que el tuerto miraba a su alrededor antes de encender el fósforo. «No estamos aquí en plan de tertulia», dijo, «salta con eso de una vez». Su mano avanzó con un fósforo encendido. Ludo tiró una pitada: «Debíamos tomarnos antes un trago». El tuerto movió los brazos en la oscuridad y volvió a extender una mano: «Toma del pico. Yo llevo siempre mi cuarto en el bolsillo». Ludo se vio con una botellita chata entre las manos. Se llevó el gollete a los labios y bebió un trago largo, interminable. Las entrañas le quemaban. «Alárgame el bollo, zambo, y nada de pendejadas, que aquí tengo mi encendedor». Encendedor: esta palabra, que Ludo no preveía, lo sorprendió. ¿Qué sería el encendedor? En el momento en que le devolvía la botella el tuerto le atrapó la punta de los dedos: «¿Qué esperas? Venga eso». Esso, pensó Ludo, esso otra vez, en todas partes. «Mira», dijo, «te lo doy (oh, el cono, puntiagudo, cubierto de angelones), te lo doy, pero si no te lo doy, pero mira, Jorge Chávez, si no te lo doy». «Me lo das», dijo el tuerto. Ludo retiró su mano, cuyos dedos le ardían y retrocedió un paso. «Tuerto de mierda», se atrevió a decir y le bastó escuchar esta frase, que él mismo había pronunciado, para retroceder un paso más, asustado. Esso, ¿qué cosa era esso? El cono. Le pareció que la sombra avanzaba a su lado y lo tenía cogido de la manga. «¿Para eso me has hecho venir? Suéltalo o te coso». Ludo miró hacia la sombra. En una de sus manos la sombra tenía un objeto retorcido y brillante, como un fino tirabuzón de acero. «Te corto, viejo, no lo cuentas mañana». Ludo quedó

inmóvil, atento a la mano que se mantenía en el aire cerca de su cuello. «Otro trago», dijo. «Nada de tragos». Ludo añadió: «Espera, carajo, voy a sacarlo». La mano continuaba en el aire. Ludo veía la luna en el cielo y cerca de su nuca otra pequeña luna dorada y temblorosa, pero muy cerca, tanto que hubiera podido alcanzarla con su boca. Metiendo la mano al bolsillo cogió la cacha del revólver. Con el dedo pulgar abrió el seguro y en un instante tenía el revólver en la mano. Le pareció que la luna caía sobre su cabeza y apretó el gatillo. Sonó como un cohete pasado, pero la sombra en lugar de avanzar se mantuvo inmóvil. Ludo volvió a apretar el gatillo y vio que el tuerto estaba tendido en el suelo. Decía algo. Ludo se agachó, pero no escuchaba nada. Apenas le parecía oír un gemido. La sombra empezó a rodar, pero rápidamente, tanto que Ludo la perdió de vista. Miró en todas direcciones, para saber adónde había ido a parar. Sólo estaba a veinte pasos de distancia, detenida contra un suave montículo, inerte. Ludo tuvo la impresión de que era algo que se había coagulado. Guardó su revólver. De su saco extrajo su cartera. Cogió los dos billetes de diez dólares y la fotografía del gringo y metió todo en el bolsillo del caído. Se alejó despacio, luego le pareció que alguien lo seguía o que caminaba sobre un tambor y empezó a correr hacia las luces.

Antes de llegar a la avenida Salaverry metió la pierna en una zanja y cayó de bruces, golpeándose la barbilla contra una piedra. Quedó tendido viendo pasar los carros por la avenida, apenas a diez metros de distancia. Estaba a la espalda del club Lawn Tennis. Debía haberse celebrado allí una fiesta, porque estaba iluminado y por la puerta falsa salían parejas conversando. Subían a una fila de carros. A Ludo le pareció distinguir a Carlos Ravel que se dirigía hacia un convertible negro llevando del brazo a una muchacha de largo pelo oscuro. ¿Sería Lisa? Volvió a sacar su revólver, pero se dio cuenta que no era Carlos Ravel. Lo guardó y cuando la primera oleada de carros arrancó, se puso de pie rumbo a la avenida Arequipa. Tenía que contornear una pared alta, la del club, con tela metálica sobre el muro para impedir la fuga de las pelotas. Por la calzada solitaria caminaba un policía. ¿Por qué tenía que seguir su mismo camino? El policía no se daba prisa. No rehuir el peligro, se dijo llevándose la mano al bolsillo. Pero al llegar a la esquina el policía cruzó la acera y se encaminó hacia la avenida Alfonso Ugarte. Ludo se detuvo en la esquina. Sentía calor. Sacándose la bufanda la metió en el bolsillo de su saco. Se fue caminando por la avenida Wilson hacia la plaza San Martín. Cerca de la penitenciaría divisó a una vieja que esperaba el tranvía para Magdalena. La vieja lo siguió con la mirada. Ludo se detuvo para observarla. No era una vieja, era un cura. ¿El hermano director, tal vez? Otra vez metió la mano al bolsillo. «Un sacerdote asesinado en pleno centro. La policía investiga». Ludo se iba a acercar un poco más al paradero, cuando un tranvía chirriante e iluminado desembocó por el Paseo de la República.

Los cafés de la plaza San Martín estaban animados. Ludo recorrió algunos hasta que se dio cuenta que tenía pedazos de grama adheridos al terno. Cuando se los sacudía divisó a un hombre con unas piernas extremadamente largas que andaba al

lado de otro con sombrero de hongo. Estaban en la puerta del círculo militar discutiendo con un portero. «Dígales que me cago en el presidente», decía el del sombrero melón y se fue hacia el bar Zela con el de las piernas extremadamente largas. Ludo los alcanzó. «¿Qué tienes allí, hermanón?». Pirulo señalaba su barbilla. Ludo se limpió con su pañuelo: «Me caí del ómnibus». Pirulo mostró a su compañero: «Un tipo cojonudo. Pinta, toca violín, sabe francés. Divertido, hermanón. Conoce todos los bares. Hace trucos con pañuelos, con palos de fósforos». «Leí tu poema», dijo Ludo, «muy bueno. Préstame diez soles». Pirulo lo cogió del hombro: «¿Palabra que te gustó? No está terminado». «Préstame diez soles». Pirulo le dio el billete: «Quédate aquí. Cuando el Zela cierre nos vamos a Los Bohemios, después donde el japonés Tacora, después a la plaza de la Inquisición». Ludo se alejó guardando su billete. El sol es una plaza donde la muerte gira locamente. Alguien le pasó la voz desde un tranvía y Ludo, sin darse el trabajo de identificarlo, respondió con una seña. Mientras se acercaba a Palermo pensó que muy bien podía ser el hombre que lo siguió una vez por Santa Beatriz, es decir, Efraín López, el imberbe de la fotografía. Pero ya se encontraba frente a Palermo. Quedó detrás de los batientes de la puerta, dentro del bar. De un apartado lo llamaron. Eleodoro avanzó hacia él con los brazos abiertos: «Viva la vida». Alguien decía: «La luna ha parido estrellas en tu frente». Esta frase espeluznó a Ludo, que miró aterrado la mesa donde un grupo de personas sonreía. «Prodigioso ensayo», «Tesis de doctorado», «Es una bestia». Ludo creyó reconocer a sus amigos. Cucho se irguió: «Sale Prisma por fin. En estos días. Esta tarde el doctor Rostalínez. La carátula». Ludo extendió la mano hacia un vaso de cerveza intacto que había sobre la mesa y se lo tomó de un sorbo. Dando media vuelta salió a la calle. Le dolía la mandíbula. Tomó un taxi y le dio la dirección del cuarto de su abuela. Lo primero que hizo al llegar fue buscar la llave de la luz, alumbrado por un fósforo. Luego de encenderla se miró en el espejo del enorme ropero. Una marca oscura en el mentón y los ojos avejentados. Luego se olvidó del espejo y miró el ropero, que era prodigiosamente grande, lleno de cajones, perillas torneadas y molduras esculpidas a mano. Al abrir una de sus puertas se desplomó del último compartimiento una enorme caja, se destrozó contra el suelo y dejó desparramados veinticuatro sombreros antiguos de mujer. Ludo se puso uno que llevaba velo negro y se miró en el espejo. Se probó dos o tres más, llenos de polillas, sin reír, distraído. Detrás de los muros llegaba el rumor de una discusión. Ludo entró al minúsculo baño y encaramándose sobre el excusado espió por el respiradero. Un patio, una ventana iluminada. Un viejo en tirantes leía un periódico sentado en una silla. Era una cocina. Una vieja daba vueltas en torno de él. «Has arruinado mi vida» decía la vieja. El hombre, sin dejar de leer el periódico, respondía: «Cállate mierda». «Treinta años de tormento». «Cállate mierda». «Me vas a volver loca». «Cállate mierda». «Tomo a Dios por testigo». «Cállate mierda». Ludo saltó del excusado y regresó al dormitorio. Sentía un peso en el bolsillo de su saco y metiendo la mano sacó el revólver. Acercándose al espejo del ropero apoyó su caño en la sien. Ludo

Totem desaparece, pensó, se convierte en un gorgojo, en un infusorio. Su reflejo le pareció ridículo, de mal gusto. En el acto tiró el revólver sobre la cama y cogiendo su máquina de afeitar se rasuró en seco, heroicamente, el bigote.

•

JULIO RAMÓN RIBEYRO ZÚÑIGA (Lima, 1929-1994). Escritor peruano, considerado uno de los mejores cuentistas de la literatura hispanoamericana. Fue una figura destacada de la llamada Generación del 50, a la que también pertenecen narradores como Mario Vargas Llosa, Eleodoro Vargas Vicuña y Carlos Eduardo Zavaleta. En su país fue distinguido con los premios Nacional de Teatro (1959), Nacional de Novela (1960), Novela del diario *Expreso* (1963), Nacional de Literatura (1983) y Nacional de Cultura (1993); a nivel internacional le fue otorgado el Premio de Literatura Latinoamericana y del Caribe Juan Rulfo (1994, ahora FIL de Literatura en Lenguas Romances).

Aunque el grueso de su obra lo constituye su cuentística (reunida bajo el título general de *La palabra del mudo*), también destacó en otros géneros como novela, *Crónica de San Gabriel* (1960), *Los geniecillos dominicales* (1965) y *Cambio de guardia* (1976); ensayo, *La caza sutil* (1975); teatro, *Santiago, el pajarero* (1966) y *Atusparia* (1981); diario, *La tentación del fracaso* (1992-95); y aforismo, *Prosas apátridas* (1975) y *Dichos de Luder* (1989).

Notas

[1] Este prólogo apareció en la segunda edición peruana de la obra, en 1973. *(N. del E. digital)* <<

[2] Ribeyro publicó su tercera novela, *Cambio de guardia*, en 1976. *(N. del E. digital)* <<

[3] Sería motivo de un ensayo largo y demorado la distinción entre carácter épico y novelesco del relato. Brevemente y a cargo de discusiones posteriores, podemos adelantar que en el relato épico los personajes son arquetípicos y rotundos, los conflictos trascendentales y la significación total de la obra tienden a representar un valor social; en los relatos novelescos, en cambio, los personajes son ambiguos e indecisos, los conflictos intrascendentes y la significación total de la obra se limita a un ámbito exclusivamente artístico. *(W. D.)* <<